CYBERPUNK 2077

NO HAY COINCIDENCIAS

UNA NOVELA DE Rafał.Kosik

CYBERPUNK 2077

NO HAY COINCIDENCIAS

UNA NOVELA DE Rafał.Kosik

Una novela electrizante ambientada en el mundo de Cyberpunk 2077, uno de los videojuegos más vendidos en los últimos años.

En la resplandeciente Night City, un heterogéneo grupo de extraños acaba de perpetrar un atraco: han asaltado un convoy que transportaba un misterioso contenedor perteneciente a Militech. Lo único que el grupo tiene en común es que cada uno de sus miembros accedió a participar en el crimen bajo chantaje, y ninguno sabe hasta dónde llega el alcance de su misterioso empleador, o el propósito del artefacto que robaron.

Esta pandilla recién formada, compuesta por un veterano, un agente durmiente de Militech, un netrunner aficionado, un negociador corporativo, un matasanos y un fan de la tecnología, debe aprender a superar sus diferencias y trabajar juntos para evitar que sus secretos sean desvelados antes de llevar a cabo su próximo y peligroso golpe.

Rafał Kosik

Cyberpunk 2077: No hay coincidencias

ePub r1.0
Marethyu 01.09.2024

Título original: *Cyberpunk 2077: No Coincidence*
Rafał Kosik, 2023
Traducción: Andrés Moon
Ilustración de cubierta: Dilara Özden

Editor digital: Marethyu
ePub base r2.1

ÍNDICE DE CONTENIDO

Cubierta

Cyberpunk 2077: No hay coincidencias

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

1

Clac-clac. Clac-clac. Nada. No encajaba.

Como el resto de su vida. Como lo que le estaba pasando en esos instantes. No tenía por qué estar ahí ni tampoco quería; apretujado entre la pared y un contenedor de basura, con la asquerosa lluvia de por medio. Aunque, quién sabe, igual la lluvia no venía tan mal. Reduce la visibilidad, da un poco de cobertura natural. De acuerdo. La lluvia sí que encajaba.

Clac-clac. Clac-clac. No, seguía sin entrar. Estaba calado hasta los huesos. Un verdadero fastidio, pero le servía como prueba de que seguía vivo. Un hecho que también estaba fuera de lugar.

Zor debería haber muerto hace siete años y contando.

El cielo estaba cubierto y el agua gris caía a raudales. La parte alta de la fábrica de pienso abandonada se difuminaba entre el cielo plomizo. Las plantas bajas de la central de Petrochem BetterLife se encontraban más adelante, apenas visibles. Estaba en Arroyo, uno de los barrios de Night City no conocido especialmente por su atractivo turístico.

Una pareja de viandantes apresuró el paso sin apenas dirigirle la mirada. Los coches pasaban indiferentes, pisando charcos de petróleo que terminaban en la acera. Se sentía invisible.

Clac-clac. Clac-clac. Era inútil. Se fijó en el cargador. Estaba al revés. Menudo imbécil. Ya se le había olvidado cómo se hacía. Siete años eran demasiados y la memoria muscular también se perdía en ese tiempo.

Clac. Por fin. Tampoco es que fuera a cambiar nada. Este curro tenía las mismas posibilidades que una bola de nieve en el infierno, sobre todo con este equipo. ¿Cuántas serían? ¿Una entre cien? ¿Una entre mil? Como mucho una entre cinco, pero eso tampoco le inspiraba mucha confianza.

—*Treinta segundos* —dijo la voz sintetizada por su auricular.

No quería estar ahí, no quería hacer esto, no había posibilidades de que esto fuera a salir bien. Miró el subfusil que empuñaba con sus manos, y entonces cayó en la cuenta. Era incapaz de imaginarse a sí mismo en otro sitio. No existía ningún otro momento ni ningún otro lugar en el que él encajara de verdad. Lluvia, entre la basura, armado.

Y sin opciones.

—*Veinte segundos. Quedaos quietos. ¡Se acerca el objetivo!*

Se metió la mano en el bolsillo y dio la vuelta al cargador de repuesto para que estuviera por el lado correcto. Colocó una mano en la empuñadura y aseguró la otra en el agarre frontal. Empezaba a acordarse de lo que tenía que hacer. Más o menos. Siete años hacen mella. Siete años y una muerte. La suya.

Un camión robusto y cuadriculado se abrió paso por la lluvia. Acorazado, según su aspecto. Le seguía un coche estándar que también parecía estar blindado. Solo conseguiría arañarlos con su arma.

Zor se incorporó lentamente sin abandonar su escondite. El otro lado de la carretera estaba cortado por obras, lo que significaba que el tráfico de doble sentido circulaba congestionado por un solo carril. Los objetivos deberían haber extremado las precauciones o haber evitado ese paso. Puede que confiaran en camuflarse entre el resto de vehículos, puesto que ni el camión ni el coche presentaban ningún distintivo oficial. Eran normales y corrientes para cualquiera que pasara por allí.

—*¡Zor! ¡Ahora!* —ordenó la voz.

Zor apuntó y apretó el gatillo. El corto ratatá retumbó entre los edificios cercanos. Los pocos peatones que quedaban redujeron su número aún más. Para los guardias no cabía duda, habían identificado el convoy. La ráfaga había penetrado el blindaje frontal del coche e inutilizado el motor; el pequeño subfusil había hecho su trabajo. Zor lo miró estupefacto. El Militech M221 Saratoga no era un arma muy atractiva, pero la velocidad de impacto aumentada de sus balas de tungsteno era capaz de hacer picadillo a la mayoría de blindaje ligero. También era cierto que el arma quedaba inutilizada después de unas ráfagas, pero eso daba igual.

Dejó de llover. Del capó emergía vapor; puede que se tratara de humo. No salía nadie. El camión se había detenido a apenas unos centímetros de una X marcada con tiza que la lluvia no había borrado. El atasco perfecto, todo iba según los planes. Un coupé Quadra vintage se paró justo detrás del camión que intentaba dar marcha atrás, abollando el guardabarros del coche.

Una mujer alta y delgada salió del Quadra para ver el estropicio. Pelo corto, tacones y traje elegante. No era el lugar ni el momento para que una corpo dejara escapar su ira.

¿Por qué hostias no salían?

Warden se inclinó sobre una mesa plegable mientras vigilaba la situación en los monitores. El reloj digital de la esquina inferior derecha marcaba el tiempo que quedaba para que apareciera la pasma. Una estimación, pero servía.

Por las ventanas se veían los rascacielos de la zona flotando sobre la lluvia como unos monolitos fantasmales. La lluvia ayudaba, pero no garantizaba el éxito del plan. ¿Cuánto le quedaba hasta que le rastrearan? Era cuestión de tiempo. La trigésimo tercera planta de un edificio residencial en construcción del sur de Heywood y a más de tres kilómetros de la emboscada; tenía bastante margen para huir en el caso de que todo se fuera a la mierda. Dos minutos como mucho. Desmontar y guardar todo el equipo militar modular en las maletas no debería llevarle más tiempo.

No era el caso del netrunner.

Una maraña de cables se extendía por el suelo de cemento lleno de escombros hasta llegar al baño, y acababa en un conector hermético enchufado al neuropuerto que el netrunner tenía por detrás de la oreja. Estaba sumergido de cuello para abajo en una bañera llena de hielo a medio derretir, con su cerebro ocupado en varios procesos, entre ellos frenar la respuesta de la policía y las fuerzas de seguridad como prioridad máxima. Lo que ignoraba es que se encontraba en una carrera contrarreloj con su propia vida en juego. Salir de una inmersión llevaría su tiempo.

Warden sacó su pistola (una Tsunami Nue de plata con acabados en oro) e hizo un recuento de su munición. No valía la pena dejar atrás a alguien que sabía tanto. Sin embargo, en ese momento era necesario. De hecho, toda la operación dependía de sus hombros sumergidos.

Warden volvió a comprobar los monitores. ¿A qué estaban esperando?

—Cambio de planes. Vamos a reventarlos —dijo por el canal abierto—. Milena, atrás.

La típica pataleta de corpo. Gesticuló como una loca, se lio a gritos con el conductor del camión, le pidió los papeles del seguro y se aseguró bien de describirle con pelos y señales las dimensiones de su cagada. Tacones altos, chaqueta con cuello de pelo…, sí que daba el pego. Puede que demasiado bien. Incluso fingió haberse olvidado de los disparos de hace un minuto. Estaba justo en la X de tiza. A salvo, fuera de su línea de fuego. Pero después dio tres pasos hacia delante.

—*Milena, te lo repito. Échate hacia atrás*.

O seguía enfrascada en su papel, o no oyó la orden. Pérdida auditiva. Si añadimos el factor estrés, el plan terminaría desmoronándose.

—*Ron, abre fuego* —soltó Warden por el comunicador.

—*¿Y qué hay de Milena? Podría herirla*.

—*Como no sigáis el plan, os coseré a tiros a todos*.

—Dadme un segundo. —Zor prefería que nadie sufriera ningún disparo —. Tengo un buen ángulo.

Puso el Saratoga en modo semiautomático y disparó una bala al coche, provocando un feo arañazo en el capó. Las puertas se abrieron y salieron tres guardias. Novatos, por su manera torpe de moverse. Iban ataviados con uniformes de Militech y estaban equipados con el armamento mínimo reglamentario. Desde su posición, Zor podía eliminar a dos instantáneamente. Pero no era necesario.

Milena no parecía haber oído las órdenes de Warden ni el disparo de Zor. Seguía echándole la bronca al conductor con la rabia de una volcánica prima donna italiana, señalando con aspavientos al conductor y el guardabarros.

Por fin se abrió la puerta del conductor del camión.

—*¡Aya! ¡Tu turno!* —indicó la voz de Warden.

Se veía a primera vista. La delgada y grácil mujer con rasgos del este asiático que estaba escondida detrás de la columna no tenía experiencia en este tipo de golpes. Se mostró torpe con el lanzagranadas hasta que se oyó el apagado y familiar fump seguido del siseo inconfundible. Empezó a salir humo de las ventanas del camión. Su disparo había sido perfecto.

—*¡Borg, prepárate!*

Del humo surgieron dos siluetas acompañadas de una ráfaga de disparos proveniente de la izquierda. La mayoría de las balas desaparecieron en la cortina gris excepto una, lo más seguro que por accidente. El conductor cayó al suelo. El segundo guardia se apartó a toda prisa y usó una de las ruedas de atrás como cobertura.

—*¡Apunta mejor!*

La siguiente ráfaga solo llegó a trazar una línea sobre el asfalto mojado. Borg tenía una puntería de mierda.

Haciendo ruido con sus tacones, Milena corrió a protegerse en la esquina de uno de los edificios y lanzó otra granada de humo. El proyectil cruzó la calle trazando un arco, golpeó la farola con un clonc metálico y cayó a apenas unos metros de Zor. ¡Joder! ¿A eso lo llamaba apuntar?

Empezó a oírse otro siseo que acompañaba al humo que empezó a salir de la granada, cubriendo parcialmente el campo de visión que tenía Zor de la calle.

Aya disparó una ráfaga al camión. Posiblemente fuera la primera vez que apretaba un gatillo. Estaba a menos de treinta metros y, a juzgar por el ruido, ninguna de las balas había acertado en el objetivo.

Sin poder apuntar a nadie, los tres guardias uniformados abrieron fuego desde detrás del coche. El cuarto, agachado detrás de la rueda del camión, vio a Aya poniéndose a cubierto detrás de un coche viejo y chamuscado que estaba abandonado cerca de la acera.

—¡Aya! ¡Abajo! ¡Échate al suelo! —bramó Zor al micrófono.

Se agachó rápidamente justo en el momento en el que la descarga de una ametralladora pesada penetró la carrocería del coche como si fuera de papel. El Quadra de Milena no estaba blindado, por lo que forraron el

interior con placas balísticas apenas una hora antes. Cumplieron con su cometido.

—Aya, mantente a cubierto —indicó Zor.

Esos tres tendrían que esperar. Cada cosa a su tiempo. Sabía que uno de los guardias estaba detrás de la rueda trasera del camión, pero no podía verlo. Apuntó al neumático y disparó tres veces. Arriba, al medio y abajo. Le dolían las muñecas por el retroceso. El cerrojo se había aflojado. Estaba a punto de atascarse o de romperse del todo. Daba igual, porque las balas solo acertaron en el caucho. Pero Zor había desvelado su posición. Unas pocas balas le pasaron por encima de la cabeza, provocando pequeñas nubecillas de polvo al golpear en la pared. La granada de humo terminó siendo su salvadora, pero en ese momento no podía asomarse ni unos centímetros.

Pasaron segundos; ninguno de los dos bandos podía hacer nada. Estaban en tablas.

—¡Cubridme! —soltó Aya al comunicador.

Salió de donde estaba de un salto.

—¡Aya…! —comenzó a gritar Zor, pero ya era demasiado tarde. Se asomó y disparó una ráfaga, sobre todo para darle algo de cobertura, porque era imposible acertar a nadie desde donde se encontraba.

Aya se subió al techo del Quadra, de ahí saltó a la carga del camión y trepó por encima. Al doble de velocidad que cualquier soldado. Ráfagas de rifle cortaron el aire, pero Aya devolvió tres disparos a quemarropa mientras se movía a toda velocidad. El guardia cayó al suelo. Estaba tieso.

—*¡Ron!* —ordenó Warden.

—*¡Ya era hora! Casi me quedo dormido*.

Empezó a oírse el grave traqueteo de una ametralladora pesada escondida detrás de una de las ventanas de la primera planta. Trozos de la acera saltaron por los aires, una boca de incendios soltó un chorro de agua y las barreras que rodeaban la parte cerrada al tráfico de la calle quedaron despedazadas y convertidas en un montón de escombros. Incluso se oyó el estallido lejano de los cristales de unas ventanas que se encontraban a cien metros. Sin embargo, el coche permaneció intacto.

—*Tremendo* —era Milena—. *Eso sí que es puntería…*

—*Eh, que es la primera vez que hago esto, ¡¿vale?!*

Los guardias se quedaron detrás del coche y dejaron de disparar. Por lo menos habían conseguido una pequeña victoria.

—¡Aya! —gritó Zor—. ¡Por aquí!

Aya saltó por encima del coche en ruinas y llegó en un momento al escondite de Zor. Este la agarró de los hombros y la puso detrás de él.

—Gracias —Aya se pegó a la pared, recogió su melena en una coleta e inspeccionó su arma. Le sangraba el hombro.

—Déjame echarle un vistazo —Zor tomó su brazo con cuidado y examinó la herida. No era grave.

—No es más que un rasguño —Aya intentó recargar su arma con torpeza—. ¡Ron! —gritó Zor por el micrófono.

—*Sí, ¡ya estoy en ello!*

Una descarga corta, puede que de cinco balas, tres de ellas en el blanco. El coche explotó como una lata con un petardo dentro. Al quedarse sin cobertura, los guardias huyeron.

—*¡A cubierto!* —Era Warden—. *¡Proteged las armas!*

Zor se puso detrás del contenedor con un brinco y empujó a Aya para arrimarla más a la pared.

—Mantén el arma bien cubierta —ordenó.

Podía materializar todo en tiempo real y adaptar la interfaz; moldear su propio hábitat ciberespacial. Todo netrunner tenía sus gustos y manías. Él se decantaba por el orden: nada de adornos ni distracciones. Ajustó el brillo, cambió los colores para mejorar la legibilidad y eliminó la animación de la cascada de la descarga de datos.

La operación en Arroyo le daba igual, la veía como un juego. Se las podría haber apañado con su propio ciberterminal, pero el equipo que le dieron para el curro era bastante mejor. Se sentía poderoso, capaz de controlar la realidad a su antojo. Y las contraseñas de Borg funcionaron. Tenía vía libre para controlar los semáforos de esa parte de Arroyo.

Una gran alegría lo impulsaba mientras flotaba por la sala de control que él mismo había configurado. Los elementos básicos los había dividido

por subcategorías y los había fijado por encima y por debajo. Estaba suspendido en medio de cientos de símbolos e iconos entrelazados en una esfera irregular que parecía no tener superficie exterior, aunque en realidad estaba protegida por una capa gruesa de hielo negro.

Había llegado el momento de dar el siguiente paso, aunque sin ninguna prisa. El tiempo funcionaba de manera distinta en ese lugar, pasaba mucho más lento. La carrera de Zor hacia el contenedor se sentía como si el mundo exterior estuviera sumergido en aceite.

Tener acceso a las cámaras de seguridad locales le resultaba muy útil. Seguramente, los técnicos del centro de control buscaban como locos el origen de la alarma, sin darse cuenta de que había sido creada a propósito. Redirigió su NetIndex para cubrir la mitad del distrito. No esperaba intrusos en su territorio temporal; de todos modos cifró por partida triple todos los puntos de entrada posibles. Se necesitarían al menos seis expertos en seguridad para descubrir su ubicación exacta y, para cuando lo hiciesen, en el momento en el que identificaran el paradero del intruso, se encontrarían únicamente con el frío y oscuro vacío.

Le gustaba la sencillez. Un par de prismas rectangulares flotaban a su izquierda: dos enormes botones rojos. Los detonadores.

Con una orden mental, transmitió un impulso nervioso a su mano inmaterial y los pulsó.

Dos cargas de PEM escondidas en una cuneta cubierta de basura se activaron y emitieron un pequeño pitido. El contador de munición del subfusil de Zor parpadeó, pero fue lo único que se vio afectado. Normal, porque solo tenía partes mecánicas. Se dio cuenta de que Aya empezó a retorcerse. Zor notó en su ropa empapada que su temperatura estaba subiendo.

Borg abrió fuego desde la derecha hacia todo lo que tenía por delante.

—Tranquila, los PEM no iban dirigidos a nosotros —dijo Zor para tranquilizarla. Ella asintió dubitativa.

El contenedor de acero hizo su trabajo. Sus armas estaban a salvo, mientras que los guardias necesitarían cinco segundos para que se

desbloquearan sus mecanismos de disparo avanzado. Cinco segundos eran suficientes.

¡Ahora!

—*¡Ahora!* —ordenó Warden.

Zor saltó por encima de la cobertura y abrió fuego. ¿Por qué Borg y Ron no los cubrían? ¡Joder! Disparó al suelo para hacer más ruido y evitar acertar en edificios o ventanas. Las balas rebotadas y el agua esparcida por la carretera causaban mucha más impresión. Algunas ventanas se rompieron por las balas perdidas. Aya le siguió de cerca, imitando sus movimientos.

—*¡Borg, la grúa!* —gritó Warden.

Los guardias tiraron las armas y levantaron las manos.

Precioso. Novatos en ambos bandos.

Un disparo. Cayó uno de los guardias.

—¡Borg! —Zor miró a su alrededor—. ¡Deja de disparar!

Corrió hacia los guardias y pateó los rifles por debajo del coche cosido a balas. Empujó a uno hasta ponerlo delante de los restos de la barrera. El segundo, aterrorizado de igual manera, se colocó en la misma posición por sí mismo. Aya los cacheó deprisa y les sustrajo las pistolas de sus fundas. Ni siquiera se molestaron en usarlas.

Borg salió finalmente de su escondrijo ataviado con su característico mono violeta y azul marino. Se acercó de forma despreocupada, como si fuera la estrella de una peli de acción, con su pelo verde lima echado hacia atrás. Estaba preparándose para volver a disparar.

—¡Borg, para! —gritó Zor.

Borg no le hizo caso. Sonrió como un niño travieso a punto de hacer una trastada.

—*¡Borg, que te vayas a la grúa!* —Esta vez se trataba de Warden—. *Cíñete al plan*.

—Ya lo has oído —gruñó Zor.

Borg elevó el rifle sin mucho cuidado y se lo acopló al hombro. Hizo una mueca y se lo recolocó rápidamente. El cañón seguía caliente. Apagó el intercomunicador para que Warden dejara de escucharlos.

—Te refieres a ese mismo plan que nos ha puesto el culo en peligro —empezó a decir Borg—, ¡y mientras ese cabrón está tirado a la bartola sin

parar de darnos órdenes! —Se arremangó y toqueteó un panel que tenía justo por encima de la muñeca. Pitó, y sus brazos y hombros empezaron a hincharse. En cuestión de segundos aumentaron en un cincuenta por ciento de su tamaño original. Se rio con satisfacción y le dio un beso a uno de sus bíceps.

—Impresionantes, ¿verdad? —Guiñó el ojo a Aya.

—En realidad, no. —Ni siquiera se dignó a mirarlo, puesto que estaba apuntando con su arma a los dos guardias—. Tú limítate a traer la grúa.

—*¡Se acabó el tiempo!* —gritó acuciante la voz computarizada del netrunner.

Borg se dio la vuelta a regañadientes y corrió hacia donde tenía que haber estado medio minuto atrás. Un incumplimiento grave del plan.

Se oían sirenas de policía desde la distancia.

—Vamos. ¡Poneos a correr! —ordenó Zor a los guardias al mismo tiempo que bajaba con cuidado los brazos de Aya.

Los guardias se miraron confundidos, y casi se dieron de bruces contra el suelo al emprender la marcha a toda velocidad.

—¡El cerrojo! —indicó Zor.

Aya rodeó el camión, dibujando una estela con su coleta. Era muy rápida, pero nada indicaba que tuviera algún implante. Zor se quedó delante y mantuvo la vista puesta hacia el final de la calle.

—*La mía está armada* —anunció Aya—, *explotará en cinco segundos*.

Escucharon el rugido repentino de un motor monstruoso, seguido por los pitidos de un camión de basura dando marcha atrás.

—Pero ¿qué mierda es esta? —soltó Borg, confundido—. ¡Se supone que yo conduzco!

—Pues haberlo hecho en lugar de dar la murga —respondió Milena por el comunicador.

Aya corrió a la parte lateral del camión y se inclinó hacia el guardabarros delantero. Se tapó los oídos y cerró los ojos.

Pero apenas hubo estrépito. La explosión se pareció más a la de un petardo que a la de una mina. Mucho mejor, porque necesitaban que el cargamento estuviera intacto.

Se agolparon en la parte trasera y abrieron las puertas.

—¿Me necesitáis para algo? —preguntó Ron dubitativo.

—No, ya puedes bajar —respondió Zor—. Hay que descargar y largarnos de aquí. La pasma aparecerá en cualquier momento, por no hablar de los Calle 6.

Borg, contrariado por la reprimenda, dio indicaciones a Milena mientras daba marcha atrás con el camión de basura hacia el cargamento. Puede que fuera la primera vez que conducía algo más grande que un sedán. Rayó el lateral del Quadra, pero le dio igual. El carro era robado.

En la parte de en medio del cargamento del camión estaba lo que buscaban: un contenedor gris.

Se quedaron mirándolo durante un momento. Tenían la sensación de estar delante de algo… importante. Pero no tenían tiempo que perder. Zor sacó una navaja y cortó las correas que lo mantenían en su sitio. Tiró del asidero, pero no cedía.

—No vamos a poder con esto —dijo Zor—. Borg, ven aquí y haz los honores.

Borg refunfuñó y se acercó a un controlador pegado con cinta americana en el lateral del camión de la basura. Fue una incorporación de última hora. Básico, pero efectivo. Emitiendo un zumbido pequeño, apareció una grúa del techo con correas y ganchos colgando. Zor los colocó en los laterales del contenedor. La grúa chirrió mientras elevaba el objeto.

—Esa mierda pesa más de trescientos kilos —Borg parecía sorprendido —, ¿qué cojones hay dentro?

Las sirenas cada vez se oían más fuerte.

—*Dos minutos* —avisó el netrunner.

—¿Estimados o reales? —preguntó Aya.

—*Os puedo dar treinta segundos más, pero es el máximo*.

Zor miró a Aya. Pensó que en este curro se podía haber prescindido de todo el mundo menos de ella. Y el netrunner, claro. Quienquiera que fuera.

Apareció una persona alta y delgada a la entrada de la fábrica abandonada. Zor agarró su pistola.

—¡Joder, Ron! —Paró a tiempo—. La próxima vez, avisa.

—¡Eh, eh! —Ron tardó un segundo en dar un paso lateral—. ¡Que vamos en el mismo equipo! —Se llevó la mano al pecho de forma

exagerada—. Muy amable por tu parte perdonarme la vida.

Llevaba un abrigo largo por encima de los hombros que le quedaba como una bolsa de basura. Su pelo corto y canoso estaba totalmente alborotado. Parecía que todo le diera igual, como si no viviera en el mundo real, sino en una neurodanza que podía poner en pausa, rebobinar y avanzar saltándose todos los momentos difíciles.

A pesar de que el contenedor solo era del tamaño de una bañera, su peso provocó que el techo del camión se doblara hacia arriba y que la grúa se venciera mientras lo elevaba para colocarlo en el compartimento de basura.

—*¡Se acabó el tiempo!*

Zor volvió a cortar las correas. El contenedor cayó dando un golpe fuerte que provocó que el camión se tambaleara.

—¡En marcha!

Warden vigilaba por los monitores cómo el camión de basura se ponía en marcha a toda velocidad. Arqueó una ceja cuando lo vio golpear un coche aparcado, empujándolo contra una farola.

En la pantalla más pequeña, se veían dos coches patrulla del NCPD que iban en la dirección contraria, a tan solo unos bloques de distancia. Esperaba la aparición en escena de una unidad de respuesta rápida de Militech, porque solían ir años luz por delante de la pasma. Pero no había señal de ellos.

Estaba empezando a asimilar que lo habían conseguido. Era algo muy difícil de creer. La operación, detallada por el propio cliente, no era extraña, sino imposible. Lo normal era tratar con clientes que te describían lo que necesitaban y cuánto querían pagar por ello; pero este en concreto lo tenía todo planeado desde el principio, aunque parecía una auténtica burrada. Pero las cosas estaban resultando, por lo que igual el plan no era tan descabellado como parecía en un principio. A Warden se le ocurrió que podría volver a repetir esta misma estrategia. Contratar a unos novatos para hacer un curro…, y si todo se iba a la mierda, al final no perdería nada.

Pero había cometido un error. Les había mostrado su cara y su nombre. Es algo que cuidaría en el futuro.

—¡Señorita, a ver si vas más despacio! —gritó Borg, que se agarraba al borde de su asiento con una mano mientras se echaba el pelo verde hacia atrás con la otra—. ¡¿Quieres que la palmemos aquí o qué?!

—Aquí la única señorita eres tú. —Milena agarró el volante con más fuerza, intentando mantenerse en el carril. Sonreía, se veía que disfrutaba. Zor y Ron intercambiaron miradas.

—Es mejor intentar pasar desapercibidos —interrumpió Zor—. Un camión de la basura que vaya a esta velocidad va dando mucho la nota. —Le pasaba lo mismo que al resto, quería acabar pronto con todo esto. No quería que los pillaran en ese momento, justo en la línea de meta.

Lo obligaron a participar, esa era la verdad. Él no tenía la culpa, solo fue mala suerte. No tuvo elección.

Estaban allí por una razón. Todos tenían algo que perder, algo que salvaguardar a cambio de unos minutos cometiendo un crimen, por muy peligroso que fuera.

El camión golpeó un cubo de basura. Milena escupió un taco por lo bajo y soltó el pedal del CHOOH.

Ron se dio la vuelta y señaló a Aya.

—A ver, enséñame ese brazo.

Le acercó el hombro. Ron inclinó la cabeza y aumentó su zoom óptico en un factor de diez.

—Iré al médico después de esto.

—Ya te está examinando uno, querida.

No protestó. Ron se rasgó la manga, sacó una botellita del bolsillo y usó el pulverizador en la herida, creando una espuma que se disipó enseguida. El brazo de cromo de seis dedos de Ron empezó un baile rápido por el tejido dañado. Los rayos láser de uno de los dedos de su mano derecha se sincronizaron perfectamente con sus dedos izquierdos, que se dedicaban a cerrar con delicadeza la herida. Los baches de la carretera no parecían obstaculizar su precisión y, pasados unos instantes, lo único que quedaba de la herida era una cicatriz delgada y roja.

—No te preocupes, desaparecerá. —Le prometió.

—Gracias. —Aya esbozó una sonrisa educada y volvió al lugar que ocupaba junto a Borg, entre los asientos delanteros y el contenedor de desperdicios, que estaba instalado de manera precaria junto a los sensores químicos y de radiación. Borg aprovechó la estrechez para ponerle la mano en el muslo. La mirada intensa que Aya le lanzó le hizo apartarla de inmediato, haciéndose daño en el codo al golpear uno de los medidores de radiación. Mientras tanto, Zor permanecía apretujado contra la puerta del acompañante, observando al resto.

Ron, un matasanos en un lugar y momento equivocados. Zor se fijó en sus manos de seis dedos con articulaciones de titanio cubiertas en un nanocaucho mate que no tenía nada que ver con el RealSkinn. De Zetatech, un instrumental caro. ¿Cómo lo obligó Warden a participar?

Zor tenía la sensación de haberlo visto antes.

Milena giró el volante. El camión trazó un arco amplio, pasando a un pelo de una farola.

—Huy —murmuró—. No me acostumbro a lo abiertas que hay que dar las curvas…

¿Cuántos mods antiedad llevaba? A primera vista Zor no habría dicho que tuviera más de veinticinco años, pero ahora sabía que estaba más cerca de los cuarenta y tantos. Presentaba ligeros retardos en sus movimientos que daban pie a pensar que compensaba el desgaste de sus músculos y articulaciones con implantes de microajustes. Pero lo más importante: ¿qué hacía ella, una corpo de altos vuelos, con los más pringados de Night City? Los corpos eran una clase cerrada, protegida y a salvo de lo desagradable de tener que ensuciarse las manos como todos los demás. Un estatus exclusivo que mantenían a toda costa a lo largo de sus vidas. Lo que fuera que tuviera Warden en su contra debería ser muy serio.

Aya, otro misterio. Sin cromo visible, algo muy raro en esos tiempos. Para alcanzar su rapidez de movimientos, tenía que estar muy en forma. Y ser muy disciplinada.

El netrunner. Nadie tenía ni idea de quién era, pero era la columna vertebral de la operación. El único insustituible. Sin él, no habrían tenido ninguna posibilidad de conseguirlo.

—*Id por la derecha*. —La voz sintetizada del netrunner no mostraba ni un ápice de emoción—. *Después de dos cruces, id por la izquierda, tras el semáforo que os encontraréis en verde*.

—¡¿Y eso gracias a quién es, pardillos?! —gritó Borg desde la parte de atrás. —Exacto, ¡gracias a mis contraseñas! Sin mí, estaríais todos…

—Anda, cállate —espetó Zor con calma.

¿Y quién diantres era Borg? La cantidad de ciberware que llevaba explicaba el mote, aunque solo los tuviera para fardar. Mandíbula ampliada, implantes llamativos repartidos por sus bíceps, hombros y cuello… No tenían mucha razón de ser, eran un batiburrillo de tatuajes con poca relación entre ellos. Dios sabe para qué los tenía, si es que servían para algo, pero tampoco le hacían parecer más fuerte. Solo más grande. Tampoco tenía por qué darle muchas más vueltas. En cuanto entregaran el contenedor, todos regresarían a sus vidas y no se volverían a ver las caras nunca más.

Estaban apretujados en la cabina del camión de basura, mirando cómo la calle parecía abrirles un camino como por arte de magia. El netrunner controlaba semáforos y señales de tráfico, bloqueando el camino de la pasma mientras ellos tenían toda la vía libre. La sonrisa de Milena no había desaparecido.

Otra cosa.

—Para el camión —dijo Zor cortante, provocando que Milena frenara sin dudarlo.

Detuvo el vehículo a la derecha. Al no estar acostumbrada a la distancia de frenado, el camión de basura continuó hasta chocarse con la parte trasera de un coche abandonado. El repiqueteo de la lluvia cesó de repente. Estaban en un paso a desnivel.

—Joder… —Ron sonrió distraído—. Así nos las gastamos, ¿no?…

—Apagad los teléfonos. —Zor dio ejemplo con el suyo.

El resto dudó, pero siguieron la orden. Al contrario que Zor, silenciando sus implantes con una orden mental y sin mover un dedo.

—Tío, ¿vas con un auricular? ¿En serio? —Borg se rio de Zor—. ¿Es que no tienes pasta ni para un neuroenlace?

—No me gusta tener microprocesadores zumbándome en el cerebro.

Ni Aya ni él usaban las hololamadas con implantes. Ella sí tenía un neuroenlace, pero estaba conectado a un dispositivo físico externo. Siempre que la comunicación se limitara a la voz, Zor prefería usar un teléfono: algo simple, sin adornos ni tonterías. Tampoco es que fueran a convocar holorreuniones ni nada por el estilo.

—Una pregunta. ¿Por qué nosotros? —preguntó Zor.

Lo miraron en silencio.

—Eh…, ¿porque lo petamos? —se burló Borg—. El plan ha ido tan suave como el culo de una muñequita. ¿Viste sus caras? Se cagaron encima en cuanto nos vieron.

—Es que no esperaban problemas —le corrigió Ron—. Ni los que pudieran darles unos castorcitos scouts como nosotros.

—Porque estaban asustados. —Milena sacó un cigarrillo, lo colocó en una boquilla elegante y lo encendió. Una neblina violeta inundó la cabina —. Eran nuevos, sin experiencia. Pasmarotes apenas entrenados. Seguro que se pensaban que era una entrega rutinaria.

—Esos chavales ya no tendrán una juventud despreocupada… —murmuró Ron de forma siniestra.

—Y algunos tampoco llegarán a viejos. Acabamos con su vida de una tacada. —Milena se movía con su cigarrillo—. Todo por alguien incapaz de seguir el plan.

—Porque con nosotros no asume ningún riesgo, por eso nos eligió Warden —dijo Aya—. Si nos hubieran matado, no habría perdido nada.

—Tampoco pierde nada porque estemos vivos —añadió Zor—. Ahora mismo nos necesita. Pero en cuanto le llevemos el contenedor, eso acabará.

¿Ahora qué pasa?

Warden se dio cuenta de que el camión de basura se había parado en el paso a desnivel.

—¿A qué viene el retraso? —preguntó.

No obtuvo respuesta. Putos novatos. Si ya están causando problemas, a saber lo que le depararía el día de mañana. Era mejor quitarse los problemas

antes de que pudieran reproducirse y multiplicarse. Por desgracia, el cliente especificó que los quería vivos. ¿Para qué?

Sacó su pistola y se paró un momento a admirarla, deslizando los dedos en el suave acero. ¿Y si modificaba los términos del acuerdo? Cuantos menos testigos, menos problemas potenciales. El resto seguiría igual. Mientras se lo pensaba, apuntó lentamente al netrunner que estaba en la bañera.

—*No te lo recomiendo* —dijo la voz sintetizada a través del auricular—. *Mira la pantalla*.

Warden se acercó al equipo. En el monitor principal aparecía el interior de un megaedificio en obras, con un hombre negro de unos cuarenta años, ancho de hombros, cubierto de tatuajes y ataviado con una chaqueta de cuero sintético inclinándose sobre una mesa.

Warden se dio la vuelta de inmediato y apuntó con su pistola al dron que volaba por fuera de la ventana.

—*Eso no te va a servir de nada* —dijo el netrunner—. *Toda la operación se está grabando en un lugar seguro. Si muero, se colgará automáticamente en la Red*.

Warden caminó despacio hacia la bañera. Se arrodilló cerca del borde y puso la cara a apenas unos centímetros de la del netrunner. Parecía dormir si no fuera por los destellos de colores de sus párpados. El hielo de la bañera se había derretido casi por completo.

—Existen muchas maneras de mantener un cuerpo con vida —susurró.

El netrunner se quedó en silencio. Warden sonrió. Se puso de pie y enfundó la pistola.

—Tranquilo, te daremos lo prometido. Es que me gusta jugar con mi pipa cuando no tengo nada que hacer.

—Eh, para el carro, ¿quieres? —empezó Borg—. La mandanga la tenemos nosotros. Si la quiere, que la pague.

—Creo que no entiendes bien cómo está el tema. —Ron miró a Borg—. No es cosa nuestra, las reglas las ha impuesto él.

—Hecha la ley, hecha la trampa. ¡Hostias, que la banda somos nosotros! Y él es él… y ya está.

Milena negó con la cabeza.

—Todos tenemos algo que perder —razonó Ron.

—Ah, ¿sí? —preguntó Borg—. ¿El qué exactamente, vejestorio?

—En mi caso la paciencia, como no te dejes de hacer el listillo.

—Si Warden no consigue lo que quiere, cumplirá su palabra —añadió Milena con franqueza—. No sé qué clase de trapos sucios tiene de vosotros, pero si estáis aquí, lo más seguro es que sean asuntos serios. Así que nuestra mejor baza es acabar cuanto antes, irnos cada uno por nuestro lado y seguir con nuestras vidas.

—¿Y tú cómo estás tan segura? —Borg se tocó el hombro y se contrajo del dolor. El cañón de la ametralladora le debió quemar la piel—. ¿Qué te hace pensar eso?

—Sé leer a la gente. —Milena dio una calada y después exhaló el humo en su dirección—. Digamos que me dedico a ello.

Ron sonrió.

—Por lo menos sabemos quién es. —Zor habló más alto—. Mientras sigamos con vida, somos una amenaza para él.

—Cierto —respondió Milena—. Podía habernos ocultado su identidad si lo hubiera querido. Se cree que está a salvo y que es intocable. Y tiene razón. Somos nosotros los que deberíamos tener miedo, no él. Será mejor que tengamos el pico bien cerrado, porque hasta donde yo sé, el chantaje no tiene fecha de caducidad.

—Anda, vámonos y punto. —Borg apoyó la cabeza contra la pared trasera de la cabina, dando un golpe metálico—. Cobramos los edis y nos olvidamos de esto.

—¿Qué edis? —preguntó Aya, confundida.

—Esto… —Borg se inclinó un poco hacia delante—. Me refería a terminar la mierda esta y punto. A menos que queráis acabar apestando a camión de basura.

El guardia les indicó el camino sin decir nada, ni siquiera mirarlos. Un tipo sensato. El garaje subterráneo estaba prácticamente vacío, iluminado tan solo por unos tenues focos provisionales que proyectaban sombras largas por las columnas separadas de manera uniforme. Daba la sensación de que la empresa de construcción hubiese quebrado antes de instalar la iluminación del recinto.

El grupo salió del camión con un compacto chapoteo fruto del cemento mojado. El ambiente era húmedo y frío, lo que explicaba la ausencia de personas sin hogar. Querían acabar con esto, pero tampoco tenían ninguna prisa por ver a Warden. Era el lugar idóneo para tratar con tranquilidad asuntos turbios sin temor a que los vigilasen.

—Bueno —Borg se cruzó de hombros y barrió con la mirada el lugar vacío—, ¿y el jefe?

Ron comprobó que apenas había unos centímetros de separación entre el techo y la parte superior del camión.

—No sé si esto es una muestra de lo inteligente que ha sido Warden planeando esto o de todo lo contrario.

Antes de que nadie pudiera adivinar qué quería decir Ron con eso, escucharon a Warden por el comunicador.

—*Poned las armas en la caja*.

Esta vez apareció un holograma de Warden. Todos podían verlo menos Zor, que solo pudo oír su voz.

La caja estaba cerca de las puertas del ascensor. Muy astuto, pensó Zor. No se puede amenazar a un grupo de gente armada.

Tampoco es que Zor quisiera vengarse de Warden. Su único deseo era que todo volviera a la normalidad, si es que ese adjetivo se pudiera aplicar a su vida. Fue el primero en adelantarse, tirando el Saratoga en la caja como el trozo de chatarra que era, seguido de su pistola. Hasta ese momento había seguido las reglas de Warden, así que no tenía por qué cambiar de idea. Carecía de implantes de combate, lo que significaba que solo podía contar con sus instintos y su entrenamiento para protegerse. Era básicamente un novato, pero por lo menos no estaba solo. Podía haber muerto hace una

hora. Podía morir en cinco minutos. Puede que en ese mismo instante. No tenía miedo. Podía caer de rodillas en ese momento y acabar con todo, esperar a la muerte con los brazos abiertos, una muerte insignificante que pusiera el broche a una vida similar. No, eso podía provocar que el destino lo perdonase. Solo tenía que tener paciencia. Tarde o temprano, una bala encontraría el camino a su cerebro, por accidente o no, y entonces el mundo en el que vivía desaparecería por completo. *La lluvia negra golpea la luna del vehículo. Las gotas corren a los lados mientras intenta adentrarse aún más en la noche. A la izquierda, a lo lejos, el mosaico de neón que forma Night City se apaga y desvanece. Un gran incendio se extiende por el horizonte. Es demasiado tarde…*

—Zor…

Volvió en sí. Seguía delante de la caja. Aya le quitó la mano del hombro. Se recompuso como si no hubiera pasado nada. Aparte de Aya, solo Ron, que estaba a unos metros, se había dado cuenta de lo que acababa de pasar, pero permaneció en silencio mientras observaba a Zor.

Las puertas del ascensor se abrieron de manera lenta y ominosa. Se quedaron congelados. El haz de luz se ensanchó y Warden, que llevaba un abrigo largo de cuero sintético, entró en el garaje del edificio como si fuera el dueño de todo lo que allí había. Su holograma desapareció al atravesarlo.

Zor fue capaz de dejar de lado su crisis cerebral… por el momento. Sin embargo, apenas podía tenerse en pie.

Warden no llevaba un arma. Fue directo a la parte trasera del camión de basura y pasó la mano por el borde del contenedor, y después se volvió al resto del grupo, que esperaba nervioso.

—Ha sido una prueba de fuego —dijo con voz grave—, pero la habéis aprobado, pandillita mía. Ya podéis volver a vuestras felices, aburridas e insignificantes vidas.

—Entonces… —Ron se encogió de hombros y levantó las palmas de las manos—. ¿Ya está? ¿Nos podemos ir?

Warden se limitó a sonreír, mostrando su dentadura azul celeste.

2

Un calor pesado se apoderó del ambiente y evaporó cualquier rastro del chaparrón de esa mañana. Incluso los charcos de la acera destrozada y del asfalto quemado casi habían llegado a desaparecer.

Ataviado con una chaqueta larga, Liam paseaba entre los restos del camión y los coches. Ya había visto las fotos y las grabaciones, pero no había nada mejor que visitar el propio escenario del crimen. Los dos extremos de la calle estaban acordonados por cinta policial y los coches patrulla permanecían vacíos mientras los agentes esperaban a la sombra, observando a Liam con impaciencia, desando estar en otro sitio. Detrás de ellos se apostaba un pequeño grupo de curiosos y algunos periodistas que intentaban conseguir un sitio desde el que ver mejor. «Aquí no hay nada que ver». Una frase muy manida que en este caso era cierta. Eso no les impidió poner drones a sobrevolar la zona y grabar imágenes con sus lentes de alta gama y comentarlas en directo. Sin embargo, el calor era insoportable. No pasó mucho tiempo hasta que perdieron el interés y se dispersaron gradualmente.

Dos operarios del servicio de limpieza se cansaron de esperar. Empezaron a conectar su equipo al generador del camión.

—Todavía no he terminado —dijo el inspector.

—¡¿Nos vas a tener esperando todo el puto día?! —protestó uno de ellos—. Al contrario que a ti, a mí no me pagan por tocarme los huevos.

—Tampoco te pagarán si te quedas cuarenta y ocho horas esperando en el calabozo.

Funcionó. Volvieron al camión y encendieron sus cigarrillos de manera desafiante.

Liam se limpió el sudor de la ceja, subió el aire acondicionado de su chaqueta y volvió a su investigación. Esto no tenía ni el más mínimo sentido. Como la ametralladora pesada que hizo llover plomo desde la ventana del segundo piso. Todavía estaba allí. Fabricada por Militech, qué ironía. A menos que…

El inspector entró en el edificio, subió corriendo a la segunda planta y se puso de nuevo al lado de la ametralladora. El artillero disparó a todo lo que se movía menos al vehículo objetivo, que solo aguantó tres balas. ¿Por qué? No le das un arma de miles de edis a alguien que no sabe usarla. Además, hay que ser imbécil para dejar tirado algo tan caro, por mucho que el número de serie esté borrado. Por lo menos se podría haber molestado en cambiar el cañón para que fuera más difícil de rastrear… Daba igual, el arma abandonada y el capullo que apretó el gatillo eran un misterio. Varios, en plural.

Se acercó a examinar el arma. Ametralladora pesada modelo 31, de fábrica, recién salida de la línea de ensamblaje. Ni siquiera habían quitado todas las pegatinas con instrucciones de seguridad. Pero si se trataba de novatos, ¿de dónde habían sacado armas como esa?

Liam se agachó para escudriñar el mango. El equipo forense podría o no haber mirado ya si había huellas dactilares. Tampoco importaba mucho, la base de datos de armas de fuego llevaba eones siendo un caos sin financiación.

Lo más seguro era que no lo hubieran hecho.

Levantó el dedo meñique, de un tono más claro que el resto de su piel, y lo pasó por el lado del cañón en el que habían limado el número de serie. Las articulaciones doradas de su muñeca que unían el cromo con el hueso formaban una especie de brazalete, y los diodos parpadeaban mientras tocaba el metal pulido casi a la perfección, excepto por los minúsculos degradados que marcaban el lugar que llegaron a ocupar los números grabados magnéticamente. Cerró los ojos y se concentró. Solo necesitó pasar tres veces el sensor de su meñique para que el número se proyectara intermitentemente en sus párpados. Lo guardó en su banco de memoria y se conectó a la base de datos. Se trataba de un arma que habían robado hace más de tres años de un almacén de Militech. ¿Por qué usarla ahora? Así no

funcionaban las bandas. Liam sintió un nudo en el estómago que le resultó familiar. O sabías dónde mirar o sabías que había que hacer la vista gorda. Sabía de investigaciones que cortaron de raíz, agentes que habían desaparecido después de negarse a dejar un caso… Básicamente era un riesgo laboral. Pero esto… esto era nuevo.

El ruido de coches aparcando lo sacó de su ensimismamiento. ¿Y ahora qué?

Miró fuera. Se trataba de dos furgones patrulla de Militech, idénticos al que habían abandonado en medio de la calle, y una grúa.

Bajó corriendo las escaleras y se acercó al agente del NCPD más cercano.

—¡¿Qué parte de «aquí no puede pasar nadie» no has entendido?! —preguntó, visiblemente irritado.

—Nuevas órdenes de Zed —replicó el agente, sin apenas ocultar su alivio—. La corporación se encargará de esto.

—No me digas que…

Liam suspiró y caminó hacia el soldado de Militech que parecía estar al mando. El resto ya se estaban preparando para remolcar el camión y el coche. Uniformados de negro, con mejor equipamiento y blindaje que el NCPD y puede incluso que MaxTac. Solo su aspecto ya daba imagen de autoridad.

—Teniente Liam Reed, de delitos graves. —Enseñó su holoplaca—. Estoy al mando de una investigación y ustedes la están entorpeciendo.

—Ya no. —El líder del escuadrón no creyó necesario identificarse. Ni siquiera se levantó el visor, opaco desde fuera. A Liam le devolvía la mirada un reflejo que le hacía más pequeñito.

—¿Cómo que «ya no»? ¿Que ya no sigo al mando o que ya no me la van a entorpecer?

—Ya sabe lo que hay. Ningún civil resultó herido, por lo que esto no es asunto de la policía. A partir de ahora nos encargamos nosotros…

Tenía razón. Era extraño que no hubiera ningún herido o que no se hubieran producido daños a propiedades privadas. En esas circunstancias, la policía podía delegar la investigación. A menos que…

—Es cierto, no hubo heridos, pero esta calle sufrió daños en el ataque. —Liam señaló hacia atrás con la cabeza—. Y es de uso público, por no hablar del pirateo del sistema de videovigilancia.

—Militech cubrirá los daños de la calle. Los hielos obsoletos de la red de videovigilancia son problema suyo. Ahora, si no le importa, es usted quien nos está entorpeciendo. Se trata de una investigación interna. —Se giró y caminó hacia la grúa que ya estaba levantando la parte trasera del transporte de Militech.

Los agentes del NCPD empezaron a quitar las barricadas con un entusiasmo renovado.

Liam se metió un trozo de chicle en la boca y echó un último vistazo al escenario. Acababa de cumplir cuarenta años, las entradas le llegaban hasta la mitad de la cabeza. ¿Para qué molestarse si siempre acababan las cosas así?

Activó el teléfono instalado en su chaqueta y dictó un mensaje mediante una orden mental:

—Tengo la tarde libre. Me encargo yo de recoger a los niños del cole.

ArS-03, registro 35.102.
Procedimiento de sincronización iniciado.
Dispositivo sin identificar NI100101001110. Estado: desconocido.
No se han detectado subsistemas adicionales.

Estaba vivo. De eso no había dudas. Al menos en la mente de Zor. Estaba tumbado mirando al techo. Estar tumbado no era ninguna prueba, pero había que estar vivo para mirar al techo.

¿Por qué lo eligió Warden? ¿Por qué a él?

No creía en las coincidencias.

Se levantó y miró al exterior de la ventana. «Miró» era una pequeña exageración. Su vista no era más que el muro del siguiente edificio, a menos de cinco metros. No había luz, eran pasadas las doce. Tampoco es que la vista fuera distinta durante el día. Los muros de los megabloques,

que a veces llegaban a los ochenta pisos, tapaban toda la luz del sol, al igual que los holoanuncios que te tentaban con apartamentos en mejores barrios.

Coincidencias…

Se dio la vuelta y miró el suyo. Un sofá desvencijado que servía de cama, un escritorio con el tamaño medio de un ciberterminal, un armario y un microbaño. Dos y pico metros cuadrados, puede que tres. En el rincón había un pequeño frigorífico y una cocina de los modelos más básicos.

Le rugieron las tripas. No tenía tanta hambre como para tragarse uno de esos purés de pienso precocinado que tenía en el frigorífico. Al menos por ahora.

Se sentó en la parte más vencida del sofá. La misma rutina de los últimos años. Levantó la mano y encendió la televisión con un gesto. El resto de mierda no le importaba, pero esa era imprescindible.

—¿Has oído hablar del nuevo implante ImaginEar? —preguntaba un gnomo bajito y calvo con orejas flácidas—. *¿No? ¡Pues ahora sí lo has hecho! ¡Con el ImaginEar podrás oír todo lo que puedas imaginar!*

—Mejora tu dispensador All Foods en la próxima hora y podrás conseguir un descuento de…

—¿El vecino de abajo vuelve a armar escándalo? ¡BudgetArms tiene la solución!

—¿Se te han soltado los rodamientos del implante de pie? ¡No hay problema!

—¿Has soñado con?

—¡Increíble! Ahora puedes…

—Deja de fingir…

Explosiones de color y personajes animados asediaron la mente de Zor. En cuanto acabó la dosis obligatoria de anuncios, empezó el programa de verdad. Salvo que no era más que otro anuncio camuflado.

Zor era muy cuidadoso con lo que veía. Se aseguraba de que su perfil fuera lo más genérico y común posible, en caso de que a alguien le diera por estudiarlo con atención. No había razón para que lo hicieran, pero prefería estar cubierto. Su objetivo era estar justo en el medio de cualquier curva de consumidores, ser un cualquiera que dijera que sí a todo en el ojo

del huracán. No resultaba fácil, pero tenía las esperanzas puestas en que pudiera dejar de hacerlo en un futuro cercano.

Lo más seguro era seguir los patrones de los demás. La noticia más visitada en todos los canales en las últimas horas era una emboscada a un convoy de Militech en Arroyo. Se emitía en bucle una grabación del escenario. Nada más.

El netrunner hizo un buen trabajo. Lo dejó todo limpio.

Acera y calzada estaban destrozadas y llenas de escombros, obra de la puntería extremadamente mala de Ron. Zor se acordó del ciberbrazo con seis dedos. El modelo Zetatech avanzado estaba diseñado para operaciones de nanocirugía, no para operar una ametralladora.

La reportera decía que ni la policía ni Militech tenían ninguna pista. Puede que fuera cierto o puede que no. Del camión cosido a balazos surgió un hombre bien vestido con gafas de sol, parecía sacado de una película de espías.

Zor se quedó de piedra. Miró con mayor detenimiento al hombre que ahora lo señalaba directamente. Se quitó las gafas de sol y reveló un sistema óptico militar con visión nocturna.

—¿Te preocupa tu seguridad en las calles de Night City?

Nada, solo era otro anuncio incrustado en las noticias.

—¡No cambies de canal, todavía no hemos terminado! ¡Espera! Lo que necesitas son ventanas CrystalArmor a prueba de balas. ¡Porque por TU vida sí que puedes pagar cualquier precio!

Zor cambió de canal, pero no sirvió de nada.

—¿Sientes la soledad de la gran ciudad? ¡Eso se acabó! ¡Las compañeras de Ángel buscan chicas como tú! ¡Conocerás un MONTÓN de gente interesante! ¡Apúntate ahora mismo al próximo casting!

Volvió a cambiar.

—Puede que no creas en los gérmenes —decía una médica delgada con medias de rejilla y taconazos—. *Pero ¡ellos sí que creen en ti! ¡Consigue ahora mismo un filtro para el agua!*

Se llenó un vaso de agua del fregadero. Sin filtrar.

Bebió despacio y en tragos pequeños. Tenía treinta años, vivía solo y se mantenía en un estado de forma decente. Puede que esa fuera la razón por la

que zapeaba por canales con anuncios que ofrecían servicios eróticos. No le importaba verlos, pero nunca compraba nada. Era una pérdida de tiempo y de edis que no tenía, por no hablar del determinado tipo de atención que podía llamar. No podía permitirse enfrentarse a la justicia.

Especialmente después de lo que pasó el día anterior.

Zor se sentó delante de su tosco y antiguo ciberterminal. Debajo de la pequeña pantalla tenía un teclado tradicional, una rareza en los tiempos que corrían. Zor sabía leer y escribir, era obligatorio para entrar en el ejército de Nuevos Estados Unidos. Por alguna razón se había quedado con esta extraña pieza de tecnología. Estaba menos sometida a vigilancia que los nuevos modelos y, por tanto, era menos intrusiva. Apenas tenía anuncios, porque no merecía la pena convertirlos a su formato. Nadie se molestaba en bloquear el acceso a la red de los ciberterminales, puesto que usaban los mismos protocolos que los sistemas de mantenimiento corporativos y las conexiones de transferencia actualizadas de los talleres de coches y establecimientos de Data Inc. No eran peligrosos a menos que hicieras un uso ilegal de ellos, algo que solo hacían los novatos.

De todos modos, a pesar de haber instalado el software de encriptado NetIndex, no escribió nada. Se limitó a leer las noticias en un formato muy básico. El que le gustaba. Para alguien chipeado con ciberware óptico o que se hubiera acostumbrado a las interfaces modernas, este terminal le parecería una reliquia del pasado.

Zor normalmente encadenaba clics en enlaces aleatorios, llegando hasta más de diez, antes de seleccionar lo que realmente le interesaba.

Se detuvo en una pequeña grabación en bucle de un corpo delgado con gafas de unos cincuenta y tantos que se subía a una limusina. Parecía alguien importante a primera vista. Tenía razón. El artículo describía un nuevo contrato del gobierno, pero no indicaba ni la fecha ni el lugar. Nada que fuera útil. Zor jamás guardaba información, prefería recordarla. Llevaba años haciendo lo mismo, guardar retazos de información que nunca le acercaban a su objetivo.

Apagó su ciberterminal y se sumió en sus pensamientos. No tendría problemas para encontrar armas. Tenía suficiente dinero para conseguir una

pistola. Pero no le iba a servir de mucho. Sería como intentar matar a un elefante con un matamoscas. Si es que seguían existiendo los elefantes.

Le pesaban los párpados. Volvió al sofá desvencijado y se dejó caer de espaldas. Pasaron minutos, pero no se dormía. Zor decidió abrir los ojos. Una chica de pelo azul bailaba delante, moviendo las caderas rítmicamente. Se inclinó hacia él y abrió la boca, dejando salir diez lenguas azules retorciéndose como serpientes. ¿Estaba soñando ya? La chica de pelo azul desapareció y en su lugar estaba ella. Aya. Recordó su olor embriagador, penetrante incluso bajo la lluvia. Su manera de moverse. Quizá en algún momento…, en cuanto acabara lo que tenía que hacer, bailaría para él. Seguro que lo hacía bien, teniendo en cuenta la ligereza de sus movimientos. A cámara lenta, la veía girar a la izquierda, con su largo pelo oscuro golpeando el aire como un látigo, dejando ondular su falda translúcida y con sus pies desnudos moviéndose con una precisión despreocupada por el suelo.

No era más que un sueño. Seguramente no volvería a verla nunca más.

Todo lo que se encontraba a más de un metro se difuminaba en un humo rosa. El ritmo lo inundaba todo, estratificado con choques de copas y decenas de conversaciones simultáneas. El algoritmo musical se generaba de forma automática, adaptándose constantemente a los movimientos de la bailarina y los cambios fugaces de estilo, amplificando la atmósfera.

No tenía dudas de que alguien la miraba. Quizá fueran todos. No, todos no. Cuanto más tarde se hacía, eran menos quienes miraban. Y siempre estaban los yonquis de las neurodanzas.

Agarró la barra de cromo con su mano derecha y dio un brinco con el pie izquierdo. Dio dos vueltas en el aire antes de sentir el metal frío y familiar entre el gemelo y el muslo. Liberó una dosis pequeña de feromonas, cerró los ojos y se dejó llevar por el instinto. Onduló el torso como si fuera una ola amable, con su cuerpo enredado a la perfección en la barra. No necesitaba pensar, su cuerpo sabía exactamente lo que tenía que hacer, estaba adaptado a ello. Cada vez que el ritmo cambiaba, se quitaba una prenda de ropa. Le encantaba. Bailar ante un público sin rostro.

Las luces se atenuaron, el volumen de la música bajó de forma gradual. Del humo empezó a entreverse una sala llena de mesas. Durante un breve instante, algunas personas dejaron sus copas para agradecer la actuación corta pero espectacular con un aplauso desigual. Alguien se puso de pie y gritó algo entre el ruido. No entendió el qué. Recogió algunas de las prendas que había tirado por el suelo y se dirigió al camerino. La sala volvió a su ruido normal de conversaciones y choques de copas.

Fue en el pasillo donde por fin encontró el silencio. Dos bailarines fumaban en la puerta que llevaba al bar, hablaban con otras dos bailarinas más. Uno era más musculoso, su piel casi del color de obsidiana resplandecía; el otro era delgado y bajito, con una piel tan pálida que casi parecía azul. El primero tenía un pene enorme; el segundo, la lengua bífida… Había para todos los gustos. Ni siquiera la miraron. En ese sitio no escaseaban ni el atractivo ni la piel desnuda. Pasó por delante de Yuki, que se estaba preparando para salir al escenario, con tramas de un color rojo brillante parpadeando por debajo de su piel. Se debió de haber chipeado un nuevo implante subdérmico. Intercambiaron sonrisas al cruzarse. Yuki quería entrar en el negocio de las neurodanzas, pero todavía no había conseguido ningún curro importante.

Soltó un suspiro de alivio, cerró la puerta del vestuario y se sentó en una de las cuatro sillas que estaban delante del espejo. Los apliques iluminaban tenuemente la estancia.

Se acabó. La pequeña incursión en la delincuencia de la banda improvisada pertenecía al pasado. Había llegado el momento de que todo volviera a la normalidad. Al tedio, quizá. A las posibilidades limitadas. Pero por lo menos gozaba de cierta seguridad y previsibilidad. Aya guiñó un ojo para activar su teléfono y dictó mentalmente un mensaje a M: «Acabo de terminar, vuelvo en treinta mins.».

—Aya.

Se dio la vuelta de forma brusca. Alguien se había sentado en el sofá de la pared. Era su jefe, Crispy.

—Ah, hola, Crisp. ¿Pasa algo? —preguntó Aya.

—Lo de siempre. —Crispy se levantó—. Sabes que a algunos clientes les molan las orgánicas, ¿no? Tengo gente que viene solo para verte a ti.

—Eso es bueno, ¿no? —Aya se quitó la peluca rosa y empezó a despegarse las pestañas postizas—. Este mes he tenido dos neuros.

Crispy caminó hasta ponerse justo detrás de su silla y la miró con sus ojos sobrenaturalmente enormes. Puede que hubiera un tiempo en el que fueran atractivos sobre el escenario, cuando bailaba. Se había retirado, pero seguía teniendo esos ojos y la hacían parecer una niña vieja. Soltó la melena larga y morena y empezó a cepillarla despacio.

—Ajá. Excepto que hay veces que quieren algo más que un baile, algo más que una neuro. ¿Entiendes por dónde voy?

—Eso nunca ha estado encima de la mesa. —Aya le quitó el cepillo. Empezó a quitarse el maquillaje de los ojos rápidamente.

—La gente cambia y los tratos también. Hay que estar por delante de los demás si quieres ganarte el sueldo. Tú deberías saberlo más que nadie.

—Tengo mis límites.

—Los límites se pueden mover, ¿no? —Crispy le puso la mano en el hombro—. Las demás no se quejan.

Aya no se quitó el pintalabios rosa. Se puso la chaqueta y se fue deprisa hacia la puerta. Crispy no la detuvo.

—Acuérdate de esto, cariño. Puede que seas orgánica, pero no eres inocente. Así que haznos un favor y deja de actuar como si fueras una puta santa.

Aya abrió la puerta de par en par y se dirigió a la salida.

El taburete se tambaleó cuando Ron se dejó caer encima en la barra del bar. Jugó con el hielo de un vaso de falso cristal que a su vez contenía un líquido marrón de un falso whisky medio decente. Con un giro de muñeca podía dejar caer un cubito de hielo encima del otro nueve de cada diez veces, incluso después de derretirse y perder su forma.

—¿Puedes hacer lo mismo con dados? —le preguntó Pepe, el camarero.

—Nah. —Ron lo miró con indiferencia—. ¿Por qué lo dices?

—Por darte un consejo, hermano. Que no lo hicieras. —La barra parecía ceder cuando Pepe se inclinaba y ponía el codo de un brazo musculoso y

tatuado. Su cibermano dorada rozó la cruz de su cadena de oro—. No te dejarían salir vivo de un casino con un truco así.

—Soy matasanos, no un ludópata.

—No te harían esa pregunta. Porque tampoco estarías vivo para que pudieran hacerlo. —Pepe lanzó una mirada a la copa de Ron—. Yo creía que los matasanos ganaban pasta, pero aquí estás, bebiendo Joe Tiel. ¿Qué pasa, que no te puedes permitir un Donaghy?

Ron se encogió de hombros y miró su copa. El resplandor verde del cartel de neón que estaba encima del bar pintaba el whisky de un color casi negro.

—¿Has hecho alguna vez algo de lo que no te sintieras orgulloso, pero no tenías más elección?

Pepe miró concienzudamente el interior vacío de El Coyote Cojo. Después volvió a ponerse delante de Ron y sacó una botella sin etiquetar de debajo de la barra.

—Anda, prueba esto. —Vertió un líquido que parecía y olía al licor de verdad—. No tiene nombre, pero se mea en esa cosa que llaman whisky de marca.

Mirar por las paredes translúcidas de una vivienda de la planta sesenta y seis de Charter Hill en las noches deslumbrantes de Night City podía dar vértigo. Decenas de rascacielos, miles de ventanas iluminadas, holopaneles flotantes del tamaño de campos de fútbol, infinidad de aerovehículos abriéndose camino por los edificios como un enjambre de luciérnagas. Debajo, un mosaico enmarañado de carteles de neón, escaparates brillantes y coches. En medio de todo, los imponentes megaedificios de Corpo Plaza coronados por una capa de nubes retroiluminadas con tanta potencia que siempre parecía de día.

La ciudad que no dormía.

En la ventana se reflejaba un perfecto cuerpo desnudo de modelo envuelto en la noche.

—Hoy sí que se han enterado de quiénes somos. —El hombre se deshizo de las sábanas—. Menudos pardillos los de Arasaka. Bueno, ¿qué

tal he estado?

Alto, delgado, bien equipado.

Milena sabía a lo que se refería.

—Has estado bien —dijo, poniéndose una bata de seda—. Como siempre. Si quieres una cantidad…, pues tres. Pero el tercero fue un poco… así.

—¿Así? —El hombre se puso de pie—. ¿Has tenido tres y te quejas?

—Putos ajustes óptimos… —Milena negó con la cabeza. Volvió a la ventana y cerró los ojos—. Creo que es mejor que te vayas.

—¿Tres orgasmos y ahora me dices que me vaya? —Empezó a recoger la ropa del suelo—. ¿Y si la próxima vez yo tengo tres y tú te quedas con uno…?

—Tengo una especie de… crisis en este tipo de relaciones. —Tocó el cristal—. Hace una semana sufrí un accidente en la circunvalación. Se produjo un choque múltiple y murió mucha gente. Yo también pude haber muerto, pero solo me hice un esguince. A uno de los médicos del Trauma Team se le fue la cabeza, intentó salvar a un niño de un coche en llamas. —Hizo una pausa—. Los otros no le dejaron. Eso te hace pensar. La muerte nos acecha, ella elige a quién llevarse y a quién dar una segunda oportunidad… Te das cuenta de que no hay nada que tenga valor.

El chico empezó a vestirse más rápido sin decir palabra. Era demasiado joven para entenderlo.

—Nos vemos mañana —dijo desde el umbral de la puerta.

Las puertas se abrieron automáticamente.

El mejor polvo en un mes. La misma sensación de vacío.

Ned Templeton estaba bien. Todos estaban bien. Pero debería ser algo mejor que un chicle que te metes en la boca y escupes.

Empezaba a perder la esperanza.

Siempre era lo mismo. Incluso tres orgasmos inevitables empezaban a aburrir. Ya nada tenía sustancia. Ojalá hubiera algo que fuera mal. Alguna diferencia. No, todos tenían el mismo software, los mismos programas. Un *déjà vu* tras otro. ¿Cuándo había que usar un dedo o dos? Se lo sabía de memoria.

Estaba harta.

Milena sabía que no se iba a dormir. Dio una orden mental a sus neurotransmisores para que prepararan un cóctel de químicos antiestrés a su cerebro, que acompañó con su whisky. Se estaba saliendo bastante de su dieta «saludable prémium», pero le daba igual. Además, dejó la dieta hace dos semanas, después del accidente. Cuando miras a los ojos a la muerte, comer kale y chía para tener «buena salud y una vida larga» parecía una pérdida de tiempo.

Su cabeza empezaba a embotarse, los neurotransmisores estaban haciendo su trabajo.

La vivienda apenas amueblada empezó a hundirse a su espalda. Los grupos de gente, los pensamientos, los asuntos y los problemas que ocupaban su mente día tras día eran suficientes. Necesitaba su espacio para relajarse. Ahí no había sitio para trastos inútiles.

Se encendió un cigarrillo y la llama iluminó su cara en el reflejo de la ventana. El rostro rejuvenecido sintéticamente de una mujer de cincuenta y dos años.

Soltó el mechero. La boquilla colgaba de sus labios entreabiertos.

Cogió la copa de la mesa y la lanzó contra la ventana.

Música, putas y alcohol. Eso es, ¡mirad y llorad, pringaos! Una mesa, la silla baila un poco, pero no pasa nada. Todo el puto mundo sigue el mismo ritmo. Tengo mi privado, mi puto privado, con una pava a la derecha y otra a la izquierda. Me soban el bíceps, siguen el ritmo, las tengo encima, tío. Otro chupito. ¡Chin! Tengo que mantener la cabeza fría. Las otras mesas están llenas de pardillos. Sillas baratas, gusto barato… Hablando de gusto. Una tía baila en la barra y a mí se me suben las guarras. Joder, ¡estoy hecho un poeta!

—¡Eh, otro chupito más y nos vamos arriba al empotre! ¿Estáis listas?

—Yo ya estoy mojada, cariño —gimoteó la de la izquierda.

—Me la puedes meter donde quieras —añadió la de la derecha.

¡A tope! ¡Vámonos! ¡Glub! Una última antes del combate. Va a ser una noche larga.

El aplauso lo sacó por un momento de su pequeño ensueño. Ni siquiera se dio cuenta de que llegó a perder el conocimiento durante un instante. Se puso de pie y batió palmas por encima de su cabeza.

—¡Oye, guapa! —gritó al escenario—. ¡Ven para acá! Podemos hacer un trío… Ah, no… —Hizo cuentas en silencio. *Una, dos, tres*….. Un cuarteto, ¡ja!

Salió del privado y dio unos pasos tambaleándose. La bailarina del pelo rosa ni siquiera lo miró. Recogió su ropa y desapareció entre bambalinas. Qué culo tenía, madre…

—Será perra… —Se dio la vuelta bruscamente—. Tendré que conformarme con vosotras dos…

Las luces del club empezaron a girar y desapareció todo lo que tenía bajo los pies. Borg ya estaba inconsciente antes de que su cabeza se golpeara contra el suelo.

3

Qué pasa, gentucilla! ¿Me echabais de menos? ¡Sí, soy vuestra escoria de información favorita, FR34K_S33K! ¿Queréis saber qué nos quieren ocultar los corpos esta vez? Bueno, si no queréis, os vais a enterar de todos modos, porque a mí no me importa una MIERDA lo que queráis.

¿Os acordáis del tiroteo de Arroyo? Que sí, que sé que se han producido cien tiroteos desde ese. A quién le importa, ¿verdad? Todos los putos días no paran de salir crímenes en las noticias. Excepto el de Arroyo. Sí, ya me habéis oído, ese no lo vais a encontrar en ningún medio oficial de noticias. Qué raro, ¿verdad? Alguien destrozó un convoy de Militech, se llevó el cargamento y no se ha usado ni una gota de tinta para cubrirlo. ¡Excepto el menda! No hay ni rastro del tema en ninguna de las noticias, pero yo me he dedicado a peinar todas las fuentes. ¿Conocéis a alguien con tanta dedicación? ¡Pues claro que no!

¿Hasta ahora qué sabemos? Pues que, por lo que parece, el golpe lo dieron un grupo de profesionales. Uno nuevo, puede que de fuera. Pero a mí eso no es lo que me asusta. ¿Sabéis lo que me quita el sueño? La próxima guerra de corporaciones. Ellos quieren que tengamos miedo de las guerras entre bandas, pero ya estamos hasta arriba de esa mierda. ¡Si las guerras entre bandas forman parte del paisaje de Night City! Pero, ojo, una guerra entre corporaciones es algo que no podemos ignorar. Las corporaciones no dudarían ni un segundo en volar por los aires todo un barrio si eso les sirviera para aumentar su margen de beneficios. Luego se harían los tristes y esas mierdas, enviarían sus condolencias y terminarían cargándole el muerto al último mono que les hubiera dado por culo.

¿Qué creéis que mangaron del convoy? Tiene que tratarse de algo importante, porque se han tomado muchas molestias en meterlo todo por debajo de la alfombra. ¿Será alguna arma biológica? ¿Quién creéis que la usará y cuándo? Espero que no nos enteremos nunca.

¡Seguid viendo a FR34K_S33K si tenéis ganas de conocer toda la verdad y nada más que la verdad!

¡PAZ, gente!

—Ya te lo he dicho. Lo uso para estudiar.

—Ajá. Seguro que estás estudiando muchas cosas.

—No es una corona, solo se parece a una. No sirve para ejecutar neurodanzas.

El adolescente bajito y delgado estaba sentado en una silla frente a su escritorio, y sujetaba una corona con las dos manos. La mujer de pelo rosa y grasiento que estaba en el umbral de la puerta era su madre. La sudadera le colgaba de sus hombros huesudos como de una percha.

—Eso te va a freír el cerebro —repitió.

—La he modificado. Ahora la uso para otras cosas.

—Ya sé cómo vas a acabar.

—¿Como qué?

—¡Como un yonqui de las neurodanzas!

—Que sí, que parece una corona, pero ya te he dicho que… —Albert suspiró—. Además ¿te atreves a decirme que quedarte todo el día tirada viendo la televisión no te fríe el cerebro?

Apretó los labios.

—Me gusta informarme de lo que pasa en el mundo, ¿vale? Y tú deberías mantenerte ocupado, hacer algo útil con tu vida.

—Útil dice… ¿A qué te refieres? Torció el morro y empezó a gesticular.

—No sé, ¡algo! La gente hace cosas útiles con su vida. Tú no haces nada.

—Yo quería ir a la universidad.

Su madre se burló.

—Otra vez con eso. ¿Con qué dinero?

—Estoy intentando ahorrar.

—¡¿Haciendo el vago?! ¿Reviviendo las neurodanzas esas?

—Te lo vuelvo a repetir, no son…

Puso los ojos en blanco y resopló en señal de desaprobación. El ruido de sus chanclas entrechocando con sus talones se fue apagando en su camino hacia el sofá del salón.

Albert se giró hacia su escritorio. Vivir con su madre no era fácil. Tenía diecisiete años, era básicamente un adulto según los estándares de Night City. Por mucho que quisiera, no era capaz de imaginarse viviendo en otro sitio.

Neurodanzas. Ni siquiera le gustaban. Una vez las probó por curiosidad, pero tuvo que parar después de unos minutos. No eran para él, simple y llanamente. Ahora bien, la corona era otra cosa. Se podía manipular para aumentar las funciones del neuropuerto estándar ubicado detrás de la oreja. No es que fuera lo mejor, era una solución antigua. Lo mejor era contar con tecnología avanzada, como el ciberenlace que se instalaba en la base del cráneo; por algo las sillas para netrunners venían de fábrica con huecos en los reposacabezas. Si enchufabas varios cables a un neuropuerto, terminabas con mucho peso en uno de los lados de la cabeza, y el cuello terminaba sufriendo. Ahora bien, si lo único que necesitabas era enchufar pinchos en la ranura para chips, eso no presentaba ningún problema. Pero si querías un ancho de banda mayor, mejores velocidades de transferencia y tener una baja latencia para las inmersiones en el ciberespacio… Tener un ciberenlace lo cambiaba todo.

Solo que Albert no tenía un ciberenlace. Se apañaba con su neuropuerto estándar y la corona de neurodanzas modificada. Su ciberterminal de última generación estaba diseñado para muchas funciones, pero Albert lo había modificado para exprimir su rendimiento hasta la última gota.

Se recostó y pulsó el botón que cerraba la puerta automáticamente. El respaldo de su silla chirrió al reclinarse. Torció el gesto al notar un pinchazo. Se quitó con cuidado un trozo de plástico de la palma de la mano, se había soltado del asiento de la silla. Se estremeció al ver salir una gota de sangre, y la miró con una mezcla de fascinación y asco. Se limpió con un pañuelo, pero volvió a aparecer al segundo.

Sangre. Corría dentro de él, lo mantenía vivo. Le parecía algo animal, poco práctico, simplemente asqueroso. Dio un par de respiraciones profundas, recuperó el control de sus pensamientos y los reordenó. Tenía que conseguir una silla nueva, una que fuera mejor. Podía comprarla. El dinero no era el problema, lo difícil era salir del apartamento, ir a la tienda e interactuar con gente con la que no quería hablar o, incluso peor, sufrir que alguien lo atendiera. Podría comprarla por teléfono o en la Red, pero ¿cómo iba a saber si era la adecuada?

Por el momento se quedaría con la que tenía.

Se puso la corona modificada y se enchufó el conector por detrás de la oreja. Sintió el alivio de llegar a casa después de un largo viaje. Volvía a estar en su salsa.

Notó inmediatamente el salto tecnológico que había entre su equipo y el que le prestaron en el curro. El suyo era muchísimo peor; las transferencias iban a paso de tortuga. Una categoría y otra eran tan diferentes como la noche y el día. Por costumbre, inició el programa que comprobaba los niveles de seguridad de la zona. No había nada fuera de lo común, lo que significaba que todo el sur de Heywood estaba en amarillo en lugar de en verde, con algunas partes en rojo, mientras que Westbrook y el centro estaban en verde. El resto estaba prácticamente en rojo, lo que no cambiaba casi nunca. El programa tampoco es que fuera muy útil, la verdad. Exceptuando Pacífica, las zonas rojas estarían atestadas de policías y nadie se atrevería a robar ni una chocolatina. Curiosamente, el rojo a veces era más seguro que el verde. Tampoco es que tuviera planeado salir. Tenía muchos datos por analizar.

—La universidad, ¡ja! —Oía a su madre incluso a través de la puerta cerrada—. ¡Cuatrocientos edis al mes para que estudies! ¡¿Y de dónde saco yo ese dinero?!

Dio una orden mental para que aparecieran sus cifras de ventas en su periférico. El juego básico y poco sofisticado que publicó en la Red hace dos días tenía dos mil quinientas descargas. A cincuenta enis por descarga, llevaba ya ganados mil doscientos edis.

—¿Cómo se puede pagar eso una persona normal? —gritó a la televisión.

Y ese era solo el principio. Tenía a la venta ampliaciones y artículos extra integrados que le podían generar entre quinientos y setecientos edis al día. Si es que la gente los compraba, claro.

—¡Tú ni siquiera te preocupas de esas cosas! —continuó—. A ti el dinero te da igual, lo que te importa es que alguien te haga la cena y te lave la ropa sucia.

Y este solo era uno de los muchos juegos y programas que había publicado. El último y el más pulido de todos.

—Te tiras todo el día lavándote el cerebro en lugar de hacer algo útil. Mira a Marty, el de los comosellamen, ahora trabaja de soldador. Un trabajo sencillo y honrado de casi treinta edis al día. Esos son treinta edis más de los que ganas tú.

El resto de los programas se vendían más o menos, y ganaba con ellos una suma de unos doscientos edis al día. Podía mejorar la cifra, pero para eso necesitaba más mano de obra, lo que suponía tener que trabajar con alguien. A Albert no le hacía mucha gracia esa posibilidad.

Su versión del ciberespacio era un vacío oscuro, en gravedad cero, con vectores predeterminados. Columnas de lenguaje de máquina que iban fluyendo de abajo arriba rodeaban el centro sobre el que flotaba Albert de forma incorpórea. Solo llegaban a dos mil doscientas líneas. Podía ocupar simultáneamente varios puntos del ciberespacio, desde donde corregía, añadía y eliminaba líneas de código. Hacía bastante que sus manos virtuales no tocaban un teclado virtual, un reducto anacrónico del espacio real. Las órdenes mentales eran más rápidas y cómodas, pero todavía era incapaz de trabajar con partes más grandes al mismo tiempo. Su equipo no daba para ello.

Trabajar con código en bruto resultaba un trabajo lento y tedioso, pero era la única manera de crear algo perfecto, algo capaz de evitar los hielos y los bots de vigilancia de NetWatch. Albert no estaba programando otro juego para matar el tiempo. Esto era otro nivel. No se podía conseguir esto con uno de los módulos prediseñados de un editor WYSIWYG. El Taran —*ariete* en polaco, como descubrió sin querer— solo podía esculpirse en lenguaje de máquina.

La única excepción a la sobriedad de la interfaz era el mapa de bits descargado que tenía la forma de una persona que llevaba medio siglo muerta. Nadie sabía a ciencia cierta si él destruyó de verdad la vieja Red. Y si lo hizo, nadie sabe si fue para proteger a la gente del control totalitario corporativo o para alimentar su propia soberbia y delirios de grandeza. A Albert, lo único que le interesaba es que fue capaz de hacerlo.

Rache Bartmoss.

Cifras, letras y caracteres en verde permanecían colgados en el espacio. Ojalá pudiera procesar todo el código al completo. Necesitaba un equipo de categoría más alta. Pero ¿cómo conseguirlo? No se vendía en tiendas, al menos no en las legales. Y visitar cualquier mercado negro suponía tratar con gente turbia, algo que Albert quería evitar a toda costa. Y no solo necesitaba el equipo, también necesitaba un ciberenlace. Y no te podían chipear en el matasanos de familia.

Dejó ese dilema a un lado y volvió al código del Taran. Todavía le quedaba mucho trabajo por hacer.

Después de que Bartmoss provocara el DataKrash, que llevó al colapso de internet, la corporación NetWatch construyó el Muro Negro para proteger a la humanidad de las IA maliciosas que se habían rebelado. Al menos ese era el relato de NetWatch y de cualquier otra fuente oficial. Pero solo era uno de varios. La versión de los Hijos del Vudú era distinta: dado que el noventa por ciento de la vieja internet era inaccesible, el Muro Negro era la cárcel en la que nos habíamos encerrado después de tirar la llave. Según esta versión, más allá del Muro Negro había libertad y un sinfín de posibilidades. Este era el relato al que se adscribía Albert.

Solo que nadie había conseguido atravesar el Muro Negro.

—No tienes ambición, no tienes objetivos vitales… —La voz de su madre seguía filtrándose desde fuera.

Nadie excepto Alt Cunningham, la novia de la estrella legendaria de rock Johnny Silverhand, y no llegó allí por su propia voluntad. Corren rumores de que todavía sigue allí, un rumor que a Albert le parecía tan creíble como un cuento de hadas. No creía en los finales felices contra todo pronóstico. En otras palabras, no creía en los milagros. Cuando algo iba mal, o estabas preparado para ello, o terminabas muerto.

—Traje al mundo a un vago…

No iba a poder ocultarle a su madre el chipeo de un ciberenlace en la base del cráneo. Ni tampoco bañeras llenas de hielo con su hijo metido en el baño durante horas. Le quedaba mucho por hacer, tenía todavía muchos problemas por resolver.

—¿Qué cojones has hecho?

Renner se había puesto al lado del contenedor gris. La sala estaba iluminada por una única lámpara de metal que colgaba del techo y daba lugar a un cono de luz que los rodeaba. La enorme figura de un hombre ataviado con una chaqueta de cuero auténtico con blindaje antibalístico proyectaba una sombra larga por el suelo. Las dos cruces de fulgurante oro que tenía en ambas manos brillaban en la pálida luz. Restos de maquinaria antigua descansaban sobre pedestales de cemento que había junto a las paredes, y su función original llevaba mucho tiempo olvidada. Una matriz de cables, tuberías, vigas y extractores sugerían que la sala solía pertenecer a una fábrica. Las ventanas a casi diez metros de altura sobre el suelo, dispuestas justo por debajo del tejado en diente de sierra, indicaban que las posibilidades de que alguien pudiera fisgonear en el interior eran casi nulas.

—Espero que puedas explicarlo. —Renner lo miró.

—Estaba probando una nueva forma de hacer las cosas. —Warden intentó mantener la calma—. Y funcionó.

—Pues igual las pruebas te las tienes que hacer en el cerebro, ¿eh? ¡Joder, que le robaste a Militech! ¡Nuestro puto cliente más importante!

Un pequeño gesto de rabia cruzó el rostro de Warden, pero se desvaneció enseguida.

—Por eso mismo nadie sospechará de nosotros —explicó—. Tenemos que expandirnos, Renner. Si no lo hacemos, nos quedaremos atascados. Hay que jugársela…

Renner se acercó. Era ligeramente más alto y le sacaba unos diez años.

—Has estado haciendo trabajillos por tu cuenta, ¿eh? Y yo que pensaba que eras un estúpido incapaz de hacer cosas por sí mismo.

Ross, que estaba en la puerta, dejó escapar una risilla.

—Tenemos el contenedor —replicó Warden—. Fue una prueba, no un curro. Un examen. No se lo dije a nadie porque quería minimizar los riesgos. Así que tranquilízate.

—¿Tranquilizarme? —Renner se acercó aún más. Las cruces de sus manos brillaron con una intensidad febril—. ¿Te he pedido yo que mangaras el contenedor? No. ¿Me has preguntado si podías mangarlo? Tampoco. ¿No ves en qué te has equivocado? ¿O es que eres aún más caraplomo de lo que pareces?

—Jamás lo habrías autorizado.

—¡Pues claro que no! Ahora, escupe. ¿Quién estuvo en esta mierda?

—Unos fulanos de la calle. —Warden se cruzó de brazos—. Todos tenían algo que ocultar. Solo tuve que estudiarlos un poco, sacar sus trapos sucios, endulzar el trato con unos edis y ya eran nuestros.

—Lo siguiente que espero que digas es que sus cadáveres están en el fondo del Coronado.

—No dirán ni mu.

Renner lo miró en silencio durante un momento.

—¡¿Me estás diciendo que están ahí fuera, vivos, esperando a que los arresten e interroguen?!

—Nadie los va a identificar. Incluido yo. Nosotros. Yo tengo la única grabación de la operación —mintió. Intentó relajarse. Estaba muy tenso—. Todavía no te has enterado de qué va la idea.

—No, todavía no me he enterado de qué va esta idea de mierda. —Renner intentaba mantener la calma a duras penas—. Tengo gente que es buena en lo que hace. Les doy un curro, lo hacen y nos dividimos los beneficios. Algo sencillo, funciona siempre y todo el mundo se va a casa contento. Pero vienes tú, me traes mercancía robada de Militech y encima te cargas a sus soldados en el proceso. ¿Y qué cojones quieres que haga con esto? Porque ahora mismo estoy pensando en reventarte, atarte a este puto contenedor y devolvérselo con flores y una puta botella de champán a modo de disculpa. ¿O es que tienes un plan mejor? —Renner se puso a unos centímetros de la cara de Warden, quien tuvo que dar un paso atrás—. Lo dudo. Al igual que dudo de todas tus ideas de mierda. Ahora escúchame bien. Vas a cerrar el culo y ponerlo donde tiene que estar. Nada de

preguntas, nada de planes improvisados y que no se te ocurra ponerte con más operaciones ni pruebas de este tipo. Harás lo que yo te ordene y punto. ¿Entendido?

—¡No te preocupes! ¡Puedes ajustar el tamaño, incluso en el mismo momento! ¡Especialmente en el momento! ¡Empieza con poco y termina a lo grande!

Milena apagó el anuncio, molesta. ¿Cómo se atrevían? ¿Una ninfómana entrada en años? ¿Qué clase de perfil habían cocinado los algoritmos?

Pero no había perfil alguno, fue ella la que había elegido este plan de suscripción. Al final ni siquiera lo apagó, paró la mano en el último segundo. Que siga de fondo, por curiosidad sociológica, para ver cómo vivían los demás ahí abajo.

El estremecimiento de la parte baja de su abdomen no fue imaginario.

¿Y si salía un rato? No, no tenía ni las fuerzas ni las ganas de ir a ningún sitio. Por no hablar de alguien con quien ir. Ned todavía se estaba lamiendo su ego herido.

Iba a ser otra noche encantadora. No. ¿Hasta dónde te puedes llegar a rebajar? Dudó un momento… ¿Y por qué no? No estaba pagando la cuota prémium porque sí. Todo lo que tenía era prémium: sus uñas, sus pechos, su piel… Echó un vistazo a los nuevos cartuchos que le habían llegado por su suscripción y se quedó con el discreto título de *Doce gigolós*. Se puso su corona de neurodanzas y se acomodó en el sofá.

La habitación era oscura, no tenía mucho espacio, pero era suficiente para albergar tres estaciones de trabajo. El brillo tenue de tres pantallas principales y unos cuantos apliques más no dejaban ver mucho más allá del aislamiento acústico de las paredes. Las estaciones de trabajo eran idénticas: una silla rodeada de pantallas y paneles de control, con un teclado instalado en el medio. Todas mostraban las mismas filas verdes, naranjas y rojas de números, gráficas en tiempo real y ventanas de comandos que cambiaban sin cesar, como en un sueño.

—No ha pasado nada en esta última hora —dijo una mujer conocida como OP1, claramente aburrida—. ¿No podemos echarle un poquito de mandanga?

—No vamos a echar nada —respondió OP2—. Alteraría los resultados.

—Pues como no pase nada, ni siquiera vamos a tener de esos.

—Nos dieron órdenes muy claras. No vamos a tocar las variables sin razón aparente.

—¿Que no pase nada no es razón suficiente?

—¿Estás tan aburrida que tienes ganas de que te echen? —interrumpió OP3—. Nos ceñiremos a las órdenes. No hay más discusión.

ArS-03, registro 44.321.
Proceso de sincronización iniciado.
Dispositivo sin identificar NI100101001110. Estado: desconocido.
No se han detectado subsistemas adicionales.

—¿Por qué siempre tiene que ser un almacén? ¿O un vertedero perdido de la mano de Dios?

Ya está, Zor por fin lo dijo. Llevaba mucho tiempo queriendo hacer esa pregunta en ese sitio, en la oficina de Buyers e hijo. El hombre que estaba detrás del mostrador era el dueño en persona.

La oficina apestaba. Siempre lo hacía. No hacía falta preguntarse por qué, dado que justo al lado tenía un compostador de biomasa. Aunque más bien parecía un arma biológica. ¿Y para qué? Si ni siquiera usaban el metano. La llama que había en el techo nunca se apagaba. ¿Era metano lo que producían miles de ratas, cucarachas y el resto de plagas al descomponerse? De todos modos, nunca iban a dejar de deambular por las paredes y recovecos de prácticamente todos los edificios de Night City. Puede que estuvieran allí desde que empezaron a edificarse. La llama nunca se apagaba.

Seguro que Buyers no tenía ni idea de eso.

Trabajar en el sector industrial no solo era extenuante y desagradable, sino también peligroso. ¿Cuántas veces se había metido una cucaracha por

el uniforme de alguien, provocando su caída desde una pasarela que cruzaba un tanque lleno de ácido? ¿Cuántas ratas habían saltado directas a la yugular de sus víctimas? Zor no lo sabía, pero seguramente fueran muchas.

—Esto es una tradición de varias épocas —explicó Buyers—. Como decía mi padre: «No hay trabajo que no podamos hacer». Los clientes lo saben, por eso vienen aquí. —Roncaba cada vez que se reía—. ¿Qué te pensabas que iba a ser esto, un puto pícnic?

Tradición. Era una manera de verlo. Buyers era el hijo de Buyers e hijo. Se podría decir que había seguido los pasos de su padre, pero no tuvo que moverse ni un centímetro. Sus ciento cincuenta kilos ocupaban el sitio en el que solía estar su padre. ¿Causa de la muerte? Trabajar en condiciones de riesgo, o diabetes del tipo 2 exacerbada por obesidad mórbida. Puede que las dos.

—Cuando empecé a trabajar aquí… —Zor odiaba este tipo de conversaciones. Notó cómo se le retorcía el estómago—. Mi idea no era tener que encargarme siempre de la parte más dura.

—Mira, chumba, te lo vuelvo a repetir. —Buyers se restregó la cara con una mano pringosa—. Alguien tiene que hacerlo, ¿vale? En cuanto termines con el almacén, te podrás relajar, lavarte con un jabón fuerte y pensar en el sentido de la vida o lo que te dé la gana. ¿Qué te parece?

—Hoy es el cumpleaños de Morris.

Buyers cerró los ojos y torció el gesto como si le doliera algo.

—Uf… —gruñó. Que Dios no quiera que su día no le fuera como él quería—. Pues nada, llévalo a algún sitio… Invítalo a una cerveza o algo.

Un momento de paz, Juliena está en la ducha. ¿Cuánta agua está usando? Es mejor no pensar en ello. Todavía quedaban dos semanas para que llegase la factura…

Se estaba quedando dormida, pero tenía que aguantar. No podía mostrar lo exhausta que estaba. Un poquito más y tendría tiempo suficiente para dormir. Después.

La niña salió del baño desnuda y llenó todo el suelo de agua. Sin vergüenza alguna. Ni siquiera sabía que hubiera algo llamado vergüenza. Su cuerpo no era más que un vehículo que atravesaba una realidad inescrutable. Aya le tendió una toalla, pero ella jamás la cogía. Era Aya la que tenía que secarla.

Quince minutos más tarde, estaban en el metro. Aya luchaba contra el sueño con todas sus fuerzas. Solía dormir un par de horas después de su turno en Marry's, llevaba a Juliena al colegio y volvía al club para dormir un poco más antes del trabajo. Lo normal es que le faltara sueño.

Juliena era especial. Única. Cuando iba en el NCART, siempre se pasaba el viaje mirando hacia delante. Quién sabe, igual resolvía ecuaciones complejas en su cabeza, o puede que se quedara suspendida en el tiempo, esperando a que la realidad le diera un empujón. Sin ninguna excepción, salía del trance en cuanto llegaban a su parada. Aunque se hubiera pasado todo el viaje sin mover un dedo, siempre se levantaba con una precisión inquietante e iba directa a las puertas.

Aya abrazó con ternura a Juliena y le dio un beso en la frente. La niña no sonrió. Nunca sonreía. Sin reacción alguna, se dio la vuelta y caminó hacia la entrada del colegio. Aya la siguió con la mirada hasta que desapareció por los pasillos del colegio.

En el camino de vuelta a la estación, a Aya casi la atropellan. La siesta que se echaba hasta llegar al club apenas duró unos minutos, la despertó el sonido de un mensaje nuevo. Seguramente no fuera nada bueno. Con una orden mental, lo abrió y delante de ella apareció un recordatorio del impago de la cuota del colegio. Sí, ya había pasado un mes. Se trataba de un colegio para niños con necesidades especiales, uno de los pocos de Night City. Juliena tuvo suerte de haber entrado. Y, por supuesto, era más caro que uno normal. Aunque Juliena tuviera ocho años, tenía la madurez emocional de una niña de dos. Todo indicaba que eso no cambiaría. Criarla sola era cada vez más difícil y quedaba poco para que la ayuda de M no fuera suficiente. La adolescencia era una cuestión de tiempo. ¿Cómo iba a conjugar las necesidades de su cuerpo con su mente de niña? Por no hablar de los gastos, que cada vez serían mayores.

Anuncios. Daba igual adónde mirase, la acosaban por todos lados. El vagón de metro tenía la parte superior cubierta de pantallas led, pero además las pantallas de las paredes del túnel parpadeaban como un libro animado. Lo normal es que también hubiera anuncios en medio del vagón, pero ahora sus haces de luces estaban deformados por la multitud de pasajeros agolpada a duras penas. Aya intentó poner orden en su cabeza. No podía dejar de pensar en el guardia de Militech que mató a sangre fría. El hecho de que hubiera sido una cuestión de supervivencia no le servía de mucho, y si la hubieran matado a ella, ¿qué sería de Juliena?

Las noticias permanecían en un silencio exagerado. No oyó ni una palabra de lo que había pasado, ni siquiera una pequeña mención en las mininoticias insertadas entre anuncios. Asaltaron un convoy de Militech a plena luz del día y… nada, ruido de grillos. Night City tenía muy poca memoria con respecto a los delitos. Todos los días amanecían con un nuevo tiroteo, asesinato o atraco. Variaciones del mismo tema que amenizaban el primer café.

Un icono parpadeó en la esquina de su campo de visión: un nuevo mensaje. Aya lo abrió con una orden mental. No necesitó pararse mucho para perder toda la voluntad de seguir viviendo. Otro curro. ¿Justo ahora, cuando lo único que quería era volver a la normalidad? «Quería», qué concepto más extraño, parecía de otra época. Podía pasarse todo el tiempo del mundo queriendo cosas, pero ¿tenerlas de verdad? Un lujo. No podía ignorar el mensaje. No era una orden, sino una descripción del futuro en el que ella, Aya, tendría que interpretar el papel que le habían asignado. No tenía opción, era parte del trato. Ni siquiera podía enviar una respuesta o preguntar alguna duda. No había identificador de remitente.

No se podía quejar. Después de todo, el último curro fue casi tres meses atrás y lo terminó en una sola noche sin complicación alguna. Ahora que se paraba a pensarlo, tres meses era mucho tiempo.

«Objetivo: Jeronimo Mendes. Lo atraerán hacia ti. Que parezca casualidad. Mostrarás interés, pero sin pasarte. No lo presiones ni intentes sacar información. Le apoyarás emocionalmente y mostrarás empatía ante sus necesidades. Sé sutil. Que hable él. Más detalles en el archivo adjunto».

Cerró el mensaje. No tenía energía para leer toda la información. Fingir ser otra persona era un trabajo duro que llevaba mucho tiempo. Había que anticiparse y planear cualquier situación posible, conformar una persona totalmente distinta que pareciera natural. Tener que resistirse a sus propios instintos, eso era lo que más odiaba. A veces no eran horas, sino días. Y todo tenía que salir bien. ¿A quién pretendía engañar? No odiaba solo una parte. Lo odiaba todo.

Terminaría de leerlo al día siguiente, después de dormir un poco. Era su día libre.

Se puso de pie. Había llegado a su parada.

Control de plagas no era la mejor manera de describirlo. Lo que hacían era más bien excavar a fuerza bruta. En cuanto los chorros de las mangueras a presión terminaron de limpiar eso que era moho u otra cosa, lo único que no habían podido retirar era una capa de óxido y algo que en su momento podía haber pasado por pintura. No quedaba mucho por salvar, la corrosión había llegado hasta el mallazo de las columnas. No había ni rastro de insectos, seguramente se habían muerto de hambre. Este trabajo no tenía sentido, ese edificio acabaría demolido en un año o dos. O se les caería encima justo en ese momento.

—Hemos terminado. —Zor cerró la manguera y se levantó el visor de plexiglás.

—¿Qué? ¿Por qué? —Morris hizo lo mismo—. Si solo vamos por la séptima columna.

—Este sitio llevan diez años sin tocarlo y pueden pasar otros diez sin que vuelvan a hacerlo. —Zor suspiró—. Calculo que nos quedan doscientas columnas por revisar y cada vez se van a ir haciendo peores.

—Pero… es que es nuestro trabajo —insistió Morris.

—Ya, pero esto no tiene sentido —respondió Zor—. La mayoría de estas columnas solo tienen moho y óxido. ¿Sabes lo que creo? —Zor se paró un momento—. Que nos hemos equivocado de dirección.

Morris no pilló la indirecta, pero la culpa era de Zor, no suya. Su síndrome de Down le dificultaba la comprensión de las indirectas, por no

hablar de las dificultades asociadas al trastorno. En ese momento, Morris estaba obcecado en que tenía un trabajo por hacer y esperaba poder terminarlo.

—Pero si te encargaste de comprobarla.

—Lo sé, lo sé. Mira, es culpa mía, ¿vale? —Zor caminó hacia la furgoneta verde con el logotipo de BUYERS E HIJO y el número trece impreso en negrita. Se llevó la manguera a rastras—. Venga, que ya hemos terminado. Buyers no se enfadará contigo, lo prometo. Fui yo el que se equivocó de dirección. Anda, vente, Morris, a menos que te quieras quedar aquí.

Feromonas, dosis baja. El humo rosa escondía todo lo que se encontraba a unos pocos metros. Bien. El ritmo de la música llenaba todos los espacios, superponiéndose sobre la cacofonía de conversaciones. Bailar daba euforia, lo era todo. Nada existía fuera de sus confines. Mano derecha en la barra de acero, dos vueltas con subida de hombros y después sentir el metal frío entre gemelo y muslo. Los glúteos contraídos, golpes de pecho y un brazo que corta el humo. Dentro de ella, un fugaz deseo. Algo. Alguien. No sabía quién.

Sus piernas giraron con fluidez hacia arriba, el pelo le caía hasta el suelo. Llegó el momento más esperado por sus fans. Agarró la barra con fuerza, se impulsó con la pierna izquierda y empezó a girar ganando velocidad. Sus giros seguían el ritmo, algo que ninguna otra bailarina era capaz de conseguir.

Bien.

Casi.

No.

El hombro de Aya se golpeó contra el escenario. Por suerte, estaba acolchado. Intentó con todas sus fuerzas cerrar el puño derecho. Sus dedos le temblaban, pero se empezaron a mover como si un resorte oxidado los hubiera activado.

La música dejó de sonar, pero ella podía mover la mano. Las luces se atenuaron. Todo pasó en un único momento.

Salió de su ensimismamiento y miró al público, nerviosa. Nada había cambiado. El aplauso normal y vuelta a la conversación. Nadie se había dado cuenta de la caída. Ahí lo que contaba era la atracción primaria, y todo lo demás pasaba a un segundo plano… dependiendo de la sustancia.

Vio a un hombre de aspecto asqueroso guardarse algo similar a una petaca en el bolsillo de la chaqueta. ¿Por qué se había fijado en eso? Debía de haber unas cien personas en la sala, bailando o reviviendo neurodanzas, y ella nunca se molestaba en ver quiénes eran, solo formaban parte del paisaje. Sí, parte del público eran empleados del club. Nunca antes se había fijado en ningún cliente en concreto. Lo suyo era salir escopetada hacia el camerino tan pronto como podía.

Nervios, eso era todo. Demasiadas cosas en esos últimos días.

Cogió un enchufe del tamaño de una taza de café y lo insertó en una toma situada en la parte de atrás de la furgoneta. El cable grueso se agitó y después se quedó tieso con un silbido. El surtidor proporcionaba a los vehículos todo el combustible que necesitaran, cargaba sus baterías y ejecutaba programas de diagnóstico. En las plazas subterráneas que tenía a su lado estaban aparcadas dos furgonetas idénticas.

Caminó hacia la entrada de la oficina, con Morris siguiéndole los pasos.

El local era un garaje asqueroso y gris con tantas goteras que parecía que se fueran a formar estalactitas en cualquier momento. Cualquiera pensaría que un sitio dedicado a la descontaminación sería un poco más… limpio. Tampoco importaba, porque ningún cliente iba a personarse allí.

Como de costumbre, Buyers estaba en su pequeño cubículo, inclinado sobre un par de terminales deslucidos conectados a varias redes. Ordenaba objetos en la pantalla de su terminal basándose en tres criterios: hecho, pagado y por hacer. O puede que hiciera otra cosa. Sus ojos reflejaban una luz azul, por lo que era probable que estuviera en una hololamada.

Dejó lo que estaba haciendo y los miró, esperando una explicación. Habían vuelto antes de lo previsto.

—Ahí no había nada —dijo Zor—. El trabajo no tenía sentido.

—Es normal que los corpos nos den trabajos sin sentido. —Buyers se reclinó en su silla chirriante—. Pero como nos pagan, yo no pregunto. Si quieren que fumigue un almacén, pues se fumiga. Aunque lo vayan a demoler la semana que viene.

—Ahí no había nada —dijo Zor—. Ni siquiera insectos.

Buyers se quedó mirándolo. Finalmente sonrió.

—Sí, supongo que tienes razón… —asintió—. Un trabajo que se hace solo, ¿eh? Revuelves las cosas un poco y dejas el sitio como si diera la sensación de que hiciste algo.

—Eso hice.

—Ajá. Bien. —Volvió la vista a la pantalla—. Pues os encargaréis de otra cosa. Fácil, pero urgente.

—¿Urgente significa para hoy?

—Mira, te pongas como te pongas —Buyers señaló a Zor con uno de sus dedos morcilleros—, te quedan tres horas para fichar e irte.

—¿De qué se trata?

—Lo de siempre, pero con una pequeña… diferencia. —Buyers volvió a sonreír—. Yo creo que te gustará.

Su mano parecía estar bien. Del calambre no quedaba ni rastro. Puede que solo fuera una pequeña molestia, nada más. No volvería a ocurrirle.

Cerró la puerta del vestuario e hizo unos ejercicios sencillos: saltos, una voltereta hacia atrás y unas flexiones de tríceps. Todo parecía en orden.

Dora la miró aburrida mientras fumaba. Le tocaba salir en unos minutos, pero siempre apuraba el calentamiento.

—No sé para qué te molestas —dijo en su tono apático y condescendiente—. Si te chipearas, te ahorrarías el calentamiento.

Al contrario que Aya, Dora tenía varios implantes a la vista y le gustaba recordárselo a la gente siempre que tenía la oportunidad.

—Prefiero ser así. —Aya agarró la barra que estaba anclada a la pared e hizo varias dominadas.

—Tú te lo pierdes, cari. —Dora abrió la boca y sacó tres lenguas que vibraban y se movían en sincronía como serpientes de cascabel.

—Cada una tiene su nicho. Si lo hiciera, perdería muchos fans.

—Ay, qué rarita eres —dijo riéndose—. ¿Para qué complicarte la vida?

Sin esperar respuesta, se encogió de hombros y se retocó un poco el maquillaje en el tocador. Fuera, con la luz tenue y el humo, nadie se daría cuenta de las pequeñas imperfecciones. Al menos eso era lo que Dora creía.

—He tenido una pesadilla. Había muchos demonios —dijo Morris.

—Los demonios no existen —respondió Zor—. Son ficticios.

—¿Qué significa eso?

—Que son inventados.

—¿Y si los demonios no son más que gente mala?

—Eso podría ser.

—Oye, ¿te apetece una cerveza? —preguntó Morris esperanzado—. Ya sabes, después del trabajo.

Zor no respondió. La furgoneta se movía por el tráfico con lentitud. Todo tipo de coches la adelantaban: limusinas, deportivos, taxis de combate e incluso un Delamain. Las ventanas tintadas reflejaban la luz de los holopaneles y los carteles de neón. Los corpos volvían a casa o a Japantown a desfogarse y fundirse fajos de edis.

—Hoy es mi cumpleaños.

Zor no tenía ni que girarse. Sabía que Morris lo miraba, esperando a que dijera algo.

—No bebo.

—Mi mamá siempre me compraba una tarta.

—¿Y por qué no te la va a comprar esta vez?

—Porque está muerta.

Zor suspiró.

El paisaje urbano cambiaba y daba lugar a edificios más bajos y coches más baratos. En lugar de trajes y tacones, la gente llevaba vaqueros rotos y chanclas. Grupos de gente se agolpaban para esconder algo que por supuesto no era nada sospechoso. Las calles estaban llenas de basura. No es que hubiera menos carteles de neón y holoanuncios, pero eran bastante más brillantes y horteras. Escaparates llamativos se mezclaban con maltrechas

casas okupas llenas de pintadas y cristales rotos. Aunque en otro momento fuera un lugar lleno de riqueza y prestigio, la Kabuki de ahora no era precisamente el orgullo de Night City.

Zor aparcó cerca de la acera llena de basura, entre una furgoneta con desconchones de pintura y una camioneta muy castigada. Se bajaron.

—Mantente cerca de mí. —Zor tomó nota del grupo que estaba en la puerta del club—. Este barrio no es seguro.

Descargaron su equipo bajo un brillo rosa neón. Si Buyers pensaba que esto les iba a gustar, se equivocaba de calle. Al menos en cuanto a Zor. Sitios como este apestaban a problemas, y él solía caracterizarse por su propensión a meterse en ellos. Esos días los evitaba como si fueran la puta peste.

¿Y cómo le había ido?

Unas cuantas chicas paseaban por el club mientras coqueteaban con clientes. O se postulaban, mejor dicho, aunque las dos eran perfectamente compatibles. De todos modos, a eso venía la clientela. Entre otras cosas.

Llamaron a la puerta, algo muy extraño en ese lugar. Aya se volvió y se quedó mirándola durante unos segundos.

—Eh…, ¿quién es? —preguntó por fin.

—¿Puedo entrar?

—Por supuesto.

La puerta se abrió. Era comosellame, el chaval de las chapuzas. Se había quedado clavado, mirando a Aya con la boca abierta. Una cucaracha le pasó por el zapato, pero desapareció corriendo hacia el armario.

—¿Has venido a arreglar algo o a…? —intentó decir con amabilidad.

—Eh…, ¿puedo pasar? —Señaló al suelo, delante de ella.

—Eso ya me lo habías preguntado antes.

Dio dos pasos dubitativos hacia delante. No estaba segura de a qué se dedicaba realmente. ¿Arreglaba… cosas? A veces le veía correr de un lado a otro, entre las barras de la primera planta y la planta de abajo. Otras, cambiaba grifos o hacía recados. ¿Cuántos años tenía? ¿Quince? Ese no era el mejor sitio para hacerse mayor. Pero era mejor que la calle.

Con una timidez extrema, puso una ficha rosa en la mesa del tocador y salió escopetado hacia la puerta. Justo después de que cerrara la puerta, Aya se dio cuenta de que tenía el pecho totalmente al descubierto. A ella no le daba vergüenza, no en ese sitio. Pero a él, en cambio…

Cogió la ficha. Por un lado, significaba más pasta; por otro, llegaría a casa media hora más tarde.

Escribió un mensaje a M: «Todavía me queda trabajo por delante. Llegaré más tarde».

Volteó la ficha entre sus dedos. La vida no era como se esperaba. El mundo tampoco. ¿Lo fue alguna vez? ¿Lo era para alguien? Se fijó en la forma del número de la ficha. Ocho.

Los graves retumbaban por el techo. Sería alguna especie de club. Los sótanos de estos sitios eran siempre iguales, estaban llenos de mierda que alguna vez tuvo su utilidad, pero que luego se quedó olvidada. Basura, en otras palabras.

Zor se subió la máscara y apagó el compresor portátil unido a la pequeña bomba de insecticida. El pestazo no dejaba lugar a dudas, cualquier bicho vivo no iba a durar mucho.

—Apaga eso —le dijo a Morris.

Morris apagó su compresor, pero se dejó puesta la máscara. Esperó la explicación de Zor.

Habían terminado dos habitaciones… Pero ¿cuántas les quedaban? Los niveles subterráneos de este edificio eran mucho más amplios de lo que parecían. Aunque solo fuese una sensación, acabar el trabajo en esa tarde era imposible. Les llevaría más de un par de días.

Zor se paseó por un par de habitaciones y se agachó para ver los recovecos. Sí. Les quedaba muchísimo más por hacer. Una semana de trabajo, según sus cálculos.

—Todavía nos queda un montón, jefe —dijo Morris.

—No soy tu jefe —le recordó Zor—. Somos socios. Ya te he dicho cien veces que me llames Zor.

Sacó el mechero y miró hacia dónde se inclinaba la llama. La corriente iba hacia abajo. Lo normal era que fuera hacia arriba. Que fuera hacia abajo facilitaba mucho las cosas.

—Zor, esto nos va a llevar mucho más de tres horas —dijo Morris—. Yo creo que más bien son tres días.

—Y si le quitamos la hora de ida y la de vuelta, nos quedamos con apenas una hora de trabajo.

—Es imposible que terminemos.

—Pues yo ya me he hartado de cazar bichos. Venga, vamos a recoger.

—Pero el señor Buyers dijo que era urgente.

—Y por eso vamos a recoger todo muy rápido.

No era un trabajo difícil si tenías talento. Se trataba de venderte, vender tu cuerpo, tu cara —bueno, sobre todo tu cuerpo— y los implantes que tuvieras. Solo vendías tu exterior; tu interior lo seguías manteniendo. Seguías siendo anónima. A veces era incluso emocionante y liberador; ganar dinero por dejar que la gente te mirase. Bailar ayudaba. A Aya le encantaba bailar.

Excepto los bailes privados, representados por la ficha rosa.

Veinte edis más las propinas. Había quienes preferían el privado al escenario —un extra era un extra—, pero Aya no se encontraba en ese grupo. Un privado significaba algo cercano, íntimo. Dejabas de ser un número más del escenario. Te miraban con lujuria, te manoseaban el muslo con dedos grasientos… Aya se estremecía solo con pensarlo. Pero no le quedaba otra. Formaba parte del contrato.

Los bailes privados no podían solaparse con las actuaciones del escenario. Dora estaba ahí fuera, enseñando pasivamente sus gemelos sintéticos y talones de cromo soldados a los pies. Un espectáculo de Dora no estaba completo sin la demostración de su sintevagina.

Faltaban unos minutos para el final del número. Aya se puso el sujetador y otras prendas básicas. Los stripteases eran la mejor manera de ocupar el tiempo de un baile privado. Se retocó el maquillaje y caminó por el pasillo

con pocas ganas. Sabía qué tenía que hacer, seguía su rutina. Pero los escalofríos siempre estaban ahí.

Como de costumbre, Yuki estaba coqueteando con el resto de bailarines. Ahora sus tatuajes tenían un brillo naranja. Aya se preguntaba si lo controlaba conscientemente o si los colores reflejaban su estado emocional.

—¿Cómo va la cosa? —preguntó Aya.

—He vendido treinta y cinco cartuchos. —Yuki se encogió de hombros —. Si hubieran sido trescientos cincuenta, podría decir que tirando.

Aya asintió, comprensiva. Las cosas le estaban yendo mejor, pero no lo suficiente como para captar la atención de productoras importantes de neurodanzas. Solo conseguía vender las suyas allí, en el club. Vendía un par de cartuchos después de cada baile; era difícil llamar profesión a eso.

De repente Yuki dio un grito y se pegó a la pared. Al otro lado del pasillo, una cucaracha gigante estaba correteando por el suelo. Los bailarines se rieron.

—Estas cabronas están por todas partes —dijo con asco—. Como si alguien hubiera traído un cargamento de ellas.

—Sí, hace un minuto acabo de ver una en el vestuario —añadió Aya.

—Antes no había tantas.

Sus tatuajes ahora presentaban un brillo morado. Sí que se adaptaban a las emociones.

—Si te sirve de algo, estoy segura de que también corretean por las mansiones más caras de North Oak —sentenció Aya.

La lata era de unos dos litros y tenía etiquetas de calaveras en todos sus lados. Aparte de eso, tampoco parecía muy nociva.

De acuerdo con las instrucciones, Zor debería haber lanzado una advertencia a todos los individuos presentes en el edificio. Pero no era factible y, además, era una auténtica pérdida de tiempo. Comprobó otra vez la dirección de la corriente de aire, ajustó la ruleta del temporizador a un minuto, quitó la anilla y pulsó el botón START. Clic. El temporizador empezó a girar poco a poco hacia atrás. Era completamente mecánico, un regalo para los ojos. Lo arrojó bien dentro del sótano y desapareció en la

oscuridad total con varios golpes metálicos. Igual no debería haberlo lanzado así, pero ya era demasiado tarde. Sacó una pistola aislante, rellenó los huecos del marco de la puerta y puso un cartel en la cerradura en el que ponía «no abrir antes de…» y sumó veinticuatro horas a la fecha y hora que marcaba su reloj. Esperaba que quien se encontrara con el cartel supiera leer. El veneno se neutralizaría por sí solo a la media hora incluso sin ventilación, pero las instrucciones siempre extremaban la precaución.

Después alguien tendría que volver a limpiarlo todo. Por suerte, el día siguiente Morris y Zor libraban.

Se adentró en el humo habitual y los graves contundentes de la sala principal. Dora todavía seguía con el espectáculo de sus implantes en la barra. Las enormes pantallas que tenía encima y debajo mostraban primeros planos de sus atributos más interesantes, mejorados al instante con animaciones generadas por procesos. La corriente constante alejaba el humo del escenario. Bajo la luz brillante de los focos era perfectamente visible. Desde abajo, todo se veía distinto. Las sensaciones eran distintas. La soledad era mayor.

La música bajó de volumen y los focos dejaron de centellear. El escenario estaba totalmente a oscuras, una ilusión óptica provocada por la iluminación. El aplauso duró unos momentos hasta que la música de fondo y el ruido volvieron a su volumen normal.

Aya se dirigió al número ocho, un reservado con una mesa redonda y una barra de acero instalada en el centro. No era difícil adivinar de quién era la ficha. Estaba sentado en medio del sofá, despatarrado como un rey. Tenía el pelo moreno y rizado, y un bigote tan fino que parecía dibujado a lápiz. De unos cuarenta. Su chaqueta blanca parecía demasiado elegante para el sitio en el que estaban. Tenía algo que no le gustaba a Aya, pero no sabía muy bien el qué. A su lado se habían sentado dos chicas y tenía dos hombres enfrente. Sus guardaespaldas, probablemente. O quizá fuera al revés.

Puso la ficha sobre la mesa. El hombre apenas asintió. Era él, el asqueroso en el que se fijó antes. ¿Por qué le parecía tan repulsivo? No

estaba gordo, no tenía problemas en la piel y estaba bien proporcionado. ¿Qué era lo que le hacía ponerse a la defensiva? El bigote podría ser, pero no era eso. No sabía por qué.

Tampoco era bueno quedarse atascada en ese detalle. Tenía que acabar el baile… sin que le metieran mano. Dio un salto enérgico para subirse a la mesa y deslizó la mano por la barra. Se puso de cuclillas sobre sus tacones y llevó con elegancia las bebidas al borde de la mesa. Estos salvajes jamás entendían que cuando una se inclinaba contra la mesa, lo último que quería era clavarse las copas a la espalda.

Empezó a moverse al ritmo de la música de esa parte del club, que pedía un baile mucho más lento. Aya abrazó la barra, manteniéndose en una altura inalcanzable. En el peor de los casos, siempre podía escalar más alto. El asqueroso ni siquiera lo intentó. Se quedó sentado, mirándola con una sonrisa lujuriosa. A las chicas que tenía al lado les costaba mostrar interés.

La sala estaba saturada de humo, alcohol, decenas de conversaciones y una música pensada para taparlo todo.

—Oye, Zor, es mi cumpleaños —le recordó Morris, alzando la voz sobre el barullo.

—No nos podemos quedar aquí.

— ¿Y eso?

Zor se dio la vuelta y señaló lo que aparecía escrito en la parte de atrás de su uniforme. BUYERS E HIJO. CONTROL DE PLAGAS.

—Digamos que no vamos vestidos para la ocasión.

Morris señaló a dos tipos sentados en la barra con uniformes de MANTENIMIENTO DE NCART y esbozó una sonrisa triunfal.

—Esos tampoco. Se te han acabado las excusas —respondió Morris, centrándose en Zor con una determinación intensa—. Y hoy es mi cumpleaños.

Zor tenía excusas. Un montón de ellas. Y de las buenas. Cerró los ojos, trató de ordenarlas y poner cada cosa en su sitio. No pudo.

Estaban sentados a un lado sin saber bien qué hacer. A unos metros de ellos la gente bailaba, se enseñaba los implantes, bebía y pedía bailes en

reservados. En lo alto, colgadas de un techo invisible por la oscuridad, una serie de pantallas reproducían animaciones vagamente eróticas. Cualquier cosa que ayudase a la gente a fundirse los edis más rápido.

—¡Mira, un demonio! —Morris tiró de una manga a Zor, aterrorizado.

Zor miró hacia donde le indicó su compañero. Un tipo pálido y enclenque con un sistema óptico con cuatro brillantes luces rojas en lugar de ojos se hacía camino lentamente entre la muchedumbre. En la parte de atrás de su chaqueta tachonada tenía una araña robótica con una calavera en lugar de cabeza. Maelstrom. Era raro ver a uno de ellos en un sitio así. Puede que estuviera para hacer negocios, pero lo mejor era ignorarlo.

—Mira, Morris… —dijo Zor con voz suave.

Entornó los ojos. Le llamó la atención el grácil salto desde la mesa y los giros veloces alrededor de la barra de la chica que bailaba en el reservado más cercano. Esa manera de moverse la había visto antes…

Sacudió la cabeza para quitarse esa idea. Él ya tenía su día del mes en el que iba a un sitio específico a tomarse algo muy concreto. El resto del tiempo intentaba no pensar en el pasado, porque si lo hacía, volvían sus fantasmas. Esperaba ese día como si fuera una fiesta, un día de purga.

Fue en ese día, el último de ellos, en el que conoció a Warden.

Recogió su ropa y estaba lista para irse cuando el asqueroso puso algo sobre la mesa. Era otra ficha, esta vez de color rojo, con un número ocho que brillaba a la luz. Se quedó petrificada. Representaba una solicitud de habitación y el color indicaba algo más íntimo que un baile. Mucho más íntimo.

No era momento para ponerse delicada. Saltó de la mesa, recogió la ropa en un burruño que se apretó al pecho. No era más grande que una pelota de tenis.

—No puedo… —Negó con la cabeza.

—Te haces la tímida, ¿eh? —El asqueroso abrió la boca por primera vez —. La difícil, ¿eh? Me gusta por dónde van los tiros.

Las chicas que tenía al lado se espabilaron de repente y volvieron de su ensimismamiento.

—No doy ese servicio —Aya dio un paso atrás—. Solo soy bailarina.

—Y yo piloto aeroespacial.

—No tengo nada que pueda interesarte. Estoy segura de que hay alguien mejor…

—En realidad sí lo tienes —la interrumpió—. Lo acabo de ver.

—No tengo ninguna… mejora.

—Así es. —Se levantó. Una de las chicas se movió para dejarle pasar —. He oído que eres cien por cien orgánica y lo acabas de confirmar. Por eso he venido hasta aquí. Por ti. ¿Entiendes por dónde voy?

Empezó a retroceder, cubriendo su pecho descubierto con el burruño mientras él se acercaba dando los mismos pasos.

Sacudió la cabeza.

—No quiero —dijo con una vocecita.

—¿Y a mí que carajo me importa? —Sonrió—. Yo ya puse el dinero.

Se golpeó con algo que tenía a su espalda. Era uno de sus guardaespaldas. Miró a su alrededor desesperada mientras se ponía su minúsculo top. ¿Dónde estaban los porteros cuando los necesitabas? ¿No les pagaban por echar a los clientes pesados?

—¿Dora?

Dora estaba en el bar terminando de abordar a un corpo borracho. La combinación del alcohol y su último baile le brindaron la posibilidad de conseguir una ficha roja.

Le dirigió a Aya una mirada condescendiente.

—A ver si creces, princesita de mierda… —se burló y volvió con el corpo.

¿De qué tenía miedo el personal de seguridad? ¿De dos cretinos que parecían sacados de una neurodanza de espías? Sus ojos llenos de pánico barrieron la sala hasta dar con los ojos caricaturescos de Crispy, que vigilaba la situación desde la barra. Fue entonces cuando cayó en la cuenta. Si seguridad se encargaba de alguien, iba a ser de ella.

Se había quedado sin opciones. Cerró el puño, tensó el brazo y con la velocidad de un rayo dio un puñetazo traicionero con todas sus fuerzas al estómago de uno de los guardaespaldas.

Morris tenía razón, su vestimenta daba igual. Lo único que importaba en el bar de abajo era la pasta que te podías fundir. A su lado, una chica muy chipeada se trabajaba a un corpo borracho. Los operarios del NCART estaban a dos taburetes de distancia; y detrás de ellos había un tipo que parecía recién salido del gimnasio. Sí, puede que fuera uno de esos lugares en los que ni la clase ni la elegancia importaban lo más mínimo.

—Es la primera vez que estoy en un sitio así. —Morris se sumergió en la atmósfera con la misma rapidez que se tomaba su cerveza.

—Eh, ve más despacio con eso.

—De acuerdo, jefe.

—No soy tu jefe.

—Se está muy bien aquí.

Morris se bebió su cerveza como si fuera un refresco. Con sus brazos por debajo de la media, cogida con las dos manos, podía parecerle néctar de los dioses. Zor no estaba seguro de si era la primera vez que Morris probaba el alcohol. Era demasiado tarde para preguntárselo. Él llevaba… años sin beber. Nunca tocaba la copa que acostumbraba a pedir en su ritual mensual.

Esta vez se dio el gusto de dar unos tragos y se permitió relajarse un poco y sentir menos tensión en el cuerpo. A pesar de sus resistencias, empezaba a perderse en la sensación de que todo iba a ir bien. Las preocupaciones que lo ataban se habían evaporado con el humo del club. Preocupaciones que llevaba años arrastrando. Sentía alivio. Las cosas estaban empezando a colocarse en su sitio. El mundo no iba a ser mejor, pero al menos su estúpido cerebro dejaría de torturarle. *Ya no oye el rugido de los propulsores, no ve las columnas de fuego tras la lluvia negra que marcaban que había llegado demasiado tarde*.

—¿Por qué te paras? —dijo Morris, enfadado—. Estabas hablándome de tu mujer.

—¿En serio? —Zor tenía delante una cerveza casi vacía—. ¿Y qué te estaba contando?

—Buah, era la historia más alucinante que he oído nunca. Seguro que mejor que cualquier neuro.

—¿Has probado las neuros?

—No, te hacen cosas raras. Prefiero lo que me estabas contando. Sigue, porfa.

—Una vez al mes voy al bar en el que nos conocimos mi mujer y yo.

Zor casi dejó caer una sonrisa. ¿Igual no había nada malo en tomarse una cerveza? Estaba a punto de claudicar ante esa ocurrencia cuando sus ilusiones se hicieron añicos por una trifulca que empezó a formarse a su espalda. No quería mirar. Tenía que mantenerse alejado de cualquier problema a toda costa, no llamar la atención. Las peleas de bar estaban incluidas en esa categoría.

Seguro que los porteros se encargaban del problema. En cualquier momento…

Dio un trago a su cerveza. Sabía a mierda, pero le sirvió para tranquilizarse. A veces había que hacer algo así para controlar los nervios. Lo único que tenía que hacer era cambiar sus hábitos. Lo de Warden fue porque bajó la guardia, dejó que sus emociones se hicieran con el control. Los rituales eran la forma más fácil de caer en una trampa. ¿Tomarse una cerveza con Morris de vez en cuando…? No había nada de malo en eso.

La trifulca que tenían detrás llegó a un punto en el que lo extraño hubiera sido ignorarla. Zor se dio la vuelta a regañadientes. Una de las bailarinas forcejeaba con un machaca trajeado de mandíbula cuadrada. Había otro cerca que se limitaba a mirar. Era difícil saber quién atacaba a quién. No le sorprendía que los porteros hicieran la vista gorda. Zor los reconoció inmediatamente. Eran unos capullos con pinta de tipos duros que fingían hacer otra cosa.

—Deberíamos ayudar a esa chica —dijo Morris con firmeza.

—No es asunto nuestro.

—Deberíamos ayudarla.

—Deberíamos estar a lo nuestro.

—Mi mamá siempre decía que hay que ayudar si se puede.

Ahora era obvio que la bailarina estaba intentando librarse del machaca. Cuando el segundo machaca decidió unirse a la trifulca, Zor se levantó del taburete y se acercó a ellos. Joder. Ya no había vuelta atrás. Ojalá poder razonar con ellos y resolver la situación hablando.

Terminaría por arrepentirse.

—Amigos, ¿qué tal si os calmáis y le dais un poco de espacio?

—¿Y si no lo hacemos?

—A mí no me parece que ella quiera estar ahí.

—A ti sí que no te va a gustar estar en este sitio —dijo un tipo moreno con un bigote delgado que estaba a un par de metros. Don Elegancia. Puede que fuera su jefe—. Date la vuelta y vete. No te lo pienso repetir.

Bajo el maquillaje corrido por las lágrimas y la peluca se ocultaba un rostro que Zor reconoció. Su cuerpo entero se puso tenso.

—No quiero problemas —dijo Zor—. Me iré si la dejáis en paz.

—Ni de chiste, hijueputa. —Se levantó—. Esto es lo que vamos a hacer…

No terminó su frase. Sin dejarle tiempo para reaccionar, Zor agarró a Don Elegancia y lo lanzó por encima de la mesa hacia los sofás de cuero. Se quedó tirado a un lado de la mesa. Las chicas del reservado decidieron que era el mejor momento para escapar a toda prisa. La pareja de machacas dejó a Aya. Se quedó de pie encorvada, agarrándose la mano derecha, y dio un par de pasos atrás, pero no huyó.

Los guardaespaldas dudaron entre ir a ayudar a su jefe o entrar en combate. Optaron por la segunda, la peor de las dos opciones. Zor percibió de algún modo que, aunque no estuvieran chipeados para el combate, escondían algo. El de la izquierda se metió la mano en la chaqueta. Estaba a punto de sacarla, pero Zor lo aplastó contra el suelo. El segundo tuvo más suerte. Se fue corriendo a la barra y apuntó a Zor con su pistola. Una Kenshin, por su aspecto.

Antes de poder apretar el gatillo, alguien le placó desde la derecha. Morris. Evidentemente el machaca no era un completo inútil. Esquivó el movimiento con un paso lateral y con un empujón rápido alteró la trayectoria de Morris, lanzándolo contra el suelo. Morris chilló de dolor e hizo ruidos que parecían los sollozos de un niño.

Nadie pegaba a Morris.

Se abalanzó contra el machaca, un movimiento muy estúpido, porque le estaban apuntando con una pistola. El machaca se echó a la derecha y después acortó distancias. Disparó el arma y uno de los holoproyectores de

arriba parpadeó y se apagó con una lluvia de chispas. El ruido no era el de una bala normal, sino el del filo de unos patines chocando contra el hielo negro. Sí, era una Kenshin, una pistola electromagnética.

Algunos de los clientes intentaban ponerse a salvo, mientras que otros miraban la pelea desde sus mesas como si fuera otro espectáculo más.

Las armas tecnológicas necesitaban al menos medio segundo para recargarse antes de volver a disparar. Funcionaban bien a larga distancia, pero perdían efectividad a quemarropa. Zor intentó agarrar la pistola, y después de un forcejeo, los dos se cayeron por el reservado encima de Don Elegancia. Notó que algo se partía. Probablemente una costilla. O la madera artificial del reservado. Lo más seguro es que se tratara de la costilla.

Más filos rechinando contra el hielo negro, más disparos. Esta vez fueron las botellas de la barra las que estallaron, provocando una cascada de alcohol y cristales rotos. Los que antes se dedicaban a mirar empezaron a largarse, sin molestarse en pagar sus cuentas. Era el momento idóneo. A Zor solo le bastó con otro medio segundo para golpear el arma y lanzarla hacia el escenario, que estaba totalmente a oscuras. Otro golpe en una fracción de segundo volvió a dejar a Don Elegancia contra el suelo.

Los porteros ya no podían seguir ignorando la situación. Cinco chicas con bates de béisbol claveteados formaban un semicírculo alrededor del epicentro de la pelea. Lo más seguro es que los clavos estuvieran untados con alguna sustancia. Aunque daba igual, eran cinco y él uno.

Zor se quedó quieto, esperando a que alguien diera el primer paso.

Don Elegancia salió a rastras, con la nariz ensangrentada y apuntando a Zor con una pistola. Una Lexington, de munición explosiva. Con el doble de velocidad de impacto.

Los porteros se alejaron con tranquilidad de la línea de disparo. Zor tenía varias opciones, la mitad de ellas terminaban con la muerte de Don Elegancia. Pero no fue así. La situación podría haber acabado mal si Aya, con esa velocidad que solo ella poseía, no hubiera desarmado a Don Elegancia con un golpe seco.

Pasaron varias cosas a la vez. Zor cargó contra Don Elegancia, las chicas cargaron contra Zor y Aya cargó contra las chicas. *La lluvia negra golpea la luna del vehículo. Las gotas rebotan a los lados mientras él se*

adentra en la noche a toda velocidad. A la izquierda, a lo lejos, el mosaico de neón que da forma a Night City se apaga y desvanece. Un gran incendio se extiende por el horizonte.

Sabe que es demasiado tarde y empuja el acelerador con todas sus fuerzas. Hay momentos imposibles en los que solo te queda intentarlo. La razón pasa a un segundo plano y son las emociones las que toman el mando. El aerovehículo pintado con las letras USA AIR FORCE traza un arco sobre la tierra de nadie. Es la única aeronave en un radio de varios kilómetros. Que se joda el alto el fuego, que se jodan sus órdenes. Se detiene a medio kilómetro de las llamas que se elevan a cientos de metros. No queda nada de lo que allí había. No queda nadie con vida. Siente el calor desde su posición. Pronto no habrá nada más. Solo cenizas.

4

Ya sabéis que jamás os metería anuncios por vuestros globos oculares, ¿verdad? ¡PUES BIEN, FR34K_S33K os ofrece camisetas serigrafiadas esta semana! Podéis encontrarlas en tiendas selectas de Kabuki. Lo único que tenéis que hacer es gritar: «¡Esto es un atraco!» y os harán un descuento del cien por cien. Solo os digo es que estarán bastante preparadas para asaltos de este estilo, así que no me vengáis llorando después. ¡LOL! Era bromi, ese descuento no existe. ¡Pagad, ruines!

¿Que cuál es la primicia que os traigo? Pues lo último del Bar Marry's: ¡cucarachas del tamaño de unas ratas! ¿Os lo podéis creer? Menos mal, porque era MENTIRA. Son de tamaño normal, pero resulta que hay un cojón de ellas. Dicen las malas lenguas que la intención es asustar a la clientela y que cierren. Seguro que ya os podéis imaginar quién no quiere a quién en ese sitio. Os daré una pista: todo el mundo se odia.

Bueno, si vais a Marry's, aseguraos de tapar bien vuestras copas y no llevéis calzado de caña baja. Eso, que a esas alimañas les encanta colarse por ahí… ¡Seguid echando un ojo a este espacio hasta la siguiente publicación de FR34K_S33K! ¿Por qué? Porque FR34K_ S33K os cuenta las cosas tal y como son. Hala, el micro al suelo. ¡PAZ!

—Pacífica. —Era la voz de Aya—. Si se pusiera el sol, sería bonita.

Zor abrió los ojos. Se puso de pie e inmediatamente perdió el equilibrio. Aya lo ayudó a sentarse sobre la arena cubierta de plástico.

—Ten cuidado —dijo—. Te dieron una buena paliza.

Tenía migraña. Se tocó la parte derecha de la cabeza y notó un chichón. Uno que dolía. Tenía varios cortes en el antebrazo izquierdo cubiertos de

puntos autoadhesivos. Su lado derecho también le molestaba, pero no parecía tratarse de una lesión importante.

Estaban sentados en la playa, si es que se podía llamar así. Había más plástico que arena. Había basura por todas partes, por no hablar de enseres y chatarra enorme, como una cisterna abollada del tamaño de un coche. La única manera de señalar la frontera entre la orilla y el agua era un vaivén de desperdicios. Más allá del arrecife de botellas y bolsas de plástico se encontraba la densa agua negra de Bahía de Coronado. Los tonos rosas empezaban a dar paso a otros de color azul claro. Al sol le faltaba un par de horas para alzarse sobre los rascacielos.

—Gracias, por cierto. —Aya le puso a Zor la mano en el hombro y la quitó inmediatamente—. Lo de antes… Fue culpa mía que terminaras envuelto en ello.

—No, yo mismo me busqué los problemas al entrar en Marry's —replicó Zor mientras negaba con la cabeza.

A unos veinte metros, Morris estaba meciéndose en un viejo asiento de coche, pero sin carrocería alrededor. Se sujetaba la cabeza con ambas manos para bloquear cualquier estímulo exterior.

Detrás de Morris se erigían los restos de un tobogán gigante de un parque acuático sin terminar y un hotel con agujeros en lugar de ventanas. El resto de edificios que tenían detrás parecían prácticamente idénticos.

Pacífica. El peor sitio para un pícnic. O para cualquier otra cosa.

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí? —preguntó Zor.

—Nos trajo tu amigo.

—Pero si no conduce.

—Ya me he dado cuenta. —Aya esbozó una pequeña sonrisa—. Bueno, me tengo que ir.

—Por supuesto. Podemos llevarte. —Zor se levantó con dificultad. Se tocó la cabeza y torció el gesto—. No tengo prisa por ir a ningún sitio. Aparte de a la cama.

—Supongo que al trabajo tampoco —apuntó Aya.

Zor miró alrededor y se fijó en la furgoneta verde, tenía el parachoques aplastado contra una fuente abandonada.

—Lo siento —continuó la bailarina—. Si te sirve de consuelo, tampoco me querrán volver a ver en el mío.

—No pasa nada. Además, odiaba ese trabajo.

El palillo seguía insertado en el marco de la puerta. Puede que esa medida de seguridad fuera extrema, o puede que incluso fruto de la paranoia. Si alguien venía a buscarlo, probablemente serían los viejos amigos del ejército. Y tampoco se molestarían después de tantos años. El rencor no era eterno.

Bajó la manija y abrió la puerta. El palillo se le cayó encima del zapato. Era imposible notarlo si no sabías que estaba ahí. La medida no servía para impedir robos, pero tampoco es que Zor tuviera nada de valor. Si alguien entraba, irían a por él.

Se dio una ducha bastante larga, lo que no era muy recomendable para alguien que acababa de quedarse en paro. Dentro de dos semanas le llegaría el hostiazo de la factura del agua, por no hablar del alquiler. Cinco edis por abrir el grifo y un edi adicional por cada minuto de ese turbio líquido gris que llamaban agua.

Se miró bien todos los golpes y heridas. Podía haber sido peor. El cuerpo de seguridad podría haberlo dejado bien jodido, pero no fue así. Vengarse no iba a servir de nada.

Marcó en rojo otro sitio más en su mapa mental de Night City.

Su teléfono mostró tres mensajes sin leer de Buyers: dos que eran comprensibles dadas las circunstancias y un tercero que era un poco más sorprendente: una factura por los daños en la furgoneta. Casi setecientos edis. La cantidad podría subir más porque Morris no solo se chocó contra farolas, sino que también golpeó otros coches aparcados. Sus dueños comprobarían las cámaras de seguridad y verían el logotipo de BUYERS E HIJO tan claro como la luz del día.

La cerveza le iba a salir muy cara.

Se tomó dos aspirinas y se volvió a tumbar en el sofá. Setecientos edis. No tenía ni setenta. Podía llegar a apoquinar veinte, pero los necesitaba. Hizo un esfuerzo para apagar la rabia que hervía dentro de él. La rabia era

fácil, creaba objetivos sencillos, pero nublaba su juicio. Le hacía ver todo de color rojo. Además, si lo pensaba, Buyers no era mal jefe. Siempre fue justo con Zor, como si ese fuera el estándar de ser un buen jefe en Night City.

Zor estaba exhausto, pero era incapaz de conciliar el sueño. Un zumbido, otro mensaje. ¿Cómo cojones? Era de Ron. ¿Cómo había conseguido su número? Zor dudó un poco, pero lo abrió. El matasanos quería… ¿tomarse una cerveza? Qué raro. No recordaba que fueran amigos. Se conocieron en un golpe, se dijeron lo que tenían que decirse y se fueron cada uno por su lado.

Era muy extraño.

No, nada de tomar cervezas con gente. Se acabaron las cervezas. Le dio al botón de «borrar».

Echó una cabezada entre las plantas cuarenta y cinco y cincuenta. Un par de segundos, porque se bajaba en la sesenta y uno.

Zor…

Sorteó a una vecina drogada en medio de un pasillo lleno de grafitis. En una ocasión intentó ayudarla a llegar a su vivienda, a unos pocos metros, pero despertarla de ese sueño inducido por los estupefacientes era algo que Aya solo tuvo que vivir una vez para saber que no quería volver a repetirlo. Además, ¿quién querría despertarse en medio de esta pesadilla?

Puso la mano en el panel biométrico de la puerta y llegó a casa. La holovisión se encendió automáticamente, sin perder ni un segundo en darle la bienvenida con una ráfaga de anuncios.

«*¿Te mueres de aburrimiento? ¡Tenemos la solución! ¡Neurodanzas para todos los bolsillos! ¡Prueba hoy el paquete inicial por solo noventa y nueve enis y consigue un mes gratis!*».

Bajó el volumen, deseando poder apagarlo del todo para no tener que oír las noticias.

«*¿Sabías que el agua de tu hogar podría estar contaminada? ¡Con la suscripción de agua embotellada Real Water tendrás agua que sabe a agua de verdad! ¡Regístrate ahora y consigue gratis tus primeros diez litros!*».

Dejó escapar un enorme suspiro y abrió la puerta al dormitorio. Juliena tenía el mismo comportamiento dormida que despierta. No hacía movimientos innecesarios, siempre se despertaba en la misma posición que tenía al quedarse dormida. No sonreía. Nunca. Si no fuera por su respiración constante, cualquiera podría llegar a pensar que estaba muerta. Aya se sentó a su lado y miró a la niña dormida, sumida en sus pensamientos. Le embargó la emoción. Juliena era la viva imagen de cuando ella era una niña, sola, llena de dolor e incapaz de funcionar con autonomía. Sabía lo que le deparaba el futuro. Sí, había formas de «arreglarla», pero Aya prefería un «tratamiento» más inocuo. Excepto que no era un tratamiento, sino una reparación. Una intervención de nanocirugía bruta que destruiría las conexiones sinápticas erróneas y redundantes. Cuanto antes la intervinieran, más posibilidades tenía Juliena de tener una vida normal en el futuro. El problema siempre era el mismo, Aya no tenía dinero y cada vez contaba con menos posibilidades de conseguirlo en el futuro.

Le retiró los pelitos de la frente y volvió a la sala de estar. Por fin tenía tiempo para ella, pero tendría que usarlo para dormir. Se echó un vaso de agua del grifo que no se parecía en nada a Real Water. Podría estar contaminada con todo tipo de mierda. Le daba igual. Se llevó el vaso a la boca…, pero no pudo terminar el movimiento. El vaso dio un golpe contra el suelo y provocó que Aya volviera en sí. Sus dedos estaban doblados, congelados, y su pulgar le vibraba como un insecto moribundo. Pero no sentía la vibración. Tampoco podía hacer nada. No podía doblarlos ni ponerlos rectos. Había pasado menos tiempo desde la última vez, lo que significaba que los intervalos entre revisiones se estaban acortando. Tenía que encargarse de ello, y rápido.

Era fácil decirlo. No era cuestión de dinero o de ponerse más cromo. El problema es que no podía reparar sus manos en cualquier clínica normal. Solo podía hacerlo en una, la que le daba los encargos. Y su trabajo era el único medio de pago.

Ya dormiría más tarde. Abrió el último mensaje y lo amplió en su campo retinal para que se mostraran varias carpetas con información.

Objetivo: Jeronimo Mendes. Lo atraerán hacia ti. Que parezca casualidad. Mostrarás interés, pero sin pasarte. No lo presiones ni intentes sacarle información. Lo apoyarás emocionalmente y mostrarás empatía ante sus necesidades. Sé sutil. Que hable él. Más detalles en el archivo adjunto.

Abrió otra carpeta y llenó el espacio que tenía delante de ella con fotos, instrucciones y vídeos. Se estaba quedando dormida, pero quería terminar con esto. Jeronimo Mendes. Perfil psicológico, puntos débiles, intereses y el plato principal: lo que tenía que extraer. Hora de ver cómo era el tipo. Abrió la imagen.

¡Mierda!

Sabía quién era Jeronimo Mendes, sabía exactamente cuál era su aspecto. Hace un par de horas había bailado para él.

Sé sutil.

Era fácil decirlo.

El hielo se derretía lentamente, disolviéndose en el líquido marrón que pretendía ser whisky.

—Echa un vistazo. —Ron alzó sus cibermanos y movió los dedos. Era difícil hacerlo sin las modificaciones adecuadas—. Seguro que crees que es buen cromo, de gama alta.

—No lo creo —replicó Zor—, pero, vale, continúa.

La espuma de su cerveza estaba empezando a deshacerse.

—Hace diez años podrías haber tenido razón —dijo el matasanos, tamborileando con los dedos la mesa iluminada de verde—. Los cojinetes de gas con precisión de treinta micras eran el no va más en ese momento. Ahora es tecnología antigua. Los cocineros de Westbrook seguramente lleven implantes mejores.

Sobre las paredes oscurecidas se proyectaban holoanuncios. Por suerte, eran silenciosos. Siempre la misma historia, que si tal producto curaba todo sin ningún efecto secundario. Tampoco es que fuera un local muy grande,

pero El Coyote Cojo estaba prácticamente vacío. Ideal para aquellos que preferían estar solos.

Estaban quietos, intercambiándose miradas. La de Zor era expectante, mientras que la de Ron era atenta. El matasanos tenía la sensación de que se conocían de antes del curro de Arroyo. Pero no se acordaba de dónde ni de cuándo.

—Las manos de microcirugía de última generación cuestan tanto que te aburriría diciendo ceros. —Por fin dio un trago a su whisky—. Zetatech fabrica las mejores, pero obviamente se me van de presupuesto. Las de Militech son casi iguales. Todas vienen de la misma fábrica de Polonia. El modelo Combat SRG-78 para sanitarios cuesta la mitad que el de Zetatech.

—¿Y qué me quieres decir? ¿Que te lo vas a comprar? —Zor apartó la copa de cerveza con delicadeza.

—No, la mitad sigue siendo una fortuna. Yo lo llamo la paradoja de la precariedad perpetua, una pescadilla que se muerde la cola. Para comprar el Combat SRG-78 tengo que ganar un montón de edis. Pero para ganar un montón de edis necesito el Combat SRG-78. Una situación interminable.

—¿Y me has llamado solo para contarme eso?

—Ojalá fuera así. —Ron se terminó el whisky y pidió otro inmediatamente—. Ya te lo he dicho, estoy endeudado hasta las trancas con todo tipo de escoria.

—No, no me lo habías dicho.

—Igual es que tienes mala memoria… Bueno, da igual. El caso es que si no les doy lo suyo, lo mejor que me puede pasar es que me aniquilen de forma rápida e indolora. Esos cabrones no…

—¿Cómo me has encontrado? —lo interrumpió Zor.

—De la misma manera que Warden, tampoco me ha costado tanto. Parece que solo la policía tiene problemas para hacerlo. —Esperó a que Pepe le sirviera otro doble—. Total, que una pescadilla que se muerde la cola es imposible de resolver, porque las variables se cancelan. Pero después pensé, ¿y si me quito la variable de la compra? Y di con una solución tan clara como el agua.

Zor suspiró.

—¿Me estás pidiendo ayuda?

—Digamos que sí. Porque en cuanto te quitas la variable de la compra, en su lugar aparecen otras tres: un muro de tres metros, una cerradura biométrica y un sistema de seguridad. En Arroyo eras el único que sabía lo que estaba haciendo.

—No me puedo llevar todo el mérito —replicó Zor—. Si no nos hubiéramos enfrentado a soldados recién salidos de su instrucción, ahora mismo no estaríamos sentados aquí.

—Tampoco es que esté planeando entrar liándome a tiros con todo.

—Eso no lo hace nadie, pero todos los planes terminan así.

—Estamos hablando de un almacén aislado en el Distrito Industrial Norte. Venga, ¿cuántos guardias puede haber dentro?

—Conque haya uno con experiencia es suficiente. —Apartó la copa sin tocar—. Gracias por la cerveza.

—Espera. No estoy apelando a la bondad de tu corazón. Conozco a un par de matasanos interesados en el equipo, se encuentran en la misma situación que yo. Hay que apoyarse, ¿no? Yo me quedo con uno y vendemos los demás a un cuarto del precio de mercado, y después nos repartimos las ganancias a la mitad. Todo el mundo gana. Excepto Militech, pero tampoco es que vayamos a hundirlos.

Zor se levantó y empezó a caminar a la salida.

—En quince minutos ganarás lo que yo en cinco años. —Ron levantó su vaso a modo de brindis—. Por cierto, Aya ya ha dicho que sí.

Zor se paró en la puerta.

—Eres matasanos.

—Hasta donde yo sé, sí.

—El único que conozco.

—Supongo que por eso soy especial.

—Tampoco me he puesto a buscar.

—Pues tacha lo que acabo de decir.

Aya estaba apoyada en el congelador, a distancia de la silla de operaciones. Era algo antigua y parecía… cansada. De su pedestal le salía una maraña de cables que daba a varias tomas de la pared y cajas de metal

cercanas. En sus laterales tenía diodos que parpadeaban, mientras que en los monitores y paneles de control que tenía suspendidos por encima, un aparato pitaba a un ritmo constante.

Al menos estaba limpio, no como la consulta de un dentista, excepto por un ligero hedor a carne podrida que no llegaba a ser carne. Vitrinas de cristal, congeladores, una máquina cuya función le era ajena a Aya y, por último, pero no por ello menos importante, la silla instalada en medio de una sala relativamente pequeña. Junto a la pared había un sofá manchado y desvencijado que no invitaba a sentarse. Aparte de eso, había una silla destartalada al lado del terminal, un cuarto trasero y un baño minúsculo. El brillo tenue de la luz del día se colaba por unos sucios ventanucos a pie de calle que estaban cerca del techo. No era muy acogedor que digamos.

Ron llevaba un peto gris que necesitaba un buen lavado en seco. Estaba siendo diplomático, y se esforzaba por mantener cerrada su gran bocaza. Lo último que quería era espantar a otra clienta. Se encontraba de pie en el otro lado de la sala, para guardar la distancia con Aya. La miró de arriba abajo de forma instintiva. ¿Se trataba de un examen profesional o de disfrute personal? Se preguntó Aya.

—Hay un montón de matasanos honestos por estos lares —dijo Ron, para romper un silencio que le parecía inaguantable.

—Y supongo que tú eres uno de ellos, ¿no?

—Estoy convencido de ello. Al cien por cien. Bueno, quizá al noventa y nueve, porque hoy me mentí a mí mismo diciéndome que solo me tomaría tres vasos de whisky. ¿Quieres un café?

Aya lo rechazó con un gesto.

—Ya me he tomado tres. —Se acercó a la silla y puso el antebrazo en ella—. Tengo un problema aquí.

Ron se acercó y se inclinó para examinarle la mano.

—Mueve los dedos —le ordenó—. Como harías normalmente.

Hizo lo que le pidió.

—Parecen naturales —empezó a decir—, pero…

—Para una persona normal, sí —la interrumpió Ron—. Pero a mí no me engañas. Se ve por la forma en que se mueven. Parecen naturales, pero no llegan a serlo del todo. Es una naturalidad imitada, artificial, si prefieres

llamarlo así. Pequeñas fluctuaciones que se añaden a cada articulación para que no parezcan *demasiado* perfectas. Tú ves cómo se mueve tu meñique, pero yo veo una rotación fluida en la que alguien puso un pequeño errorcillo en tres sitios distintos. Siempre en los mismos tres.

—¿Eres capaz de ver todo eso?

—Trabajé para una de las grandes… Pero eso es historia antigua.

Cogió con delicadeza el extremo de la manga y empezó a subirla por el antebrazo.

—¿Qué haces? —preguntó sorprendida.

—Mirar las conexiones.

Por ahora, profesional.

—No vas a encontrarlas —respondió—. No es RealSkinn, sino piel de verdad. —Quiso apartar el brazo, pero Ron lo sujetó con mayor firmeza y se acercó aún más. Puso sus lentes ópticas en el modo microscópico.

—Recojones… —Silbó con admiración—. ¿Las uñas también son de verdad? ¿Crecen? Tecnología escandinava, supongo. La más avanzada…

—Con un mantenimiento bianual. —Relajó la mano y se bajó la manga —. Pero últimamente lo necesito con mayor frecuencia.

—Ya. Es que los juguetitos que tienes ahí no son nada baratos.

—No los tengo por diversión. Sufrí un accidente y los necesitaba. Mi trabajo y mi vida dependen de que estos «juguetitos» no parezcan lo que son de verdad.

—Te dedicas a la clientela a la que le gusta lo natural, ¿eh? Eso te da poder. Pero ¿por qué no has ido a tu sitio de confianza?

—Ahora mismo no puedo… Por un asunto. —Sacudió la cabeza—. Los actuadores me empezaron a fallar otra vez. Me pasa desde Arroyo, desde la activación de los PEM. Me dejaron bastante tocada.

—No deberías tener esos efectos secundarios a largo plazo… —Ron se rascó la barbilla, meditativo, mientras seguía examinando la mano—. Tendría que mirarte dentro, podrías haberte provocado algunos daños menores.

—Ayer no te habría dejado, pero hoy no tengo el lujo de ponerme cabezona, sobre todo porque la mano me ha dejado de funcionar.

—Un rollo, está claro. —Se movió hacia la silla—. Empezaré con un vistazo rápido. No haré nada invasivo.

Aya dudó por un momento, pero después se tumbó en la silla. Era sorprendentemente cómoda. Su mecanismo se ajustó a su cuerpo con un zumbido suave. Los paneles y pantallas que tenía encima parecían una garra gigante capaz de agarrarla y hacerla pedazos en cualquier momento.

—Relájate y respira hondo. —Ron le apartó el pelo y examinó el puerto que tenía detrás de la oreja—. Soy médico, llevo años haciendo esto.

De la multitud de cables que había al lado del panel de control, cogió el que tenía el enchufe correcto, lo limpió en su delantal y lo enchufó en el neuropuerto de Aya. Enchufó el otro extremo en el suyo propio. Los monitores cobraron vida. Un ventilador de la parte de abajo empezó a oscilar de forma suave.

—Vas a tener que darme acceso —dijo—. Si no, no puedo hacer nada.

Aya frunció el ceño. Cerró los ojos y puso el puerto en modo mantenimiento mediante una orden mental. La pantalla se llenó de tablas y cuadros que mostraban cientos de parámetros.

Ron se quedó congelado. Aya miró conmocionada al ver que su brazo se levantaba solo.

—Es raro, ¿verdad? —musitó—. Pues imagínate yo. Tengo cuatro brazos. Bueno, siete.

Los tres manipuladores instalados encima de la silla descendieron con parsimonia, cada uno seguido por un montón de cables. Ron estaba dando órdenes mentales mientras pulsaba botones en el panel. Los manipuladores se movieron por el cuerpo de Aya emitiendo una serie de silbidos, siseos y chirridos.

—Tu equipo es de primera —dijo a modo de halago—. Construcción personalizada, por lo que veo. Del tipo que Militech usa para sus unidades de élite. No se encuentra nada parecido ni en los tugurios más oscuros de Kabuki. Yo solía trabajar con tecnología parecida, en aquellos tiempos. Solo necesito acceso a tu configuración.

—¿A mi qué…? —Aya lo miró confundida.

—¿No tienes acceso a la configuración de tus implantes? —La miró a los ojos—. ¿Cuánto has pagado por esto?

—Nada.

—Mmm… ¿Dos antebrazos y pies sintéticos, funciones motoras modificadas por cada músculo esquelético… y ni un ápice de ciberpsicosis? Qué generoso es tu misterioso mecenas.

Aya permaneció en silencio.

—Fin del reconocimiento. —Ron devolvió los manipuladores a su sitio y desenchufó los cables—. No parece que sea desgaste por uso. Yo diría que se trata de una regresión programada.

—Quieres decir… ¿que alguien está haciéndome esto? —Aya aprovechó la oportunidad para bajarse de la silla—. ¿A propósito?

—Desde un punto de vista técnico todo parece que va como tiene que ir —explicó Ron—. Pero, sí, el pequeño error que sufres está programado. Estoy casi seguro de ello. El algoritmo del software que controla tus implantes debe de tener un resorte, activado por temporizador o en remoto, que lo activa. —Alzó su ciberbrazo y movió los dedos—. No eres la única. Ellos quieren que pases por el taller. No les vale con que pagues una fortuna por tus implantes. También tienen que desangrarte para que todo funcione como es debido.

—¿Un matasanos con problemas con sus manos? —Aya frunció el ceño —. Igual me he equivocado de sitio…

—No te preocupes, mis manos están bien. Lo que les pasa es que no son de la última generación. La programación y el mantenimiento corren por mi cuenta; me cargué la cadena de mantenimiento obligatorio del algoritmo a la primera de cambio.

—Entonces ¿puedes arreglarme?

—Puedo hacer más que eso. Puedo arreglarte y programarte para que esos calambres que sufres desaparezcan para siempre. —El matasanos guiñó un ojo—. Liberarte de la telaraña corporativa.

Aya lo miró con reservas.

—¿Y no volveré a tenerlos? —preguntó para asegurarse, esperanzada.

—Nunca. Pero voy a necesitar un instrumental muchísimo más preciso del que tengo ahora. Me refiero a un nuevo ciberbrazo quirúrgico. A mí me encantaría tener el último modelo de Zetatech, pero es demasiado caro para mí. Me conformo con el de Militech, que también podría valer.

—Entonces me he equivocado de sitio.

—Mira, sé cómo arreglar tus implantes. Lo único que me falta es el equipo para hacerlo. Además, lo conseguiré en un par de días.

—¿Quieres que vuelva en un par de días?

—Eso es. Pero antes me ayudarás a conseguir el cromo. —Ron se miró los brazos, compungido—. Llevar a cabo la operación con estos sería como hacer una apuesta, y a mí no me va el juego. Lo que necesito está esperándome en un almacén del Distrito Industrial Norte.

—Sí, está claro. Me he equivocado. —Aya empezó a marcharse.

—No te cobraré a nada. —Ron ni se inmutó—. Será una especie de trueque. *Quid pro quo*.

—¿Y por qué no voy a la consulta de un matasanos que ya tenga la mano que quieres tú?

—Porque yo conozco tus implantes y sé cómo reprogramarlos. —Ron parecía serio—. Además, no nos engañemos, no conoces a otro matasanos y estoy seguro de que no puedes apoquinar cien de los grandes.

Aya no parecía convencida. No lo suficiente.

—Zor ya ha dicho que se apunta —añadió Ron de pasada.

Se quedó mirándolo un momento y pestañeó.

Zor estaba encorvado sobre su ciberterminal, navegando por la Red con una conexión cifrada. Su paseo diario por las noticias con su interfaz arcaica y simplificada consistía en lo de siempre: pulsar la tecla de la flecha derecha una y otra vez. Clic, clic, lo mismo de siempre. Clic, clic… Era automático, apenas procesaba lo que veía, ni siquiera se molestaba en leer. La conexión a la Red lenta y con la velocidad capada estaba incluida en el alquiler, por lo que al menos le quedaban dos semanas de uso. Después, el estar sin acceso a la Red sería el menor de sus problemas.

Aya. Le resultaba curioso que su mente siempre terminara divagando hacia ella. Pasó una bonita mañana, a pesar de las circunstancias. Pensó en llamarla y de inmediato se quitó la idea de encima. No era el momento de distracciones, y lo de Warden era prueba de ello. O el cumpleaños de Morris. Ya había tenido suficiente.

Miró a la pantalla pequeña y pulsó mecánicamente la tecla de la flecha derecha. Sus dedos se quedaron congelados.

Una vez más, la pantalla monocromo mostró a un corpo de unos cincuenta años subiéndose a una limusina. El artículo estaba escrito en pasado, sin ninguna referencia al lugar ni la fecha del momento. Lo más probable es que estuviera escrito así a propósito, por razones de seguridad. El tipo iba al encuentro de una mujer delgada que daba la espalda a la cámara. A pesar de que no se le veía la cara, la mujer le resultaba familiar. Daba igual, era imposible que supiera de quién se trataba, porque él no conocía a ninguna mujer. Exceptuando a Aya.

De repente se dio cuenta de algo. Todo el jaleo del Bar Marry's fue en realidad un golpe de suerte. Trabajar con Buyers no le estaba llevando a ningún lado, no era más que un callejón sin salida que no le acercaba a su objetivo. Años de su vida tirados por el desagüe, todos llenos de los insectos y ratas que limpió en esos innumerables almacenes repletos de porquería. Nunca limpió algo parecido a una oficina, ni siquiera de las pequeñas. Allí esperando un momento que jamás llegaría.

¿Y si el plan de Ron no era tan descabellado? Le podría servir para salir de ese agujero y hacer lo que quisiera. Eso le vendría bien. Porque ahí estaba él, un treintañero que vivía solo en su apartamento, sin ninguna relación. Alguien que se pudría de forma lenta pero segura. Un tipo solitario. El perfil de alguien a quien las fuerzas de seguridad podrían llegar a vigilar. El tipo de tío al que podría írsele la olla en cualquier momento y planear un ataque terrorista.

Y no estarían tan desencaminados.

Aya se apoyó sobre el congelador mientras que a Zor no le importó sentarse en el sofá desvencijado. Él también tenía uno de esos.

—Falta una persona por venir. —Ron llevaba un delantal blanco con manchas marrones que quizá fueron antes de color rojo—. ¿Queréis algo de beber? ¿Cafeína, taurina…?

Los dos rechazaron el ofrecimiento con la cabeza.

—¿Algo más fuerte? Tengo algunas especialidades caseras. ¿No…? Pues vosotros os lo perdéis.

Zor miró el sitio donde estaba apoyada Aya. Ella no parecía haberse dado cuenta. Mientras tanto, Ron trasteaba con uno de los tres manipuladores suspendidos sobre la silla y farfullaba para sus adentros.

—¿Cómo es el sitio al que vamos a ir? —preguntó Zor—. ¿Qué nos vamos a encontrar?

Aya se fijó en el lugar que ocupaba Zor. Él siguió dirigiéndose al matasanos.

—Uno de mis chumbas pasa por ahí de vez en cuando. —El matasanos siguió con lo que estaba haciendo—. Tienen a un guarda de seguridad que está para jubilarse. Estará dormido o demasiado asustado como para mover un dedo.

—¿Tienen algún sistema de alarma? ¿Cuál es la ventana de respuesta?

—Entraremos y saldremos antes de que nadie se entere de nada. Tardaremos un minuto como mucho. El Distrito Industrial Norte es un laberinto lleno de callejones; si nos persiguen, les daremos esquinazo sin problemas.

—O terminaremos perdiéndonos. No me da la sensación de que hayas estudiado bien el plan.

Las puertas de la clínica se abrieron de repente.

La chaqueta gris iridiscente y la falda que llevaba justo por encima de las rodillas la hacían parecer de otro planeta y, para colmo, llevaba en la boca la pretenciosa boquilla de siempre. Ron señaló con la mirada el cartel de NO FUMAR colocado encima de la puerta, pero no dijo nada.

Milena miró a su alrededor.

—¿Es aquí donde trabajas? —preguntó por fin.

—Bienvenida a mi clínica. Es pequeña, pero es mía. Cuca y acogedora. Llegas un poco tarde.

—La dirección no era muy clara. La palabra «clínica» me despistó. Me puse a buscar una fachada que fuera más obvia, no un sótano.

—Estás acostumbrada a sitios con recepción, lo entiendo. En cualquier caso, cuantos menos testigos haya, mejor.

—Ah, así que estamos planeando algo ilegal, ¿eh? —Milena sonrió tímidamente, lo que en ella se traducía en una arruguilla en la esquina superior del labio. Cerró la puerta.

—Eso es, robar a las corporaciones es ilegal. —Ron se limpió las manos en su delantal. Jamás se quitaría esas manchas—. Pero las mismas corporaciones dictaron las leyes y gracias a ellas nos roban todos los días a todas horas. Así que, bueno, me alegro de habernos quitado ese dilema moral.

—¿Has pensado en las represalias?

—¿Taurina? —Ron ignoró la pregunta y señaló el sitio libre que había en el sofá, al lado de Zor—. ¿Cafeína?

Milena negó con la cabeza.

—¿Prefieres algo más fuerte? —preguntó con sorna el matasanos.

—Sorpréndeme. —Milena se sentó en el sofá, inclinando las piernas elegantemente a la derecha para que no se pudiera dibujar una vertical imaginaria desde su cabeza a sus rodillas.

Ron rebuscó en un mueble, sacó una botella sin etiquetar y vertió un poco de un líquido incoloro en un vaso de precipitado. Sacó un hielo del congelador y lo echó dentro.

—No destaca por su sabor. —Le tendió el recipiente a Milena—. Ni por su olor.

Dio un trago sin inmutarse.

—No está mal —dijo, puede que por cortesía.

Ron aceptó el cumplido y esbozó una gran sonrisa.

—Es una especie de vodka. —Abandonó sus intentos de arreglar el manipulador y se centró en Milena. Le repitió lo mismo que ya les había contado a Zor y Aya—. ¿Qué te parece el plan?

—Que no funcionará. —Milena dio otro trago. Los hombros de Ron se desplomaron—. El guarda no es la única pieza del sistema de seguridad del almacén de Militech. Cuentan con dispositivos que no podríais detectar. Bueno, podríamos —se corrigió—. Lo único que conseguiremos con este plan son tres años en régimen de pensión completa en el centro penitenciario de Los Padres.

—¿Por qué conoces esos… sistemas? —Ron se puso serio.

—Porque trabajo en Militech. —Milena siempre daba una calada a su cigarrillo cuando quería darle importancia a lo que decía—. Lo que intento decir es que no es posible entrar y llevarte lo que quieres sin más.

Se hizo un silencio incómodo. El cigarrillo de Milena chisporroteaba cada vez que fumaba.

—Eh…, entonces necesitaremos a un netrunner —dijo Ron por fin.

—Bingo. —Milena lo señaló con la boquilla.

—El que curró con nosotros era un profesional. Él podría hacerlo —apuntó Zor.

—Pero ¿cómo lo encontramos? —Milena se levantó y buscó un cenicero—. Tampoco es que podamos preguntárselo a Warden.

Como no encontró ninguno, pasó la mano por encima del sensor del cubo de la basura. Se abrió la tapa y se quedó petrificada al ver su interior.

—Una mano —susurró, intentando mantener la calma.

—¿Quieres que te la cambie? —dijo Ron entre risas.

—Es que… hay una mano en la basura.

—Un descuido… —Ron se inclinó y cerró la tapa—. Aunque prefiero el término «aplazamiento». Viene un cliente, quiere un reemplazo. El cliente manda, ¿verdad? Así que le pongo el implante que quiere, pero lo que tenía antes no se lo lleva el viento, sino que termina aquí, en la basura.

Se acercó al cubo de basura y siguió con su perorata.

—Sí, lo sé, que si la higiene, que si la salubridad, que si las normas… Eso lo entiendo y lo respeto. Pero tampoco es que toda la basura acabe en el mar para ser comida de cangrejos o salmones o lo que quiera que sea que termine en los platos de los restaurantes elegantes que cobran dos mil edis por servicio. En fin, que al final los ricos se comen a los pobres.

—En el mar no hay seres vivos aparte de las algas. —Milena dio una calada, tomó un trago de su «vodka» y exhaló—. Y si los hay, han mutado en algo irreconocible. —Miró a Zor y Aya—. ¿Qué pensáis vosotros?

—¿Puedes conseguir los planos del sistema de seguridad del almacén? —preguntó Zor.

Milena sacudió la cabeza.

—No es mi departamento —respondió—. En el momento en que muestras interés por algo que no te incumbe, la gente empieza a ponerse

pesada. Además, el departamento de seguridad mantiene sus secretos bien escondidos.

—Bueno, pues entonces ha sido un placer —dijo Zor, pero no se movió.

Aya alzó la mano, sus dedos temblaban de manera imperceptible, pero ella lo notaba. Sabía que solo iría a peor.

—Yo propongo buscar al netrunner —dijo—. Tampoco es que nos resulte fácil encontrar uno y, si lo hiciéramos, correríamos muchos más riesgos.

—Me encargaré de localizarlo —dijo Ron, suspirando—. Solo tengo que hacer unas llamadas.

—Encontrarlo es una cosa —apuntó Milena—, pero ¿cómo vamos a convencer a un profesional de que trabaje con una panda de aficionados?

—Yo me encargaré de eso —dijo Ron, sonriendo.

Albert estaba hecho basura. Literalmente. Llovía, se había cubierto el cuerpo con una bolsa de basura y estaba agachado desenmarañando unos cables. No le hizo falta usar una palanca para abrir un panel que estaba instalado en un muro decrépito. La puertecilla prácticamente se caía de sus bisagras oxidadas. Los cables que había dentro tenían por lo menos cincuenta años, y su aislamiento estaba carcomido por varios sitios. Era un milagro que esa subred siguiera operativa. Que hubiera cables de cobre en lugar de fibra óptica le facilitaba el trabajo, además de darle esperanzas de que fuera a encontrar algo antiguo, oscuro. Insertó más sondas para identificar los cables de alimentación, de transmisión y de recepción.

El pequeño indicador de análisis se iluminó con el protocolo estándar. No siempre funcionaba a la primera e incluso había veces que ni lo hacía. Ya solo le quedaba conectar la Cosechadora. Anteriormente, en los primeros pasos de ese proyecto, Albert analizaba los datos al vuelo. Pero era algo que le llevaba demasiado tiempo y permanecer sentado cerca de un contenedor disfrazado de bolsa de basura no resultaba cómodo ni agradable. Era mejor descargar todo lo que pudiera y analizar el botín en un momento posterior.

Se había conectado con éxito y empezó a recoger datos. La Cosechadora era autónoma, su única tarea consistía en descargar todos los

datos disponibles que pudiera, priorizando archivos con palabras clave como «Bartmoss», «Muro Negro», «NetWatch» y algunas otras más, además de derivaciones con los errores ortográficos más comunes.

La actividad de la Red de la biblioteca se multiplicó por cinco. Pero no se produjo ninguna reacción. Igual su admin veía con buenos ojos que de repente hubiera alguien escarbando entre los conocimientos olvidados. O puede que la crónicamente infrafinanciada Tercera Biblioteca Pública de Heywood no contara con un sistema de seguridad, porque ¿para qué lo querrían? Las bibliotecas estaban construidas para facilitar el acceso al conocimiento, no para restringirlo. Lo que pasaba es que a la mayoría de la gente eso no le importaba… o no sabía leer.

La Red actual era una sombra de su pasado. Las conexiones entre ciudades eran de uso casi exclusivo de corporaciones y gobiernos. Para la ciudadanía de a pie, incluso para alguien con tanta determinación como Albert, el acceso a las redes de Night City solo era posible *in situ*. «Red» era un término que confundía, porque se trataba más bien de un archipiélago de redes internas o subredes, como solían llamarse. Algunas estaban conectadas a otras de manera precaria, pero la mayoría se encontraban totalmente aisladas. Esta biblioteca tenía conexiones a otras tres subredes, si bien la velocidad de descarga era horriblemente lenta. Tendría que quedarse semanas ahí sentado para poder utilizarlas.

Lo que significaba que debería visitar las demás bibliotecas en persona. Qué bien. Y eso contando con que sus puntos de acceso no hubieran caído víctimas de la corrosión. Nadie se molestaba en repararlas por su falta de importancia, y el acceso inalámbrico seguía siendo prácticamente inexistente. Había que estar en persona, con el enlace preparado. Ahora bien, las redes corporativas jugaban en otra liga; estaban bien mantenidas y cubrían toda la ciudad, o al menos los distritos más importantes. Por desgracia, su seguridad también estaba en plena forma. Pero ni ellas tenían acceso a lo que fuera que hubiera más allá del Muro Negro.

Ruido de pasos. Albert se quedó quieto y tapó con la mano el indicador de la Cosechadora. Aunque en realidad no era necesario, porque la bolsa de basura que lo cubría era opaca y de color negro.

Los pasos se alejaron y pasó un coche. ¿Quién se iba a parar a mirar un montón de bolsas de basura? Solo tenía que quedarse quieto.

Con una orden mental, Albert lanzó un programa para comprobar los niveles de seguridad de la zona. El mapa de su campo retinal se proyectó en el interior de la bolsa de basura. La mayor parte estaba en verde, algunos puntitos en amarillo y no había nada en rojo. Bastante tranquilizador, así de entrada. El programa no era predictivo, los colores solo cambiaban cuando se informaba de un delito. Era como comprobar el parte meteorológico del día anterior.

Se miró la palma de la mano izquierda. Tenía un punto negro donde se pinchó con su silla. Una costra. En un par de días no quedaría ni rastro de ella. Su cuerpo se estaba reparando a sí mismo, si bien a Albert le provocaba náuseas pensar en todos los fluidos que se necesitaban para ello.

Odiaba cosechar datos. Odiaba tener que salir fuera y arriesgarse a hacerse daño. Si los datos que necesitaba no estuvieran desperdigados por la Red fragmentada, no tendría por qué levantarse de la silla. Leyó que antes se navegaba en una internet unificada, pero eso era algo del pasado. La Red de ahora era similar a darse de bruces contra todas las paredes de un laberinto.

Si querías datos, lo más seguro es que tuvieras que ir a por ellos en persona, y en el caso de Albert eso se limitaba a Night City. Por lo menos a las partes que no estaban en rojo. ¿Cuántas bases de datos llenas de entradas crudas y sin filtrar habría en las demás ciudades, en el resto del mundo?

Más allá del Muro Negro.

Un icono parpadeó en la esquina de su ojo. Un mensaje nuevo.

Llevaba tiempo esperándolo. Lo leyó lentamente, sin quitarse la bolsa de basura que tenía en la cabeza. Era una oferta que no podía rechazar. No se trataba de una amenaza, sino de la oportunidad de hacer cosas más grandes.

Albert no solía sonreír.

Volvieron juntos en la misma línea de metro. El tren estaba atestado de gente cansada que apestaba a sudor, alcohol y una falta general de

autoestima.

—Nos estamos metiendo de lleno en el fango. —Aya se puso de puntillas para hablarle a Zor al oído—. Queremos resolver problemillas hundiéndonos en otros mucho más gordos. Pero… lo necesito. Necesito el dinero de verdad.

Zor permaneció en silencio, sin saber muy bien qué decir. Inclinó la cabeza para oírla mejor. ¿Debería sujetarla? Tenía el asidero justo encima de la cabeza, pero en lugar de usarlo, se había agarrado a la chaqueta de él.

—Estoy intentando convencerme —continuó—. Ron es matasanos. Ayuda a la gente, ¿no? Por tanto, si consigue un equipo mejor, podrá ayudar a más gente. Es la idea que intento meterme en la cabeza, pero no es verdad. Todo esto es por el dinero.

Bajó la cabeza. Ella también ocultaba algo. En realidad, a ella le daba igual que Ron pudiese ayudar a más gente, Aya solo quería que la ayudase a ella. Era incapaz de calcular las probabilidades que tenían de conseguirlo, pero si con esto iba a curarse, su única opción era intentarlo.

Mensaje a M: «Vuelvo en unos minutos. Siento el retraso. Tenía algo importante que atender».

—No… Si yo lo entiendo. Yo también necesito el dinero —dijo Zor al fin.

El tren aminoró la marcha y un obeso mórbido dejó libre los dos asientos que ocupaba. Se abrió paso entre jadeos y gruñidos. Zor anticipó su llegada y se protegió justo en el momento en el que la masa gigante de carne humana empujó a Aya contra él, mientras se abría paso hacia las puertas abiertas. La sujetó por instinto, para no perder el equilibrio. O la abrazó. No estaba seguro. Se quedaron en esa posición más de lo necesario y él pudo percibir una pequeña muestra de su olor sutil y embriagador.

El tren volvió a arrancar. Se soltaron.

Aya se quedó sin saber qué hacer. Por inercia, se puso a revisar los mensajes de su cabeza. No hacía falta, porque M nunca respondía.

—Oye, igual… —Zor se llenó de valentía—. ¿Igual te apetece ir a tomar algo?

Intentó ocultar su sonrisa.

—Lo siento, pero no puedo —dijo, a pesar de que sí quería—. Hoy no.

—Pero no trabajas.

—Ya, pero… —Odiaba tener que decirlo. Parpadeó por la frustración —. Es que hoy no puedo.

5

Sé que no debo responder a este número, pero no tengo elección, por eso lo hago. Mi último encargo fue un fracaso y pido perdón por ello.

Pero… necesito mantenimiento. Conozco las reglas, sé que primero va el trabajo y luego el mantenimiento, y yo quiero trabajar, estoy lista para el siguiente encargo… Bah, es igual. Esto no sirve de nada, nadie está leyendo esto. Este mensaje me lo devolverán de forma automática, ¿verdad?

La sierra de siete milímetros de ancho empezó la incisión en la base del cráneo. El suelo se mancharía, saldría algo de materia gris que iría a la basura… Lo normal. Ya lo limpiaría después. Con sus tres manipuladores neuroenlazados y sus dos brazos, Ron se centró en la imagen del interior del cráneo del paciente. Estaba proyectada parcialmente en uno de los monitores de la silla, además de aparecer también justo en el nervio óptico de Ron a una resolución mucho mayor. Era su tercer ojo, por llamarlo de alguna manera. Sus brazos trabajaban en perfecta sincronía con los manipuladores: se podía decir que la silla y Ron eran el mismo ente. Latencia cero. No tenía ningún margen de error. Si profundizaba un milímetro más, pasaría a tener un problema de cuarenta y cinco kilos de peso tirado en su silla. Por no hablar de lo culpable que se sentiría. Por eso estaba totalmente concentrado en detener la sierra en el momento exacto.

Sonó un chasquido apagado. El instrumental ya había penetrado el cráneo. Ron sacudió la sierra para quitar la mezcla de piel, hueso y tejidos. A pesar de que llevaba años en el trabajo, no se veía como un cirujano, sino como un escultor que moldeaba el cuerpo humano hasta convertirlo en algo

distinto. Algo mejor. Pero no era el momento de creerse un artista. La sangre pronto empezaría a coagularse.

Cogió el ciberenlace de netrunning de un pequeño compartimento esterilizado con el logotipo de Arasaka. El siguiente procedimiento tenía que ser de manual. En uno de los extremos de la válvula, una punta alargada alojaba el puerto. El otro extremo, que se insertaba en el cráneo, tenía unos filamentos diminutos, casi invisibles, con un diámetro diez veces más estrecho que el cabello humano. Se trataba de acoplamientos neuronales, claves para la interacción entre cerebro y ordenador.

Ron metió los filamentos en un vial que contenía una sustancia aceitosa compuesta por nanites durmientes, y los pasó a uno de los manipuladores. Insertó el extremo de los filamentos en la abertura con sumo cuidado. Los nanites se encargarían del resto.

Los pitidos lo despertaron. Se había quedado dormido en su taburete, sujetando un vaso vacío. Si no llega a ser por el ciberbrazo, se le habría caído y hubiera terminado hecho añicos. La silla pitaba como un horno microondas.

El paciente empezó a moverse.

—La parte difícil está terminada. —El matasanos lo ayudó a sentarse—. Ten cuidado y no hagas movimientos bruscos. ¿Qué tal te encuentras? Aparte del dolor de cabeza que tendrás porque el sedante ha dejado de hacer efecto.

—No noto nada distinto. —Albert miró a su alrededor y entrecerró los ojos por la luz del fluorescente.

—Bien, eso está bien. Eso significa que tu cuerpo no lo rechaza. —Ron apagó su equipo y empezó a limpiar—. Ya hemos terminado, chaval. Aunque si no quieres irte a casa con esas pintas de cadáver, puedes echarte un rato aquí. Además, no puedes usar el ciberenlace en cuarenta y ocho horas. Tienes que dejar que los nanites hagan su trabajo.

—¿Y qué hay de mi equipo de clase dos? —preguntó Albert, desilusionado.

Ron lo miró perplejo.

—¿No tienes? ¿Y cómo pudiste hacer el curro de Arroyo?

—Era de Warden, venía con un adaptador para neuropuerto.

—Pfff, perfecto… El plan ya está haciendo aguas. —El matasanos suspiró—. Pues qué quieres que te diga, tendrás que trabajar con lo que tengas.

—Sin el clase dos, no voy a hacer mucho, por no decir otra cosa.

—Ah, otra víctima de lo que yo llamo la paradoja de la precariedad perpetua. —Ron asintió, frotándose la barbilla—. Bueno, pues por eso nos vamos de excursión, para poder comprarnos cosas bonitas.

—No es una «cosa bonita». Es una herramienta y la necesito.

—A mí no me vengas con cosas que ya sé, chaval. Oye, pero podrás controlar los semáforos y provocar un atasco con tu equipo viejo, ¿no?

Albert se quedó pensativo por un momento.

—No será fácil, pero sí. Solo necesitaré los códigos de acceso.

—Ya tienes los que te dio Borg la otra vez, ¿no?

—Eran de un distrito distinto. Además, lo más seguro es que hayan cambiado. Necesitaré los códigos actuales del Distrito Industrial Norte.

—Pues a mí eso me parece el trabajo de un netrunner. —Ron lo señaló con un dedo de cromo—. Y con eso me refiero a ti.

Golpeó con los nudillos cada uno de los ladrillos, en busca del hueco que indicara el punto más débil. El muro no estaba hecho de este material, pero eligió esta capa por simplificar el proceso. Los ladrillos que golpeaba cambiaban de color. Un trabajo tedioso e irracional. Sí, podía crear un script para automatizar el proceso, pero no le serviría de nada. Comprobar todas las combinaciones le iba a llevar dos semanas, y eso suponiendo que solo hubiera una capa de hielo… y que no cambiaran el código cada veinticuatro horas. O que a alguien no se le hubiera olvidado activar el acceso limitado a NetIndex. Saltar de un NetIndex a otro le iba a consumir mucho tiempo, y precisamente eso era lo que no tenía. Su ciberterminal no brillaba demasiado a la hora de trabajar con varios procesos a la vez.

Se dio por vencido. Los códigos de Borg eran su única esperanza. Por lo que no iban a tener mucho tiempo para prepararse.

Albert dio su espalda etérea al muro de ladrillos, lo que en la práctica se traducía en una simple reducción de su campo de visión de trescientos

sesenta a ciento ochenta grados. En la simulación que creó para ralentizar a Militech pirateó los semáforos. Pero todavía estaba cargando el tráfico. Además, la simulación no alcanzaría a incluir todas las variables que habría en el espacio real. Por no hablar de que no podría hacer nada sin el código de acceso a los semáforos. Y luego estaban las cámaras de seguridad.

Esto no tenía buena pinta. ¿De qué le servía un ciberenlace si no tenía un equipo acorde? Sí, podría controlar los semáforos, pero a expensas de ignorar a la unidad de respuesta de Militech. No podía hacer las dos cosas a la vez.

En segundo plano, la Cosechadora escupía los datos de su última extracción en una cascada rudimentaria de matrices ASCII en la Cueva de las Maravillas: así llamaba Albert a su santuario virtual escondido en varios servidores distintos y que utilizaba como alijo de datos. Solo él conocía la existencia de la Cueva. Y lo que era más importante, ni siquiera los dueños de los servidores sabían que estaba ahí. Así fue como almacenó todo un compendio de conocimientos olvidados para uso propio. «Olvidados» no era la palabra correcta: la mayoría de los datos no habían sido accedidos desde su creación. A nadie le importaban esos datos, solo a Albert.

A lo lejos, las columnas amenazadoras de código del Taran se asomaban en la oscuridad. Tendrían que esperar. Sin el equipo de netrunning de clase dos no eran más que un montón de código inútil. Una cosa estaba clara, él solo no lo conseguiría.

—¡Ayer me dijiste que ibas a sacar la basura! —gritó su madre desde la sala de estar.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó Ron sorprendido.

—El net-friki se chivó. —La mirada condescendiente de Borg barrió la clínica—. Le dijiste que conseguir los códigos era trabajo del netrunner, así que eso hizo. —Se señaló la cabeza—. Aquí los tengo. Válidos hasta las seis de la mañana.

—¡¿Hasta las seis de la mañana?! —Ron se dirigió a la puerta y la cerró —. Pero si quedan menos de nueve horas. ¡El netrunner dijo que necesitaba tres días!

—Pues tendremos que apañarnos con lo que hay. —Borg se encogió de hombros—. Improvisar y esas cosas, ya sabes.

—Anda, dame los códigos y vete. Te ingreso los edis cuando vendamos la mercancía.

—Eh, eh, no vayas tan rápido, Roncetillo. —Borg empujó con el dedo el pecho del matasanos—. Ni de coña os dejo que me jodáis así como así. Yo también voy.

—Como si alguien quisiera joderte —murmuró Ron.

—¿Qué has dicho?

—Mira, el plan no está listo —explicó el matasanos—. Vuelve al trabajo y en unos días nos consigues unos códigos nuevos. Te daremos la señal.

—Demasiado tarde, viejales —Borg sacudió la cabeza—. Ya he activado el acceso remoto al sistema. A las seis es cuando hacen el reinicio rutinario de seguridad. La gente de IT es imbécil, pero tampoco se la puede engañar dos veces. Además, hoy era mi último día en ese curro de mierda.

El taller de Harris no parecía un sitio al que llevaran coches a arreglar, sino más bien a morir. Un desguace, en otras palabras. Si el dueño se encontrara allí, podría llegar a ofenderse, pero en esos momentos estaría dormido. Era muy de noche.

La valla de láminas corrugadas se tambaleó bajo su peso. Apoyó los pies al otro lado sin hacer ruido. Si podían hacer esto en silencio, no tendría por qué usar la Lexington que guardaba bajo el cinturón.

La puerta estaba cerrada por dentro. Una tontería, como si la valla no se cayera a cachos. Además, ¿quién iba a robar chatarra de un desguace?

Zor se arrastró por un revoltijo de motores que parecía descansar en su lecho de muerte. A lo lejos había puertas, capós y piezas de carrocería, además de neumáticos y baterías que pintaban de gris platino el suelo sobre el que se amontonaban. La chatarra era tan desoladora a la luz de la linterna de Zor que este intentó evitar iluminarla todo lo que pudo.

Salvo por la luz que se colaba por unas pequeñas rendijas, el brillo ubicuo característico de Night City estaba tapado por los enormes

megaedificios que rodeaban el patio, sumiéndolo entre sombras. La oficina era el lugar más iluminado: se trataba de una cabina con una pared de metal y ventanas de plástico arañadas por las que se veía sentado a un cincuentón rechoncho. Zor dudaba que la corona de neurodanzas que llevaba puesta sirviera para vigilar las instalaciones.

A Zor le parecía que no llevaba ciberware. Aparte de comer e ir al baño, probablemente se pasaba las horas gastándose los edis que ganaba en neurodanzas. Lo más fácil sería sobornarle para que hiciera la vista gorda, pero Zor estaba pelado. Repasó sus opciones, incluso la de desenfundar la Lexington. Su último recurso. Mientras el guarda estuviera con las neurodanzas, Zor podría pasar desapercibido.

El otro lado del patio tenía coches en otro estado de reparación o desmontaje. Zor volvió a la puerta y movió el pestillo. La puerta se abrió.

—Por ahora está todo despejado —susurró.

Aya se coló dentro.

Zor vio como el guarda se quitaba la corona y echaba un vistazo por fuera de la ventana. Al final sí que había un sistema de alarmas. Demasiado tarde, seguramente ya había avistado a los dos intrusos de la puerta.

Zor echó mano a la pistola.

—No, espera. —Aya lo detuvo—. Quédate aquí.

Se acercó al guarda como si estuviera en una pasarela, poniendo con elegancia un pie en el barro tras otro. Zor no podía quitarle los ojos de encima. Sus movimientos eran completamente distintos, fluidos, sin esfuerzo. Parecía flotar. Salió de su ensimismamiento cuando se dio cuenta de que el guarda empezó a rebuscar algo por debajo de su escritorio. Zor desenfundó la Lex y la mantuvo pegada al muslo. Estaba claro que el barco del plan A ya había zarpado. El plan B dependía de que el guarda no descubriera lo que estaban buscando. De ser así, le esperaría una muerte rápida y sin sentido.

El guarda sacó una escopeta. Zor puso el dedo por encima del gatillo. Vio a Aya gesticular lentamente con la mano por detrás de la espalda: «No dispares». Al guarda ni siquiera le dio tiempo a levantar la escopeta antes de que Aya llegara a la puerta.

—Hola, buenas noches —dijo Aya por la ventana arañada y cubierta de pegatinas de empresas de repuestos. Su voz era dulce, casi melódica. Le hizo estremecerse. Se le había olvidado esa sensación—. Lamento molestarle a estas horas. Necesito arreglar un Quadra y me hablaron de este sitio.

Solo necesitó eso para abrir la puerta y colarse dentro. Aya le sacaba al guarda por lo menos una cabeza, pero este ni siquiera se molestó en apuntarle con la escopeta. Se quedó mirándola extasiado, con la boca abierta pero incapaz de decir ni una sola palabra. Ella cerró la puerta y el murmullo de la ciudad apagó el resto de la conversación.

Volvió a salir unos segundos después, sin que el guarda se hubiera movido ni un palmo. Parecía haberse quedado congelado.

—No nos molestará. —Sonrió, contenta consigo misma. Había vuelto a sus andares normales, ya no necesitaba dar un espectáculo.

—¿Cómo has…? —Zor no sabía qué decir.

—Ya sabes, armas de mujer. Lo de siempre. Venga, démonos prisa.

Volvió a guardarse la pistola en el cinturón y fue directo a la furgoneta por la que habían ido hasta allí. Las puertas estaban abiertas. Se sentó al volante, mientras que Aya ocupó el asiento del copiloto. Zor puso el pulgar en el lector biométrico. La consola se iluminó, todavía lo reconocía.

Momentos después, del patio salió una furgoneta con una mano de pintura verde muy reciente, las palabras BUYERS E HIJO y el número trece escritos en sus laterales.

No iba a ser capaz de desactivar la alarma. Era imposible con el equipo que tenía, aun con el ciberenlace nuevo. Y menos en unas horas. Si la neurointerfaz del almacén no estuviera enmascarada, podría intentarlo desde allí. Probablemente todavía siguiera aislada, por lo que tendría que buscar *in situ* un punto de acceso que estuviera al alcance. No importaba, porque él no pensaba moverse de donde estaba.

Dio una vuelta y miró a las columnas de código que lo rodeaban de manera concéntrica en una rejilla poligonal. Cada vector acotaba un grupo de columnas, empezando por las pertenecientes al algoritmo que se

encargaba del movimiento y terminando con las medidas de camuflaje para impedir que lo detectaran. Las más cercanas eran las más sofisticadas, mientras que las más alejadas eran auxiliares y tenían menos cohesión. A lo lejos, resplandecían grupos de columnas de otros proyectos.

Se acabó. Apartó de su vista todo el sistema de columnas. Era inevitable, la alarma se activaría de todas maneras. Su única opción consistía en entrar y salir antes que las escuadras de Militech, por lo que tenía que centrarse en las cámaras de seguridad y en el control del tráfico. ¿Cómo se crea un atasco de madrugada sin apenas coches? Tenía que pensar en algo.

Un nuevo lote de datos de la Tercera Biblioteca Pública de Heywood entró sigiloso en la Cueva. En circunstancias normales habría devorado de inmediato los conocimientos frescos. Pero no podía distraerse si quería que el plan funcionara. Tampoco tenía tiempo.

¿Por qué Borg dejaría el trabajo así, de sopetón? Llevaba bastante ahí, ¿no podía haber esperado tres días? Había algo que no le cuadraba. De todos modos, las personas en general no le cuadraban. Siempre andaban presas de las emociones, la pereza, los prejuicios…, y nada de lo que hacían tenía sentido. Vivían en la ineficiencia absoluta. Él prefería los ordenadores.

Tanto que hacer y tan poco tiempo. Tenía que dejar de lado algo, pero ¿qué? ¿El seguimiento a las escuadras de Militech o el control del tráfico? ¿Las cámaras de seguridad, el dron que sobrevolaba el almacén o las comunicaciones falsas del NCPD?

—Vais a tener que entrar con todo —explicó en el intercomunicador, sin mover los labios—. No tenéis otra opción.

—¿Entrar con todo? —Aya miró el muro de cemento de tres metros coronado por concertinas.

Los cinco estaban sentados en la furgoneta a cien metros de la puerta. Parecía incluso más impenetrable que el muro. Podían escalarla, pero no con cientos de kilos de mercancías robadas.

—A ver, chavales, ¿lo saltamos o lo volamos por los aires? —Borg golpeó la pared de la furgoneta con el lateral del puño—. Porque si

empotramos esta chatarra con ruedas se quedará como un papelito arrugado.

Zor le lanzó una mirada sin moverse.

—Tienes unos minutos para ofrecer una idea mejor.

—A ver qué te parece esto —empezó Borg a relatar—: ¡¿por qué no te compras un neuroenlace para que podamos hablar por el intercomunicador como la gente normal?!

—Ya te lo he dicho, no quiero circuitos en el cerebro.

Se hizo un breve silencio.

—¿No podías haber traído algo más robusto? —Ron miró con desdén el interior de la furgoneta.

—Lo mío no es robar coches —respondió Zor.

—¿Y cómo has conseguido este?

—Conocía el código. El motor arrancó como si fuera su dueño.

—¡Qué más da! ¡Hacemos un boquete y entramos! —Borg sacó de una bolsa de deportes el estuche de un rifle—. Venga, capullos, ¡¿estáis listos o qué?!

—¿Para qué necesitas eso? —preguntó Ron—. Disparar no entra dentro de nuestros planes.

—Por eso mismo. —Borg montó el rifle en cuestión de segundos—. En cuanto saque este bellezón, los muy gilipollas se pondrán de rodillas con las manos en la nuca.

—¿No tenías nada más brillante? —apuntó Milena. Llevaba un traje de piloto vintage del siglo pasado. Caqui, con muchos bolsillos. Solo que el material caro dejaba entrever que era ropa de diseño. La mayoría de los bolsillos estaban de adorno.

Sacó una pitillera y un mechero de uno de los bolsillos y colocó el cigarrillo en la boquilla.

—Mujer, ¿podrías no fumar aquí dentro? —Borg empezaba a cabrearse.

—Podría. —Milena encendió el cigarrillo—. Qué, ¿nos ponemos en marcha o nos volvemos a casa al tedio de nuestras vidas?

—Como sigamos aquí parados, vamos a levantar sospechas —dijo Zor, con las manos en el volante—. ¿Albert?

Zor tenía razón. Eran un blanco perfecto. Ni siquiera contaban con la oscuridad como cobertura, un lujo reservado para la periferia, los túneles

subterráneos, los sótanos y los estrechos callejones que se formaban entre los pegadísimos bloques de viviendas. Allí, la luz constante de los distritos centrales de la ciudad brillaba con la misma intensidad que el sol en una tarde sin apenas nubes.

—*Seguid esto* —respondió Albert. La pantalla de la furgoneta se iluminó con una ruta GPS—. *Sin prisa, pero sin pausa*.

—¿Acaso has conducido algo en tu vida? —se burló Ron.

Intentando evitar que los neumáticos chirriasen, Zor puso la furgoneta en movimiento y giró a la derecha, siguiendo el GPS. No tenía ni idea del plan de Albert, pero su única opción era confiar en él.

—Deberíamos ponernos un nombre —caviló Borg—. Igual que Maelstrom, Animales o Garras de Tygre.

—Creo que tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos —respondió Milena.

—Pero deberíamos tener un nombre. Porque sin él, la gente no te respeta.

—Esto no es una banda como esas. Es una banda improvisada.

—¿La Banda Improvisada? Sí, seguro que irrumpe en los horarios de máxima audiencia.

—Es mejor no salir en las noticias —interrumpió Ron—. Seguir de incógnito tiene sus ventajas.

—Pues como no nos pongamos un nombre, lo harán otros —insistió Ron—. Verán la furgoneta y nos llamarán cazabichos o alguna mierda así. O algo peor.

—Tampoco suena tan mal.

Siguieron durante unos minutos la línea amarilla de la pantalla que parecía no acabarse nunca.

—Estamos yendo en círculos —dijo Zor—. Ya hemos pasado dos veces por este cruce.

—*Tres* —le corrigió Albert, sin ver la necesidad de dar más explicaciones.

—¿Te importa decirnos por qué? —le preguntó Ron—. Me estoy mareando con tanta curva.

—*Si van a por vosotros, subiré esta grabación. Solo tendréis que callejear por una ruta distinta*.

—Tendremos menos tiempo.

—*Pero Militech os perderá el rastro*.

—¿Se te acaba de ocurrir ahora?

—*Os dije que necesitaba tres días, no unas horas*.

Borg hizo oídos sordos. Después de unos cruces y curvas, la línea amarilla llegó a su fin. Zor detuvo la furgoneta.

—*A la derecha tenéis un edificio abandonado* —dijo Albert.

—Sí, ¿y? —preguntó Ron.

—*Vais a prenderle fuego*.

—¡Eh, eh, eh, eh! —interrumpió Borg—. ¿Y lo de ir de incógnito?

—Verán el incendio desde lejos. Nos servirá de distracción —admitió Zor a regañadientes.

—¿No os da la sensación de que nos estamos complicando la vida? —Ron se estaba impacientando.

—*En cuanto le hayáis prendido fuego, os dirigís tranquilamente al almacén* —insistió Albert.

—Albert —Milena intentó convencerlo con amabilidad—, no puedes esperar que sigamos tus órdenes a ciegas. Tenemos que conocer tu plan.

Silencio.

—*He usado el dron para echar un vistazo a la puerta del almacén. La furgoneta debería poder atravesarla sin muchos problemas. En cuanto oigáis las sirenas de los camiones de bomberos, pisáis el acelerador a fondo y gastáis todo el CHOOH. Más tarde, cuando os estrelléis contra la puerta, se disparará la alarma. Tendréis tres minutos hasta la llegada de las unidades de respuesta de Militech. Se encontrarán el paso bloqueado porque los camiones de bomberos cortarán la calle, por lo que se verán obligadas a encontrar otra ruta. Eso os dará otro minuto más*.

—¿Y los semáforos? —preguntó Borg—. ¿Esta vez no los usas?

—*Es de noche y no veo tráfico* —Albert intentó tirar de ironía—. *¿Tú sí?*

—Si estuviéramos en hora punta, no tendría problemas en formar un atasco en la calle —dijo Albert desde el ciberespacio sin mover la boca—.

Esta es la alternativa que se me ha ocurrido. Es vuestra oportunidad. Desde el dron no veo ninguna patrulla del NCPD.

Le gustaba la voz robótica generada por el software de síntesis mental. Era perfectamente indescriptible, carente de emociones. Podía poner marcas enfáticas como signos de exclamación, pero tenía que hacerlo con intención. Por defecto, su voz era totalmente neutra.

—*¿Estás seguro de que la pasma no está merodeando por ahí?* —preguntó Borg.

—Lo estoy. Solo alertarán a las unidades de Militech. Y no podemos hacerles nada, excepto retrasarlas con el fuego.

—Míralo, hablando solo… —Oyó a su madre quejarse por la puerta—. Yo aquí haciendo todo mientras él se tira todo el puto día sin hacer nada.

A Albert a veces le venían pensamientos inquietantes. Por ejemplo, que todo le iría mejor si su madre no estuviera. Si… desapareciera, sin más.

A veces creía inverosímil ser una copia de sus padres, tener una mitad de su madre, a la que no se parecía en nada. Ella se comportaba como si hubiera abandonado hace mucho tiempo sus objetivos vitales, si es que los había llegado a tener. Él prefería pensar que su personalidad la heredó de su padre, aunque jamás lo conoció. Pero era un delirio suyo, porque no disponía de ninguna prueba. Tener los rasgos de su madre le hacía distanciarse más de ella. Intentaba por todos los medios hacer lo contrario, no quería ser como ella. Su vagancia. Eso era lo que más miedo le daba.

La perfección de las especies biológicas lleva miles de años y requiere muchísima energía. Aparte de la aleatoriedad de todo el proceso, la cantidad de recursos consumidos es absurda. Millones de especímenes se pasan toda su existencia suspendiendo exámenes clave, y a pesar de eso sobreviven y se reproducen. La única manera de ponerle fin es con la destrucción del progenitor antes de que lleve a cabo el acto de reproducirse. Cada manifestación de la vida es imperfecta, cada persona es un prototipo que intenta burlar la muerte mediante la replicación. Gracias a la tecnología, los seres humanos han dominado ese método para burlar la muerte, permitiendo la replicación de especímenes peores que sus ancestros. En otras palabras, vivían un estado de regresión.

—Se nos acaba el tiempo —dijo.

Zor estaba al volante, por lo que no le tocaba ser el pirómano estrella de la noche.

—¡Venga, que al final vamos a tener que hacer eso de coger la pajita más corta!

—La cerilla, más bien —musitó Ron—. Y no nos vendría nada mal. —Se dio cuenta inmediatamente de su error.

Milena le pasó el mechero. Ron suspiró.

—Nunca le he prendido fuego a un edificio —murmuró con un poco de resentimiento—. ¿Por qué me miráis así? ¿Por qué tengo que ser yo?

—Chumba, lo tienes ahí al lado. —Borg señaló por la ventana—. Las calles están vacías, solo necesitas un minuto.

—Nadie ha traído un lanzallamas, ¿verdad? —bromeó Milena, pero a nadie le hizo gracia. Sacó una petaca de uno de sus bolsillos—. Toma. Hoy me conformaré con beber endorfinas.

El matasanos desenroscó el tapón y olisqueó el contenido. Después dio un trago.

—Demasiado bueno como para echarlo a perder —dijo después de dar un último trago antes de devolver la petaca—. Ya se me ocurrirá algo.

Maldijo para sus adentros, se bajó de la furgoneta y se metió en el edificio vacío. Dentro, la llama del mechero reveló lo que en otro tiempo fue una peluquería. Había un largo mostrador contra la pared, lavabos con huecos para la cabeza y un muro de espejos que no estaban totalmente rotos; vestigios de tiempos mejores, de cuando este barrio era otro. La basura tirada por el suelo y dos colchones llenos de agujeros daban a entender que una o varias personas vivieron temporalmente en este lugar. En esos momentos, el edificio parecía deshabitado, al menos en la planta de abajo.

—¿Hola? —Ron estaba encorvado, listo para encararse ante cualquier forma de vida—. ¿Hay alguien en casa? —Silencio—. Todo esto va a arder en unos momentos —añadió—. ¡Si hay alguien aquí, que salga mientras pueda! —Esperó unos segundos más. Tampoco iba a ponerse a comprobar las demás plantas.

Puso uno de los colchones encima del otro y echó por encima cartones y papeles arrugados. En la esquina de la sala había un tercer colchón cubierto de basura y una manta. Ron supuso que bastaría con el pequeño tipi improvisado. Aunque no provocara un incendio inmediato, al menos se generaría el humo suficiente como para llamar la atención de los bomberos.

—¡Si hay alguien aquí, que sepas que esta es tu última oportunidad!

Encendió el mechero encima del colchón. La llama vaciló y estuvo a punto de extinguirse, pero prendió en el papel y cobró fuerza hasta convertirse en una hoguera. En apenas unos segundos, el techo se cubrió de un denso humo negro.

Ron tosió e iba camino a la salida cuando notó que se movía la manta de la esquina de la sala; dos pares de ojos lo miraban con mucho pavor.

—Recojones… —susurró Ron en alto—. Pero ¡¿qué hostias estáis haciendo aquí?!

Los niños se limitaron a mirarlo, sin moverse.

—¿Es aquí donde vivís?

Los ojos tapados por la manta alternaron la mirada entre Ron y el fuego.

Ron sopló para apagar el fuego, pero solo consiguió avivarlo.

—Creo que tenéis que… —Sopló con más fuerza, pero empeoró la situación—. Lo siento, pero tenéis que buscaros otro sitio en el que quedaros… Me cago en la hostia… ¡Si os pregunté que si había alguien!

Las llamas empezaron a alcanzar el techo. Ya no había manera de apagar el fuego.

—¡Venga, daos prisa! —gritó, tosiendo—. ¡Moveos!

Corrió hacia la manta, la cogió y la tiró sobre el montón de basura en llamas. El fuego se aplacó durante un segundo, pero el humo se hizo cada vez más denso.

Se cubrió el rostro con la mano y cogió del brazo al niño que tenía más cerca.

—¡Venga, corre! —Lo empujó hacia la salida.

Sin parar un segundo, agarró al otro y lo sacó del colchón. El niño salió rodando, después se puso en pie y corrió todo lo que pudo. Había dos más, el mayor tenía unos cinco años, mientras que el más pequeño apenas podía andar. Estaba de pie, sollozando.

Ron se inclinó, preso de un ataque de tos. Se sorprendió por lo fácil que resultaba provocar un incendio, pero lo que más increíble le pareció era que el humo ya no le dejara ver más allá de un metro. No veía las llamas, aunque sí notaba que la temperatura de la sala subía muy rápido.

¡¿Dónde estaban los putos niños?!

Se le acercó alguien demasiado grande como para ser uno.

—¡Salid, deprisa! —Zor puso el niño más pequeño en los brazos de Ron mientras él agarraba al más grande. Ron ya no veía nada, solo humo.

—¡Por aquí hay otro! —gritó Aya desde otro sitio—. ¡¿Zor…?!

Zor atravesó el humo a tientas y llegó hasta ella.

—¡Id por ahí! —La empujó hacia la salida.

Salieron corriendo y tosiendo con las llamas pisándoles los talones. Ron tuvo que recuperar el aliento hasta dejar de ver las estrellas.

Aya le acercó una botella de agua.

—Al coche. Ahora —ordenó Zor.

El humo negro ya salía por encima del edificio.

—Espera… —Aya miraba a los niños, que se habían agrupado a apenas unos metros. Todavía no entendían cómo funcionaba el mundo, pero ya sabían que no podían esperar nada bueno de él.

—No podemos hacer nada por ellos. —Ron la llevó hacia la furgoneta. Se oían sirenas en la lejanía.

—Conque abandonado, ¡¿eh?! —gritó Ron por su micrófono, entre toses—. ¡Venga, quemadlo todo, que da igual!

—*Así constaba en el registro municipal* —respondió la voz robótica con irritante tranquilidad.

—Mira, pedazo de… —Ron no terminó su frase.

—Él no tiene la culpa. —Aya se asomó por la ventana. Los niños se hacían más pequeños a medida que se alejaban—. Deberíamos…

—¡No, nosotros no deberíamos hacer una mierda! —interrumpió Borg —. Somos una banda, no los putos servicios sociales.

Zor miró el panorama por el espejo retrovisor. Un edificio en llamas y niños descalzos en la calle. Poco después se fueron acercando a la puerta. Zor aminoró, pero solo retrasaba lo inevitable.

—No tenemos información sobre este lugar —masculló Zor—. ¿Albert?

—Nuestro objetivo está en el almacén número cuatro —recordó Ron.

—No tengo información de dónde está el número cuatro ni de qué nos encontraremos tras la puerta. ¿Albert?

—Pero ¿qué está haciendo ese pedazo de mierda…? —preguntó Borg.

—*Estoy aquí*. —Se oyó su voz por el intercomunicador—. *Dificultades técnicas*.

—Puto caracables… —gruñó Borg—. ¿Qué hay al otro lado?

Silencio.

—Te he preguntado que qué hay al otro lado, lamepienso. —Borg hizo una pregunta más específica—. Eh, tú, ¡¿estás ahí?!

—*Estoy* —respondió Albert, ignorando el enfado de Borg—. *No sé lo que hay al otro lado de la puerta*.

Borg pegó un bufido.

Tenían la puerta delante. No era el momento ni el lugar adecuados para empezar una trifulca.

—¿No deberíamos…? —Milena hizo girar el cigarrillo en el aire—. No sé, ¿dejar a alguien vigilando en la puerta o algo así? ¿Cómo se suelen hacer estas cosas?

—La verdad es que no estoy muy familiarizado con los atracos —respondió Ron.

—¿Te quieres quedar atrás como un parguela? —preguntó Borg—. ¿Y qué vas a hacer?

La furgoneta seguía lentamente su camino, cerca del muro de cemento. No tenían un plan.

—¿Cuánto pesan exactamente los cacharros esos? —preguntó Zor.

—Con accesorios y fluidos… —Ron hizo cálculos—. Unos cincuenta kilos. Puede que un poco más.

—Vale. Milena, tú coge el rifle y te quedas vigilando —ordenó Zor—. Ron, Borg, vosotros vendréis conmigo y…

—Y una mierda —interrumpió Borg—. Yo me encargaré del guarda.

Cargó el rifle.

—El seguro —dijo Zor.

—¿Para qué?

—Para que no dispares a nadie por accidente. Por ejemplo, cuando nos empotremos contra la puerta.

—No me jodas.

Zor frenó en seco, provocando que todo el mundo se echara para delante.

—El seguro —repitió Zor con calma, con la mirada perdida.

—Joder… —Ron recogió su pistola del suelo.

Borg levantó el cañón de forma exagerada y puso el seguro con el pulgar.

—¿Contento? Has sumado medio segundo a mi tiempo de reacción, que lo sepas —dijo irritado—. Medio segundo más para disparar. Espero que el guarda esté senil.

—*La cabina de seguridad está a diez metros de la puerta, a la izquierda* —dijo Albert—. *El almacén número cuatro está justo después. Tendréis que girar a la derecha para rodear el complejo*.

—Milena, Borg, vosotros os encargáis del guarda —dijo Zor—. Aya y Ron, nosotros iremos al almacén.

—¿Y a ti quién te ha puesto al mando? —preguntó Borg con desdén.

—Tenemos cuatro minutos para cargar la mercancía y salir pitando. Albert, ¿estás listo?

—*Estoy listo*.

Zor miró rápidamente por el espejo retrovisor. Del edificio salía un humo denso negro, las llamas ya habían alcanzado la tercera planta. ¿Sentía el calor desde ahí? No, eran solo imaginaciones suyas.

—¿Estás bien, Zor? —Aya le tocó el hombro con suavidad. Le había dicho algo antes, pero hasta ese momento no había procesado su voz.

Volvió a concentrarse.

—Máscaras. Cinturones.

Comprobó que no hubiera ningún coche detrás y que todo estuviera despejado en un radio de al menos doscientos metros. Pisó a fondo el acelerador y ganó velocidad en medio de la calzada, apuntando al centro de la puerta como línea de meta. Todo el mundo se preparó para el choque. En una centésima de segundo, a un silencio ensordecedor lo siguió un brusco PAM. La furgoneta se tambaleó con violencia y avanzó a trompicones. La

mitad de la puerta estaba destrozada hacia dentro, mientras que la otra mitad había salido de sus bisagras y se había quedado por encima del techo de la furgoneta. La luna se rompió y uno de los faros se apagó con un estallido.

La furgoneta derrapó hasta detenerse al lado de la cabina de seguridad, y Borg y Milena se bajaron. Zor siguió la marcha sin esperar a que se cerrase la puerta corredera. El guarda ni siquiera hizo el ademán de coger su arma. Era de edad muy avanzada y no tenía ningún interés en detenerlos. Levantó las manos por encima de su cabeza y se puso contra la pared. Borg abrió la puerta de una patada, entró y le apuntó con su brillante y nuevo rifle de asalto…

—¡Borg! —gritó Milena con voz ronca.

Tenía que desactivar las cámaras de seguridad de la calle principal y cargar la grabación falsa en las de los cruces más pequeños… y después sincronizarlo todo. Albert manejaba unos controles que parecían sacados de los primeros tiempos de las interfaces gráficas, sobre todo para no sobrecargar su ciberterminal. Deseaba poder bajarle la calidad al tiempo para que todo fuera más rápido; todos sus procesos tardaban demasiado. Miró la ventana que mostraba las imágenes del dron que sobrevolaba el almacén número cuatro. Sí, ahí estaban. Ni rastro de ninguna unidad de respuesta de Militech. Volvió a la grabación falsa. Tenía otro cuarto de segundo de retraso.

¡Ping! Alguien se había descargado una extensión de su programa. Dos edis hicieron clinc, clinc en su cuenta. ¡No era el momento para eso!

Programó la reproducción de la siguiente grabación falsa. En el peor de los casos podría cambiarla más tarde. Además…, ¿quién iba a saber lo que pasaría dentro de unos minutos? El NCPD no debería aparecer por ahí, pero tampoco podía quitarlos totalmente de la ecuación. Cifrar la retransmisión de la grabación le estaba comiendo un preciado diez por ciento de su CPU. Tampoco es que pudiera hacer nada por evitarlo. Era importante.

—¡¿Vas a sacar la basura o qué?! —Se oyó la voz de su madre desde la lejanía—. ¡Nos come la mierda!

La furgoneta se detuvo delante del almacén número cuatro. Había una rampa que cruzaba toda la pared del edificio viejo y pobremente iluminado, y la entrada estaba compuesta por unas anchas puertas corredizas de acero.

Zor fue el primero en bajarse y comprobó rápidamente el estado del vehículo. Tanto el techo como el pilar A derecho estaban abollados, la ventana del copiloto se había roto y la luna estaba cubierta con un golpe con forma de tela de araña. El impacto había destruido por completo la parte delantera de la furgoneta, pero el motor parecía funcionar sin ningún problema.

—*Tres minutos y quince segundos* —informó la voz de Albert.

—¿Por qué puerta es? —Zor sacó una escopeta del asiento del conductor.

—No tengo ni idea. —Ron se rascó la cabeza.

Zor se subió a la rampa y apuntó a las cerraduras de las puertas. El primer disparo eliminó el sensor de movimiento, y disparó dos veces más para encargarse del mecanismo de deslizamiento. Los disparos retumbaron por las paredes del almacén número tres. Se debían de haber oído a tres kilómetros a la redonda.

Aya agarró el tirador de la puerta y la abrió con ayuda de Zor. Ron entró más tarde. Encendieron sus linternas y se adentraron en la nave.

—*¿Quién ha disparado?* —preguntó Albert.

—Todo va bien —respondió Ron—. La cerradura no cooperaba.

El interior estaba lleno de pasillos con columnas de palés que llegaban hasta el techo, la mayoría de ellos con cajas grises del tamaño de un frigorífico. Cada una de ellas llevaba el logotipo de Militech. Al final del pasillo que tenían más cerca había dos carretillas elevadoras automáticas, como si estuvieran esperando la señal de ataque.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó Aya—. ¿Un símbolo? ¿Un número? ¿Algo de un tamaño específico?

Ron hizo un gesto con las manos para indicar el tamaño de las cajas. Caminó por el pasillo y pasó la luz de la linterna sobre las letras y los números.

—Están categorizadas por códigos —dijo—. En ninguna pone lo que hay dentro, solo el código.

—Albert —preguntó Aya—, ¿cómo vamos de tiempo?

—*Dos minutos y medio. Todavía no hay señales de ninguna patrulla*.

Zor abrió la caja que estaba más cerca. No tenía ni idea de lo que contenía, pero no parecían brazos quirúrgicos.

—Albert, mira a ver qué código es el Combat S…

—Combat SRG-78 —le corrigió Ron.

—*Ya os lo he dicho, no tengo acceso a la subred de Militech. No puedo hacer nada sin un equipo de clase dos y sin conexión directa*.

Aya miró a Zor con preocupación.

—Sigamos mirando —dijo, y abrió otra caja.

—Tranquilízate, Borg. Solo tenemos que vigilarlo —dijo Milena en el tono más calmado que pudo.

—¿Qué pasa, viejo, se te ha comido la lengua el gato? —Borg se acercó —. ¿Y ese uniforme que llevas? ¿Dónde has puesto los huevos que te faltan? ¡Y yo que pensaba que trabajabas para la gran megacorporación feroz que no le tenía miedo a nada!

El guarda se lo quedó mirando con los ojos bien abiertos, temblaba un poco. Bajo su pelo corto canoso, una gota de sudor le pasó por la sien, recorriendo la cicatriz de los implantes de combate que le habían extirpado. Era un veterano.

—O puede que estés planeando algo. Igual estás pensando en cuánto puedes tardar en desenfundar el arma y empezar a escupir plomo —continuó Borg, sin dejar que el guarda pudiera negar con la cabeza—. Vamos, seguro que quieres cumplir con tu deber, ¿eh? ¿Proteger la propiedad de la empresa?

—Lo único que tenemos que hacer aquí es comprobar que la puerta siga cerrada. —Milena pegó su pistola al lateral de su muslo—. Venga, echa un vistazo al patio. Yo me encargo de él.

Borg la ignoró.

—Te tiras días y noches aquí sentado, la misma rutina, la misma mierda. —En el cañón del rifle de Borg caían gotas de sudor—. Y, por fin, llega el momento en el que puedes hacer algo, sentirte útil. Pero no, tú vas y eliges quedarte parado como una puta estatua. Tirar por el retrete todos esos años que has estado cobrando la nómina. Igual deberías hacer algo, ¿no?

El guarda tragó saliva.

—El hecho de que nunca pasara una mierda te aburría, ¿eh? —Borg casi gritaba, haciendo aspavientos con el arma—. Pues ahora es cuando está pasando algo, ¡¿no?!

El guardia movió la cabeza por instinto y se la golpeó contra una pared que tenía un póster de Lizzy Wizzy, una de las cantantes más famosas. Su gorra de patrulla se cayó en la mesa.

—¿No vas a cogerla? —Borg bajó el cañón de la cabeza al pecho del hombre—. ¿No te enseñan a respetar el uniforme?

Milena miró por la ventana para comprobar si la furgoneta venía de camino. Todavía no, era demasiado pronto.

—*Tres minutos y quince segundos* —avisó Albert.

—Te doy miedo. Te da miedo lo que soy capaz de hacer. —Borg se humedeció los labios. Sus ojos brillaban—. Igual pienso que vas a coger tu pipa. —Asintió con su cabeza muy despacio—. Y después, ¡BANG!

El guarda casi se cae del susto. Milena torció el gesto por instinto.

—¡Anda y coge la gorra! —Borg sujetó el rifle con mayor firmeza, listo para disparar.

El guardia empezó a agacharse, aunque parecía desplomarse contra la pared.

—Un atraco a mano armada son tres años de cárcel —dijo Milena, intentando controlar su voz—. Con homicidio son…

—¡Cállate la puta boca y no me distraigas! —gritó Borg—. Nos cargamos a tres en Arroyo, ¿tú crees que le ha importado a alguien?

Milena suspiró. O Borg no sabía lo que estaba diciendo o no le importaba.

Se cambió la pistola de mano y se limpió discretamente la mano derecha en la pernera.

—Bueno, ¡¿qué?! —Borg hizo un gesto con el cañón—. Coge. La. Puta. ¡GORRA!

Al guarda le temblaba todo el cuerpo. No podía cogerla.

—Borg… —suplicó Milena.

—Te has pasado los últimos años robándole a la empresa… —No le escuchaba—. ¿Dónde está tu lealtad? Hay que ser agradecidos, joder.

—Borg…

—¡Que te calles la boca, puta zorra! —Borg se volvió y gritó—. ¡Estás jodiéndolo todo!

Oyeron un disparo. Seguido de otros dos.

Milena se dio cuenta de algo con el rabillo del ojo.

El guarda sostenía una pistola.

Tenía cuatro cosas que hacer a la vez: cambiar el número del puerto, cambiar las grabaciones, bloquear el acceso a los demás puertos y desactivar los servicios de usuario con un código temporal incorrecto. Y todo eso para cada una de las cámaras. De todos modos, todavía no era el momento. Esta tarea debía realizarla durante los quince segundos posteriores a que salieran por la puerta.

Probó con otros trucos para localizar el código de las cajas del Combat SRG-78. No tuvo suerte. Borg era un completo idiota. Si hubiera contado con un par de días, Albert podría haber conseguido la información fácilmente, o al menos, haberla comprado. Ahora tendrían que apañárselas con lo que tenían.

Era mejor retransmitir las grabaciones dependiendo de la ruta que tomara el equipo de respuesta. Que persiguieran fantasmas digitales. Era difícil, pero se podía hacer. Con su mano virtual movió los iconos de las grabaciones a sus lugares del mapa. El retardo del cifrado de la retransmisión provocaba que sus gestos fueran bastante más lentos.

—¡No te hagas el sordo! —Su madre daba golpes contra la pared—. ¡La última vez fui yo la que sacó la basura!

La perfección de las formas biológicas llevaba decenas, cientos o miles de años, pero Albert intentaba convertirse en alguien totalmente distinto a

su madre en solo una generación. Para ser más precisos, en cuestión de días. O, como mucho, semanas. No quería ser otro prototipo. Tenía que convertirse en algo que tuviera un objetivo, algo final. Para poder hacerlo, necesitaba el Taran.

El dron registró tres fuertes disparos y un cuarto más débil.

El cañón seguía humeando cuando el cuerpo cayó al suelo. Milena cerró los ojos. El silencio se apoderó de la escena durante unos segundos muy largos.

—Pero ¿qué coño has hecho? —preguntó Borg, atónito.

—Te estaba apuntando —susurró Milena.

—¡Porque me distrajiste, pedazo de inútil!

Milena controló la respiración, puso el seguro en su pistola y la guardó en uno de sus bolsillos.

—Así de cerca no parece una neurodanza, ¿verdad? —dijo—. No es algo tan… anónimo.

Con una orden mental liberó oxitocina en su torrente sanguíneo. Debería haberlo hecho antes, pero no estaba entrenada para este tipo de situaciones. Además, la oxitocina, mezclada con otras sustancias cuyos nombres e ingredientes ni siquiera conocía Milena, tampoco estaba diseñada para ellas. El efecto fue inmediato. Se tranquilizó, y se le aclaró la mente.

—No, es que esto no se parece en nada. —Le quitó el rifle a Borg—. Las neurodanzas jamás podrán captar la desastrosa complejidad de todo lo que se vive. De lo que va más allá de nuestros cinco sentidos.

—Tenemos que hablar.

La voz le hizo sobresaltarse, le estaban hablando más alto que antes. Al hallarse sumergido en su cueva del ciberespacio, se le olvidó la existencia del espacio real o realidad, como a la gente le gustaba llamarla.

—Estoy ocupado —respondió, esforzándose por mover sus labios «reales». Comunicarse mediante síntesis mental era mucho más fácil.

Intentó localizar el origen de los disparos.

—¿Quién ha ha realizado los disparos? —preguntó con su voz interior.

—*Todo va bien*. —Era Ron—. *La cerradura no cooperaba*.

—Siempre dices lo mismo.

—*Albert* —esta vez era la voz de Aya—, *¿cómo vamos de tiempo?*

—¡¿No puedes escucharme ni un puto segundo?!

—Dos minutos y medio —respondió Albert, ignorando a su madre—. Todavía no hay señales de ninguna patrulla.

Se irá enfadada en cualquier momento.

—*Albert, mira a ver qué código es el Combat S…*

—*Combat SRG-78*.

—¡Llevas ya tres horas con eso puesto en la cabeza! —Se situó a su lado, eso era nuevo.

—Estoy ganando dinero —respondió, y después trasladó su atención a los demás—. Ya os lo he dicho, no tengo acceso a la subred de Militech. No puedo hacer nada sin un equipo de clase dos y sin conexión directa.

—¡Eres igual que tu padre!

Su padre valoraría lo que estaba haciendo. Si es que seguía vivo.

—¿Y cómo se murió? Con todos esos cablecitos enchufados al cerebro. ¡Así se murió!

Un puntito en la esquina de la retransmisión del dron. Difuminado entre el brillo de la ciudad, el parpadeo de las luces azules era imposible de ver a simple vista, pero el algoritmo reconoció de inmediato a la unidad de respuesta de Militech. Venía de Japantown, todo según los planes. Lo que no estaba planeado era su retardo, que ya alcanzaba medio segundo. Algo inaceptable.

—No engañas a nadie con tus mierdas. ¡No haces más que jugar y jugar!

El furgón blindado de Militech iba directo a la calle cortada. El fuego engullía todo el edificio, lo que amplificaba el alboroto. La imagen se cortaba. A tomar vientos. Cortó el cifrado de la retransmisión. No tenía opción, el cifrado estaba consumiendo demasiados recursos. El retardo desapareció y todo volvió a la normalidad. Sin embargo, como alguien rastreara la retransmisión, lo aniquilarían. No era ideal.

—¡Quítate eso cuando te hablo!

—Estoy en la Red. —Albert se centró en los ajustes ópticos del dron—. No puedo ponerlo en pausa, hablamos más tarde.

La parte más importante del plan estaba a punto de empezar y su éxito dependía de la concentración y velocidad de reacción de Albert.

—Activad las interferencias… —llegó a decir antes de que se desintegrara todo.

La parte delantera de la furgoneta estaba destrozada. Bajo el capó sonaba un traqueteo, pero el motor parecía funcionar.

Borg y Milena se subieron a la parte de atrás y se quitaron las máscaras, aliviados. Zor no perdió el tiempo en chácharas innecesarias, se limitó a cruzar otra vez la puerta y en el proceso casi se choca contra un descapotable. Frenó en seco, provocando que las cajas se estamparan contra el separador. Ataviado con cadenas de oro y anillos en cada uno de sus dedos, el conductor del otro vehículo tocó el claxon y mostró un amplio conocimiento de improperios para el deleite de sus dos hijas. Parecía querer salir del coche, pero al ver la puerta rota y el estado de la furgoneta, se lo pensó dos veces y se fue volando.

—Albert, ¿cómo vamos? —preguntó Aya.

El plan era conducir hacia el incendio sin levantar sospechas. Según el GPS, a trescientos metros tenían que girar a la izquierda por una calle estrecha.

—*Activad las interferencias* —dijo la voz robotizada de Albert.

Casi se les olvida. Aya rebuscó en su mochila una máquina con forma de walkie-talkie con dos antenas de goma. Pulsó el botón más grande y se puso en rojo.

Los neones efervescentes de Night City se emborronaban tras los cristales blindados. A esas horas no había mucho tráfico, pero las calles de Japantown nunca estaban vacías. Era fácil abrirse paso sin tener que aminorar. Incluso el NCPD se apartaba diligentemente. No se faltaba al

respeto a las luces azules y sirenas de Militech, y quien lo hiciera se encontraría con la rejilla del parachoques.

—Señal perdida —dijo el soldado de la derecha, ataviado con el equipo de combate y armado hasta los dientes.

La pantalla de la consola mostraba líneas de datos, y en el centro parpadeaba un punto rojo, la última ubicación conocida del objetivo. También aparecía una línea roja con la posible ruta que iba a tomar, cuya precisión se perdía con cada segundo. Cada cruce dividía la línea en dos.

—Llegaremos. —El conductor adelantó a un Mizutani Shion que no cambió de carril a tiempo. La próxima vez no sería tan amable—. Esos hijos de puta son nuestros.

El visor tintado de su casco no parecía molestarle para conducir.

—¿Qué tal vamos por ahí, chicos? —dijo a los tres soldados uniformados de forma idéntica.

—Estamos listos para la acción —respondió uno—. Y la paga extra.

Dejaron de reírse enseguida. Cruzaron varios semáforos en rojo, y en uno de ellos el furgón golpeó la parte trasera de un coche pequeño, y lo envió contra la acera con una lluvia de chispas.

—Ya son cinco las rutas potenciales —anunció el soldado de la derecha, encargado de la navegación.

—No importa. —El conductor aceleró—. El Distrito Industrial Norte estará plagado de callejuelas, pero no hay muchas formas de llegar a Kabuki. En dos minutos serán nuestros.

Nadie los seguía. Por ahora…

El GPS era inútil, las interferencias estaban cumpliendo su función. Las calles estrechas del viejo Distrito Industrial Norte se convirtieron rápidamente en un laberinto. Por segunda vez llegaron a un callejón sin salida que terminaba en un enorme muro de cemento.

—Albert, ¿hacia dónde vamos? —Zor dio marcha atrás.

Se suponía que el dron iba a servirles de guía.

La gente no parecía darle mucha importancia a la furgoneta abollada, había montones de chatarra en mucho peor estado entre el tráfico o

aparcados en la calle. Pasaron por tercera vez delante de un grupo de tres tipos sentados en los peldaños de un minisupermercado cerrado. Esta vez sí que parecieron percatarse de su existencia, porque se levantaron.

—¿Albert…? —volvió a preguntar Zor con mayor urgencia.

—No me sorprende una mierda —masculló Borg—. El muy cabrón se ha aburrido de nosotros. Seguro que se la está pelando.

—¡Albert! ¡¿Estás ahí?! —lo llamó Aya—. ¡¿Albert?!

Ron miró a Milena, que parecía dormir. Pasó su mano por encima de su cuello y leyó las cifras que le llegaron a la retina a través del nervio óptico. No estaba herida; todo parecía estar en orden. Sus niveles de cortisol empezaban a bajar. Ron respiró aliviado.

—Lo mejor es ir al sur —dijo Ron.

Kabuki era la única vía de escape. Al lado estaba Japantown, donde era más fácil que los identificaran. Al oeste tenían una ciudad dentro de una ciudad, los Muelles de Arasaka, y al norte y este, las Badlands, donde podían sufrir una emboscada de los Raffen Shiv, nómadas forajidos. No estaban preparados para eso. Así que su única opción era la entrada estrecha que llevaba a Kabuki. Si es que llegaban.

—Albert…, ¿es por las interferencias? —preguntó Aya.

—Tienen una frecuencia distinta —respondió Zor—. Las interferencias solo bloquean el rastreador de las cajas.

Intentó dirigirse hacia el sur. No era nada fácil orientarse a la antigua.

—Ese cabrón nos ha dejado tirados —dijo Borg—. Seguro que su mamaíta lo puso a dormir.

—¡¿Qué coño pasa aquí?! —El conductor pisó el freno a fondo.

El furgón blindado paró en seco justo detrás de un atasco. Los bomberos habían cortado la calle que había más adelante. Un edificio cercano estaba en llamas.

—Esos gilipollas se han pasado el protocolo por el forro. —El soldado de la derecha agrandó el mapa—. No registraron el fuego en el sistema, y mira. Un momento… ¡Ya lo tengo! Da marcha atrás y toma la primera curva a la derecha. Mierda, vamos a perder otro minuto.

El conductor miró por el retrovisor. Solo tenía dos coches detrás.

—Como hayan sido los de aquí, se van a enterar. —Dio marcha atrás con el camión y pisó el acelerador a fondo.

—Maelstrom no se atreverían a hacer algo así, no en su territorio. Militech los aniquilaría.

Se oyó un golpe que venía de detrás, había algo que ofrecía resistencia al guardabarros trasero. No sería por mucho tiempo; el motor del furgón tenía demasiada potencia.

El soldado deslizó el dedo por la pantalla y activó las imágenes de varias cámaras. Las de la puerta principal del almacén no funcionaban, las habían saboteado. Pero las cámaras de los callejones cercanos ofrecían sus grabaciones. Eran las rutas de escape potenciales.

Dieron un giro, aplastando dos coches como si fueran de papel. El rugido del motor tapó los gritos de los conductores.

—Ya los tengo. El soldado amplió la imagen en dos pantallas. A cien metros, ve por la izquierda. —Se veía una furgoneta desvencijada pasando por un contenedor humeante—. Haremos contacto en treinta segundos.

Se acabó. Las luces azules que aparecían en la cámara trasera de la furgoneta no podían ser de otra cosa. El furgón de Militech parecía un tanque, pero se acercaba con la velocidad de un deportivo.

—¡Joder, joder, joder! —gritó Borg—. ¡Más rápido!

Aya se giró y miró por el hueco del separador. El furgón estaba a cien metros y se acercaba a gran velocidad. Comprobó cuánta munición tenía, pero sabía que no le serviría de nada comparado con lo que tenían ellos.

—¡Venga, más rápido! —Ron se agarró al asidero con su ciberbrazo de seis dedos.

Zor no podía ir más deprisa, había llegado al tope del pedal. El icono del motor de su panel parpadeaba en rojo. Se estaba sobrecalentando.

No iban a salir de esta.

—Menuda panda de novatos —dijo el conductor con calma.

La furgoneta que tenían delante estaba ejecutando la peor huida que había visto nunca.

—Esto va a ser pan comido. —El soldado pulsó el botón de su consola que activaba el modo de combate.

Una torreta salió del techo con un pequeño zumbido.

—Espera. No quiero provocar daños en el cargamento.

Apenas estaban a veinte metros de la furgoneta.

—Deberían ser los de Maelstrom los que pusieran a estos imbéciles en su sitio —masculló el soldado—. Es su territorio, son sus problemas.

El conductor no respondió. Estaba esperando el momento idóneo para darle CHOOH a fondo y aplastar la furgoneta como una lata de refrescos. Después solo tendrían que salir y acabar con esos payasos. Las órdenes no decían nada de arrestarlos, así que ¿para qué complicarse la vida?

—*Control a 70-10, abandonen la persecución*. —La orden venía del mando central.

—Central, confirme la orden —respondió el conductor—. Interceptaremos al objetivo en quince segundos.

—*Orden confirmada, 70-10. Abandonen la persecución*.

—Afirmativo.

El conductor soltó el pie del acelerador.

—Joder… —suspiró.

La furgoneta pasó por delante de un contenedor en llamas y desapareció entre el humo.

El soldado dio un puñetazo a la consola. La pantalla se puso en negro.

—¡Nos han jodido la paga extra!

El cóctel de hormonas la había tranquilizado, haciendo que se sintiera más segura. ¿Demasiado, quizá? Podía razonar con más lógica, pero a cambio de menos deseos de supervivencia. Sentía lo mismo si le apuntaban con la pistola a ella o a Borg, el peligro cuantificado era el mismo. El cóctel estaba diseñado para que sus emociones no interfirieran en los momentos críticos de una negociación. No estaba hecho para incendios. O persecuciones.

Abrió los ojos. Estaba en una furgoneta que iba a toda velocidad por el Distrito Industrial Norte. Darse cuenta de ello no le hizo sentirse de ningún modo en concreto, aunque sí que era consciente de que las cosas no habían salido según los planes. Tampoco podía hacer nada. Era solo una pasajera. El aire que se colaba por las ventanas rotas generaba una brisa agradable.

Por detrás, la carretera estaba vacía: no había rastro del furgón de Militech.

—Si es una mierda, pero funciona, entonces no es una mierda, ¿no? —dijo Ron con una tímida sonrisa—. El runner lo hizo bien.

—No fue él —dijo Milena con voz ronca—. Les ordenaron retirarse.

El icono del motor que llevaba tiempo parpadeando en rojo ahora estaba acompañado por una alarma. Zor frenó y paró la furgoneta. Ron y Aya lo miraron en busca de una explicación.

—El motor se ha sobrecalentado. —Zor examinó los alrededores.

—Se veía venir —dijo Ron.

—Parece que estamos atrapados aquí.

Como si confirmaran las palabras de Zor, el olor a circuitos quemados impregnó la furgoneta. Un ventilador empezó a girar frenéticamente por debajo de ellos.

Borg sufrió un ataque de tos y se limpió las manos.

—¿De cuánto estamos hablando? —Aya estaba tensa.

Zor vio por el rabillo del ojo que algo emergía lentamente de las sombras de los edificios que tenían delante. Sacó su pistola.

—Preparaos.

La alarma dejó de sonar. El icono siguió parpadeando en silencio.

Las siluetas que se acercaban empezaron a verse mejor. En cuanto llegaron a la calle, bajo las luces de la ciudad, vieron que se trataba de tres jóvenes que se aproximaban con tranquilidad. Sus sistemas ópticos carmesíes brillaban en la semioscuridad. Los tatuajes y sus ciberimplantes grotescos y exagerados no daban lugar a duda. Eran de Maelstrom. Claro, estaban en el Distrito Industrial Norte. ¿Qué esperaban?

El líder del grupo tenía una pirámide óptica en lugar de una nariz. Dadas las circunstancias, también podía haber ocupado parte de su boca.

Milena vio cómo se desarrollaban los hechos como si formaran parte de una serie de televisión. El maelstromer no tenía más de dieciocho, su despreocupada manera de moverse era prueba suficiente de que fingía ser alguien que no era. Un quiero y no puedo de pandillero. Su chaqueta, bordada con el logotipo de Maelstrom, le quedaba demasiado grande y le hacía más ancho de hombros de lo que era en realidad.

Los otros dos se mantuvieron cerca.

—Recojones… —suspiró Ron.

Zor quitó el seguro de su pistola.

—Aparta eso —dijo Milena—. Es mejor si se piensan que tienen todo el control de la situación.

Zor acató la orden. Probablemente tenía razón. ¿Quién sabía si había más pandilleros vigilándolos de lejos?

Tres Ojos se acercó a la puerta y apoyó de forma descuidada el antebrazo en el marco de la ventana rota. Tenía un aspecto demoniaco desde cerca, acentuado por su brillante mandíbula de acero. Normalmente la gente se esforzaba por ocultarlas, pero él tenía las cicatrices que marcaban el paso del cromo al tejido vivo totalmente al descubierto, dando lugar a una imagen horripilante. Jugaba con su pistola de forma despreocupada, como si estuviera decidiendo qué hacer con ellos, y echó otro vistazo a la mezcolanza de personajes que había dentro de la furgoneta. Sus ojos sin vida desprovistos de pupilas o iris hacían imposible saber a quién miraba.

—He tenido un día muy largo —dijo por fin—. Podría estar durmiendo la mona, pero aquí estáis, haciendo todo este ruido, sin dejarme pegar ojo.

Zor respiró hondo antes de responder.

—Creo que podemos llegar a un acuerdo. —Milena se le adelantó—. Compensarte por tu falta de sueño.

¿Cómo hostias estaba tan tranquila?

—Te crees que estás en posición de negociar, ay, qué maja. —Tres Ojos dejó escapar una risotada artificial—. Venga, fin de la excursión. ¡Todos fuera!

—Quedaos aquí —les dijo Milena, aunque tampoco tenían muchas ganas de salir.

Ron le apretó la mano. Milena le devolvió una sonrisa para tranquilizarlo.

—No te preocupes, querido, sé lo que hago —le dijo.

Se bajó la cremallera de su traje de piloto y se lo quitó sin esfuerzo, dejándolo a un lado. Salió de la furgoneta ataviada con un traje corporativo que no podía estar más fuera de lugar.

Ahí estaba. Había algo en su postura o su expresión que hizo que Tres Ojos dudara por un microsegundo. Quizá quería cogerla del codo o darle una bofetada, a saber. Pero ese momento abrió una grieta en su fachada de tipo duro. Ya no había vuelta atrás. Milena fingió no haberse dado cuenta. En lugar de ello, se dirigió a la parte de atrás de la furgoneta. Ahora solo tenía dos opciones, seguirla o dispararle por la espalda; pero ninguna de ellas le serviría para recuperar su actitud amenazante.

Abrió las puertas.

—Tomad esto como compensación por los problemas ocasionados —dijo.

Eso le pilló por sorpresa. Lo había obligado a seguirla y comer de su mano.

Tres Ojos vio cuatro cajas idénticas con logotipos de Militech. Se quedó mirando a la corpo, sin saber muy bien qué decirle, pero esforzándose por ocultar su perplejidad. Milena todavía no estaba a salvo. En cualquier momento podría desenfundar su pistola y reventarle los sesos, solo porque le habían dado ganas de hacerlo. Era consciente de ello.

Aya agarró su pistola con más fuerza.

—Deberíamos ir a ayudarla —susurró.

Zor asintió.

—Quietos —dijo en voz baja—. Que nadie se mueva, ¿vale? Tened listas las armas, pero que no las vean.

Borg no abrió la boca esta vez.

—Os daremos una a modo de disculpas —dijo Milena con tranquilidad.

Tres Ojos se mantuvo en silencio, buscaba algo que decir. Zor le ahorró ponerse en evidencia, porque abrió la puerta del conductor y salió lentamente. Los otros dos miembros de Maelstrom lo encañonaron en toda la cara. Levantó las manos para tranquilizarlos.

—Solo quería ayudar a descargar —explicó.

De la nada aparecieron dos pandilleros más, controlando la situación a un par de metros. Apenas serían mayores de edad, estaban armados con subfusiles en posición de descanso y parecían listos para disparar en cuanto les dieran la orden. Sus balas probablemente estaban untadas de alguna sustancia. De las sombras empezaron a salir más.

Zor no esperó a que le dieran permiso. Cogió la caja más cercana y la sacó, consiguiendo a duras penas que no se le cayera al suelo. Pesaba bastante más de lo que parecía. Dio unos pasos atrás.

—¿Qué hay dentro? —preguntó Tres Ojos.

—Algo que vale por lo menos dos de los grandes —respondió Milena —. Miras holográficas cuánticas.

Tres Ojos se quedó quieto. No sabía lo que era una mira holográfica cuántica, pero tampoco iba a admitirlo. En lugar de ello se agachó para abrirla.

—Yo si fuera tú, no lo haría —dijo Milena—. Está sellada al vacío.

—¿Y qué más da eso? —Apartó el ciberbrazo.

—Pues hay una buena razón. Pregúntale a tu jefe por qué no se abren cajas selladas al vacío que contienen miras holográficas cuánticas en medio de una calle cochambrosa.

—Cuida ese tono —gruñó.

—El contenido perderá todo su valor si lo expones a un entorno inadecuado. Llévala a un sitio limpio. Tu jefe premiará tu sentido común.

Tres Ojos se levantó. Se humedeció el labio inferior, pensativo. A pesar de no tener cejas ni frente, consiguió fruncir el ceño.

—Tengo una idea mejor. —Encañonó la cabeza de Milena. Así estaban las cosas—. Nos dais las cuatro y os volvéis al puto sitio del que habéis salido.

—Nuestros jefes pueden prescindir de una —dijo—, pero si desaparecen las cuatro, se pondrán a buscar al culpable.

Tres Ojos volvió a dar otra risotada artificial. Era joven, su voz no era lo suficientemente grave como para resultar amenazadora, algo que cualquier matasanos podía arreglar por una minucia.

—No parece que eso les preocupe demasiado. Aquí solo estáis vosotros.

—Ya hemos neutralizado a una escuadra de Militech y vosotros sois mucho más fáciles. —Lo miró sin un ápice de miedo—. Pero confío en que no será necesario.

Aunque el rostro cibermodificado de Tres Ojos no dejó entrever ninguna emoción, su lenguaje corporal era menos fiable. Dudaba. Los sacos de carne que tenía delante parecían unos mindundis, pero actuaban como si fueran los putos dueños de la ciudad. Había algo que no le cuadraba.

Milena contó los segundos. Habían llegado al momento crítico. Le había dado la opción de salvarse el culo delante de los demás pandilleros. Lo que más temía era que le perdieran el respeto.

Zor estaba cerca, decidiendo mentalmente el orden en que los mataría. Podía dar a tres como mucho. No podía saber lo que pasaría con el resto.

—Ganar pasta rápidamente sin poner en peligro a ninguno de los suyos, eso es lo que haría cualquier líder inteligente —dijo Milena.

No obtuvo respuesta.

MLTCH-DP-173
Rumbo: 76°. Velocidad: 160 km/h. Altitud: 28 m. Ángulo de corrección del viento: 11° NE.
Distancia al objetivo: 400 m. Tiempo para intercepción: 48,3 s.
270 m desde los Muelles de Arasaka. Solicitando permiso para sobrevolar la zona.
Temperatura: 23°. Presión: 1.024. Humedad: 53.
Esperando permiso para sobrevolar la zona.
Actualizando posición del objetivo. Velocidad del objetivo: 0.
Permiso para usar fuerza letal: denegado.
45 m a zona restringida de Arasaka. Permiso para sobrevolar la zona: denegado.
Rumbo temporal: 212°. Rotación derecha.
Velocidad: 140 km/h. Altitud: 87 m.
Rotación izquierda. Nuevo rumbo 71°.
Velocidad: 140 km/h. Altitud: 87 m.

Distancia al objetivo: 434 m. Tiempo para intercepción: 18 m 3 s. Velocidad: 160 km/h. Altitud: 45 m.
Marcha atrás.

Algo rojo parpadeaba por encima. Los pandilleros se dispersaron como ratas.

—Nos tenemos que ir —dijo Zor.

Cerró las puertas traseras con tanta fuerza que el portazo retumbó en los edificios cercanos.

Un disparo. Gritos de dolor.

—¡No os mováis! —gritó Milena—. Nos hará pedazos. Es un modelo autónomo de combate.

ArS-03, registro 48.652.
Proceso de sincronización iniciado.
Dispositivo no identificado NI100101001110. Estado: desconocido.
Dispositivo externo detectado: MLTCH-DP-173.
Enviada orden de cambio de operador.

Zor tardó un segundo en entender a qué se refería. Era del tamaño de una motocicleta y bajaba desde el cielo, con un diodo rojo parpadeando a un lado y uno verde al otro. Por encima de su fuselaje gris mate con forma de óvalo tenía instalada una torreta. Sus lentes ópticas tenían una vista de trescientos sesenta grados de sus alrededores, y eran capaces de detectar cualquier actividad sospechosa. El zumbido del dron parecía sentirse más en los huesos que en los oídos.

Zor se llevó la mano a la pistola lentamente.

—No vas a ser lo bastante rápido —le advirtió Milena, sin apenas mover los labios—. No sin un potenciador de reflejos.

MLTCH-DP-173.
Velocidad: 0 km/h. Altitud: 3,16 m. Ángulo de corrección del viento: 2° NE.
Esperando permiso para entrar en combate.
Orden entrante de cambio de operador: ArS-03. Código de verificación: aprobado. Permiso de cambio de operador concedido.
Esperando permiso para entrar en combate. Denegado.
ArS-03: operación abortada. Orden de regreso a altitud de patrulla.
Rumbo: 254°. Velocidad: 30 km/h. Altitud: 21 m. Ángulo de corrección del viento: 7° NE.

Se quedó flotando durante tres segundos, puede que cinco. Después alzó el vuelo. Vieron el logotipo de Militech cuando se inclinó hacia uno de los lados.

Caminaron rodeando la furgoneta. Las manos de Aya presionaban el muslo de Ron para detener la hemorragia. No funcionaba.

—¿Quién disparó? —Zor metió la mano por debajo del asiento para coger su bolsa, quitó los trozos de cristal y sacó un kit de primeros auxilios.

—*Infelix casus*… —dijo Ron mientras esbozaba una sonrisa y apretaba los dientes.

—¿Quién?

—Se me disparó el arma por accidente.

—Recuéstate y pon la pierna en alto. —Apoyó al matasanos sobre el asiento del medio y le levantó la pierna. Milena se echó a un lado y sujetó la cabeza de Ron por la nuca. Durante un pequeño momento, un microsegundo, mostró preocupación. O eso, o fue una ilusión provocada por las sombras.

—No digáis ninguna tontería del tipo: «Todo saldrá bien» —gruñó Ron —. Porque en las películas siempre terminan muriéndose.

—No te preocupes —dijo Milena en un tono irónicamente tranquilizador—. No tenemos ni idea de si saldrás de esta o no.

—Ahora que lo pienso…, eso suena mucho peor.

Zor hizo un torniquete por encima de la herida con un tubo de goma. Dejó de brotar tanta sangre.

—Por eso no se deja el dedo en el gatillo —se rio Borg desde el rincón —. Venga, vámonos de aquí antes de que vengan más frikis de esos.

—Es mejor si lo ponemos atrás —dijo Milena.

Zor, Aya y ella llevaron al matasanos a la parte de atrás, manteniendo en alto la pierna. Milena se pegó a Borg, que en lugar de moverse, se quedó quieto como si estuviera paralizado. Puso la cabeza de Ron sobre su regazo.

Zor pulsó el botón de arranque y la furgoneta volvió a la vida. Se alejaron sin precipitarse.

—¿Dónde está el matasanos más cercano? —preguntó Zor.

—Es el que tenéis aquí delante. —Al menos Ron no había perdido su sentido del humor—. Llevadme de vuelta a la clínica.

—¿Y quién te va a operar? —preguntó Aya.

—Yo, yo mismo y un servidor. Soy médico, ¿te acuerdas?

—¿Y qué hay de los demás matasanos que conoces? A los que ibas a venderles la mercancía.

—Que los conozca no significa que confíe en ellos. Llevadme de vuelta.

Los cuatro llevaron a Ron al sótano y lo tumbaron en la silla de operaciones. En algún momento Borg se marchó sin que nadie se diera cuenta.

—El interruptor… del lado…, el rojo. —Ron cerró los ojos, los abrió y parpadeó con fuerza—. Y el cable del enchufe cuadrado. No toquéis… nada más.

Milena se arrodilló y rebuscó entre el amasijo de cables.

—¿Este? —cogió el primero que encontró.

—No, el que está envuelto con cinta americana. Por fa… —Le hizo un gesto a Aya con la mano antes de dejarla caer—. Mira en la balda de arriba, la primera caja… de la izquierda.

Sacó lo que parecía un tarro sin tapa.

—¿Te refieres a esto? —Se lo acercó para que pudiera leer la etiqueta.

—Sí… Mételo en la abertura de la parte trasera de la silla. La que haya. El cable…

Llevó la mano hacia Milena. El cable se le resbaló y se cayó al suelo. Milena lo buscó por debajo de la silla, lo pasó por detrás del reposacabezas y lo enchufó en la única toma con forma cuadrada que vio en la nuca de Ron.

Los manipuladores cobraron vida de repente. Uno de ellos descendió y, después de encontrar el sitio correcto, puso una inyección en el antebrazo izquierdo del matasanos. El segundo manipulador lo cubrió enseguida con una venda. El tarro que colocó Aya empezó a gorgotear.

—Ah, así sí… —Ron respiró aliviado—. No hay médico mejor que uno mismo.

Aya permanecía a su lado, con las manos, la cara y la ropa llenas de sangre. Esperaba algún tipo de instrucciones, porque no se le ocurría nada que hacer.

—Eh, ¿hay algo que pueda…? —dijo.

—Si me desmayo, pulsa el botón amarillo de la parte de arriba del teclado.

—¿Y si no funciona?

—Entonces no habrá nada que hacer.

La silla se puso en modo operación total.

Milena cogió de la mano a Ron. Desde lo más profundo de ella brotó un deseo, algo que no sabía si era nuevo o si hacía mucho que no sentía. Quería que ese hombre siguiera vivo, hablar con él, pasar tiempo con él. Era lo más extraño que había sentido ese día.

Aya se alejó de la silla y escribió un mensaje a M: «Se me ha vuelto a hacer tarde. Lo siento».

A pesar de que estaba de pie, notaba que le vencía el sueño. Se sentó en el sofá, le pesaban los ojos, pero parpadeó el icono que anunciaba la llegada de otro mensaje. Un nuevo trabajo. Se desperezó y empezó a leer.

Con cada una de las líneas que leía, su euforia inicial fue mutando en una funesta incredulidad.

6

No vas a encontrar vistas como estas en Heywood! Ven, ¡echa un vistazo! —El agente de la inmobiliaria se puso delante del ventanal con los brazos extendidos—. ¿No te sientes como si estuvieras en el centro del universo?

Lo único que se veía desde el ventanal era la parte trasera de un panel led gigantesco, una reliquia de una época en la que no existían las holopantallas. La pantalla estaba compuesta por cuatro cuadrados grandes, y entre las rendijas se podían atisbar las torres de las corporaciones con el cielo nublado de fondo.

—Está en la planta treinta y tres —relataba el agente con emoción contenida—. La última de todas, no tendrás a nadie por encima.

Gafas amarillas, corbata azul, camisa rosa fucsia, traje amarillo chillón complementado con unos zapatos rosas de imitación de piel de cocodrilo. Su bigote fino y la barba recortada con mucho cuidado buscaban la excentricidad. Sus sistemas ópticos eran amarillos, con destellos de patrones simétricos. No quedaba claro a qué tendencia de moda se adhería.

—Y no nos olvidemos del balcón. —Abrió el ventanal deslizándolo. Por debajo, a muy poca distancia, se veía el techo lleno de hollín del siguiente edificio—. Ahí abajo todo el mundo está asfixiado por la contaminación, pero aquí… —Se llenó los pulmones con un aire que era de todo menos limpio—. Se respira el aire más fresco de la ciudad. Créeme. —Dejó escapar una tos.

Cerró rápidamente el ventanal y le hizo señas para que lo acompañara al salón.

—La última generación en sistemas de entretenimiento. —Activó algo con un golpe de muñeca. Del techo apareció una pantalla enorme—. Sí, no

está amueblado, pero ¡quién necesita eso cuando tiene esta maravilla! —Señaló con orgullo el frigorífico grande y nuevo que parecía único por una razón que solo conocía el agente—. Y, además, el apartamento cuenta con dos dormitorios. Uno para dormir y otro para lo que quieras. Puedes incluso mover las paredes si lo necesitas.

El loft no estaba pensado como vivienda, pero eso nunca era un impedimento. Había partes del suelo y de las paredes que eran de hormigón visto, lo que significaba que nunca se molestaron en terminar la reforma. El sofá solitario que daba a la televisión conseguía que la vivienda pareciera más vacía de lo que estaba en realidad.

—Sé que buscabas algo más pequeño, pero pensé: «Qué leches, vamos a darle una oportunidad a este caramelito». —El agente se encogió de hombros, alegre—. Lo bueno es que está dentro de tu presupuesto. El antiguo propietario tuvo la desgracia de toparse con unos carroñeros, y… digamos, que no fueron capaces de recomponer todas sus extremidades. Y eso que tenía Trauma Team prémium, ¿te lo puedes creer? El caso es que como no tenía familia, nuestra agencia se encargó del inmueble. —Se metió las manos en los bolsillos y empezó a mecerse sobre los talones—. Tengo mucha gente interesada en este apartamento, pero si quieres consultarlo con la almohada…

—Me lo quedo —dijo Albert, poniendo su ciberterminal roto en la encimera.

Cuatro eran demasiadas. Había pagado de más, no tenía que haber contratado a más de tres. El resplandor azul de sus ojos la delataba, estaba viendo holoimágenes y le importaba una mierda lo que estuviera pasando.

—Tú —le ladró—. Fuera. Largo de aquí.

Se desconectó y lo miró con indiferencia.

—Sí, tú, que eres más bodrio que una porno muda —gruñó—. Anda, lárgate de aquí.

—No me has pagado.

—¡¿Por qué?! ¡¿Por estar tirada viendo holoimágenes?!

—Por mi tiempo. —La chica estaba preparándose para irse. Así que había sido aposta—. Cuarenta minutos.

Borg se levantó con los puños bien cerrados. Después se acordó de que estaba en el Totentanz. Cálmate, pensó, sería una pena arruinar una noche que iba perfectamente.

—Zorras inútiles. —Puso la muñeca en su antebrazo y transfirió la cantidad exacta—. Venga, pírate ya. Juro que es la última vez que vengo a este sitio.

Le dio un buen azote, que hizo que se fuera hacia la salida con mayor rapidez. Nada de propinas. Esa puta vaga no iba a sacarle ni un eni más.

¿Y ahora qué?

Las otras lo miraron como si estuvieran ausentes.

—¡Eh, venga, moveos, haced algo! —gritó—. ¿A qué he venido, a un funeral? Por el amor de Dios, ¿es que no sabéis bailar o algo así? Como no os esforcéis un poco, me marcho de aquí.

Silencio. Allí no había ganas de nada.

Ron se recostó en la almohada y suspiró cansado.

—A estos dedos no solo se les dan bien las operaciones. —Movió los seis dedos y cogió un vaso que contenía el resto del líquido dorado. Le dio vueltas y se dejó llevar por el aroma—. ¿Es auténtico?

—Tú eres el morro fino. —Milena sonrió.

Dio un pequeño sorbo y juntó los labios, pensativo.

—Diría que es… un doce años. Envejecido en barricas de roble. —Cientos de ventanas encendidas brillaban por el cristal, proyectando un caleidoscopio de óvalos amarillos en las paredes de la habitación oscura—. Con una vista así, no puedes beber meado.

—Has acertado en lo de «doce». —Milena se apoyó en los codos para incorporarse, dejando que las sábanas de seda se deslizaran por su busto perfecto—. Un año, unos meses… ¿Qué diferencia hay?

Ron estiró el cuello para observar mejor el minibar, pero no podía ver al trasluz porque el cristal era opaco… o vete a saber por qué. Patrones animados fluían por él. Se giró hacia las mejores vistas.

—Pues… tengo que admitir que sabe mejor que mi vodka. Incluso mejor que lo que sirven en Japantown.

—¿Solo le das al alcohol? —preguntó Milena.

—El alcohol lleva milenios demostrando su eficacia. Llámame antiguo, pero el resto de sustancias…, incluso las más normales… He visto lo que son capaces de hacer. El cuerpo hay que respetarlo.

—Pues el tuyo se ha recuperado bastante rápido para alguien que casi se muere.

—Tener un buen médico ayuda. —Ron se tocó la venda del muslo con el dedo—. Y buenos nanites. Guardo unos de emergencia para momentos como ese. La recuperación se acorta a un par de días. Aunque tengo que andar con un poco de cuidado.

—Yo también debo recuperarme, mañana tengo una reunión importante. ¿Una ducha?

—Después de usted, majestad. No sé cómo te lo puedes permitir, pero el agua de tu inodoro es más limpia que la que bebo yo en casa.

Se tumbaron juntos a ver la televisión, a gusto después de la ducha, sin que ninguno quisiera estropear el momento. Comieron uvas auténticas que Milena pidió especialmente para la ocasión. Ron no se atrevió a calcular lo que podían haber costado. Las noticias, indistinguibles de los anuncios, los acariciaban como un oleaje invisible.

Después vieron cómo los bomberos apagaban el fuego de un edificio. Era inconfundible. La reportera que aparecía en pantalla hablaba de un incendio, aunque no decía que fuera provocado. Parecía no estar conectado con el robo al almacén de Militech. Por ahora. De hecho, el robo ni siquiera tenía imágenes de vídeo, la única mención fue una entradilla: ROBO EN UN ALMACÉN DE MILITECH.

—¿Quieres que cambiemos de canal? —preguntó Milena.

—Igual descubrimos algo interesante.

—¿Y qué vamos a descubrir? —Milena se puso de pie y se fue al minibar—. Se produjo un incendio, había cuatro niños dentro y tú los sacaste.

Ron la siguió con la mirada.

—Me hubiera gustado sacarlos antes —admitió—. Tengo una lista de cosas que habría hecho de otra forma de haber sabido todo lo que sé ahora. Antes también ayudaba a gente… O eso pensaba.

—Cuatro niños, Ron, de la planta de abajo —dijo Milena suavemente, sacudiendo la cabeza.

Ron volvió la vista a la pantalla. El incendio era tan grande que hubo plantas que se derrumbaron. El humo salía de agujeros rectangulares donde solía haber ventanas. Con un gesto lánguido apagó la pantalla y se sentó en la cama.

—Necesito un trago —dijo con un hilillo de voz.

—Me lo imaginaba. Toma. —Milena le dio un vaso—. Envejecido durante doce días.

—Es él, estoy seguro.

Dum Dum se dio una vuelta y echó un vistazo a la multitud que bailaba pogo o sacudía las melenas.

Sus siete sistemas ópticos ionizantes alcanzaban los veinte metros. Todo parecía estar más cerca: los implantes, los huesos… La ropa distorsionaba la imagen, pero no podía bloquearla del todo. Borg. Ahí estaba sentado, repantigado en el reservado, siguiendo con la barbilla el ritmo diabólico del tema de Tinnitus con el que se contoneaban las chicas que tenía a su alrededor. Como si fuera el dueño del local. Tenía un gusto asqueroso, pero daba igual. Dum Dum cambió de frecuencia y examinó todos los elementos que tenía dentro. Un montón de cromo, pero muy poco original, cosas básicas. Un amasijo puesto al tuntún. Tener unos buenos cañones en los brazos no te daban fuerza. Y aunque te la dieran, no servían de nada si no te reforzabas la zona escapular.

—Mira, me da igual que sea o no. —Dum Dum se levantó y dio a Tres Ojos una palmada en el hombro—. Estoy aburrido de cojones.

Ni siquiera se terminó su copa, no hacía falta si eras el dueño del club. El pogo que tenía delante se dispersó como un banco de peces cuando avanza un tiburón, de manera instintiva e inconsciente.

Se acercó a la mesa y agarró al tipo por la pechera, acercándolo. Las chicas se fueron sutilmente. No cobrarían por la última hora. Un rollo.

Tal como pensaba, los implantes del cretino eran mucho ruido y pocas nueces. Poserware. Se tambaleó al intentar dar un puñetazo. Demasiado débil. Lo tiró sin esfuerzo a la pista de baile y se formó una pequeña pausa en el ritmo de la multitud. Nadie pestañeó. Otra de las ventajas de ser el dueño del club.

Lanzarlo por las escaleras de hormigón del sótano fue incluso más fácil. Sus gritos de dolor se apagaron después de que Dum Dum cerrara la puerta de un portazo. El fantasmón se desplomó contra la pared, paralizado bajo la bombilla parpadeante que actuaba como único punto de luz.

—Así que en Totentanz —dijo Dum Dum—. ¿Valiente o imbécil, qué es lo que eres?

Karla, con su piel morena envuelta en un mono negro de piel sintética, se agachaba a su lado con movimientos arácnidos. La luz de la bombilla se reflejaba en su cabeza rapada y tatuada llena de cicatrices por los implantes. Sacó una garra enorme de su antebrazo y deslizó la punta por el pecho de Borg. Este chilló y se echó para atrás como pudo, hasta golpear la pared de hormigón.

—Resulta que la segunda. —Dum Dum se puso de pie y acercó la cara a Borg, que estaba acurrucado en el rincón—. Tu banda y tú, ¿quiénes sois? ¿De dónde habéis salido?

—¿Q-qué? —masculló Borg, agarrándose el pecho.

—Te he hecho una pregunta fácil. ¿Tus chumbas y tú pateáis un avispero de nuestro territorio y os pensáis que os vamos a dejar tranquilos? ¿Hacer la vista gorda? Última oportunidad, ¿quiénes sois?

Borg volvió en sí, entendiendo por fin la situación.

—Me llamo Borg. Warden nos contrató.

—¿Warden…? —Dum Dum se aseguró—. ¿El perrito faldero de Renner? Pensaba que los Valentinos eran más inteligentes.

—Él sí lo es. Warden no, me refiero a Ron. Fue idea suya.

—¿Ron?

—El matasanos. Necesitaba la lana.

—¿Es ese tu jefe?

—No…, técnicamente era Zor el que estaba al mando. Ron se disparó por accidente porque era la primera…, no, la segunda vez que iba armado. La zorra corpo que negoció con uno de vosotros fue Milena. Y luego está la bailarina de Marry's…

—¿Me estás diciendo que el golpe al almacén lo cocinó un matasanos hasta arriba de pellas, que el grupo lo lideraba un pavo que trabaja en control de plagas y que encima vais con una stripper con pistolas? —Los sistemas ópticos de Dum Dum se fijaron en Borg—. ¿Y que habéis robado a la misma corporación dos veces seguidas? Será mejor que me cuentes las cosas bien, Pork…

—Es Borg, B, O, R…

—Por suerte, Karla te ayudará —lo interrumpió Dum Dum.

—¡No, espera! —suplicó Borg, levantando los brazos y esperando poder fundirse contra la pared. Karla se colocó a horcajadas sobre su pecho, y le puso la garra al cuello—. Yo os lo explico, ¡¿vale?! —Borg no se atrevía a moverse—. Warden los contrató para otro trabajo. Se… se suponía que tenían que asaltar un convoy de Militech. Pero eso fue en Arroyo, ¡no en el Distrito Industrial Norte! Robamos un contenedor que valía un montón de lana, a saber qué llevaba. Sí, lo hicimos. Fue el golpe del año. Pero eso no fue en vuestro territorio. Esta segunda vez sí que nos topamos con vosotros. Pero era un curro distinto, idea de Ron.

Dum Dum se agachó para acercarse, colocando sus antebrazos sobre las rodillas.

—Si sois tan jodidamente buenos, ¿cómo es que jamás he oído hablar de vosotros?

Dixie, bajita y delgada con el pelo platino corto, observaba la escena a unos metros. Karla jugaba con su garra cerca de la entrepierna de Borg, quitando puntadas poco a poco.

—¡Porque de eso se trataba, tío! —Borg estaba alterado—. Todo el mundo estaba limpio, nadie tenía antecedentes. Gente normal, ¿sabes? La mejor tapadera. Warden tenía a todos por los cojones, y los amenazó. No tengo ni idea de qué se trataba, probablemente algo serio. Se suponía que iba a ser algo de un día, y yo le ayudé a buscarlos. ¡Te juro que es lo único que sé! Warden los dejó marchar y… se suponía que se iba a acabar ahí la

cosa. Pero querían más, así que a Ron… se le ocurrió todo esto del almacén, y Zor consiguió la furgoneta del taller de Harris.

Karla se relamió los labios, puede que fuera la única parte de su cuerpo que no llevaba implantes. Colocó la punta de una de sus garras sobre el brazo de Borg.

—Diviértememe, anda —continuó Dum Dum—. ¿Cómo es que una panda de normos no lo dejan y se olvidan de todo? ¿Por qué se prestan voluntarios para volver a hacerlo?

—No… no lo sé. Lo juro, no…

Karla aplicó presión. Apareció sangre por debajo de cada una de sus garras.

—Por favor, para…, duele… —Borg apretó los ojos—. Joder, es que no lo sé, ¡¿vale?! Pero si… si me dejáis marchar, os digo dónde está el contenedor.

—El que vale un dineral, ¿eh? —Dum Dum se incorporó—. Por mi experiencia, me lo vas a contar de todos modos. No hay prisa. Todavía tengo todo el tiempo del mundo. Ninguno de los dos debe madrugar mañana para ir al curro. Así que, ya sabes, primero me vas a contar quién está en tu banda improvisada, todo lo que sepas de ellos y dónde encontrarlos.

—Mira, yo… yo siempre he querido estar en una banda, ¿vale? Estos curros… son un entrenamiento, ya sabes, para algo de verdad. Yo te cuento todo…, pero quiero unirme a vosotros. Quiero ser de Maelstrom. Puedo… puedo ser útil… y fiel y esas mierdas. Te juro que no te arrepentirás.

—Conque unirte a Maelstrom, ¿eh? —Dum Dum sonrió divertido—. Podías haber elegido otra manera de llamar la atención, Pork.

—Mira, confía en mí, yo os lo compensaré. Te… tengo un montón de info, os la contaré toda. Puedo empezar desde el principio…

—Sí, eso podemos hacerlo. —Dum Dum esbozó una sonrisa burlona—. De acuerdo, me parece bien, empecemos de cero. Dime, Pork, ¿crees en la reencarnación?

No era bonito de ver, pero Liam no se unió al cuerpo de policía para ver cosas bonitas. Al guarda de seguridad le faltaban unos dedos de la mano y la mayor parte de la piel del torso. Llevaba muerto unas horas. Huellas en el suelo lleno de sangre, huellas en el pomo de la puerta. Recuperadas y registradas. Era imposible que la búsqueda diera resultados, pero siempre merecía la pena intentarlo. Además, ¿qué hostias había pasado allí?

El dueño, Harris, lo miró con impaciencia. No le importaba mucho el guarda muerto. Tendría que buscar otro, alguien que fuera igual de inútil a la hora de espantar a mendigos y vagabundos. Lo que más le escocía era no poder abrir el taller hasta que la investigación se diera por concluida. Eso le iba a provocar pérdidas.

—Esto tiene «BANDA» escrito en mayúsculas —dijo la novata.

—Está claro que no se cortó al afeitarse. —Liam se metió un chicle en la boca, tapando el hedor momentáneamente. Prefería eso a activar el software olfativo.

La novata que le habían asignado no servía de mucha ayuda. No sabía qué le molestaba más, su falta de experiencia o las mierdas idealistas que le metieron en la academia. Incluso se había comprado una gabardina, aunque por lo menos era distinta a la que llevaba Liam. Hasta dentro de unos años no tendría el aspecto raído de la suya.

—El dueño dice que no robaron nada —dijo la novata. Estaba claro que no estaba acostumbrada a pensar en silencio, una costumbre de los nuevos. Soltar tonterías les hace sentirse útiles, como si hicieran algo.

—No vinieron a robar —respondió Liam—. Buscaban información, y está visto que el señor Smolarski —señaló al guardia— les dio lo que necesitaban.

La cerradura de la puerta no estaba rota; habían abierto por dentro. Tampoco es que hubiera mucho que robar. El taller, si es que se podía llamar así, se encargaba de reparar trozos de chatarra. Ahí nadie vendría con un Rayfield ni para cambiar el limpiaparabrisas.

Lo único que no cuadraba era la furgoneta desvencijada de control de plagas. En la base de datos del taller aparecía como registrada y lista para

recoger. No hacía falta ser un genio para saber que eso no era verdad.

> *ArS-03, registro 51.652*.
> *Procedimiento de sincronización iniciado*.
> *Dispositivo sin identificar NI100101001110. Estado: desconocido*.
> *No se han detectado subsistemas adicionales*.

Era inútil, pero lo hacía por inercia. Clic. Una conferencia sobre la limpieza de plástico en Bahía Coronado. ¿A quién le importaba eso? El agua seguiría contaminada, y nadie metería ahí ni un dedo. Clic. Construcción de nuevos megaedificios con «viviendas asequibles» a partir de un eurodólar. Las bandas las comprarían inmediatamente y subirían el alquiler en un milisegundo. Clic. Un nuevo estudio de neurodanzas especializado en producciones sin sexo ni violencia. Suerte con manteneros a flote pasado el mes. Clic. Una nueva iglesia de Eliyahu el Último Emancipador al norte de Pacífica. Querrán un buen sistema de control de incendios. Clic. Continúan las negociaciones comerciales con China y Sudáfrica.

Zor se enderezó. Al final no era tan inútil. Una fotografía de un corpo de alto rango delante de un edificio de oficinas, seguramente cerca de Corpo Plaza. Está saludando a una mujer: blanca, alta, delgada y morena. Alguien familiar. Demasiado familiar.

—No es más que una prueba rutinaria. Responde lo mejor que puedas.

—¿Con el director de seguridad interna? —preguntó Milena—. ¿En persona?

Stanley andaba cerca de los sesenta, pero tenía la mirada y la agilidad de un hombre de veintipocos. Era evidente que bajo el traje gris antracita se escondía un cuerpo bien cuidado. Un veterano de alto rango. Sin ciberware visible.

—No hace falta que uses tus trucos conmigo. —Sonrió con frialdad—. En esta empresa respetamos y admiramos tu capacidad de negociación.

Pero tenemos que asegurarnos de que estés preparada para la siguiente operación.

—¿Está poniendo en duda mi lealtad?

—No —respondió—. Solo quiero saber si estás lista. ¿Has tenido algún episodio reciente en el que tu vida o tu seguridad se hayan visto amenazadas?

Más de uno. ¿Cuánto sabía? ¿Sospechaba de ella?

—Estuve en medio de un accidente hace no mucho —respondió después de un momento—. Fue un choque múltiple en la circunvalación este. Murió mucha gente, pero yo solo me hice un esguince. No sé si eso cuenta. Fue mala suerte.

El asistente japonés fue el primero en cruzar las puertas. Las reglas eran complejas, confusas. Diferentes a las que estaba acostumbrada. A pesar de que no les habían presentado, a la única persona que Milena reconocía del pequeño grupo era al joven asistente. Cruzaron los ascensores y llegaron a una zona con mayor seguridad que el Despacho Oval. Completaron un escaneo en dos pasos y verificaron su identidad antes de poder entrar.

Katsuo esperaba en medio de la sala. Estaba justo en el centro, una exageración. Juntó las palmas de las manos e inclinó el tronco en un saludo tradicional. Tenía un nombre que no era capaz de recordar. No resultaba fácil navegar por las diferencias protocolarias entre Oriente y Occidente: a quién dar la mano primero, a quién no dársela, el orden de entrada de un ascensor, si se daba prioridad a las mujeres o a los mayores, quién era el primero en sentarse a la mesa y todo lo demás. Un auténtico campo de minas.

—Saludos, Katsuo-san. —Milena inclinó la cabeza cuarenta y cinco grados—. Discúlpeme por haber tardado tanto en enviar los documentos. Un familiar se puso enfermo.

—La familia es lo más importante —dijo con una reverencia controlada —. Espero que se haya recuperado.

—Así es, gracias.

¿Había bajado hasta allí desde su oficina? Así era. Puede que fuera una muestra de respeto. O quizá quería ganar un crédito social que gastaría más tarde.

Siguió a Katsuo al ascensor. Sin hacer el menor ruido ni vibración, el elevador comenzó su ascenso por el borde exterior de la torre norte de Arasaka. Cruzaron una gruesa nube, dejando la lluvia de la ciudad en la lejanía. Katsuo estaba quieto, tenía la mirada hacia delante. Milena no lo siguió con la suya. Habría sido descortés, además de innecesario. No le hacía falta mirarlo para conocer sus emociones, o más bien los sutiles rastros que quedaban en el aire por mucho que se esforzase uno en ocultarlos.

En eso consistía su trabajo. Años de práctica e innumerables modificaciones la habían capacitado para eso. Desentrañar sentimientos, descifrar intenciones. Predecir decisiones.

Luz. De repente estaban encima de las nubes, delante de un mar azul que la mayoría de la gente de Night City ni sabía que existía. Podía haber hablado de las bonitas vistas, pero sabía que con Katsuo tenía que morderse la lengua. Era extremadamente reservado y evitaba cualquier tema que no tuviera relación con la tarea o la reunión. Pero su manera de ser no formaba parte de una táctica de negociación. Era alguien que se llevaba a casa su rigidez, alguien que llevaba una vida gobernada por reglas estrictas. Lo sabía.

Un adversario complicado. Era como disputar una partida compleja contra una máquina. Katsuo no frecuentaba clubes después del trabajo, no contrataba acompañantes, ni siquiera exclusivas de lujo. No bebía alcohol, ni el mejor sake. Para relajarse, meditaba.

¿Cómo sabía todo esto? Lo hacía y punto. Por eso Militech le pagaba un sueldo de cinco cifras, aunque como activo valiera mucho más. Nueve cifras por lo menos.

Fuera lo que fuera, eso no parecía un ciberbrazo quirúrgico Combat SRG-78. Entre los moldes de poliestireno se encontraban objetos rectangulares con acabado en mate cuyo tamaño no era mayor que un ladrillo. Tenían

enchufes en los laterales y algo parecido a paneles táctiles en la superficie. Había doce filas de ellos, más o menos.

Zor y Ron examinaban desilusionados la mercancía bajo la tenue luz del sótano.

—Sesenta unidades por bulto —calculó el matasanos—. Por lo que tenemos un total de ciento ochenta baterías para drones patrulla de antigua generación.

—Se pueden conseguir en Kabuki por veinte edis.

—De imitación, seguro —señaló Ron—. Pero estos son originales.

—¿Y qué más da? Los drones solo los usan las corporaciones o la policía. Quizá alguna empresa de seguridad privada.

—No son nuestros clientes objetivo, desde luego. —Ron asintió y suspiró. Pulsó el botón de verificación del lateral de la batería—. Mira, está totalmente cargada.

—Oye… —empezó Zor—. ¿Vas a ver a Milena pronto?

—No lo sé, puede… que sí, supongo. ¿Por?

—Quiero hablar con ella.

Ron asintió con la cabeza a modo de respuesta. Cerró la caja y se quedó mirando la tapa.

—Ya se me ocurrirá alguna manera de deshacerme de esto —dijo por fin—. Tienen que servir para otra cosa. No sé…, para motos eléctricas, electrodomésticos, vibradores mastodónticos… Algo. —Se enderezó—. Mirándolo por el lado bueno, nadie se va a matar a buscarlas.

Las puertas de acero se abrieron de par en par y chirriaron contra el suelo. Buyers se volvió desde su terminal y se quedó petrificado a mitad del giro, que era lo único que le permitía su torso sobredimensionado.

—Ni se te ocurra. —Un montón de ojos incandescentes surgieron del humo, seguidos de tres personas.

Buyers retiró lentamente la mano de la escopeta que tenía debajo del mostrador. Mierda. No había lugar a duda. Hizo un cálculo rápido de sus deudas. No tenía nada con Maelstrom. Le debía a Scholl diez de los grandes, pero la fecha de pago era la semana siguiente.

—El míster ocupado Buyers… —El maelstromer que tenía delante lo miraba con siete sistemas ópticos: dos donde tenían que estar sus ojos, cuatro más pequeños por arriba y uno grande en mitad de la frente—. Sabía que estarías aquí.

Buyers se quedó en silencio. Ya había empezado a sudar. Ni siquiera habían sacado sus armas; no lo necesitaban. Su aspecto era tan amenazador que a nadie se le ocurriría hacer cualquier tontería. Buyers incluido.

Scholl no contrataría a una banda para cobrar, prefería dar la murga hasta el infinito. Y todavía tenía una semana.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está el: «Buenos días, en qué puedo ayudarles»?

Dum Dum. Buyers ya cayó en quién era. Abrigo de cuero sintético negro, botas que pesaban un par de kilos… No había duda.

—En qué puedo…, eh… —Su tono era demasiado agudo. Se aclaró la voz—. ¿Ayudarlos…?

—Me alegro de que me lo preguntes. Pues resulta que un par de sacos de carne hicieron una hoguera con un montón de mierda en nuestro patio y se han largado sin dejar rastro. —Dum Dum se apoyó en el mostrador—. Como te puedes imaginar, a Royce no le ha gustado el asunto. En otras palabras, está cabreadísimo. Y a mí no me gusta tener a Royce así. Más que nada porque luego soy yo el que se lo come todo.

Buyers se reclinó un poco en la silla. Agradeció mentalmente haber diseñado su despacho así hace diez años, porque Dum Dum no podía acercarse más. Se sintió un poquito más seguro.

Solo un poquito.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo…? —Pestañeó porque una gota de sudor se le metió en el ojo.

—Puede que algo, puede que nada. Puede que todo. Depende de lo inteligente que seas.

—Miren, amigos, yo les ofrecería toda mi ayuda, pero… —Se quedó callado.

—Dinos quién lo hizo.

—¿Y cómo lo voy a saber? Yo solo me dedico al control de plagas y nada más. No hago ninguna otra cosa.

—Entonces supongo que no te importará que en la base de datos del NCPD aparezca una foto tuya en el apartado de homicidios con circunstancias agravantes. ¿Ve r d a d?

—Pero yo…

—Llevaban una de tus furgonetas, Buyers.

—Eso es… imposible. —Empezó a chorrear—. Antes de ayer no tuve ningún encargo en el Distrito Industrial Norte. ¡Me habría enterado!

—¿Te vas a quedar ahí sentado diciéndome que alguien se llevó de paseo una de tus furgonetas y que no te diste cuenta?

Detrás tenía dos miembros más de la banda: uno parecía adolescente, aunque no estaba seguro, y una mujer. Ambos esbozaban una sonrisa siniestra.

—¡Juro por Dios que no sé nada! —Buyers estaba empapado de sudor —. Todas las furgonetas están en el aparcamiento.

Dum Dum asintió como si entendiera lo que decía y se incorporó.

—Bueno, en ese caso, sentimos mucho las molestias. Ahora mismo nos vamos. —Se quedó en el sitio y sonrió de oreja a oreja—. Tú te crees que soy imbécil.

Buyers sacudió la cabeza rapidísimamente.

—Conque todas, ¿eh? —El pandillero le lanzó una mirada demoniaca —. El taller de Harris. ¿Te suena?

Buyers se dio una palmada en la frente, llenando el mostrador de sudor.

—Ay, mierda, joder, claro. Iba mañana a por ella. Estaba reventada. Un hijo de puta me la dejó hecha una mierda.

—¡«Me la dejó hecha una mierda», dice! —Dum Dum se rio—. ¿Sabes qué? No eres el primer lamepienso con el que hablo.

Dejó caer varias cosas en el mostrador. Buyers se estremeció al ver un dedo cortado.

—He hecho un montón de preguntas. Todavía no he conseguido todas las respuestas. Pero sí tengo algunas. El que te mangó la furgoneta la arrancó como si la reconociera. Sin forzarla ni piratearla. Nada.

—Zor… —Buyers asintió tan rápido que hizo bambolear sus múltiples papadas—. Tenía acceso biométrico. ¡Tuvo que ser él! Me debe un montón de edis por el destrozo que le hizo a la furgoneta.

—Dudo que te vaya a pagar.

—Seguramente. Pero eso da igual. Les… les contaré todo lo que sé.

—Por fin entras en razón. Igual al final sí que llegamos a un acuerdo. —Dum Dum olfateó el aire y torció el gesto—. ¿Acabas de cagarte encima o siempre huele así de mal por aquí?

—No tiene nada que ofrecerme. Esta reunión no es más que una muestra de buena voluntad por parte de nuestra dirección.

—Las muestras de buena voluntad no serían necesarias si no hubiéramos conseguido información sobre el proyecto Aeneas.

—Nuestro objetivo es mantener el equilibrio. La filosofía de esta corporación no se basa en el culto al beneficio, al contrario que otras empresas más pequeñas que medran bajo nuestras sombras. El camino a la grandeza no se construye con avaricia.

La sala de reuniones podría haber sido como otra cualquiera, salvo por un pergamino japonés colgado en la pared que contenía cisnes pintados con pinceladas en negro y un árbol de bonsái que reposaba pacientemente en la esquina. Como si a una tuvieran que recordarle dónde estaba.

—Creemos que a ambas partes nos interesa cooperar —dijo Milena—. Tenemos a nuestra disposición algunas soluciones tecnológicas que pueden mejorar nuestra seguridad mutua.

—La seguridad es prioritaria, desde luego —admitió Katsuo—. Por eso este proyecto no ha empezado su fase de desarrollo.

—Nadie quiere que se repita lo ocurrido hace quince años —asintió Milena—. La cooperación nos serviría como garantía de ello.

—Aunque respetamos su tecnología, no creemos que en este caso pueda servir para algo. Contamos con nuestras propias soluciones. Además, están una generación por delante de las suyas, si no me equivoco. El objetivo de esta conversación es desarrollar un entendimiento mutuo que no se perciba como injusto para ninguno de nuestros equipos directivos.

—En otras palabras, ustedes quieren asegurarse de que no nos metamos en sus asuntos.

—Es una manera de decirlo.

Milena era incapaz de imaginarse una grieta en ese muro de autocontrol. Que levantase la voz era imposible.

—Empieza a fumigar, bobo.

—¿Por qué lo tengo que hacer yo otra vez, Jack?

—Porque en eso consiste el trabajo. Tú decidiste trabajar aquí, ¿lo recuerdas?

—Yo no decidí nada. No me querían en ningún otro sitio.

—¿Y nunca te has preguntado por qué? ¿No? Pues dale, empieza a fumigar.

Morris se colocó el depósito a la espalda y agarró el mango con su mano enguantada. Sus gruesos trajes naranjas chirriaban con cada uno de sus movimientos. El color naranja significaba que el trabajo iba a ser asqueroso. Jack cogió una caja de herramientas y cerró de golpe la puerta trasera de la furgoneta, provocando un eco que reverberó por el aparcamiento grande y vacío.

—No eres mi jefe —dijo Morris cortante—. Es la tercera vez que fumigo. Pensaba que éramos socios.

—Que sí, bobo. Lo que tú digas.

—¿Por qué me llamas eso?

—¿Y cómo se supone que tengo que llamarte?

—Me llamo Morris. Así me llamaba Zor. Era un buen tipo.

—Pues si era tan bueno, cómo es que Buyers lo despidió, ¿eh?

—Fui yo el que empotró la furgoneta. Zor asumió la culpa para protegerme. Yo no sé conducir.

—A ver si lo adivino, ¿a que se suponía que no se lo tenías que contar a nadie? —Jack se rio. Bajaron por las escaleras hacia el sótano inundado.

—No se tiene que enterar nadie. —Morris notó por el traje lo fría que estaba el agua—. O me despedirán.

—¿Ves? Acabas de contármelo. Y sigues preguntándote por qué te llamo bobo.

Morris se adentró más y se detuvo. Las aguas residuales casi alcanzaban la altura de la cremallera. No tenía ni idea de la profundidad que podía

llegar a alcanzar.

—Jack, creo que necesitamos trajes de buceo —dijo—. No puedo avanzar más, me mojaré por todas partes.

—¿Y quién te ha mandado meterte ahí? —Jack se paró a un paso por encima de la superficie. Pasó la luz de la linterna sobre el agua, y reveló columnas de hormigón y la parte superior de varias estructuras de acero. También flotaban cadáveres de ratas y otros objetos de origen misterioso. El agua que rodeaba las escaleras estaba cubierta de un líquido viscoso más grueso que borboteaba.

—¿Oye Jack, y si esto ha subido? —preguntó Morris—. Me refiero a desde que viniera Buyers a echar un vistazo. ¿Cuándo fue la última vez que estuvo por aquí?

—No estuvo aquí nunca, bobo. Ese lo único que hace es quedarse todo el día tirado con el culo apalancado en su despacho, contando la lana que le generamos.

Se agachó para ver mejor el líquido viscoso. No era más que un estofado burbujeante de miles de insectos muertos que no llegaron a la superficie. Flotaban y se disolvían lentamente.

—El trabajo se hizo solo —murmuró.

El sensor de gas de su traje empezó a pitar.

—Mierda. —Se puso la máscara de gas a toda prisa y giró la válvula del filtro—. ¡Bobo, ponte la máscara! ¡Tenemos que largarnos de aquí!

Morris empezó a marearse. Se colocó la máscara, pero cuando fue a accionar la válvula, lo único que palpó fue un tubo que no estaba conectado a nada.

—No tengo el filtro, Jack —dijo.

—¡Te lo has dejado en la furgoneta, bobo! —Jack ya estaba subiendo las escaleras a toda velocidad—. ¡Sal de aquí cagando leches!

Morris salió del agua a trompicones, avanzó tambaleándose y dejó caer el pulverizador mientras se apoyaba en las escaleras. Empezó a subir arrastrándose peldaño a peldaño. Con cada bocanada de aire, el ascenso se hacía cada vez más y más pesado. El traje naranja de Jack desapareció por las escaleras. Le quedaban mil peldaños, y cada uno de ellos parecía estar

más y más alto, se inclinaban en varias direcciones y subían y bajaban como si fueran las olas del mar.

¿Por qué estaba tan cansado de repente?

Sintió que algo lo agarraba por la espalda y le apretaba los brazos. Morris gritó y saltó hacia arriba, subiendo a gatas las escaleras con el cable y el pulverizador arrastrándose por detrás. Algo le sujetó incluso con más fuerza y lo zarandeó. Cayó al suelo y se desplomó contra la pared del aparcamiento.

Jack comprobó el sensor de gas y se subió la máscara.

—Bobo, esta vez te has superado. —Se terminó de quitar la máscara—. Ni Buyers te…

Jack se giró. No estaban solos. Unas sombras apenas visibles se movían de forma amenazadora por las paredes llenas de pintadas. Echó la mano al arma que tenía bajo el cinturón…, que estaba dentro del traje.

—Mierda. —Puso la mano rápidamente en la cremallera que tenía bajo el cuello—. Eh, ¿no os dais cuenta de que estamos trabajando?

No terminó de bajarse la cremallera.

De las sombras aparecieron unos puntos rojos situados a la altura de la cara. Morris notó que le rociaban la cara con un líquido caliente. Además, del suelo empezaban a surgir formas oscuras y monstruosas que se iban agrandando poco a poco. Oyó que algo se caía allá donde no le alcanzaba la vista.

De la espiral mareante surgió un primer demonio que se puso delante de Morris. Tenía los ojos fulgurantes.

—Zor —gruñó el demonio—, ¿dónde está?

Morris intentó enfocar la vista, pero no pudo. Seguía viendo siete ojos rojos, puede que más. Todo estaba impregnado de un olor dulce y un poco metálico que le resultaba familiar de una forma desagradable. Decidió no moverse. No podía.

—Zor —dijo la voz del demonio desde lejos.

Morris fijó la vista en un punto, pero su visión se iba hacia arriba, abajo y a los lados. ¿O era quizá el resto del mundo lo que se movía? La Tierra giraba, ¿no?

—Dinos dónde está Zor.

—Habéis venido… —empezó Morris—. Habéis venido… a por mí.

—No, no hemos venido a pisar un trozo de mierda. Zor. ¿Dónde está?

—Me dijo… que no existíais.

—Pues estaba equivocado. Tienes que decirnos dónde está.

—Para hacerle daño. Porque sois malos.

—Nunca lo había pensado así. Eres un tipo curioso, ¿eh? Dinos dónde está y te dejaremos marchar.

—No. Zor me ayudó. Él se portó bien conmigo. Así que ahora me toca a mí.

—Yo me estoy empezando a hartar. —El demonio dio un paso hacia atrás—. Karla, por otro lado, tiene toda la paciencia del mundo.

La demonio calva alzó sus manos, y con un silbido metálico sacó cinco garras de acero de sus dedos. Se abalanzó sobre Morris e hizo trizas su traje. Y parte de su piel.

—Toda la paciencia… —le susurró al oído.

Morris sintió el dolor ligeramente atenuado desde la distancia, como si estuviera orbitando alrededor de su propio cuerpo. Poco después, el dolor era lo único que lo mantenía conectado con él.

—Nunca antes habías tenido a una mujer tan cerca, ¿verdad? —susurró.

—Ofrece el diez por ciento. —Milena se tomó una pausa—. Diez por ciento de algo impreciso, indefinido. ¿Por qué una cantidad tan específica?

—No es más que un punto de partida para nuestra negociación —respondió Katsuo—. Hay que empezar por algo y diez es un número par.

—Cincuenta por ciento es más par, en mi opinión.

—Le recuerdo que somos capaces de llevar a cabo el proyecto en solitario. Nuestra oferta de cooperación con Militech tiene como único propósito que su dirección no se vea amenazada.

—Lo que podría desencadenar que se desvelara todo.

—Que sería un error catastrófico. Se desperdiciaría una oportunidad histórica no solo para nuestras corporaciones, sino para toda la humanidad. Aeneas es como entrar en un agujero negro. No podemos saber lo que hay en el otro lado. Puede que una potencia computacional sin límites. Quizá la

solución a todos nuestros problemas, o incluso la posibilidad de mirar al futuro. Nadie ha vuelto con vida. Por eso no podemos basar nuestra negociación en nada concreto, porque no lo hay. Solo esperamos que nuestro entendimiento mutuo dé lugar a un marco común para cuando contemos con más información.

Milena se sirvió un vaso de agua. Dos vasos y una jarra, esas eran las únicas cosas que había en la mesa. Había que dejar todos los dispositivos electrónicos en el exterior de la sala y desactivar todos los implantes y holoteléfonos. Era mucho más que un gesto de buena fe. Después de todo, estaban en la sede central de Arasaka en Norteamérica. Si Katsuo quería tener instalados una decena de dispositivos de escucha, no había nada que se lo impidiera. Pero no lo haría. La dirección de ambas corporaciones no podía conocer la existencia del proyecto Aeneas. En caso contrario, si se corriera la voz, todo aquel que se hubiera involucrado en el proyecto sería tratado como criminal. O mucho peor, como traidor.

El frágil cuerpo de Dixie convulsionaba y se movía de un lado hacia otro como si estuviera teniendo una pesadilla. O como si lo electrocutaran. Estaba sentado entre dos contenedores rebosantes de basura, apoyado en la pared de ladrillos de probablemente uno de los edificios más antiguos de Night City. Karla le sujetaba la cabeza para impedir que se golpeara mientras el cable que le salía de la nuca permanecía enchufado a un panel de mantenimiento instalado en el muro. Había veces que su cuerpo reaccionaba de esa manera cuando le transmitían una señal de una conexión remota a través de varios nodos.

A su lado, a la extraña luz del atardecer que se colaba por las nubes del cielo, Dum Dum no parecía tan amenazador. No había nadie que los molestara, sobre todo porque la mayoría de la ciudadanía de Night City tenía como hábito evitar situaciones que se desviaran lo más mínimo de sus rutinas.

Un coche patrulla del NCPD pasó por delante e hizo el ademán de detenerse, tal vez para ver si podían ganar algo con una multa. Pero solo les

bastaba con ver a Dum Dum para pasar de largo muy despacio como si no hubieran visto nada.

—*Desenchúfalo, se está sobrecargando* —dijo Karla mentalmente.

—*No hasta que encontremos algo* —respondió Dum Dum.

Un momento después, Dixie abrió los ojos y respiró hondo para recuperar el aire mientras se quitaba el cable de la cabeza. Karla lo abrazó y después se apartó por instinto. Su cuerpo necesitaba algo frío, no el calor humano. Una inmersión corta sin refrigeración podía llegar a poner la temperatura corporal de un netrunner a temperaturas similares a las de una fiebre alta. Le apartó el pelo blanco mate de la frente. Volvió en sí poco a poco. No era su primera vez. Finalmente se puso de pie.

—*Había una transmisión de un par de segundos* —dijo con la mente—. *He conseguido una dirección*.

Albert contemplaba sus últimas adquisiciones. En la parte del suelo de hormigón cubierta de sintemadera había un sofá y varias sillas. El hueco del fregadero ahora contaba con uno instalado. La cocina tenía un frigorífico y el dormitorio una cama. El segundo dormitorio tenía una silla compacta, totalmente nueva. Se acabaron los chirridos de pizarra o el plástico duro. Y, lo más importante, se compró un nuevo ciberterminal idéntico al que destruyó su madre y un cartucho de un juego muy específico. A lo largo de los años nunca tuvo que actualizar su hardware. Lo único que tuvo que hacer para adaptar el ciberterminal a sus necesidades de netrunning era combinar paciencia con experiencia. Aparte, por mucho que quisiera, Albert no sabía cómo conseguir algo mejor. Bueno, en realidad sí que lo sabía, pero no quería salir de su zona de confort, por lo que terminaba modificando su terminal de acuerdo con sus necesidades.

Un robot aspirador se deslizaba por el suelo. Cuando llegaba al final del entarimado, se paraba y daba giros de ciento ochenta grados. También operaba en su zona de confort.

Teóricamente un robot como ese podía existir para siempre. Cada vez que una de sus partes se desgastara o se rompiera, se podía sustituir por una nueva y el robot seguiría funcionando como siempre. Al cabo del tiempo

podrías separar todas sus partes y eso no alteraría su comportamiento. Era como la nave de Teseo. Si cambiabas una tabla de la cubierta, ¿sigue siendo la misma nave? ¿Y si fueran dos tablas? ¿Y si las cambiabas todas?

Con la gente era distinto. Si dieran con la manera de controlar la ciberpsicosis, se podrían cambiar todos los órganos menos el cerebro y la médula espinal, que son las dos cosas que le hacen a uno… ser *uno mismo*. De todos modos, pensaba que la obsesión generalizada por la ciborgización era una estupidez.

Se podría pensar que una persona era como la nave, dado que todos los átomos del cuerpo se sustituyen por otros nuevos para seguir viviendo. Casi, pero no del todo. De una de sus cosechas de datos de hace medio año, Albert descubrió que todos los átomos del cuerpo se cambian cada pocos años… excepto los del sistema nervioso central.

Esa mañana recibió tres mensajes de Ron. Los ojeó, pero no tenía intención de responderlos. Verse envuelto en ese fiasco fue un error, además de un riesgo innecesario. Tomar riesgos en solitario, vale y pase, pero ¿hacerlo por los demás? El último estropicio reforzó su convicción de que le iba mejor trabajando a solas.

Miró el apartamento. Puede que fuera tres veces más grande que aquel en el que había pasado toda su vida. ¿Qué era lo que hacía la gente al llegar a casa? ¿Sentarse en el sofá? ¿Lavarse las manos? ¿Ver la televisión? ¿O quizá prepararse algo de comer?

Estaba totalmente perdido. No tenía ni idea de cómo se hacía lo que la gente normal llamaba vivir. Por lo menos ya había cumplido con sus necesidades. Muebles; sabía que los salones suelen tener un sofá. Hecho. Que un frigorífico debe tener algo de beber. Hecho. Que el congelador necesitaba hielo. Y mucho. Hecho.

Si tuviera un equipo de netrunning de clase dos, podría aprovechar todo ese hielo. De momento, solo tenía ese ciberterminal primitivo con los ajustes de fábrica que le impedían utilizarlo como quería. Las características de seguridad de ese modelo particular no eran muy sofisticadas: se podía cambiar la configuración con un soldador y un destornillador. Pero ¿para qué tirar abajo la puerta cuando puedes llamar al timbre?

Albert sacó el cartucho del paquete y lo insertó en el terminal.

Un cielo azul y agua color turquesa. Hace calor, pero no demasiado. Un parpadeo de ojos precede la vista de las paredes blancas de la villa que reflejan la luz del sol. Las cortinas que se mueven ligeramente acentúan la irrealidad del patio decorado con cipreses de la Toscana y tumbonas de madera. No hay nadie más aparte de una mujer de tez aceitunada ataviada con un ondulante vestido blanco semejante a una toga griega. ¿O es romana?

—¡Por fin has vuelto! —Elena se acerca con una sonrisa—. ¿Qué tal tu viaje?

Imagínate vivir aquí, en Coronado City, Pacífica, para ser más exactos. Un paraíso dentro de un paraíso.

—Necesito un equipo —replica—. Terminal, ordenador, portátil. Como quiera que lo llamarais por aquel entonces.

—¿No prefieres relajarte un poco después de tu largo viaje? —Estaba claro que no le iba a dejar hacer lo que quisiera así por las buenas—. Te prepararé un baño. —Intenta abrazarlo.

—Gracias, pero no puedo. —Se libera del abrazo—. En serio, necesito un ordenador.

—Por lo menos vístete primero, ¿no?

Lleva una camisa de lino blanca que le roza la piel.

—Lo haré en un segundo. Ahora mismo necesito un ordenador y una conexión a internet.

—¿Y qué tal un paseo por la playa con la puesta de sol de fondo? —Elena no se rendía—. Me lo tienes que contar todo. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos.

Había un error en el código. Es por la tarde.

—Últimamente hemos estado muy… distantes —continúa ella—. Acabas de volver y creo que es el mejor momento para solucionarlo, ¿no?

Siente la dureza de la pistola que tiene enfundada al cinturón, también hecho de tela y bastante incómodo. La idea de poner fin inmediatamente a esta conversación inane es tentadora, pero… el uso de la violencia en ese

lugar provocaría una nueva ramificación del relato. Y eso dificultaría las cosas.

En la parte de la derecha de la playa aparece un cartel grande que anuncia ropa de Jinguji. Podría servir.

—Es que quería usarlo para comprarte un vestido bonito —dice—. Siempre me has hablado de Jinguji.

Debería valer.

—Ah, ¿sí? —Pega un brinco y aplaude—. ¡Vamos entonces!

Le coge de la mano y lo lleva a la villa. Hace fresco, pero no frío. Todo es perfecto: azulejos de mármol, columnas sobre las que se apoya la primera planta, motivos griegos en las cornisas. ¿O son romanos? Da igual. Lo único importante de esta pantomima es llegar al repositorio de configuración del ciberterminal.

Elena lo conduce a un amplio dormitorio con un escritorio bastante ancho. Sobre él reposa algo parecido a un ordenador prototipo con la página web de Jinguji en la pantalla. No importa el artículo que compre en el juego, siempre y cuando desactive la seguridad de la microtransacción. Una pequeña grieta del sistema, insignificante para el fabricante. La mujer vuelve a saltar de alegría e inserta en el ordenador una tarjeta que acaba de materializarse en su mano. Otro error.

—Qué detallista eres. Adelante. Recuerdas mi talla, ¿no?

Seguirá molestándolo, instándole a que interactúe con ella. Forma parte de su programación, que se ha combinado con los parámetros que Albert eligió en los ajustes. No es necesario responderle, ya no la necesita. Ya ha conseguido lo que quería.

Se sienta delante del terminal, portátil o como quiera que se llame. Dispone de un teclado, lo que facilita las cosas porque no tiene por qué generarlo. Con una orden mental, Albert arranca una cadena de código simple y preparada para este momento. Se ha convertido en el demiurgo de este mundo o, más bien, en su destructor. Empieza a borrar todo lo que puede. Aunque con un poco de precaución, puesto que no puede tirar por la ventana todos los contenidos del ciberterminal. Tiene que mantener el software encargado de las funciones centrales, incluido el juego en el que se encuentra Albert.

Entre las primeras características eliminadas se encuentran el sistema de seguridad del sistema operativo y los gráficos no esenciales. Los elimina poco a poco, hasta que solo queda el terminal arcaico, el escritorio y el suelo que están pisando.

Un estallido enorme lo saca de su momento de concentración.

—¡Tenemos que salir de aquí! —Elena corre hacia él y lo coge del brazo—. El mar… ¡ha desaparecido!

—Lo sé. Lo he eliminado.

—¿A qué te refieres? ¡Esto es lo que pasa justo antes de un tsunami!

El suelo empieza a temblar y agitarse. Es algo que no ocurrió la última vez. Albert se quita el sombrero ante el diseño de la física del juego: la eliminación del agua ha debido de provocar un cambio tectónico enorme, aunque espera que se aseguraran de que los cables de fibra óptica no se vieran afectados por un terremoto.

No, esto es más que un terremoto cualquiera. Albert sale al balcón a mirar mejor lo que pasa. Elena grita y corre por la habitación, presa del pánico. Lo que se ve desde la puerta del balcón es impresionante y terrorífico por su verosimilitud: una ola de varios metros de altura avanza rápidamente hacia la orilla. Llegará a la villa en unos treinta segundos.

Albert se da cuenta de lo que está pasando. El vacío creado por la eliminación del agua está provocando que se vuelva a llenar. No está mal, nada mal.

Elena intenta llevarlo como sea a la salida. La aparta de un empujón y se vuelve a sentar en el terminal. Escribe un par de comandos y, como por arte de magia, la ola desaparece. No servirá de mucho, pronto se formará otra nueva. Albert se limita a marcar las zonas de la memoria del ciberterminal exentas del borrado e inicia una limpieza rutinaria.

—¿Qué pasa…? —balbucea Elena mientras cae de rodillas al frío de los azulejos.

El suelo, el exterior del edificio y la propia Elena se desvanecen con los varios gigabytes del código de su relato. Adiós muy buenas. En cuanto todo, incluido su propio avatar, desaparezca y se desconecte del servidor, Albert terminará con un ciberespacio limpio y vacío. Al contrario que su nueva vivienda, sabe muy bien cómo amueblarlo con sus propios modelos de

programación, diseños y código descargado de su Cueva de las Maravillas. Pero antes…

Para construir un refugio se necesita protección y buenos muros, y el ciberespacio no es una excepción. Albert no iba a escatimar en ese aspecto.

Por fin, en su nueva fortaleza, en su nuevo refugio, terminará el Taran en paz.

Dum Dum estaba totalmente cautivado. Sí, lo normal es que sintiera algo así ante una obra de arte, pero había algo en ese dibujo formado por las incisiones rojas en el cuerpo de esa cuarentona desgreñada. Enterrado en el caos, un orden tan inhumano que solo podría tratarse de una creación humana.

El apartamento era estrecho y estaba lleno de trastos, pero no parecía sucio…, siempre y cuando uno ignorara las paredes y el suelo lleno de sangre, una prueba de la pasión de Karla. Te pasas toda tu miserable existencia aquí, agradecido de por lo menos no estar en la calle, agradecido por ese poquito de energía que te empuja a seguir viviendo. Y un día, mientras vas a la deriva en tu realidad sin sentido, dejándote mecer por las corrientes del azar, alzas la mano, coges el destino por los huevos y te agarras bien fuerte. Ese pedazo de mierda se les había escapado.

Su habitación era un habitáculo de dos metros cuadrados. Al contrario que el resto de la vivienda, este no estaba lleno de trastos sin sentido. Utilitario, minimalista e incómodo. Casi ascético. Quien viviera allí no buscaba la comodidad, sino que tenía un objetivo. Se alejaba de las trampas del cuerpo, de sus placeres y dolores. Puede que Dum Dum proyectara, pero sentía que estaba yendo en la dirección correcta.

El maelstromer regresó al salón. Los demás estaban revolviendo todo con minuciosidad y tranquilidad en busca de algo útil, pero sin éxito. Sí, estaban dejando todo hecho un desastre, pero no tenían por qué cubrir sus huellas, más que nada porque las consecuencias les importaban una mierda.

Era hora de irse, no tenían más por hacer. Dum Dum volvió a mirar el cuerpo de la mujer. Ni siquiera mostró coraje, fue incapaz de soportar el dolor.

Al final era verdad que no sabía dónde estaba su hijo.

Cinco paradas de NCART, un transbordo y después dos más. El trayecto tenía un tramo a pie de treinta minutos que normalmente no debía añadir, pero el programa determinó que era la mejor ruta para evitar las zonas en las que se habían cometido delitos en el último mes. Los ajustes predeterminados lo limitaban a una semana, pero siempre pensó que no bastaba con eso.

Eran las primeras horas de la tarde y el tren iba casi vacío. El alud de anuncios estaba en pleno funcionamiento y cubría todo el espacio disponible en las paredes, desplazándose por el tren y parpadeando en los muros del túnel. Albert estaba encorvado en su asiento, intentando no llamar la atención. Observaba con precaución al resto de pasajeros con el rabillo del ojo, evitando el contacto visual. Se le pasó por la cabeza que podía tener el efecto contrario, pero no se le ocurría otra manera de comportarse.

Se dio cuenta de que necesitaba un plan para cuando llegara. ¿Y si su madre no estaba en casa? No, sí que estaría. Siempre estaba en casa. Nunca salía a menos que fuera estrictamente necesario. Es más, estaría allí y le empezaría a gritar nada más cruzar la puerta. Solo necesitaba medio minuto para encontrar lo que necesitaba y se marcharía de ahí. Para siempre.

Salió del tren, aliviado porque las tres amenazas potenciales resultaron ser un producto de su imaginación. Bajó a la calle. Solo tenía que caminar ochocientos metros hasta llegar a la seguridad relativa de la zona comercial, y si no se sentía protegido, siempre podía dar un rodeo. Ordenó mentalmente que se mostrara el programa en su campo retinal. Mierda. Su destino estaba adornado con un punto rojo.

De hecho, por lo visto se había cometido un delito grave en el edificio en el que creció.

—¿Alguna teoría? —preguntó Liam.

La mirada de la novata peinó el salón y al equipo forense que hacía su trabajo. Por suerte, el suelo estaba inclinado, lo que significaba que la mayor parte del charco de color rojo oscuro se había trasladado a la pared. Facilitaba caminar por la estancia. No habían apagado la televisión, que mostraba por tercera vez el anuncio de unas puertas antirrobo con mecanismos de defensa activos. Era un poco tarde para eso.

Un par de microdrones del tamaño de pelotas de tenis de mesa terminaron de escanear las huellas digitales que habían dejado en el resto de habitaciones y volvieron diligentemente a su maletín.

—¿Ves la forma de los cortes? —Liam levantó la sábana. Gotas de sangre viscosa y espesa cayeron sobre el frío cadáver—. En paralelo, pero no muy profundos. Son precisos. No buscaban matar, ni siquiera que sintiera dolor. Hay cien maneras mejores de conseguir eso. Quien lo hizo se lo estaba pasando bien. Tenía Garras Mantis, pero no eran para combatir. Esta vez no. —Volvió a colocar la sábana en su sitio en cuanto vio a la novata cubrirse la boca y ponerse pálida—. ¿No te recuerda a alguien? —Señaló el cuerpo—. Lo que le ha pasado a la señora Delany.

La novata sacudió la cabeza y dio un par de pasos hacia atrás.

—A lo del taller de Harris —dijo Liam—. Lo que le pasó al guarda. ¿No ves las similitudes?

—Pero eso fue en un sitio completamente distinto de la ciudad. —La novata pareció recobrar su voz, aunque seguía estando pálida—. ¿Cree que hay alguna conexión? La señora Delany ni siquiera tenía coche.

—Hay preguntas que no tienen respuestas sencillas. —Liam miró cómo la sangre se coagulaba en la pared—. Como saber si toda esta sangre mojará el techo del vecino de abajo.

La avalancha de acusaciones llenas de chantaje emocional era inevitable. ¿Y si se limitaba a ignorarla? Entrar, coger el pincho y salir. Bien, pero ¿qué pasa si bloqueaba la salida y pide explicaciones? Tendría que decir algo. O hacer algo.

Pasó por delante de escaparates de tiendas que parecían auténticas, en su mayor parte. Lo turbio se escondía en los callejones, ataviado con

gabardinas y sudaderas con capucha. O en los coches aparcados en la acera, personas esperando en el asiento cuya silueta se adivina a través del cristal tintado. Mantente en el centro de la acera, mézclate entre el anonimato de la gente y todo irá bien. Así se autoconvencía.

De todos modos, había cometido un error garrafal, producto de las prisas. Por eso estaba en esa salida de alto riesgo: el código de acceso a la Cueva estaba en un pincho que tenía al fondo de uno de sus cajones, sin tocar desde hace años. Después de configurar el ciberterminal, no volvió a necesitar la contraseña porque se conectaba automáticamente. Ahora que tenía uno nuevo, necesitaba otra configuración de cero. Albert se puso como una furia, incluso se enrabietó un poco. Después de darse cuenta de que no iba a solucionar las cosas así, se calmó y evaluó sus posibilidades. Solo tenía una, volver a su antiguo apartamento. Estaba cerca, pero por cada día que pasaba, el enfado de su madre aumentaría hasta el punto en que cargaría contra él como un basilisco.

Tenía que inventarse algo, cualquier cosa que le sirviera para quitársela de la chepa, aunque fuera por un minuto. Pensó algunas excusas, mentiras en su mayoría, que hicieran que su madre se quedara pensando. Así ganaría el tiempo suficiente para conseguir lo que quería y no volver.

Pasó por delante de su parada habitual de NCART. Hace dos semanas se produjo un atraco ahí, por lo que el programa había marcado la estación en rojo. Por eso y otras cosas había tardado una hora más en llegar.

—Hora de la muerte: hace menos de una hora. —Liam puso la mano cerca de la cabeza de la mujer. Los diodos de su muñeca parpadearon.

Cerró los ojos, sus dedos se iluminaron de rojo y verde.

—Causa de la muerte: paro cardiaco por pérdida de sangre. Sin daños en los órganos vitales. Numerosos cortes en la piel y tejidos blandos bastaron para provocarlo. —Volvió a abrir los ojos y se levantó—. Sabremos más después de la autopsia, aunque dudo que consigamos información nueva.

—La cara está completamente intacta. —Señaló la novata. Así que al final sí que miró el cadáver—. Tampoco hay signos de estrangulación. Si

estaba despierta, gritó, pidió ayuda. Todo esto… Ha tenido que llevar bastante tiempo.

Había una corona de neurodanzas rota al lado del cuerpo. Eso explicaba muchas cosas. Abrieron la puerta a la fuerza y la sorprendieron. No se pudo defender de ninguna manera.

—Eso tiene sentido —asintió Liam—. Los vecinos esperaron a que se fueran los asesinos y después llamaron a la policía. Fingieron no haber oído nada cuando empezó todo.

—¿Por qué?

—Supongo que por miedo a las represalias. No tenían muchas ganas de que les tumbaran la puerta en cualquier momento. No sé si te has dado cuenta de esto, pero en esta ciudad no es que se nos venere que digamos.

—¿Venere?

—No se nos ve con buenos ojos. —Pensativo, el inspector miró a la mujer muerta—. El NCPD no puede matar a la gente que da más miedo, así que los encerramos en la cárcel. Lo que pasa es que es ahí donde quieren ir, aumenta su reputación. Aquí nadie gana.

El equipo forense guardaba su instrumental. Otro día más, otro escenario del crimen. Solo uno de los cien asesinatos que se producían de media entre el amanecer y la puesta de sol de Night City. Tener un mínimo de cien homicidios al día provocaba que su labor se pareciera más a un trabajo en cadena que al uso meticuloso de las ciencias forenses.

—Imagínate que eres una ciudadana media —dijo Liam después de pensarlo un momento—. ¿Te enfrentarías a una banda? ¿Tú s o l a?

—No, a menos que quisiera morir —admitió la novata.

—Entonces, ya sabes lo que hay. Sus vecinos no tienen la culpa.

El inspector señaló la huella que estaba al borde del charco rojo oscuro. Tenía la misma forma que la del taller. Ni siquiera se molestaban en ocultar su rastro. No sería difícil encontrarlos, dibujar la cadena de acontecimientos, desmadejar la red de relaciones y descubrir el móvil de asesinos y víctimas. Todo eso era factible. Lo difícil era demostrarlo todo. Los superiores lo sabían de sobra, nadie iba a recibir una amonestación si un caso se cerraba sin atrapar a ninguno de los delincuentes. A nadie le importaba ya el número de delitos resueltos. A nadie. Pero a veces… A

veces había casos en los que uno se tenía que arremangar la camisa y ponerse a la faena.

Por otro lado, si mataban a un policía, encontrar al asesino era una cuestión de honor. Y de instinto de supervivencia. Los pandilleros no mataban a un policía sin haber pensado bien las consecuencias. Era lo único fiable del cuerpo de policía, saber que un pandillero se lo pensaría dos veces antes de llenarte el cerebro de plomo. Una especie de seguro de vida.

La novata dio un paso atrás y se puso contra la pared. Dos paramédicos colocaron una camilla al lado del charco rojo oscuro. A medida que subían el cuerpo, la sangre pegajosa y coagulada se despegaba del suelo como el pienso húmedo con sabor a bayas.

—Por cierto, ¿cómo hemos llegado tan rápido a esa conclusión? —La novata evitó mirar el cuerpo—. ¿Cómo supiste que estaba conectado?

—Usamos etiquetas para categorizar los delitos del sistema. —Liam le enseñó su tablet policial—. «Heridas de incisiones», «heridas de incisiones superficiales»… Esas cosas. Yo las uso para conectar casos que no parecen relacionados a simple vista. No se diseñaron para ello, pero eso da igual. Los policías que llegan a la escena del crimen no suelen usarlas, pero esta vez sí que lo hicieron. Sigue leyendo. —Deslizó el dedo hacia arriba para que la página se desplazara hacia abajo—. Mira esta opción de aquí. Si seleccionas CASO CERRADO, a nadie le volverá a interesar quién mató a la señora Delany.

—¿Estás diciendo que…? —titubeó la novata—. ¿Somos nosotros quienes decidimos si lo cerramos o no?

—Eso es. Elena Delany no era nadie importante, sin ofender. Si seleccionas la opción, el caso se archivará automáticamente. Es decir, después de que todo el mundo termine el papeleo. Y ahí se terminará el asunto.

La novata miró al inspector con cautela.

—¿Y por qué no la ha seleccionado todavía?

Liam guardó la tablet y se metió las manos en los bolsillos. La miró a los ojos.

—¿Alguna vez te has preguntado por qué te uniste al cuerpo? —preguntó—. ¿Cuándo juras el cargo?

—En un par de días —respondió la novata, sorprendida—. Pero no es más que un formalismo, ¿no? Es decir, yo ya estoy en el cuerpo.

Liam asintió. Se giró en cuanto se abrieron las puertas del ascensor.

Se abrieron las puertas del ascensor. Albert no se movió, no dio ni un paso. El pie le temblaba un poco. De su apartamento —el de su madre— dos personas con trajes de forense sacaban un cuerpo en una camilla. Observó la situación totalmente petrificado. Sin mirar el panel, pulsó el botón de una planta al azar. El hombre con entradas de la gabardina gris lo miró con indiferencia. La otra policía que estaba al lado se quedó mirando una bolsa para cadáveres. Las puertas se cerraron.

7

Qué hay, queridos psicópatas y sacos de escoria! ¡FR34K_ S33K os trae algo que no os vais a creer! Pero antes, si estáis leyendo este canal, es porque vuestro cerebro todavía no se os ha salido por las orejas. ¿Queréis que eso siga así? Pues será mejor que empecéis a beber latitas pequeñas de Smash en lugar de enchufároslas sin parar. Os lo dice un exadicto a esa porquería, seguro que podréis vivir un par de días más en esta ciudad de mierda.

¿Que qué os traigo hoy, pardillos? Pues vais a FLIPAR. ¿Os acordáis del «ataque» de la circunvalación este? ¿Os creéis todavía que fue provocado por un ciberpsicópata? Pues si es así, mejor que os toméis cuatro latas de Smash y os olvidéis de entender una mierda. O meteros una raya de farlopa sintética. ¿Para qué beber si os podéis esnifar la felicidad instantánea por las fosas nasales?

¿Cuánta gente murió ahí? Veintidós personas, incluido el niño que visteis por televisión. Ya sabéis, el chavalín rubio que sacó el cuerpo por la ventanilla, con el pelo casi chamuscado, al contrario que el resto de sus extremidades. ¡Ay! Eso tuvo que doler.

¿Cuál es la causa principal de la ciberpsicosis? Pues el ciberware ilegal, ¡claro! El cromo barato, ese recién salido de una carnicería de Carroñeros, sacado de los pringaos que ahora no son más que trozos de carne que flotan por la Bahía, sirviendo como comida para los peces mutantes o lo que sea que viva ahí dentro.

Esa parte es verdad. Pero ¿explica ESO un accidente de tal magnitud? ¡Pues claro que no! Cuando las corporaciones la cagan de verdad, siempre le echan la culpa a otra persona, ¿no? Ahora dicen que nuestro chumba sufrió ciberpsicosis por algunos componentes defectuosos de una empresa

llamada Unitra. ¿Sabéis lo que significa eso? Pues que quieren sacarla del negocio para engullir sus acciones. Da igual cuál, lo hacen todas. Mientras tanto, vosotros convertís vuestro cerebro en pienso. ¿Y creéis que a ELLOS les importa?

Una infraestructura que se desmorona, un sistema de tráfico que no hace más que fallar y los corpos en sus limusinas como si estuvieran por encima de la ley. ¡Esas son las causas! ¿Que cómo lo sé? Porque tengo PRUEBAS. Eso es, tengo en mis manos un vídeo que muestra lo que falló de verdad. La limusina de una corpo que iba a toda velocidad con el sistema anticolisiones desactivado. Eso fue lo que provocó la reacción en cadena. Miradlo vosotros mismos y sacad vuestras conclusiones. ¡Y no digáis que no os lo advertí!

¡PAZ!

Nunca iba a ese tipo de sitios. Demasiado elegantes, demasiada luz. Transparentes. No se podía uno poner a cubierto si las cosas se complicaban. Aunque era imposible que se diera un altercado en un local como ese. Tuvo que pasar tres controles de seguridad solo para llegar y eso gracias a la invitación que tenía en el sistema.

No iba vestido para la ocasión, pero no parecía que nadie le prestara mucha atención.

—No me gusta este lugar. —Zor cambió de sitio su vaso de agua con gas—. Me da la sensación de que me miran y me escuchan por todas direcciones.

—No hay mejor sitio para esconderse que estar a plena vista. —Milena sonrió levemente, subiendo apenas la comisura de los labios—. Por cierto, ¿de qué querías hablar? Tu mensaje era un poco críptico.

—De algo que no tiene que salir de aquí nunca.

Zor analizó todos los rincones del interior de ese local espacioso, decorado inmaculadamente. Tenía al menos cien personas en su línea de visión. Algunas estaban sentadas en mesas más grandes o pequeñas, y había otras, como Milena y él, que ocupaban reservados acristalados. Grabar su conversación era como quitarle un caramelo a un niño, no se necesitaba

disponer de tecnología avanzada. Solo tenían que leerles los labios. Aunque había tanta gente ahí dentro que resultaba difícil leer los labios de todo el mundo a la vez. Escondidos a plena vista. Puede que Milena tuviera razón.

Los robots de servicio se encargaban de los pedidos, abriéndose paso por plantas artificiales.

—¿Qué tal con Aya? —preguntó Milena.

—¿Qué tal el qué? —Zor tardó un segundo en darse cuenta de a qué se refería la pregunta. Se encogió de hombros—. Ah, bueno, no somos… —Se aclaró la garganta.

—No me lo creo. —Lo miró con los ojos entrecerrados—. Estáis prácticamente hechos el uno para el otro.

Sacudió la cabeza.

—No le intereso.

—Es que no eres capaz de leer señales, ni tampoco sabes enviarlas. Ninguno de los dos sabe cómo hacerlo.

—Entonces ¿cómo sabes que es culpa nuestra?

La mirada de Milena se apartó a un lado y se topó con los ojos de Ned Templeton, que la miraban directamente. Su examante. Siempre se sentaba a la misma mesa, debajo de la misma palmera artificial. La una de la tarde, era como un reloj. Tan predecible que daba asco.

—Bésame —dijo de repente.

—¿Qué…? —Zor la miró estupefacto.

—Para que nadie sospeche de nosotros. —Agrandó su sonrisa—. No te preocupes, no muerdo.

Zor dudó. Apartó su copa a un lado y se inclinó sobre la mesa. Milena hizo lo mismo y sus bocas se unieron durante unos segundos. La lengua de Milena acarició sus labios. Se apartaron. Ella se sentó en su silla y tocó el panel de la pared acristalada. Las puertas de cristal se cerraron y las paredes aumentaron su opacidad. Ni siquiera se veían las siluetas de la gente que había fuera.

—La seguridad es absoluta —explicó—. Las señales electrónicas están bloqueadas, y los dispositivos de escucha, sumergidos en ruido blanco.

Se cerró incluso el conducto de ventilación, como si respaldara lo que acababa de decir. Ahora estaban en un cubo de color blanco nuclear

totalmente aislado de los ruidos exteriores.

—Todavía tengo mis dudas —dijo Zor.

—¿Qué es la vida sin un poco de riesgo?

Había algo que le parecía raro, y Zor pudo identificar de qué se trataba. No estaba fumando.

Sacó su teléfono y le enseñó una foto. La pantalla era pequeña, puesto que ya nadie usaba teléfonos sin neuroenlace.

—Creo que os conocéis.

Milena miró la pantalla con detenimiento.

—Es un pez gordo. Está en la parte alta de la cadena. Sí. Lo conozco. Tenemos una relación profesional.

—¿Cuándo vas a volver a verlo?

—Pronto. Pero no pienses que voy a presentártelo. No dejan acercarse a nadie a menos de cien metros.

—No quiero conocerlo. Quiero matarlo.

El silencio envolvió la habitación. Se oía el siseo del agua con gas.

A Zor le rugió el estómago y se rompió el silencio. Milena sonrió. Volvió a tocar el panel y las paredes recuperaron su transparencia.

—Yo también comería algo —dijo, todavía sonriendo. En la superficie de la mesa apareció un menú con todos los platos especiales de All Foods CorpPremium—. Pide lo que quieras. Yo invito.

Ned le lanzó una mirada triste desde su mesa.

—Lo siento, pero no puede contratar a Robert Redwardt para servicios sexuales.

—*Pero tengo una suscripción platino*.

—Me temo que la suscripción platino no cubre ese servicio. Pero tiene a su disposición un alquiler ilimitado de neurodanzas.

—*Póngale un precio, cualquiera. Para hoy*.

—Su suscripción no incluye la posibilidad de contratar actores.

—*Y para qué pago trescientos edis al mes, ¡¿eh?! ¿Existe alguna categoría más alta que platino?*

—Me temo que no, señora. Platino es la más alta. Por desgracia, nuestra empresa no puede proporcionar el tipo de servicio que pide.

—¡¿A qué viene esa mierda de llamarme «señora»?! —Sonaba otra voz de fondo, también de mujer. Parecía que estuvieran empujando a alguien. Hubo ruido de cristales rotos—. *¡¿Quién coño te crees que eres, imbécil?! ¡Tengo los edis, dime un puto precio!*

—Lo siento, señora, pero nuestra empresa no ofrece ese tipo de servicio.

—Pues que te den, escoria. Voy a denunciarte y después sí que sentirás que te hayan echado a la calle. ¡Buena suerte con tu muerte por inanición!

Ponerse en la piel de escoria como esa se parecía a que te apretujaran dentro de una botella vacía y que la tiraran al mar. Nacer en Night City es recibir el regalo de un potencial increíble, pero la mayoría de la población se pasaba la vida entera encerrada en un apartamento de mierda. Sin apenas humanidad, más parecidos a ganado. Normalmente una persona agarra su destino con sus manos, lo moldea y toma riesgos. La escoria se limita a reaccionar a los problemas que le vienen, rebotando de reto en reto como en un pinball. Sus únicos estímulos son los castigos y los placeres inanes.

Zor, el cazarratas y matacucarachas de baja estofa. Él mismo vive como una de esas alimañas. ¿Cuánto podía durar sin trabajo? Seguro que no tenía nada ahorrado, la gente como él no ahorra. En dos semanas se vería obligado a asomar la cabeza. Aunque dos semanas era mucho tiempo. Demasiado.

Albert Delany, netrunner de esa banda improvisada, sobreprotegido durante varios años. Su madre se encargaba de todo, le daba de comer, le lavaba la ropa. Pero un buen día se levanta y abandona la seguridad de su nido. ¿Por qué? ¿Qué tenía más importancia que aquello que lo mantuvo con vida todo ese tiempo?

Estaban sentados en la amplia cornisa de la vigésima planta, tres pares de botas militares balanceándose sobre la ciudad. Un sitio tan bueno como cualquier otro. No había nadie que los molestara. Dum Dum, Karla y Dixie. Los brazos de Karla rodeaban los de Dixie como si quisiera protegerlo de todo lo malo del mundo. O igual solo quería mantenerlo en calor. Si se caían, caerían juntos. Miraban las luces de la ciudad a través de sus sistemas

ópticos rojos, como un árbol de Navidad que prometía regalos a quienes demostraran el coraje suficiente para ir a por ellos.

—*Coraje e inteligencia* —le corrigió Karla mentalmente.

Dum Dum asintió y se dio un buen chute de Sintech-o. Veía una ciudad que llamaba a todo el mundo, que prometía mucho, pero que al final apenas daba una pequeñez a muy poquitos.

—*¿Creéis que este contenedor vale tanto como dicen?*

—¿No puede devolverlo?

—¿Devolverlo? ¿Tú tienes cerebro? Si lo hacemos, estamos jodidos. Si no, también.

—Pues lo devolvemos, nos disculpamos…

—No me extraña que no estés al mando. Pero ¡¿cómo lo vamos a devolver?! Así no nos quitaríamos un problema, nos crearíamos otro. De momento nadie sabe que tenemos esto.

—No sé… ¿Y si lo tiramos al Coronado?

—Yo sí que te voy a tirar al Coronado.

—Pero es que no tenemos otra opción.

—Joder… ¡Que ya lo sé! ¡Que ese es el puto problema!

Renner daba vueltas al lado del contenedor gris adornado con el logotipo de Militech. Estaba en medio de una salita del sótano de una fábrica abandonada, a cinco metros bajo tierra. Así había menos posibilidades de que alguien lo encontrara. Si el contenedor tuviera un rastreador, ya les habrían visitado hace tiempo.

Puso un código aleatorio en el teclado del contenedor. El sonido de «código incorrecto» hizo que Ross bajara la cabeza por instinto.

—¿Y si esperamos… y ya está? —sugirió Ross.

—Sí, porque así es como me paso la vida. —Renner se esforzó por mantener la calma. Las cruces de sus manos le brillaban con fuerza—. Esperando con la verga en la mano, haciendo una mierda. —Dio una patada al contenedor—. ¡A tomar por culo! ¡Yo soy un hombre de acción!

—Ya se me ocurrirá algo.

—Mira, los otros no pueden enterarse de esto, ¿vale? —Le dio otro patadón al contenedor—. Warden, serás cabrón…

Fue el primero en muchos años. En lugar de barrer la Red en busca de información sobre su objetivo, se sentó y se quedó mirando el mensaje de su teléfono. ¿Cómo respondía? No sabía cómo se hacían estas cosas. Repasó todas las opciones en su cabeza, pero ninguna le sonaba bien. Todas le parecían una tontería.

¿Se sentía así por haber besado a Milena? ¿Por haber avivado un fuego que llevaba años apagado? ¿O quizá se había hartado de estar solo y a la espera de…? ¿De qué, exactamente? ¿De un milagro que le llevara a superar el sistema y sortear todo el dispositivo de seguridad? Jamás lo conseguiría. Jamás se acercaría lo suficiente a su objetivo. Todo formaba parte de un sueño que desembocaba directamente en una alcantarilla.

Ese beso no fue más que un subterfugio, una manera de camuflarse entre la gente y no levantar sospechas. Sabía que estaba poniendo excusas, pero ojalá pudiera librarse de los recuerdos. Ojalá librarse de esa culpa para siempre.

—Parece que esto se pone en marcha —dijo OP1 para sus adentros, pero como la sala era tan pequeña, dio la sensación de que se lo dijo al resto—. Pensaba que volveríamos a tener otro día igual.

—Al principio solo teníamos ruido de grillos —le recordó OP2—, pero mira, ahora tenemos una plaga de langostas en forma de datos. Tenemos todos los cuadros en rojo.

—Sí, esta vez es diferente —asintió OP1—. ¿El pirateo de ese dron? Tengo que admitir que fue muy bueno.

—Fue impresionante —admitió OP2—. Quizá esta vez hayamos dado en el clavo. Puede que sea él.

—Bah, es que se lo sacó de la manga. ¡Zas! Toma de control en remoto. Con completa autonomía y sin conexión rastreable. ¿Vosotros os lo esperabais?

—Estáis meando fuera del tiesto —dijo por fin OP3—. Ese no es el objetivo de esta operación. Todas esas funciones son auxiliares.

—Sí, pero siguen siendo impresionantes —añadió OP2.

—¿Creéis que los de seguridad de ese sector estarán mejorando sus sistemas? —preguntó OP1—. Porque tienen un buen boquete de vulnerabilidad. Seguramente estén investigando lo que le pasó a su dron.

—Pues no se lo vamos a contar nosotros —afirmó OP3—. En cuanto termine la operación, recibirán un informe censurado. Y puede que ni eso, si es que Stanley se sale con la suya.

—¿En serio te dijo eso? —Ron se apoyó en su codo para alzar la cabeza—. ¿«Quiero matarlo»?

—Sí, justo así. —Milena se encendió otro cigarrillo. El ruido del aire acondicionado se hizo más fuerte, anticipando el humo. Las frías luces de neón de Night City lo iluminaban todo, sus cuerpos desnudos, las sábanas, el suelo. Se reflejaban en el vaso de su whisky envejecido en doce minutos.

—¿Y esa idea es tan mala? —se preguntó el matasanos—. Es decir, el mundo sería mejor sin él, ¿no? O al menos no iría a peor.

—Yo soy negociadora, no una asesina. —Dio una calada y se sentó en la cama—. Normalmente soy capaz de anticipar lo que va a ocurrir. Tengo que estar dos o tres pasos por delante de mi rival, que también hace lo propio. Es como una partida de ajedrez, se sabe quién juega con blancas, quién las negras, hay unas aperturas establecidas, pero los movimientos solo alcanzarán todo su potencial en el futuro. Para poder ganar, mis cálculos tienen que cubrir una distancia mayor que los de mi rival, y eso se resume en saber leer a la gente. No fui capaz de leer a Zor. Él desenfundó primero y disparó. —Echó el humo por la boquilla—. Hablando en sentido figurado.

A Ron le dejaba estupefacto lo mucho que podía decir con una sola calada, echando el humo poco a poco sin toser en ningún momento. De hecho, nunca tosía. No pudo evitar escanearla al acariciar su piel, entusiasmado por poder acceder a su cuerpo. Resultó que sus pulmones eran originales, completamente orgánicos.

—A lo mejor es un psicópata —sugirió—. Aunque no lo parezca. Para serte sincero, al principio me dio la sensación de conocerlo de antes.

—Para psicópatas, Borg. No quiero volver a ver a ese tarado. —Dio una calada, consumiendo casi la mitad del cigarrillo—. Sin embargo, Zor tiene algo que creo que él mismo no sabe que está ahí. Por eso es tan difícil de leer.

—¿El qué?

—Ojalá lo supiera. Si Zor fuera un libro abierto, sería como leer… No. Un galimatías no. Ni siquiera algo escrito en otro idioma. Ni tampoco algo que pudiera constituir una mentira.

—Le quitaron todos los implantes. —Masajeó amablemente el pie de Milena, por instinto—. Eso sí, tiene experiencia. Sin él, estaríamos todos muertos.

—¿De qué nos vale la banda improvisada? Ni siquiera podemos vender lo que robamos, porque no tenemos un fixer. Además, en nuestros dos golpes tuvimos suerte. Tan simple como eso. Y fue totalmente imprevisible.

—Creía que era eso lo que te gustaba. Las emociones, los altibajos…

Sus caricias sutiles y delicadas le dieron un subidón mayor que el de la suma de todas sus negociaciones más importantes del año. Intentó no mover la pierna para que no parara.

Para que no se diera cuenta.

—Una montaña rusa no es lo mismo que una ruleta. El riesgo solo es divertido si tienes una determinada influencia en el resultado de las cosas. —Su cigarrillo bailaba en sus labios mientras pensaba—. Dijiste que tenías algunos problemas.

—Mis deudas las compró…, bueno, no importa. —Ron se dejó caer sobre la almohada—. Es algo del pasado, no me apetece mucho hablar de ello.

Milena asintió, dio otra calada y volvió a lo que estaban hablando antes.

—Leer a Zor… es como leer un libro supercomplicado que se pasa de cerebral.

—El tipo es listo, pero no tanto.

—No hablo de él. Hablo de lo que tiene *dentro*. Me pregunto si se trata de estrés postraumático. Cruzó una barrera y casi se destruye en el proceso.

Por tanto, su mente creó una segunda personalidad para poder proteger la primera, para llevar su carga. La sobrescribió y eliminó su rastro.

—Por cierto, la banda improvisada nos vale… —dijo Ron con una sonrisa descarada— porque he encontrado la manera de vender las baterías.

Milena estiró la pierna que se le había entumecido y apagó su cigarrillo. Miró a Ron. Si hubiera sido otra persona, ya le habría echado de su casa. Pero con él no sentía esa necesidad. Antes era incapaz de soportar la presencia de otra persona al cabo de un par de horas, pero ahora lo único que quería era que Ron se quedase con ella.

—Lo que estoy intentando decirle es que, en lugar de la neurodanza, me aparece un mensaje en el que pone: «Servicio no disponible, no hay saldo suficiente». Y no soy capaz de quitarlo.

—Entiendo. El problema es que lleva un par de días sin pagar la suscripción.

—Pues claro, porque no tengo el dinero. Pero quiero ver el siguiente episodio de Ascensor al cielo *y no puedo porque no deja de aparecerme ese dichoso mensaje*.

—Eso es porque no ha pagado la suscripción.

—Sí, pero es que quiero que desaparezca ese mensaje y ver mi capítulo en paz. Tiene que tratarse de un error.

—No es ningún error. El mensaje desaparecerá en cuanto pague su suscripción.

—Mira, cobro la nómina a finales de esta semana. Pagaré entonces.

—Me temo que tiene que pagar antes para poder ver el capítulo.

—¿Y qué más da el orden en que lo haga? Lo veré hoy y pagaré a finales de esta semana.

—Lo siento, pero me temo que no es así como funciona nuestro servicio.

Pepe Najarro observaba a sus clientes coger sus bebidas y salir corriendo por la puerta, dejando El Coyote Cojo casi vacío. Maldijo para sus adentros,

la siguiente hora no iba a hacer caja. Dudó entre fingir que no pasaba nada o arriesgarse a pedir ayuda, a sabiendas de que el bar se podía convertir en cualquier momento en un campo de tiro. Solo se había quedado un cliente en una de las mesas altas. Comía ramen con carne sintética y hacía como si no se hubiera dado cuenta del alboroto que había precedido al silencio sepulcral que reinaba en ese momento.

—¿Te vas a quedar ahí parado, Dum Dum? —Warden sonrió, enseñando sus dientes translúcidos, de color azul celeste. Dio una patada a una silla que había debajo de la mesa—. Siéntate, hablemos como personas civilizadas.

Dum Dum se quitó el abrigo y se sentó en una maltrecha silla. El cuero sintético crujió. Dixie se sentó a un lado y Karla al otro.

Warden no dejó de comer ramen mientras miraba a los recién llegados con curiosidad contenida.

—De turisteo, ¿no? —dijo entre bocado y bocado—. ¿O se os ha roto el GPS del coche autónomo?

—Siempre nos hemos respetado el espacio —dijo por fin Dum Dum—. Mientras os quedéis en esta alcantarilla llamada Heywood, haciendo tartas con vuestras mierdas, yo no pienso poneros ninguna traba.

—Tartas con mierda. —Warden asintió y se comió algo que parecía una seta shiitake—. Una ocurrencia bastante floja, pero la recordaré. Para cuando se me acaben las que tienen gracia. ¿Tú sabes lo que no tiene gracia? Que invadáis nuestro territorio.

—¿Invadir? ¿Nosotros? Esa sí que es buena… —Dum Dum se inclinó sobre la mesa—. Fuisteis vosotros los que rompisteis el acuerdo al cruzar media ciudad hacia el Distrito Industrial Norte. Eso es una provocación. Para algunos, incluso una declaración de guerra.

Warden dejó de masticar.

—¿De qué cojones estás hablando? Los nuestros no han puesto un pie en el Distrito Industrial Norte.

—Los vuestros robaron un almacén de Militech delante de nuestras narices y después se pasearon por nuestro barrio en un furgón en el que ponía control de plagas. ¿A ti eso no te parece una provocación? O quizá es uno de esos chistes que sí que te hacen gracia.

Dum Dum deslizó un dispositivo con una imagen en la pantalla hacia el sitio de Warden, cortándole en seco sus ganas de comer.

—Estos no son de los nuestros.

—Pues tengo información que dice lo contrario. —Si Dum Dum hubiera podido entrecerrar los ojos, lo habría hecho—. El golpe lo lideraba un tal Zor.

—¿Queréis a Zor? —Warden se apoyó en el respaldo de su silla, haciendo que se venciera un poco hacia atrás. Sonrió—. Servíos. No es uno de los nuestros, no me importa lo que le hagáis, a mí ya se me había olvidado que existía. Un cliente lo necesitaba para un curro. Tres horas y fuera.

—Tráenoslo.

—Lo haría si supiera dónde está. Pero no es el caso. No sé ni dónde ha estado, ni dónde estará… Como te dije, ya me había olvidado de su existencia.

—A Renner le encantaría decir lo mismo de ti. Jubilarte y eso, ¿eh? —Dum Dum esbozó una leve sonrisa, para hacerle daño—. Igual esto te refresca la memoria. —Deslizó el dedo para pasar a la siguiente foto.

—Borg…

—Bueno, bueno… —Dum Dum sonrió y se puso recto—. Te escucho.

Warden se limpió los labios con una servilleta y la dobló por la mitad.

—Trabaja para mí. Un imbécil del sur de Heywood con un estropajo en lugar de cerebro. Le dije al muy gilipollas que no llamara la atención y que fuera un ciudadano modelo.

—Pues parece que se aburría.

—Sí, de la vida. —Warden cerró el puño—. Fue él el que me encontró a Zor y a los demás. Ese cabeza de chorlito es un cobarde, en cuanto le aprietes un poco, lo soltará todo. Trabaja en el ayuntamiento, de nueve a siete. Él te dirá dónde están Zor y el resto. Y sí, puedes hacer lo que quieras con él. Si le pasara algo malo, ya sabes, algo permanente e irreversible… Quizá te lo agradezco y todo.

Dum Dum suspiró y habría cerrado los ojos de haber tenido párpados.

—Es inmoral, y punto. Su marido le puso los cuernos cuando ella hizo lo mismo. ¡Varias veces!

—Así es, señora. Ese es el argumento de la neurodanza. Si no le gusta el contenido, puede revivir otra cosa. Su suscripción le ofrece un abanico de más de ciento cincuenta neurodanzas distintas.

—Quiero asegurarme de que nadie más tenga que revivir esta asquerosa porquería.

—Bueno, es que hay gente a la que le gusta revivir este tipo de contenido. Es la premisa de la serie *Encuentros de una noche*.

—Pero es que esto no es algo de «una noche». ¡Lo hacen todo el rato! ¡Se denigran todos los capítulos!

—La invito a revivir una neurodanza distinta.

—No quiero otra neurodanza. Quiero que cambien esta para que los personajes empiecen a comportarse de manera respetable.

—Me temo que eso está fuera de mi control.

—¡Eso es justo lo que dice mi pastor! Que no tenemos control. La gente se mata en las calles, las familias no tienen agua potable y la comida sabe a los excrementos del diablo.

—Lo siento, pero no tengo ningún control sobre la producción de neurodanzas.

—¡¿Que lo sientes?! Pero ¡si estoy segura de que tú misma duermes a pierna suelta! ¡Esta ciudad está llena de pecadores!

—Señora, no tiene por qué revivir la neurodanza.

—No pienso permitir que una Jezabel atea me diga lo que puedo o no revivir. ¡La Iglesia de Eliyahu el Último Emancipador prohíbe este tipo de depravaciones! ¡Sois una plaga, no hacéis más que corromper las almas de los inocentes! ¿Es que no puedes ver el problema que tienes delante de tus…?

—El problema es usted. Si su Iglesia le prohíbe este tipo de contenidos, igual no debería estar reviviéndolos.

La pantalla se apagó. Sus auriculares se quedaron en silencio y después sonó el crujido que marcaba un cambio de canal.

—¡Aya! —Se trataba de una voz distinta—. A mi despacho. Ahora mismo.

Se quitó los auriculares y se levantó de la silla. La cacofonía provocada por los quinientos empleados del servicio de atención al cliente la hacían sentirse dentro de una colmena. El despacho del supervisor estaba ubicado al final, detrás de una pared de cristal opaco.

Caminó por delante de filas interminables de cubículos idénticos. En cada uno de ellos se oían disculpas, aunque fueran totalmente innecesarias. Una pequeña escalerilla llevaba a la puerta del despacho. Aya la subió en dos zancadas.

Su supervisor, de cuyo nombre no se acordaba, estaba sentado tras un escritorio amplio. Intentaba camuflar su estatura por debajo de la media con un traje que le quedaba una talla grande. Conseguía el efecto contrario.

—Corté la llamada con tu último cliente —dijo sin más preámbulos—. Tu nombre empezó a parpadear en ámbar dentro del sistema. Luego se puso en rojo.

Aya estaba al lado de la silla que había delante del escritorio. Él no le indicó que se sentara.

—Cuando llaman… —empezó a decir—, la mayoría ni siquiera tiene un problema técnico. Parece que solo quieren tener a alguien a quien gritar.

—¿Y? —El supervisor apoyó los codos contra la mesa y entrelazó los dedos—. Eso te lo dicen en la formación de nivel dos.

—Solo me han dado la de nivel uno.

—Da igual, has hecho un trabajo horrible. Se supone que no tienes que usar la palabra «problema». Pues tú la has usado… —Comprobó la pantalla —. Once veces. Doce, si contamos la de hace un segundo.

Aya no podía apartar la vista del espectáculo que estaba dando con sus manos. Formaba una pirámide con los dedos, chocaba las yemas y después volvía a entrelazarlos.

—Lo sé, lo siento. —No era cierto—. Es que…, no me salía otra palabra.

—Bien. Me alegro de que te hayas disculpado. Ahora bien, da igual la situación que sea, aquí no usamos la palabra «problema». Nunca. Tiene connotaciones negativas. ¿Queda claro?

—Creo que sí.

—¿Lo crees? —Empezó otro baile con los dedos.

—Es difícil, porque estos clientes…, digo, nuestros clientes… La mayoría de ellos… no tiene razón.

—Pues claro. Pero es que así son las cosas. O son imbéciles, o están hartos de sus vidas. ¿De qué crees que sirve tener tantos empleados? —Señaló con un gesto a lo que había más allá del cristal opaco—. Son para que nuestros clientes, que normalmente están equivocados, sigan teniendo la ilusión de tener razón. Entonces, y solo entonces, seguirán pagando su suscripción. Es simple.

—Yo pensé que iba a ayudar a gente con problemas técnicos. Todavía no ha llegado ninguno de esos.

—Ya lo has dicho de nuevo. —Sus manos volvieron a mostrar su agitación—. Llevamos años sin tener problemas técnicos. El servicio de atención al cliente solo sirve para lidiar con la frustración. Es como gritarle a una almohada, pero, en este caso, la almohada eres tú. Todo eso te lo dicen en la formación de nivel dos. Ah, y no uses frases como: «Es que hay gente a la que…», porque suenan un poco bordes, o: «No tiene por qué revivirla», porque pueden parecer paternalistas. Ahora tendremos que darle un descuento. Y recuerda que no puedes distanciarte de la empresa con cosas como: «No tengo ningún control». Tú eres la empresa, y tú eres como… como… una boquita escondida dentro de su cuerpo gigante. Tendrás tu formación de nivel dos… —Sus dedos empezaron a bailar por la pantalla—. Pasado mañana. Pero hoy —volvió a la pirámide— tenemos una pequeña reunión informal a las ocho. Puedes pasarte y empezar a conocer gente. Paga la empresa.

—Ya tengo planes para esta noche. —Aya se enderezó.

—Los planes están para cambiarlos. —Sus manos volvieron a moverse de manera caótica—. Se suponía que tenía que despedirte. Eso es lo que me ha indicado el sistema. Pero en lugar de eso, voy a darte una última oportunidad.

—No quiero otra oportunidad.

Se le congelaron las manos.

—¿Qué quieres decir con eso…?

—Que dimito. Si me quedo un segundo más aquí, empezaré a odiar a la gente.

Y si hiciera lo que me estás pidiendo, pensó, me odiaría a mí misma.

¿Cuánto tiempo llevaba caminando así? Era como ir en piloto automático. No reconocía la zona ni sabía cuál era su nivel de seguridad. Un coche pasó cerca lentamente. Su instinto le decía que se pusiera a cubierto y se escondiera, pero mantuvo la compostura. Casi. Actuar como una presa solo atrae a los depredadores. Todo está muy bien en teoría, pero en la práctica no es tan fácil. Cuanto más intentaba encajar, más rara parecía su manera de actuar. Cuanto más lo pensaba, peor lo hacía.

Se paró en medio de la acera.

Nunca antes le había dado miedo la policía. De hecho, era invisible para el cuerpo, jamás habían tenido ninguna razón para molestarlo. Pero ahora sí que la había. Aunque no hiciera nada, estaba envuelto en un caso. En el de la muerte de su madre, por lo menos por ser su hijo.

Por lo menos.

Por fin había identificado dónde estaba por el diseño de los edificios. En el norte de Heywood. No había caminado mucho. Se dio la vuelta para irse a casa. No, por ahí no se iba. Ahora su casa era otra.

Llevaba sin salir de casa desde el día anterior. De su nuevo apartamento. ¿Podría la policía buscarlo allí? Por lo que sabía de su manera de trabajar, no. El agente inmobiliario ni siquiera le preguntó el apellido. Lo único que tuvo que hacer fue pagar una fianza bastante grande a través de un servicio de transacciones seguras. Albert no usaba dinero en metálico. En una semana, puede que dos, abandonarían el caso.

Su madre estaba muerta.

Lo normal es que fuera devastador. Pero lo primero que sintió fue alivio. Después vergüenza. ¿Por qué vergüenza? Estaba solo. A él no le preocupaba nadie de su entorno. ¿Vergüenza? Qué tontería.

Se sentía aliviado por no tener que volver a hablar con ella, explicarse, defenderse de sus preguntas y acusaciones. Ya no se comería ninguno de

sus prontos. Porque estaba muerta. Había dejado de ser un problema, una carga. Sentía que le habían quitado un peso de encima.

Ahora solo tenía que empezar una nueva vida. La vieja se iría desvaneciendo poco a poco, hasta acabar enterrada en el montón de recuerdos olvidados.

Su madre estaba muerta.

No sentía tristeza. Lo suyo era vergüenza. Un sentimiento con el que se había familiarizado lo suficiente como para saber cómo funcionaba. Se parecía a una infección, una enfermedad nacida de las circunstancias. Similar a los remordimientos, pero mutados, convertidos en arma. No sentía la vergüenza de la misma manera que la gente «normal», pero entendía por qué funcionaba de esa forma para el resto. De alguna manera, eso empeoraba la situación. ¿O lo hacía más humano? No. Teniendo en cuenta lo que había aprendido de la humanidad en la clase de historia, solo empeoraba la situación. Vergüenza. Algo que entendía como una crítica profunda y decidida de algo propio, un acto que no se tenía que haber ejecutado. Un marcador de la existencia de algo que no iba bien. La vergüenza se originaba en el exterior, pero se sentía en el interior.

Su madre estaba muerta.

¿Debería sentir vergüenza por no sentirse triste? No, así no funcionaban las cosas. ¿Y ahora qué? ¿Qué debía sentir si la vergüenza y la tristeza estaban fuera de lugar?

Podía criticar muchísimas cosas de ella, pero su madre hizo todo lo posible para enseñarle a sentir emociones. O al menos fingir que las sentía. Antes, el mundo y las personas que lo componen parecían ir al compás de un ritmo desconocido. A medida que iba aprendiendo su funcionamiento, el ritmo del mundo se fue convirtiendo en un ente cada vez más descifrable. Y más peligroso. Hasta que llegó a convertirse en una pesadilla llena de emociones ilógicas e irracionales que saltaban de persona a persona como si de un virus se tratara. A pesar de los esfuerzos de su madre, él seguía siendo inmune a ellas.

Su madre estaba muerta. Y ahí se habría acabado todo de no ser por un pequeño detalle: el pincho con el código de acceso a la Cueva que había guardado en el fondo del cajón.

Tenía que volver.

—La última cerveza que me tomé fue con Morris, al que conociste. Eso no acabó… —Zor dio un trago a la insípida lata de cerveza—. Bueno, ya sabes cómo acabó. Después me tomé algo con Ron.

Aya asintió.

—Eso tampoco acabó mejor —añadió Zor.

—Y ahora te estás tomando una conmigo. —Sonrió—. ¿Qué es lo que podría salir mal?

Estaban sentados a la orilla del canal, con el agua corriendo lentamente debajo de una capa gruesa de basura. En lugar del murmullo amable del agua chocando contra el muro se oían los golpes de las botellas de plástico y las latas de metal. Aerovehículos y drones se abrían paso por encima de ellos en la claridad casi diurna de la noche bañada por las luces de neón. Por el Distrito Industrial Norte flotaban aerozeps, con sus operaciones de carga y descarga. Los holoanuncios cubrían Corpo Plaza, emitiendo un suave y frío brillo. Todo resultaba lejano, inalcanzable. El sitio en el que estaban sentados parecía un pequeño oasis de tranquilidad.

—Morris… —Aya se acordó—. ¿Qué tal está?

—No tengo ni idea. Espero que su nuevo compañero se lo lleve de copas más que yo. —Zor se llevó la lata a los labios y dio un pequeño sorbo —. Y que no se meta en más peleas.

—Dejé mi trabajo. Mejor dicho…, me despidieron. Una cosa o la otra. No he vuelto desde… ya sabes. Ahora estoy sin blanca.

—Yo estoy igual. De no ser así, no estaría tomándome una lata de cerveza contigo.

—De todos modos, gracias por venir. Necesitaba esto.

—Ojalá tuviera algo más que ofrecerte que una lata de cerveza y un montón de basura flotante. —Dejó escapar un suspiro—. A mí ni siquiera me gusta la cerveza.

—A mí tampoco —respondió Aya, y después le dio un ataque de risa. Llevaba mucho tiempo sin reírse así, sin preocuparse por lo que pasaba en

el mundo. Zor sonrió. Inclinó la lata y dio un trago largo. Después se puso serio de repente.

—Llevo siete años viviendo solo —dijo—. Yo, yo mismo y mis pensamientos, y tampoco es que fueran muy positivos que digamos. No es lo más sano, supongo.

—Marry's no me hacía bien —dijo Aya—. Ese sitio era muy tóxico.

Cerró los ojos con fuerza.

—¿Has tenido en tu vida alguna vez a alguien…? —preguntó—. Ya sabes, ¿importante?

—Sí —dijo, rompiendo un momento de silencio—. Mi mujer y mi hijo. —Dejó pasar una pausa más larga—. Murieron.

—Oh. Lo… lo siento. Jo, ahora, me siento un poco estúpida. —Dudó—. ¿Cuándo ocurrió?

—Hace siete años, al final de la guerra.

La basura se agolpaba y se dispersaba formando una marea interminable. En la otra parte del canal se veían almacenes abandonados con ventanas huecas. Uno podía permanecer sentado ahí un año y no observaría ningún cambio.

—Les prometí que nos iríamos de aquí, que nos mudaríamos a San Francisco. —Apuró su cerveza—. No lo conseguimos.

Aplastó la lata y la lanzó al torrente de basura que navegaba de camino a la bahía.

—Tendría que haberlo superado ya, pero no lo he hecho. No puedo. La venganza es lo único que me mantiene vivo.

Aya se levantó.

—Hiciste algo bueno. Gracias.

—¿Por qué? —La miró con curiosidad.

—Por sacarme de Marry's. —Se puso la mano justo encima de la cabeza y movió su torso.

Cerró los ojos, giró sobre su propio eje, y empezó a bailar al son de una canción que solo ella podía oír. Bailaba para ella. También para Zor. En lugar del Bar Marry's, todas las luces de Night City brillaban para ella.

Si te paras a pensarlo, no somos más que carne en descomposición. La vida es un camino recto hacia la muerte. Sin excepciones. No importa los implantes que te pongas, las hormonas que te inyectes en las venas, los suplementos, los nanites, el dinero, la alta tecnología… Al final, algo va a terminar pudriéndose, debilitándose, descomponiéndose gradualmente.

De una manera o de otra terminarás sucumbiendo. O muriendo porque te interpusiste en el camino de alguien. No hay copias de seguridad. Mueres y ya está. Sin capacidad de rectificar nada.

Una generación sustituye a la anterior, acercándose más a la perfección. Así es como se supone que funciona la vida biológica. Un desfile de prototipos fallidos. A pesar de que Albert sabía que él era una versión más perfecta de su madre, le parecía inaceptable el hecho de que en el futuro existiera una generación posterior que fuera mejor que la suya. Que para que la siguiente generación pudiera desplegar sus alas y volar, la antigua tenía que hacerse pequeña y desaparecer entre las sombras.

No habría ninguna generación siguiente. Tenía que centrarse en perfeccionar esta, ahora mismo. Centrarse en la autoperfección.

Tenía que volver.

No lo quería hacer. Se le revolvía el estómago con solo pensar en los seis metros que separaban el ascensor de la puerta de su antigua casa. Los vecinos tendrían semanas de cotilleos. Esperarían que él sintiera algo. Tu madre ha muerto, tienes que estar muy triste. Llora. Le molestarían con más preguntas que las que le hacía su madre cuando estaba viva. Además, fingir estar triste no era difícil, era imposible.

Era un poco tarde para pensar en esas cosas cuando el ascensor casi había llegado a su planta.

Las puertas se abrieron. El pasillo parecía moverse con los primeros pasos de Albert. Siempre solía cruzar corriendo esos seis metros, como si fueran el último tramo hacia la seguridad. Aplastaba la mano contra el panel biométrico, cruzaba el umbral y cerraba la puerta de su cuarto. Solo entonces se sentía bien. Sentía la seguridad de su fortaleza.

Ahora todo era distinto. La puerta estaba franqueada por cintas policiales y el panel biométrico tenía varias capas pegadas.

Se paró a mitad de camino del ascensor y el sitio que hasta hace dos días era el más seguro del mundo. El pasillo estaba vacío. ¿Estaba bajo vigilancia? ¿Habría puesto la policía algún tipo de sensor? No sabía qué procedimientos se seguían en los escenarios del crimen. Pensaba que solo tendría que entrar en su antiguo apartamento y que la única diferencia que iba a haber es que su madre ya no estaba allí.

Pero no fue así.

La vecina que vivía a dos puertas, la señora Morgan, asomó la cabeza. Siempre vigilaba, siempre era la primera en quejarse de la basura que se dejaba en el pasillo. Era la vieja del visillo oficial.

Pero esta vez no hizo nada. Llevaba tiempo sin ser la misma y, sin decir palabra, la señora Morgan cerró rápidamente la puerta y puso tres cerrojos desde dentro.

Albert se acercó a la cinta policial. Solo tenía que quitarla y entrar. No había nadie vigilándola.

Debería de haberlo pensado mejor antes de ponerse a escarbar entre la basura que llevaba dos días acumulada en ese sitio.

Érase una vez un agujero lleno de porquería que iba a ser el garaje de un megaedificio con jardín. Pero la constructora quebró. Fin. Ahora la basura tenía cierto orden gracias a las paredes del garaje. Puede que, en unos años, cuando empezara a amontonarse y salir a la superficie, fuera alguien a taparla con cemento. O, quién sabe, puede que ese alguien se tomara la molestia de sacar toda la basura y comprimirla. Y puede que entonces, solo entonces, se encontraran con un cadáver en descomposición. Pero no les preocuparía mucho, porque no sería el único. Dum Dum sabía que ahí había por lo menos tres. Los había dejado él.

Limpiarlo era trabajo de la policía, pero los cadáveres no se tiraban al sótano del Totentanz. Había que mantener un determinado nivel de higiene, no se caga donde se come.

Rebuscaron entre la basura en una oscuridad total, sin contar con las luces rojas de sus sistemas ópticos. Se podría llegar a pensar que la visión nocturna ahorra muchos problemas, pero no, ni siquiera el sistema óptico de varios terahercios de Dum Dum era capaz de filtrar la ensalada de metales y plásticos de múltiples tamaños que allí se amontonaban.

Los esqueletos de las torres de apartamentos sin terminar se erigían vigilantes. Puede que hubiera alguien escondido allí, observándolos desde las alturas. Pues que lo haga.

—*Lo encontré* —dijo Dixie mentalmente. Quitó una lona grasienta y se levantó. Borg. Envuelto en restos ensangrentados de ropa, totalmente irreconocible desde su primera aparición en el Totentanz.

Dum Dum retiró lo que solía ser el forro de una chaqueta. La sangre seca se separaba como si fuera pegamento. Se agachó y pasó la mano por el cuello y el hombro. En la esquina de su pantalla apareció una notificación. Había encontrado lo que buscaba. Sin decir palabra, Karla acercó su garra y con mucha minuciosidad practicó una incisión de dos centímetros de profundidad. Dum Dum insertó dos dedos de cromo en la abertura y quitó un pequeño objeto de plástico. Desconectó los cables del cadáver y el débil brillo rojo del implante le iluminó la cara.

Era el holoteléfono de Borg. Todavía funcionaba.

Había un problema aún mayor. Si la policía quisiera cerrar el caso, tendrían que hablar con él. Era un procedimiento rutinario, no porque fuera sospechoso… ¿O puede que sí lo fuera? Llevaba ahí toda su vida, y ahora de repente su madre estaba muerta y él en paradero desconocido. Seguramente no fuera una coincidencia.

Comprobó los protocolos policiales. Necesitaban su declaración. No solo eso, el encargado del edificio querría saber qué pensaba hacer con el apartamento. ¿Se iba a quedar o no? ¿Si no lo hacía, qué pasaba con todo lo que había dentro? El alquiler daba para dos semanas más, todavía tenía margen de maniobra.

Lo único que quería Albert estaba en el fondo del cajón de su escritorio. El pincho que contenía el código de acceso a la Cueva, que a su vez

albergaba el código fuente del Taran.

Rache Bartmoss no tenía un equipo de clase dos. Todo lo que creó lo escribió en un teclado normal, pulido con inmersiones desde su equipo casero. Le llevó años. Albert lo sabía. Pero él no tenía años. Además, el terreno de juego era totalmente distinto ahora a como era antes. El Muro Negro era una creación posterior a Bartmoss que superaba las capacidades de los mejores netrunners. Por un lado tenías a NetWatch patrullando la Red en busca de actividades ilegales, mientras que por el otro tenías trampas colocadas por NETSEC, la división de la policía que velaba por la seguridad de la Red.

Para poder atravesar el Muro Negro, primero había que encontrarlo. No solo estaba camuflado, sino que sus trampas, colocadas inteligentemente, presentaban el aspecto de vulnerabilidades. Como era obvio, no tenía puertas de acceso ni túneles. Eso estaría en contra de su objetivo, cerrar todo el acceso tanto del exterior como del interior. No había ningún código secreto que se pudiera piratear o robar. El Muro Negro era exactamente lo que sugería su nombre. Algo oculto, monolítico.

Al menos sobre el papel.

Albert se sentó en uno de sus nuevos sofás y se comió la más barata de sus cajas de comida. Comidas que estaban desprovistas por completo de sabor. La comida era el combustible de la máquina que era su cuerpo, nada más. Eso le hacía sentir menos como un animal.

No tenía a nadie que le recordara que tenía que sacar la basura, echar la ropa sucia a lavar o cuándo era la hora de comer. Resultaba que las riñas de su madre organizaban su vida. Ahora necesitaba seguir una rutina, algo que puntuara su existencia diaria. Cinco comidas de iguales proporciones al día, seguramente eso le serviría para crear el orden que llevaba su madre asesinada.

Detuvo la cuchara en el aire. *Asesinada*. Dejó que la palabra se quedara suspendida en su cabeza. Claro, ahora le parecía algo obvio. No iban inspectores o todo el equipo forense a investigar la muerte de una mujer cualquiera de un piso cualquiera de un edificio cualquiera.

Asesinada. Eso lo cambiaba todo. El aluvión de implicaciones que se le pasó por la cabeza le hizo perder el apetito.

No solo estaba vinculado al caso. Él era el caso. Su madre había muerto por su culpa. Lo buscaban a él y su madre solo se interpuso en el camino. ¿De quién se trataría? Militech no, al menos no directamente. Podían habérselo encargado a otra persona, o puede que se tratara de alguien a quien la banda improvisada hubiera tocado la moral.

¿Debería advertírselo a los demás? No. No debería ponerse en contacto con nadie. Tenía que desaparecer y dejar atrás todo esto. Así podría llegar ese momento en el que este asunto quedara olvidado para siempre.

Posiblemente.

No. No podía confiar en una posibilidad.

Se dirigió a su ciberterminal. No podía ni enviar un mensaje cifrado. Toda conexión podía dejar un rastro. No podía configurar la seguridad del terminal porque el pincho seguía estando en el mismo sitio de siempre. No cruzar. Ni siquiera fue capaz de quitar la cinta.

¿Qué haría Rache Bartmoss? Pregunta equivocada. Bartmoss jamás se habría enfrentado a una situación tan descontrolada como esta. Habría estado uno o dos pasos por delante de todo. Aunque ni él mismo fue capaz de prever que Arasaka fuera a lanzar una barra de tungsteno hacia su apartamento desde la órbita.

Albert caminó por su apartamento, evitando la parte del suelo de hormigón visto. Se estaba esforzando tanto por pensar que empezó a marearse. Se sentó. Después se le encendió una bombilla. Ocurrió cuando desactivó la seguridad del terminal para liberar RAM y enviar una transmisión sin cifrar. Apenas duró unos segundos, pero solo necesitaban eso para rastrearlo.

¿Advertírselo a los demás o no? ¿Era mejor una opción o la otra? Hizo un rápido repaso de las posibles consecuencias, a pesar de que ya conocía la respuesta. Si no se lo advertía a Zor y al resto, quienquiera que estuviera detrás de ellos los atraparía y conseguiría la información de su paradero.

Su manera de besar no se parecía en nada a la de Milena. Aya besaba con pasión y delicadeza a la vez. Empezaron a aflorar recuerdos distantes que tenía hibernando en lo más profundo de su interior. Esperanza. Eso que

había perdido para siempre se podía volver a recuperar. No sería lo mismo, pero se empezaba por algo.

Pasó la mano por debajo de su jersey y recorrió su espalda. Su piel era cálida. Su cuerpo se estremecía como si por su columna vertebral le hubiera entrado una corriente. Ella lo cogió de la nuca y tiró de su cuerpo para acercarlo.

El ascensor iba más despacio. Cuarenta y tres…, cuarenta y cuatro…, cuarenta y cinco… Se despegaron un momento, sabiendo que la decisión ya se había tomado y que estaba a punto de cumplirse.

El teléfono de Zor vibró en el momento en el que se abrieron las puertas del ascensor. Zor miró la pantalla mientras salían. *Alguien va a por nosotros. Estuvieron en mi apartamento*. El palillo estaba en el suelo.

Se dio rápidamente la vuelta y agarró a Aya hasta volver al ascensor. Sin decir palabra, tecleó «1» y pulsó el botón de cierre de puertas. Aya miró de un lado a otro, a Zor primero y después el pasillo. Lo último que vieron fue cómo se abrieron las puertas de su apartamento justo cuando se cerraron las del habitáculo en el que estaban metidos.

Zor la tiró al suelo. Una lluvia de balas golpeó la pared. Aya no emitió ni un solo ruido, se limitó a quedarse contra el suelo. Con un chirrido, el ascensor empezó a bajar.

Sacó su pistola, se puso boca arriba y disparó. Era un tiro imposible, a menos que se hubieran acercado. Por lo menos en un par de plantas.

Aya intentó cubrirse la cabeza con las manos.

Cuarenta y cinco…, cuarenta y cuatro…, cuarenta y tres…

Cada pocos segundos, Zor disparaba. El ruido era ensordecedor. Aya se tapó los oídos. Su mano derecha… No era capaz de mover ni un dedo.

Treinta y nueve…, treinta y ocho…

Iban demasiado despacio. Seguro que ya se habrían dado cuenta de que podían abrir las puertas a la fuerza y después coserlos a tiros o lanzar una granada para acabar el trabajo. Su mano derecha no cooperaba. Estaba tiesa, doblada de forma antinatural.

Treinta y dos…

Zor tecleó «25» para que el ascensor no tuviera que frenar antes de alcanzar la planta. Funcionó. Se detuvieron en seco. Las puertas se abrieron.

Se oyó el golpe seco de algo que caía sobre el techo. Salieron corriendo hacia las escaleras. Hubo un destello seguido de un estallido. Se agacharon por instinto, pero no sintieron nada parecido a una explosión.

¿Dónde estaban las escaleras? Zor jamás las había usado.

—Por aquí. —Aya pateó un montón de cajas de cartón que estaban delante de una puerta con el cartel de salida. Intentó empujar la puerta con su mano derecha, pero no pudo. Se llevó la mano a las costillas, estaba completamente entumecida.

Bajaron por las escaleras. Las luces automáticas se encendieron después de parpadear un par de veces. Llevaban meses sin limpiarlas, por lo que fueron saltando peldaños para evitar la basura. En la decimoquinta planta, Aya cojeaba. Zor se paró para echarle un vistazo. Solo entonces se dio cuenta de que iba con el brazo derecho pegado al costado.

—¿Te han dado? —Le acercó la mano.

—No. No es más que un… tirón. —Se le cerró la mandíbula—. Estoy bien.

No era verdad. Apenas podía caminar, y su otra pierna estaba empezando a quedarse tiesa. Se cayó. Zor se arrodilló, intentando sujetarla. Su cuerpo entero estaba congelado. No podía mover un músculo.

—No me queda… mucho tiempo… —llegó a decir con los dientes apretados.

8

70-10, informe de estado.

—70-10, en espera. —El conductor tiró un cigarrillo a medio terminar y cerró la puerta blindada.

—Código 1-4-1. Enviando coordenadas. Respondan todas las unidades.

—70-10, en camino.

Bajó el visor tintado de su casco y arrancó el motor. La pantalla de la consola se encendió, mostrando un mapa con la ubicación del objetivo y la ruta más rápida hasta él. El conductor no tenía ni que fijarse, puesto que tenía proyectada una superposición en su campo retinal. Se metieron entre el tráfico, con las señales luminosas y el ruido de la sirena, obligando a frenar a los coches que tenían delante.

—Un uno cuatro uno —dijo el soldado que tenía a la derecha—. Se ha liado buena.

—Ya era hora.

Oyeron el ruido familiar de las armas cargándose y miraron hacia atrás.

El tráfico era el peor de los males de cualquier conductor de Night City. Pero para la elegante carrocería negra de este furgón, los demás coches no eran más que obstáculos que se apartaban obedientemente.

—70-10, interceptaremos al objetivo en setenta segundos —dijo el conductor.

Si fuera por él, se llevaría por delante todos los coches. El código 1-4-1 lo permitía. Pero siempre existía la posibilidad de dañar el furgón o de provocar un accidente múltiple. El riesgo era mínimo, pero el protocolo era claro: había que evitar colisiones en la medida de lo posible.

Pasaron por delante de los edificios dilapidados y cubiertos de grafitis de las descuidadas calles de Vista del Rey, y con un sonoro derrape se

incorporaron a la carretera que llevaba a Charter Hill.

—*El objetivo conduce un Quadra 66 color plata* —dijo la voz de la operadora por la radio—. *Su seguridad es prioritaria. Eliminad a los elementos hostiles solo si la seguridad está garantizada*.

Aparecieron dos puntos más en el mapa, ambos en dirección al mismo objetivo, aunque las otras patrullas estaban más alejadas.

—70-10, he avistado al objetivo —anunció el soldado que tenía a la derecha.

—El Quadra plateado se movía en zigzag, tratando de esquivar al resto de vehículos. A cincuenta metros, un Villefort Cortes negro intentaba darle caza. Era más grande, más pesado, más difícil de maniobrar, pero recortaba distancias. Finalmente, el Quadra se metió en un aparcamiento casi vacío que había delante de un centro comercial. Segundos más tarde, el Villefort dio el mismo giro. Fue entonces cuando vio el furgón patrulla. Quemando rueda, volvió a la calle y se escapó con el rugido de un acelerón.

—70-10, solicito permiso para perseguir a los elementos hostiles —dijo el conductor—. Cien por cien de posibilidades de intercepción.

—*Negativo, 70-10. El propósito principal es asegurar el objetivo*.

El furgón adelantó al Quadra y se paró a su lado, cubriéndolo por si se incendiaba.

—¡Salid, vamos, vamos, vamos!

Los soldados se echaron al asfalto y tomaron sus posiciones como expertos. Dos de ellos dispararon al Villefort, que se alejaba, pero, por mucho que acertaran, no serían capaces de detenerlo. El tercero cubrió sus seis, mientras que otros dos se acercaron al Quadra. No tenía daños y la puerta del conductor estaba abierta. No había nadie dentro.

—Unidad Militech 70-10 —dijo el soldado por su intercomunicador mientras observaba el aparcamiento abandonado—. Área asegurada.

Pasaron unos largos segundos antes de que una mujer con traje saliera tranquilamente de su escondite, por detrás de una de las columnas. Serena e impasible. Encendió un cigarrillo antes de acercarse a la escuadra. Dos de los escáneres de identificación de los soldados parpadearon en sus visores. Bajaron las armas.

—Estoy bien, estoy bien. —Hizo gestos tranquilizadores—. ¿Los habéis cogido?

El conductor ladeó la cabeza.

—70-10 a central. El objetivo pregunta por sus atacantes.

—70-15 los está persiguiendo. Tiene un treinta por ciento de posibilidades de tener éxito, pero van menguando.

Milena sacudió la cabeza, pero sonrió. Estaban pasando cosas. Eso solo podía significar algo: estaba viva.

> *ArS-03, registro 53.127*.
> *Procedimiento de sincronización iniciado*.
> *Dispositivo sin identificar NI100101001110. Estado: desconocido*.
> *No se han detectado subsistemas adicionales*.

El olor a café la despertó. Intentó recordar dónde estaba antes de abrir los ojos.

—¿Te encuentras mejor? —Zor se sentó a su lado, y le ofreció una taza.

Se acomodó en el colchón y la cogió con las dos manos. Asintió.

—¿Por qué no te queda tiempo? —preguntó Zor.

Lo miró confundida.

—Antes. En las escaleras. Dijiste: «No me queda mucho tiempo». Creo que no te referías a aquellos que nos perseguían.

Dio un par de tragos.

—Necesito dinero —dijo en voz baja—. Mucho. A menos que Ron consiga un ciberbrazo nuevo, que también cuesta una fortuna.

Llevaba una camiseta ancha estampada con una ilustración de unos dibujos animados. No recordaba habérsela puesto. Tampoco recordaba ese lugar. Miró a su alrededor. Una sala diáfana con una pared acristalada y el colchón en el que estaban sentados. A su lado había un montón de ropa doblada de manera cuidadosa. La suya. Era de noche.

—Ron me dijo que te diera algo para ayudarte a dormir.

Aya se despertó del todo y miró por la ventana. Era bien entrada la noche.

—Tengo que irme a casa. —Se levantó de un salto y empezó a vestirse.

Cogió su teléfono. Mensaje a M: «Tuve un pequeño accidente. Voy a casa».

—No te lo recomiendo. —Un adolescente bajito y delgado, con una melena desaliñada, estaba sentado a la mesa, trasteando con un ciberterminal desarmado.

No se había percatado de su presencia.

—Es Albert —explicó Zor—. El netrunner.

—Pues creía que… —empezó a decir, aturdida.

Se lo había imaginado mucho mayor, más serio, como un Hijo del Vudú. Albert no se vestía siguiendo ningún estilo o moda. Su ropa era plana, indescriptible. Era ligeramente moreno de piel y su pelo era largo y rizado. Tampoco tenía aspecto de un netrunner con experiencia, más bien parecía un tímido empollón de instituto.

—¿Cómo lo has encontrado? —le preguntó a Zor.

—Fue él el que nos localizó a nosotros.

—Te van a estar esperando allí —dijo sin ni siquiera mirarla.

—¿Quiénes? —preguntó.

—Lo sabré tan pronto como pueda acceder a la Cueva. Ahora mismo tengo pocas herramientas a mi alcance. Tenemos que trabajar juntos.

—Tengo que irme a casa.

—Si conocían la dirección de Zor, es porque tienen a Borg —dijo con la misma falta de emociones que su voz robotizada—. Lo más seguro es que les haya contado todo. Pero él no sabía de la existencia de este sitio, así que aquí estaremos a salvo.

Aya se quedó petrificada y dejó que la información le llegara al cerebro.

—Por eso me tengo que ir. —Abrió la puerta.

—¿Por qué? —preguntó Zor.

No respondió.

Se puso la chaqueta y la siguió.

—¿Qué piso es?

—El sesenta y uno. —Aya fue a pulsar los botones.

Zor se le adelantó. Tecleó sesenta y cuatro y las puertas se cerraron. Sacó su pistola y la examinó deprisa. Aya miró con aprensión cómo iban cambiando los números. A Zor no le tranquilizaba la tensión que mostraba.

—¿Vives con alguien? —preguntó.

Asintió. Él no sabía qué más preguntarle.

Salieron en la planta sesenta y cuatro. La puerta del primer apartamento a la derecha se encontraba abierta. Un hombre con una camiseta de tirantes y barriga cervecera se les acercó tambaleándose. Estaba borracho o puesto de algo.

—Eh, ¿tienes un cigarro?

—No fumo.

—Venga tío —insistió—. Solo uno.

El brazo de Zor salió disparado. Empotró al hombre contra la pared, agrietándola. Se cayó al suelo en redondo, gimiendo de dolor.

Las escaleras tenían más basura que las del edificio de Zor. Sujetó la mano de Aya mientras bajaban para que no se cayera, aunque también con la intención de impedir que saliera corriendo.

—¿Tienes algún dispositivo de seguridad? —Abrió la puerta que daba al pasillo.

—¿A qué te refieres?

—A algo que no sea el lector biométrico.

—No, ninguno.

Se colocaron a ambos lados de la puerta a la vivienda. Aya se moría de ganas de abrirla y entrar dentro. Él no la soltó. No podían saber si había alguien en el apartamento.

—Abre. —Zor sacó la pistola—. Y quédate detrás de mí.

Aya colocó su mano en el panel biométrico. Se puso en verde y pitó en señal de confirmación. La puerta se abrió. Zor echó un vistazo dentro y volvió rápidamente a su posición. Nada. Se posicionó con el cañón de su pistola mirando hacia arriba y entró con cuidado, pegado a la pared. Por intuición sabía que no había nadie en casa. Nadie vivo, para ser exactos. Las piernas de una mujer que asomaban por la puerta del dormitorio que había a la derecha no eran buena señal. Pero debía asegurarse. El

apartamento tenía dos dormitorios, era más grande que el suyo. Era un sitio ordenado, con pocas pretensiones.

Aya no fue capaz de esperar más fuera. Entró corriendo y saltó por encima del cadáver de la anciana para entrar en el dormitorio.

—¡Juliena! —gritó, aunque era obvio que no había nadie en casa—. ¡¡¡Juliena!!!

Zor tocó el panel para cerrar la puerta del apartamento. Lo último que necesitaban eran vecinos cotillas. Se arrodilló para asegurarse de la muerte de la mujer. Las apariencias podían ser engañosas. No era difícil deducir qué provocó la muerte: múltiples heridas en el cuello de la señora. Con Garras Mantis. Ni siquiera había mucha sangre. Lo hicieron con mucha meticulosidad y discreción.

—¡¿Juliena?! —Aya revolvió la ropa del armario.

—Aquí no hay nadie. —Zor la agarró de los hombros—. ¿Quién es Juliena? ¿Tu hija?

Sacudió la cabeza y abrazó a Zor, llorando en silencio.

—Es… es complicado —respondió.

—¿Ha podido marcharse a algún lado?

—¿Ella sola? No. —Sollozó—. Jamás salía sola. Es… especial.

—No te preocupes, no le harán daño. La necesitan viva.

—¡¿Cómo lo sabes?! Pero ¡si han matado a Molly y ayer intentaron matarnos a nosotros!

—No. —Zor la abrazó más fuerte—. Los disparos nos pasaron por encima. Y después lazaron gas a la cabina del ascensor. Querían atraparnos.

—¿Por qué?

—No lo sé. Quieren algo de nosotros. Ahora no tienen por qué buscarnos, porque saben que iremos a por ellos. No tengo ni idea de quiénes son, pero Juliena está a salvo. Lo prometo.

Aya se arrodilló al lado de Molly y le cogió la mano. La piel fría y sin vida le hizo apartarse.

—¿Cómo me he visto envuelta en todo esto? —Se tapó la cara con las manos. Suspiró y miró a Zor—. ¿Es dinero lo que quieren?

Zor sacudió la cabeza.

Sin contar con el cadáver, la vivienda estaba totalmente ordenada. Quien viniera aquí no rebuscó nada. Solo querían a la niña.

—Se llevó su tablet. —Aya pasó la mano por la mesa vacía—. Siempre la lleva consigo.

Miró a Zor con expectación.

—¿Y ahora qué?

—Perderán el tiempo. Nos harán esperar para que nos impacientemos. Puede que no se pongan en contacto hasta dentro de dos días. Luego sabremos lo que están buscando.

—¿No deberíamos… hablar con la policía?

—Si fuéramos gente normal, por supuesto. Pero no podemos después de todo lo que hemos hecho. Como nos presentemos en comisaría, seguro que terminan más interesados en nosotros que en encontrar a Juliena. Más pronto que tarde unirán todas las piezas y nos relacionarán con nuestras escapaditas.

El viejo apartamento de Albert estaba peor. Muchísimo peor. Había muchas huellas en el charco marrón que llenaba una gran parte del suelo de la sala de estar. A juzgar por la ausencia sospechosa de muebles y electrodomésticos, no era difícil suponer lo que había pasado.

La cinta policial se encontraba tirada en el suelo. La puerta estaba entreabierta, no se podía cerrar. El escritorio que contenía el valioso pincho en el fondo del cajón podía estar en cualquier lado.

—Matan a su madre y él coge y se muda, ¿así como así? —Aya mostró incredulidad—. Nada de esto tiene sentido. Hemos cometido errores muy pequeños y hemos terminado con la pata hasta el fondo. ¿Te he contado cómo me chantajeó Warden para que participara?

—No tienes por qué.

—Amenazó con decirle a Marry's lo de mis implantes. —Levantó su mano y movió los dedos—. Me daba miedo perder el trabajo. Y ahora es algo que ni siquiera me importa.

Allí no encontrarían nada. Era demasiado tarde.

Tamborileó con los dedos incluso con más fuerza contra el volante rayado y torcido del todocamino. Habían pasado dos horas y empezaba a aburrirse. No había decidido cuánto esperaría. No había nada interesante que mirar, nada con lo que matar el tiempo. Solo callejones turbios, grafitis y pintadas de bandas. De todos modos, la zona era relativamente segura. La pregunta era si sería cierto ese día.

Ya no tenía ninguna señal luminosa de neón que indicara la entrada, solo un pequeño panel de información y una flecha que señalaba hacia abajo, hacia una puerta de hierro corroída por el tiempo y la lluvia ácida. Era mejor así, se ahorraba que entrara gente aleatoria, sobre todo los domingos. Ron ya había dejado de pagar anuncios, y confiaba su consulta a las recomendaciones de clientes satisfechos. El boca oreja era más efectivo y no costaba ni un eni.

Si encontraron los domicilios de Albert y Zor, su clínica era la siguiente. Tenía que extremar las precauciones. Pero ¿cuánto? ¿Le valdría con esperar dos horas? Aunque le diera la sombra, empezaba a hacer mucho calor dentro del coche.

Otro minuto más.

A Albert no parecía importarle nada la muerte de su madre. Su propia madre. Cada persona es un mundo, pensó. A veces, hasta llegar a extremos horripilantes. Cuanto más pensaba en ello, más completaba el puzle de Albert que Ron había formado en su cabeza. Y después estaba Aya. Como no reparara sus implantes, apenas le quedarían unas semanas de vida. No iba a ser muy agradable dejar el mundo así. Por decirlo suavemente.

A la mierda todo. Además, tampoco era seguro estar ahí en el coche. Salió y se echó el bolso al hombro. Tenía el equipo básico, escáneres y algunas herramientas que le podían servir. Lo peor iba a ser desmontar la silla de operaciones, tenía que contratar al menos a dos machacas con implantes de montacargas de clase tres. Eso le costaría unos doscientos edis o más, y no los tenía.

Examinó sus alrededores mientras caminaba, arrepintiéndose de no haber aparcado más cerca. Si veía a alguien sospechoso, seguramente ya le

tenían vigilado de antes. Por suerte, solo había dos personas, los dos borrachos habituales de siempre. Nada fuera de lo normal.

Bajó despacio las escaleras a la clínica. Le hubiera venido bien haber instalado algún sistema antirrobo…, como dejar un hilo en el marco de la puerta. Ojalá lo hubiera pensado antes.

Puso la oreja entre las barras de la puerta, y después colocó la mano en el panel biométrico. Cuando se puso en verde, introdujo el código. La puerta se abrió como de costumbre. Entornó los ojos para ver mejor en la penumbra, para cerciorarse de que no hubiera nadie dentro. Daba igual. Podían haberle disparado desde donde estaba.

Abrió la puerta de hierro y entró, mirando por todos los rincones. No había ni una cucaracha. Sin embargo, la puerta que tenía detrás se abrió de repente.

—Recojones. —Ron se puso de espaldas al congelador, con su mano en el pecho—. Se me olvidó cerrarla…

—Por lo menos sigues teniendo una puerta —dijo uno de los dos matones enormes que entraron en la clínica. Tenía una voz tan grave que no era natural. Sí, habían pasado de esperarle dentro. En lugar de ello, se habían quedado vigilando el local, esperando a que apareciera.

—Llevamos esperando desde ayer por la noche, así que no nos queda mucha paciencia. No nos pongas las cosas más difíciles.

Tampoco podía hacerlo. Esa entrada era también la única salida. Podía intentar usar los manipuladores de la silla, pero para ello tendría que enchufarse y activarlos. Además, tampoco eran muy fuertes. Al menos no tanto como sus músculos.

Eran Animales, no había duda. Sacos de músculos hinchados a esteroides extraídos de diversos cuadrúpedos y vertebrados, con cerebros modificados con hormonas animales sintetizadas. Aunque no tuvieran tanto cromo, no se podía decir si ellos eran más humanos que sus clientes más cibermodificados.

Además, estos dos contaban con muchas más zoomodificaciones que el Animal estándar. Se veía en sus caras. A uno de ellos le crecía un colmillo enorme de la esquina inferior de la boca. ¿O debería llamarlo morro? Mientras que el otro tenía cara y dientes de tigre. Sus siluetas se parecían a

las de dos jabalíes bípedos con superesteroides. Sus hombros tenían el doble de tamaño que el del humano medio y daba la sensación de que sus chaquetas de cuero sintético iban a estallar en cualquier momento.

Ron examinó su masa muscular. Sin implantes de refrigeración, se sobrecalentarían después de correr treinta metros. Pero en ese sitio no había ni siquiera dos.

—¿Qué puedo hacer por ustedes? —preguntó sudando, a pesar de que el sótano fuera un lugar fresco.

—Págale a Bully lo que le debes, caramierda —dijo el Animal del comillo.

—Ah…, eso. —Ron se relajó—. Pagué la mitad hace dos semanas.

—¿A ti te parece que la mitad sea pagarlo todo?

—Supongo que se acerca la fecha de pago.

—¿Te estás haciendo el gracioso o qué? —El primer Animal se acercó y le amenazó con un puño que tenía el tamaño de la cabeza de Ron.

El matasanos retrocedió por instinto. No solo parecía un jabalí, sino que también apestaba igual. Ron jamás había visto u olido un jabalí en su vida, pero se imaginaba que tendría el mismo aspecto y hedor que el ser que tenía delante de sus narices. No era el momento para divagaciones, aunque le tranquilizaba saber que estaban ahí a modo de advertencia.

—Puta cucaracha.

—¿Quién, yo?

—Te debería aplastar como si fueras una. ¡¿Es eso lo que quieres?!

Los músculos del Animal se tensaron a medida que su rostro se ensombrecía. Ron sospechaba que no tenían permiso para hacerle daño, y menos para aplastarlo como a una cucaracha. Bully sabía que un matasanos con un ciberbrazo roto no era un matasanos rentable. Por ahora estaba a salvo, pero si Bully no veía sus edis, Ron no tendría otra oportunidad para ponerse tan bravo.

Eso tampoco le daba pie a actuar con temeridad. Los Animales eran conocidos por su poca constancia. Eran más de acción que de reflexión. Como los jabalíes. O los tigres.

—¿Cuándo tengo que pagar? —preguntó Ron, aunque sabía perfectamente la respuesta.

—Te has pasado de fecha. —El segundo Animal habló por primera vez, enseñando sus colmillos felinos. Era más robusto, y se notaba que estaba al mando—. Tenías de plazo hasta antes de ayer. Aunque se dice por ahí que ahora estás forradísimo.

—Que yo… ¿qué? —Ron se había quedado estupefacto—. ¿Acaso parece que esté nadando en pasta? Y la carraca que conduzco, ¿qué?

—Déjate de historias. —A Tigretón se le acabó la paciencia—. Sabemos que has conseguido un premio gordo.

—Todavía no he podido vender las mercancías. —Ron se dio cuenta de lo delicada que era su situación. Vender las baterías no le serviría para pagar la deuda, pero llevarle la contraria a un Animal enfadado era una idea malísima—. Solo han pasado dos días.

—A mí me da igual lo que hicieras hace dos días. Yo estoy hablando del asalto al convoy de Militech.

—Aaaaaah, eso… Es verdad. Eso sí que estuvo bastante bien.

—¿Lo ves? Solo teníamos que refrescarte la memoria. —El jabalí le abofeteó la mejilla con una mano que parecía un ladrillo envuelto en un felpudo sucio—. Venga, suelta los edis y nos largamos.

—Es que todavía tengo que vender el temario…

—Pero ¿qué mierdas eres? ¿Un recaudador o qué?

—Eh, que no es nada fácil vender las mercancías. —Ron se sentía como si fuera en zigzag por un campo de minas—. Pero ya tengo un comprador. Está totalmente cerrado. El trato, digo.

Tigretón se acercó tanto que casi rozó la cara de Ron con sus bigotes.

—Dos días.

Albert estaba sentado en su silla sin moverse, mirando el ciberterminal desarmado a la luz de la lámpara de escritorio. Por la ventana se veía cómo la noche daba paso lentamente al amanecer.

—Esto no tiene buena pinta —dijo por fin.

—¿Qué había en ese pincho? —preguntó Zor.

—La clave de acceso a la Cueva.

—¿Puedes ser más específico?

—La clave de acceso al resto de mi ser. Mis herramientas de la Red, todo. No puedo hacer nada sin ellas. —Se movió abatido hacia el ciberterminal—. Estoy añadiéndole componentes que mejorarán sus capacidades. Por lo menos un poco. Pero no sirven de nada sin la clave.

—No vamos a encontrar el pincho. Así que será mejor que pienses en otra solución.

—No voy a poder acordarme de una cadena de doscientos cincuenta y seis caracteres que miré de pasada hace cinco años.

En tres meses no llegaría a reconstruirla entera, pensó.

Aya estaba sentada en el sofá sin prestarles atención. Miraba la caja de cartón que había en medio de la sala.

—¿Qué es eso? —preguntó por fin, señalándola.

Albert dejó el ciberterminal y se acercó a la máquina de café, evitando la parte del suelo de hormigón visto. No le gustaba pisar ahí.

—Pedí muebles —dijo—. Es que… no podéis volver. Nunca.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que no podéis volver a vuestros apartamentos. Ambos son trampas mortales. Lo lógico es que estén vigilados. Este es el nuevo cuartel general de la banda improvisada.

—¿De qué cojones estás hablando? —Aya negó con la cabeza, estupefacta—. ¿Todavía seguís con la tontería de la banda? ¡Es la única razón por la que estamos de lleno en este lío!

—Necesitamos dinero —añadió Zor—. Albert, prepara tres cafés. No hay ningún curro con el que podamos reunir el dinero suficiente como para pagar por Juliena o arreglar tus problemas o… —No terminó. Se acercó a Aya y se sentó a su lado.

La puerta pitó. Zor se puso de pie de un salto, sacó la pistola y apuntó rápidamente a esa dirección.

Albert dejó los cafés en la máquina y se dirigió al intercomunicador. Era puerta a puerta. El edificio no tenía un sistema integral, ni tampoco uno para comunicarse con partes concretas. La gente no se ponía de acuerdo en lo que quería. El tipo que apareció en la pequeña pantalla led estaba esperando justo ahí.

Abrió.

—Han venido a mi local. —Ron entró corriendo, sin molestarse en cerrar la puerta—. Hay alguien por ahí que quiere eliminarnos.

La puerta se habría cerrado sola si Zor no hubiera tocado inmediatamente en el panel.

—¿A la clínica?

Asintió y dejó un bolso pesado en el suelo; lo que contenía hizo un montón de ruido. Suspiró al abrirla, sacó una botella de litro con un líquido transparente sin etiquetar y la puso en la mesa.

—Un sedante. —Abrió la tapa—. Alcohol puro, destilado por un servidor. Te pone ciego, pero también relaja las sinapsis, hace que fluya la creatividad. Y es eso lo que necesitamos ahora. Eso sí, es capaz de tumbar a una mula, así que es mejor mezclarlo con algo…

Todos se sentaron a la mesa. Sirvió el café, puso un dedo de alcohol en las tazas y echó por encima un poco de zumo que sacó del frigorífico. Solo Albert dejó claro que él no quería nada en el café.

—Esto no pinta bien —dijo el matasanos—. Nos pisan los talones y este edificio no tiene nada de seguridad. —Señaló la puerta—. Entré sin más y no me preguntaron nada.

—El plan consiste en que no nos encuentren aquí —respondió Albert—. Lo que necesito es un equipo de netrunning de clase dos. No voy a poder hacer nada sin uno. Aparte, necesitamos un plan sin fisuras, información y armas decentes.

—Quieres que demos otro golpe. —Aya se llevó las manos a la cabeza, desesperada—. ¿Qué te hace pensar que a la tercera va la vencida?

—Nada. Esta vez conseguiremos a un fixer.

—¿Para qué? Los fixers se llevan también su parte.

—Para reunir información sobre qué podemos robar y para no preocuparnos de cómo mover ciento ochenta baterías de drones de corporaciones —respondió Ron—. Tiene sentido. Pero ¿quién?

—Warden —respondió Albert.

Todos lo miraron desconcertados.

—Pero ¡si él fue quien empezó todo esto!

—No puedo decir que me caiga bien —dijo Zor—. Ni tampoco que confíe en él.

—Un fixer no tiene por qué gustarte —explicó Albert—. Pero Warden es el malo conocido. Tuvo la oportunidad de matarnos, pero no lo hizo. Además, es ambicioso, quiere librarse de Renner y ponerse al mando. Podemos utilizarlo.

—Borg lo conocía mejor.

—Borg está muerto —respondió Albert—. O, al menos, hay un noventa y nueve por ciento de probabilidades de que lo esté. A la gente que nos busca no le importa dejar un reguero de muertos. Lo hacen por diversión. Borg debe de haberles dado nuestras direcciones. A mí me pillaron de otra manera.

—¿Cómo? —Ron dio un trago y torció el gesto—. Puaj, seguro que es por el zumo.

—En el Distrito Industrial Norte tuve que desactivar el cifrado por un periodo breve para poder salvaros. Dejé una señal que me señalaba a mí directamente.

—También está Milena. —Aya miró a Ron.

—Yo no contaría con ella —suspiró Ron—. No contesta a mis llamadas. Nuestra princesa corpo se debe de haber aburrido.

—No ha sido nada, de verdad. Estoy bien. —repitió.

—Nuestros médicos nos han recomendado tenerte en observación un par de días.

—No tengo un par de días.

Estaban sentados en los extremos opuestos de la mesa, en una especie de sala de interrogatorios. Imaginaba que para propiciar la honestidad. Milena no identificó ninguna cámara, pero sabía que las habían escondido en alguna parte.

Stanley sacó una cajetilla de plata de su chaqueta gris antracita y le ofreció un cigarrillo.

—Aquí no se puede fumar —dijo, aunque sabía que él estaba por encima de las reglas.

Cogió el cigarrillo. No tenía sabor ni tampoco tenía su boquilla. En fin.

Stanley le ofreció fuego con un zippo de metal de aspecto antiguo. Se abrió con su clic característico y a Milena le llegó el ligero olor a butano al acercarse a la llama. Solo el jefe de seguridad podría llevar un objeto así en la sede central.

—Pasado mañana —dijo mientras exhalaba el humo— es el último día de la ronda de negociaciones.

—¿Estás segura de que puedes participar?

Stanley no fumaba. Escondió la cajetilla y puso el mechero sobre la mesa.

—Katsuo no aceptará cancelarla —explicó—. Acaba en dos días, pase lo que pase. No es un buen momento para que me sustituyan.

—¿Porque no tenemos a nadie tan preparada como tú?

—Eso es. En este momento no hay nadie.

—Por qué no me cuentas lo que pasó exactamente.

—Me senté en mi coche y salí del garaje en piloto automático. Me puse a repasar los materiales de la reunión de hoy. Lo tengo todo en la cabeza, por supuesto, pero me gusta hacerlo para refrescar la memoria. Entonces me di cuenta de que me seguía un coche.

—¿Te diste cuenta?

—Es cuestión de intuición. No voy a entrar en detalles de cómo funciona, pero esta empresa me paga por ello. Cuando empezaron a seguirme, activé la señal de socorro. El resto ya lo saben. —Dio una calada y exhaló el humo—. ¿Cuánto tiempo vamos a estar con este interrogatorio?

Stanley se puso serio.

—Esto no es un interrogatorio. —Se reclinó.

El cable que iba de su neuropuerto al lector de diagnósticos instalado bajo la mesa decía lo contrario. Oficialmente escaneaban sus implantes en busca de spyware que podían haber instalado sin su consentimiento. O puede que con él.

—No hace mucho te viste involucrada en un accidente muy grave en la circunvalación —continuó Stanley.

—Fue culpa del conductor, iba demasiado rápido. No sé qué más explicaciones tengo que dar sobre ese asunto.

—Es importante examinar con detenimiento los acontecimientos que no parecen tener ninguna conexión. Yo solo intento averiguar quién te atacó ayer.

—No me atacó nadie. Me seguían.

—Puede que intentaran secuestrarte. Tengo que saber si tu seguridad sigue estando en riesgo. Eres uno de los activos más valiosos de la empresa.

No era capaz de leer sus planes, intenciones o la información de la que disponía. Pero sabía bien lo que iba a decir después.

—¿Crees que han podido ser los de Arasaka? —preguntó.

—El jefe de seguridad es usted. Respóndase usted mismo a la pregunta.

—Pensaba que tu intuición era motivo de orgullo.

Dio una calada, aliviada. Era una pena que no pudiera fumar durante una negociación. Cada vez que se tragaba y exhalaba el humo le venían nuevas ideas y la claridad que la nicotina le daba.

—Por lo que sé de Katsuo, no —respondió.

La expresión de Stanley se puso más severa.

—Tu campo es la psicología, no la estrategia militar, ¿verdad? —Se colocó su traje gris antracita—. Pues ha llegado el momento de subir la apuesta. Tengo algo que proponerte, se trata de un nuevo encargo.

—Sí que tienes huevos al presentarte por aquí. Os podía haber eliminado a todos con solo hacer *esto*. —Chasqueó los dedos—. Ojalá lo hubiera hecho. No me puedo tomar ni una puta copa en paz por vuestra culpa.

—No he venido aquí a… —Zor se interrumpió a sí mismo—. Escúchame, ¿quieres? —Sin que lo invitaran, Zor tomó asiento en el lado opuesto de la mesa—. Queremos ofrecerte algo. Puros negocios.

—¡Mierda, llevo mucho soñando con este momento, ja, ja! —Enseñó los dientes azules translúcidos mientras se reía, una imagen que no era muy agradable—. Venga, dispara. —Warden llenó su copa con una botella medio vacía de ron.

—Necesitamos un fixer.

—¿En serio? ¿Y ahora os dais cuenta? Nacisteis con una flor en el culo. La primera vez os tocaron los novatos de Militech, y luego vais y robáis un

almacén lleno de mierda. Y encima os cargáis a un abuelete en el proceso. ¿Y para qué? ¿Qué mierda es lo que habéis sacado, imbéciles? ¿Destornilladores?

El bar estaba prácticamente vacío y carecía del bullicio habitual. La poca clientela que había se hallaba enfrascada en sus asuntos.

—Algo así —admitió Zor—. Por eso necesitamos un fixer, para que nos diga cuándo, dónde y qué robar.

—Mira, chumbata. —A Warden empezaba a agotársele la paciencia—. No sois profesionales, y lo vuestro no es ni una banda ni nada parecido. El golpe que disteis fue de pura potra. Lo único que necesitaba de vosotros es que no tuvierais antecedentes. Ya está. Así que enhorabuena, os doy una medallita por haber salido con vida de ese curro. ¿Y lo del almacén? ¿Robáis algo, no tenéis ni idea de cómo moverlo y os creéis que os voy a ayudar? Pfff —se rio—. Tenéis a un mocoso con alambres en lugar de cables y un matasanos que opera con un cuchillo de cocina porque no tenéis lana suficiente para permitiros otra cosa. Por no hablar de la muñeca que no quiere exponerse, o de la ninfómana corpo que todavía finge ser joven. Y luego un imbécil con el pelo verde… Y para terminar, estás tú. —Miró a Zor de arriba abajo con desdén—. Que ni siquiera tienes implantes básicos de combate. Anda, lárgate de aquí antes de que te obligue.

El cielo despejado se iba oscureciendo. El sol daba su último espectáculo de colores rojos y anaranjados, acentuado por los altos niveles de contaminación de Night City.

Zor estaba sentado en medio de la sala de estar intentando poner en orden su cabeza. No podía.

Albert se encontraba a su lado, en un sillón. Llevaba horas sumergido en el ciberespacio, tratando de reconstruir lo que había perdido. Ron había conseguido un colchón y roncaba en otra habitación. Aya se movía y se giraba en sueños. Zor colocó las cajas de pizza y de hamburguesas en la esquina de la mesa y se levantó para cerrar la puerta de Ron. Después se fue a su habitación y tapó con delicadeza a Aya con una manta. Se giró

dormida. ¿Era eso una sonrisa? Se quedó de pie mirándola durante un buen rato, perdido en sus pensamientos.

Era de noche. El cielo de Night City estaba bañado de rosa. Las ventanas de las torres de Corpo Plaza reflejaban los últimos rayos del ocaso, y llenaban el dormitorio de Milena con una luz cálida y natural. Había desactivado el tintado de las ventanas a propósito. La luz funciona mejor como despertador que la cafeína, taurina o cualquier otra sustancia. No quería dormir.

Era en momentos como ese en los que la perfección del mundo corporativo mostraba sus grietas. Torres aparentemente inmaculadas, sin fisuras, pero existían sitios donde se podían ver las imperfecciones minúsculas de las ventanas. Algunas reflejaban un blanco cegador, otras, el rosa del cielo. Se combinaban los factores del ángulo de la posición del sol, su reflejo y la distancia. Se necesitaba la distancia para ver la imperfección a gran escala.

Habían pasado días y nada había cambiado. El estrés es capaz de engullirla a una desde dentro como el águila que picotea el hígado de Prometeo en busca de la eternidad. Ella jamás se permitía sentir nada excepto… bueno, eso. Siempre que tenía algo que perder o que ganar, la adrenalina venía acompañada del riesgo. En la vida que llevaba, la victoria era el estándar constante que tenía que mantener. Lo único que podía cambiar las cosas era perder. Fallar. Empezó dándolo todo y al final ese todo se convirtió en una obligación infinita. Tropezar era igual a caerse. Y el mundo corporativo tenía más zanjas y trampillas que cualquiera de las escaleras que había subido anteriormente.

Ron era la última excepción a la norma. Le parecía interesante, aunque a veces resultaba vulgar, pero solo por su honestidad. Jamás calculaba lo que decía para conseguir un efecto. Era difícil saber qué iba a soltar después. Por eso hablar con él resultaba tan entretenido. El sexo también era impredecible. Un día podía ser perfecto y el siguiente… olvidable.

¿Era posible que el mundo perfecto no existiera? Su sistema de autoanálisis seguía activo. No podía desinstalarse esa mierda, el contrato lo

prohibía. ¿O puede que fuera imposible que la sorprendieran? No ya por el qué, sino por el cómo. O por el cómo cambiaba ese cómo. Eso era el autoanálisis, reducir todo al absurdo.

¿Por qué no? Si esto era todo lo que podía ofrecer la realidad, ¿por qué no meterse de lleno en el absurdo?

¿Podía estar Katsuo detrás del ataque? ¿Por qué? ¿Porque estaba por delante en la negociación? O puede que estuviera mirando todo esto desde el ángulo equivocado. Puede que fuera Stanley el que intentaba deshacerse de ella. Puede que no conociera su doble vida, pero podría tener sus sospechas.

Caminó hasta la pared de ventanas y se quedó ahí de pie. Desnuda. Nadie podía ver su cuerpo, al menos sin un sistema óptico telescópico. Pero pensar que en teoría pudiera haber alguien en algún sitio que pudiera intentarlo le daba un pequeño subidón emocional.

La banda improvisada no tenía futuro. O, para ser más específicos, no tenía un futuro con Milena dentro. El resto quería dinero, pero corriendo el mínimo riesgo. A ella el dinero le daba igual. Lo que ganaba se lo gastaba. No se molestaba en ahorrar. Quería más de la vida. Quería algo que no pudiera comprar. Algo que ni las neurodanzas, ese sucedáneo barato de la realidad, podían ofrecerle.

Era el momento de subir la apuesta. Guiñó un ojo y dictó mentalmente un mensaje: «Pasado mañana, 11.30 a. m., ascensor externo».

9

Se llamaba Molly Bernard, vivía al otro lado del pasillo —dijo la novata —. La vivienda está alquilada por Aya Holmes. Sin antecedentes, pero busqué por la Red y encontré esto. —La tablet mostró una bailarina semidesnuda que anunciaba el Bar Marry's—. Es ella. He comprobado los registros biométricos. Aya Holmes abandonó su vivienda ayer a las siete y diez de la tarde, para volver hoy a las cuatro y dieciséis de la mañana. Volvió a abandonar el edificio después de dos minutos.

Liam asintió a modo de cumplido. Masticaba un chicle mientras leía la tablet.

El equipo forense peinaba todo el apartamiento. El único sitio del que habían asegurado todas las pruebas era el pequeño pasillo que llevaba a la cocinita que estaba al lado de la entrada de uno de los dormitorios. Había otro, más pequeño. De ahí salían las piernas de la vecina muerta.

—Opiniones. Venga, suéltalas —dijo el inspector sin apartar la vista de la tablet.

La novata se acercó todo lo que pudo al cadáver sin pisarlo.

—Puñaladas en el cuello —dijo—. Verticales, a distancia uniforme. Si la señora Bernard no tuviese casi ochenta años, yo diría que son obra de Garras Mantis.

—¿Y qué tiene que ver la edad?

—No se usan las Garras Mantis en una anciana. Además, ¿para qué iba a tenerlas una bailarina?

—¿Crees que fue Holmes quien lo hizo?

La novata resopló y suspiró.

—No puedo descartarlo. Es su apartamento y ha desaparecido.

—Holmes abandonó el apartamento ayer a las siete de la tarde. La señora Bernard murió justo después de medianoche.

—¿Cómo lo sabe? —La novata se volvió a inclinar para ver el cadáver de cerca—. Si todavía no la ha escaneado.

—No tengo por qué hacerlo. La única cámara que funciona está en el recibidor de la planta de abajo. Comprobé las imágenes. Hay un hueco entre las doce y las doce y cuarto de la noche. —Liam sacó la grabación y avanzó hasta las 4.16 a. m.—. Mira.

—No está sola —señaló la novata.

A Aya la acompañaba un joven que iba vestido como alguien que quiere pasar desapercibido, pero el disfraz no servía para ocultar su postura y andares. Los de un soldado.

El inspector hizo zoom en su cara e inició la búsqueda por reconocimiento facial. En un par de segundos consiguió una coincidencia.

—Bingo. —El inspector ojeó el informe—. Zor. Sin apellidos. El propietario de una empresa de control de plagas llamada Buyers e hijo interpuso una denuncia por daños a su propiedad. Una furgoneta, para ser exactos. —Desplazó la pantalla para continuar—. La misma furgoneta del taller de Harris, la del guarda de seguridad muerto.

—Con Garras Mantis —añadió la novata con seriedad.

La luz vacilante revelaba trozos de una antigua pared de ladrillos apoyada en placas de anclaje, restos de una sala subterránea cuyo propósito original se había olvidado.

Había cuerpos colgando de vigas de acero. Algunos estaban desnudos, otros tenían ropa, y sus pieles colgadas habían sido cortadas con una precisión milimétrica formando rayas y dibujos. Algunos se encontraban retorcidos formando una trenza y todavía goteaban sangre. Ninguno de los cortes tenían más de unos milímetros de profundidad. Ninguno seguía con vida. Ya no.

De las antorchas salía un humo negro que subía hacia la oscuridad del techo, demasiado alto como para que alcanzara la luz. El sitio no había sido elegido al azar. La ventilación del subsuelo filtraba el humo.

Renner contempló la exposición con un ligero disgusto. Tener un cierto sadismo era útil en el trabajo, pero no tanto en el tiempo libre. Puestos así, la mierda y la orina también podían llegar a ser arte.

—Este sitio me da yuyu —murmuró Ross.

—Bienvenido al Distrito Industrial Norte —dijo Renner—. Estos psicópatas están fatal.

Ambos bebieron de las copas que les ofrecieron a la entrada. Demasiado dulces, les faltaba alcohol. No tardaron en vaciarlas para coger algo más fuerte de las bandejas. Tequila, pagado con fichas que habían comprado con edis a la entrada. Mucha exclusividad.

Habían acudido alrededor de doscientas personas a ese lugar. Bebían, charlaban y ponían a un lado sus desavenencias y aversión mutua. Bandas rivales coexistiendo, fingiendo no querer eliminar a los demás de la faz de la tierra, hablando de temas triviales y apreciando el «arte». Y eso que el noventa por ciento de los que allí estaban eran incapaces de diferenciar una escultura de la última lavadora de Voytech. Lo único que tenían que hacer era estar ahí y no pegarle a nadie en toda la cara. Estaban en terreno neutral, sagrado. *Sagrado*. Usar esa palabra era bastante gracioso.

Todas las cabezas miraban a la artista de los zancos con muelles que trabajaba en un cadáver. Perdón, «escultura». Renner se rio de su propia ocurrencia. La veinteañera de piel oscura con el cráneo tatuado había sacado sus Garras Mantis. Con una precisión virtuosa había grabado un ajedrezado de rombos en el torso de su pobre víctima. Bueno, puede que pobre no fuera, porque se trataba de un fiambre. Quitaba los trozos de piel con forma de diamante, todavía llenos de sangre, y los lanzaba a su espalda, donde estaba situado el público. Había espectadores que se agolpaban para cogerlos. Los Animales gritaban, pidiendo más sangre, más entrañas. No sería hoy el día. Lo que veían era arte, no una carnicería.

Más cortes. Enmarcó el ajedrezado con espirales intrincadas y, finalmente, alzó los brazos de manera triunfal, con sus garras embadurnadas de una sangre negra que brillaba con la luz vacilante. El público aplaudió, el espectáculo había terminado. Había más luz en la sala, pero la oscuridad seguía dominando el techo.

Los camareros, ataviados con uniformes blancos, levantaron simultáneamente las tapas de sus bandejas de plata, revelando aperitivos con mejor aspecto que sabor. Carne sintética aderezada y presentada de diversas formas. Pienso gourmet, en otras palabras. Cortesía de Raito Catering, cuyo logotipo lucía en todo su esplendor, demostrando que patrocinaba el evento sin pudor alguno.

—Siguen sin gustarme —dijo Ross—. Sí, las garras tienen tres metros de alcance, pero al final es como ir con cuchillos a un tiroteo, ¿sabes por dónde voy?

—Son prácticas en cuerpo a cuerpo —se burló Renner—. Tardan menos de veinte centésimas de segundo en salir. Mucho más rápidas que apuntar y disparar un gatillo. Por cierto, ¿me recuerdas a qué cojones hemos venido?

—Porque quiero haceros una oferta —dijo Dum Dum.

Renner se dio la vuelta bruscamente. No le gustaba que la gente fuera más alta que él. El maelstromer le sacaba cinco centímetros por lo menos, aunque probablemente fuera por esas botas de combate pesadas que eran de todo menos elegantes. Los gases que salían de las estufas de propano provocaban que su sistema óptico múltiple tuviera un color anaranjado.

—Joder, sabes que todavía no estamos en Halloween, ¿verdad? —se rio Renner—. ¿Qué oferta? Date prisa, anda, que me está entrando hambre.

—Asaltaste un convoy de Militech y robaste un contenedor —dijo Dum Dum sin cambiar el gesto—. Todavía no has vendido lo que contiene. Lo que significa que no has encontrado comprador.

Renner se quedó mirándolo un momento.

—No sé de lo que estás hablando.

—Pregúntaselo a Warden, seguro que él te lo cuenta. Tienes un problema bastante grave entre manos, pero puede que yo tenga la solución. Con esto ganamos todos.

Cerca de ellos, Karla dio otra voltereta sobre sus zancos. Sudando y esbozando una sonrisa, se agachó hasta ponerse a la altura del público e hizo una ligera reverencia. Dum Dum la sujetó, en parte para que no se cayera. Puso las Garras Mantis de manera que la sangre no llegara a las aberturas de sus antebrazos. Entre la telaraña de cicatrices que tenía en el rostro se podía vislumbrar algo parecido a la satisfacción.

Renner la miró y después se fijó en las gotas de sangre que le caían en los puños de sus mangas.

—Es de cuero de verdad, ¿lo sabíais? —Sacó un pañuelo y se limpió irritado.

—Y eso es sangre de verdad. —Dum Dum levantó una de las botas, la puso en el sofá y se apoyó en ella—. ¿Qué te ha parecido?

—¿La demostración de sushi humano? —Renner miró las garras de medio metro con un poco de asco—. ¿Te respondo de forma educada o sincera?

—¿Y qué más da? Si no eres capaz de hacerlo de ninguna de las dos maneras.

—Pensaba que el caso estaba cerrado.

—¿Qué te hizo pensar eso?

—Es que… —Harris se aclaró la garganta para ganar tiempo—. Los casos como ese… se cierran y ya está.

—Pues resulta que este no. —Liam masticó su chicle y clavó la mirada en el dueño. No porque sospechara de él, sino porque claramente Harris pensaba que había razones para hacerlo—. ¿Te han amenazado hace poco?

—Ah, bueno, yo me llevo bien con todo el mundo —intentó quitar hierro al asunto.

Harris del Taller de Harris había entrado bien en la cincuentena, y su cara no parecía ser la de alguien que se llevara «bien» con todo el mundo. Era más bajo que el inspector y a primera vista no daba la impresión de tener implantes. Pero las primeras impresiones eran meramente superficiales y lo mismo se podía decir de todo el mundo.

Estaban frente a frente en un pequeño despacho situado detrás de la cabina de seguridad.

—Tus empleados. Uno de ellos parece que le ha tocado la moral a alguien peligroso —sugirió el detective—. O puede que deba dinero.

—No sé nada de eso —dijo el propietario con impaciencia. Siguió mirando su terminal como si tuviera un trabajo importante que atender.

¿Y qué si lo tenía? El trabajo podía esperar, y si le corría prisa, mejor. Así terminaría cantando mucho antes.

—Ni siquiera sabía cómo se llamaba… —dijo Harris de repente—. Lo contraté para el turno de noche porque era más barato que cualquier empresa de seguridad. Venía cuando se ponía el sol y se iba cuando salía. Me crucé con él puede que tres veces en total.

No era impaciencia, era sorpresa. Sorpresa porque a alguien como Liam le importara la muerte de un fulano viejo.

—Los recortes en seguridad… —Liam se colocó la silla y se sentó—. Terminan saliendo caros.

Harris relajó los hombros. Estaba claro que no se iba a librar del policía. Tampoco podía amenazarlo u obligarlo a que se fuera. El NCPD no era la tribu más respetada de la ciudad, pero cabrearlos era querer meterse de lleno en problemas.

—Mire, inspector… —Harris se sentó resignado—. No sé por qué pasó… lo que pasó, ¿vale? No robaron nada, y nunca antes nos habían molestado. Puede que el comosellame ese tuviera algún problema personal…

—John. Tu empleado se llamaba John Smolarski. Sin parientes. ¿Notó algo raro en los días anteriores al asesinato?

—Mmm… —El dueño negó con la cabeza—. No, no se me ocurre nada. Todo parecía normal, salvo el hecho de que mataran al comosellame ese.

No, no era impaciencia. Había algo que le molestaba, algo que intentaba reprimir. El ciberware de diagnóstico de Liam estaba monitorizando constantemente su pulso y sus niveles de cortisol en sangre. Ambos valores eran altos.

—Normalmente no vienes al taller de noche, ¿verdad?

Harris dudó.

—A veces. Sobre todo si se me ha olvidado algo.

—Samuel Buyers. Te trajo una furgoneta para que la arreglaras.

El pulso y la presión sanguínea de Harris registraron un pico. Sin duda los niveles de cortisol se pondrían a la par en unos segundos.

—Sí, es verdad… Nos está llevando mucho arreglarla.

Pasaron esos segundos. Estaba en lo cierto.

—Pude ver la furgoneta antes de que pasara por aquí —dijo el inspector —. No parecía fácil de arreglar. Le estás cobrando trescientos, con repuestos incluidos. Un poco bajo, ¿no? Eso es lo que se suele pagar por abolladuras y rayas en la carrocería.

Harris se rascó la barba de sus mofletes. No sabía dónde meterse.

—A mí me da la sensación de que no eres una persona que se lleve «bien» con todo el mundo. —Liam escupió el chicle en la basura—. Por estos lares, todo el mundo le debe dinero a todo el mundo, hasta las abuelas. Llevo en el cuerpo lo suficiente como para saber de qué va el tema. Así que te voy a decir cómo vamos a hacer las cosas. Te voy a preguntar una cosa, y si me das la respuesta correcta, no volverás a verme la cara. El día antes a que asesinaran a Smolarski, ¿vino alguien a «coger prestada» la furgoneta ilegalmente?

Kabuki. ¿Dónde si no? Ron aparcó el todocamino destartalado en el callejón más oscuro que pudo encontrar. Se estaba poniendo el sol y la luz natural dejaba paso al brillo confuso de las luces de neón.

—¿Lo conoces? —preguntó Zor.

—Por supuesto. —Ron se bajó—. Tanto como se puede conocer a alguien por chat.

Zor se bajó del coche y se palpó la pistola que tenía colocada en el cinturón. No le serviría de mucho si al final terminaban metidos de lleno en mierda, pero tampoco venía mal guardar las apariencias.

Se quedaron delante de la entrada a un garaje que había visto mejores días, y puede que un incendio o dos.

—Eres consciente de la pasta que ganarías si vendieras tus implantes a los Carroñeros, ¿verdad? —preguntó Zor.

—Son a prueba de idiotas. —Alzó la mano y movió los dedos—. No funcionan si no están instalados en mi cuerpo.

—Imagínate lo decepcionados que se pondrían en cuanto se dieran cuenta.

Pasaron por delante de un sintecho que dormía pegado a la pared. O al menos lo parecía. Tras atravesar una capa de basura, llegaron a un callejón oscuro. Uno de sus extremos llevaba al bullicio de la calle, mientras que el otro daba a un patio pequeño y bien cuidado que pertenecía a un edificio de cinco plantas con hileras de balcones, en las que había ropa tendida secándose al aire. Por encima se oía el ruido de niños jugando y vecinos discutiendo, pero no había nadie apoyado en la barandilla vigilándolos.

—La puerta del medio —dijo Ron.

No jodas, pensó Zor. Solo una de las puertas tenía pomo. La puerta estaba torcida y cubierta de pegatinas deterioradas y a medio quitar. Era muy acogedora.

Ron dudó. ¿Debería llamar o entrar sin más? No había timbre.

—Recuerda, somos profesionales. —Agarró el pomo, pero dudó antes de girarlo—. Estamos aquí para negociar.

Empujó la puerta y la abrió. El interior era un antro lleno de trastos que parecía una tienda de chucherías. Por la capa de polvo que presentaban los tarros de Moonchies y Leelou Beans, estaba claro que no venían muchos clientes a este establecimiento. Detrás del mostrador había un hombre sentado de cuya cabeza salían sistemas ópticos cilíndricos. Los miró y después volvió a contar lo que parecían posavasos de metal colocados en montones.

—Está cerrado.

—No hemos venido a comprar porquería. —Con un exceso de confianza ligeramente exagerado, Ron dejó una de las baterías de dron en el mostrador. Uno de los posavasos se tambaleó y se cayó, uniéndose al montón de los que quedaban por contar.

El tendero se quedó de piedra y subió lentamente la mirada hasta cruzarla con la del matasanos. La fachada de tipo duro de Ron se evaporó al instante.

—Tenemos una cita —dijo como disculpándose.

El tendero los volvió a mirar, se inclinó sobre el mostrador y echó el cerrojo a la puerta. Después se agachó y sonó un clic. En el lateral, un trozo de la pared decrépita llena de estantes se movió unos centímetros, dando lugar a una puerta escondida.

—Seguidme.

Salió del mostrador y entró por el pasadizo. No medía más de metro y medio. La puerta insonorizada parecía más propia de un búnker, estaba reforzada por atrás con un mecanismo sólido totalmente capaz de resistir la fuerza bruta de un humano durante un largo periodo de tiempo. A simple vista parecía una tienda de chucherías, pero dentro albergaba un mundo distinto. Unos fluorescentes verdes revelaban varias salas grandes llenas de cajas y palés amontonados contra las paredes. Alguien se había tomado la molestia de asegurarse de que todo estuviera bien organizado. Había varios artículos que destacaban en las estanterías, como armas, implantes y herramientas de todo tipo, hasta coronas de edición profesional de neurodanzas. Al fondo había cámaras frigoríficas que probablemente sirvieran como almacén de bioware.

El tendero se apoyó en una mesa de acero inoxidable. Por encima había colgada una máquina de la que salía una maraña de cables.

—¿Puedo? —Extendió la mano hacia Ron.

Ron le entregó la batería. El tendero examinó durante unos segundos el enchufe de carga, con el zumbido de sus sistemas ópticos rompiendo el silencio. Después cogió el cable correspondiente de la maraña que tenía por encima y lo enchufó. Se encendieron un par de monitores y la pequeña pantalla de la batería.

—Sabes que esto no se puede adaptar a una aspiradora o a una bici eléctrica, ¿verdad? —murmuró el tendero—. No es muy fácil de vender que digamos.

—Ah, pero eso es cuestión de tiempo. —Ron respondió con un entusiasmo artificial—. En cuanto las pongas en el mercado, el mercado mismo se adaptará. Dentro de nada se usarán para cualquier cosa. Además tengo bastantes más. Ciento setenta y nueve más, para ser exactos.

El tendero vaciló con muchos gestos y ruidos, moviendo las cejas de manera exagerada. En cuanto dejó de hacerlo, quedó bastante claro que había tomado una decisión.

—Vale, me las quedo —dijo por fin—. ¿Qué queréis a cambio?

—¿A cambio…? —Ron arqueó una ceja—. Pues… pasta.

—Solo pago en efectivo a clientes de fiar. —El tendero deslizó la batería hacia ellos.

—Ah…, ¿y qué haces con los clientes nuevos? —Ron parecía realmente confundido.

—Trueques. —El tendero señaló la mercancía que los rodeaba.

—Ah, la verdad es que contábamos con dinero contante y sonante…

—Pues el trato es ese, o lo tomáis o lo dejáis. Pero no me hagáis perder el tiempo. En cualquier momento puede aparecer un niño a por una piruleta o una chocolatina. —Les señaló la salida—. No me gustaría defraudarlo.

—Hemos venido a una venta, no a un trueque.

El tendero miró a Ron sin inmutarse, pero permaneció en silencio. Zor, mientras tanto, había estado examinando los artículos que había expuestos.

—¿No tendrás un Zetatech como este, pero el modelo nuevo? —Ron subió el brazo—. ¿O el Combat SRG de Militech? Del setenta para arriba. Todo lo que sea más bajo no vale para nada.

El tendero negó con la cabeza.

—Elegid entre lo que hay disponible y yo os diré cuánto podéis coger.

—Quieres que elijamos algo que vamos a tener que vender de todos modos —dijo Ron—. Me parece un trato asqueroso, qué quieres que te diga.

—Si preferís ir por las calles de Kabuki vendiendo baterías de drones de corporación robadas… —El tendero se encogió de hombros—. Allá vosotros.

—Nos llevaremos esto. —Zor señaló un rifle de francotirador Techtronika con una mira Militech—. ¿En qué condición está?

—Como nueva —dijo el tendero sin dudarlo ni un momento—. Como todo el género.

Ron miró el rifle, después a Zor y luego miró de nuevo el rifle. Su cañón medía más de un metro.

—¿Para qué coño necesitamos eso? —preguntó en voz baja.

Zor se encogió de hombros a modo de respuesta.

El tendero se alejó para darles un poco de privacidad, pero podía oírlos perfectamente.

—Mira… —Ron se acercó a Zor—. Hicimos lo que hicimos por dinero, ¿no? Este rifle… ¿por cuánto crees que lo podemos vender?

—Por nada. Pero lo necesito.

—Sí, vale… Eso lo entiendo. Pero en el ajo no estamos solo nosotros dos, ¿no? Necesito el dinero de verdad. Todos lo necesitamos.

Zor asintió.

—Daremos otro golpe —dijo—. Esta vez lo planearemos como tiene que ser. Pero ahora mismo necesito este rifle. Y dentro de una hora vamos a vernos en tu clínica para una pequeña operación.

—¿Ahora? ¿De repente? Parece un poco arriesgado.

—Será más arriesgado que no la hagas.

—No puede estar aquí. Esto es propiedad privada.

—La propiedad privada empieza al otro lado de la puerta. Este lado sigue siendo público.

—Señor, abandone este lugar de inmediato o me veré obligado a tomar represalias.

Técnicamente, Liam podía pedirle la documentación. Tenía todo el derecho según la ley. El soldado de Militech estaría obligado legalmente a levantar su visor e identificarse, pero Liam descartó enseguida esa opción. Sabía que no iba a pasar y no solo por estar en una calle vacía con apenas iluminación. Le mostró su holoplaca.

El soldado ladeó ligeramente la cabeza. Quizá fuera capitán, supuso Liam. Al menos Liam sentía que estaba defendiendo el terreno público.

—Espere aquí.

No, no estaba defendiendo nada. Se sentía como el niño que acababa de cruzar un patio lleno de carteles de no pasar, dispararemos a los intrusos. La puerta le llamó la atención. Tenía partes que brillaban de más porque eran nuevas. La habían reparado recientemente.

Una llovizna acompañaba el anochecer. El tipo de tiempo que se disfrutaba mejor en casa, mirándolo por la ventana.

Apareció un hombre de mediana edad, ágil tanto en movimientos como en porte. Tenía el pelo corto y canoso, y era de complexión atlética.

Exmilitar. Lo que Liam no se esperaba era el traje gris antracita, eso solo podía significar una cosa: corpo. Y además de alto rango. Iba escoltado por dos soldados que se apostaron a ambos lados.

—Inspector, ¿qué puedo hacer por usted? —preguntó con tranquilidad sin mostrar ni un grado de impaciencia. No parecía interesarle su nombre, rango o placa.

Este hombre irradiaba un aura inconfundible de poder. Liam se dio cuenta de que se encontraba delante de alguien al que normalmente no podía acercarse. De ninguna manera. Tan solo estaba en el lugar adecuado en el momento adecuado. Pura coincidencia.

—Estoy a cargo de una investigación —empezó a decir impertérrito, intentando sonar lo más profesional posible—. Como parte de ella tengo que preguntar por una furgoneta que arrolló esta puerta. Las pruebas indican que hubo un intento de robo.

—Aprecio su preocupación, pero tenemos todo bajo control.

—Creo que tanto el NCPD como Militech nos podemos beneficiar de lo que ha pasado aquí.

—No robaron nada de valor. —El corpo no cambió de ademán. No lo necesitaba. Liam sabía que era capaz de terminar la conversación en el momento que quisiera—. Y, con todos mis respetos y espero que no se lo tome a mal, inspector, dudo mucho que posea información que nos pudiera ser útil.

—Este caso engloba varios homicidios. Uno de ellos nos conduce directamente a esta puerta.

Hay personas que no tienen que interrumpir a nadie para que las oigan, personas capaces de hacer callar al resto con su mera presencia. Este hombre era una de ellas.

—Siento mucho oír eso, de verdad —dijo—. Pero estoy seguro de que está familiarizado con la tasa de homicidios de Night City. Probablemente no hay inspectores suficientes como usted para resolver una décima parte del cómputo global.

—Sea como sea, tengo el deber de resolver esta investigación.

—En mi opinión, creo que su cancelación nos interesa a todos. Nos ahorraríamos una gran cantidad de problemas y dolores de cabeza

innecesarios. Nosotros estamos tratando los daños a la puerta como acto de vandalismo. Ahora, si me disculpa, tengo también deberes que atender. Pase buena noche.

Liam caminó lentamente hacia su coche, que había aparcado cerca. Hacía unos momentos había hablado con un hombre que, a pesar de que Liam era inspector del NCPD, podía haber hecho lo que quisiera con él sin sufrir ninguna consecuencia. Una especie de dios. Y este dios le había insinuado de manera poco sutil que debería marcar la casilla de «caso cerrado» tan pronto como fuera posible.

—¡Entra!

Warden miró la puerta abierta de par en par de la limusina. Dentro estaba Renner. Fuera, la noche.

— ¿Yo?

—¿Y quién cojones quieres que entre, imbécil? Venga, ¿a qué esperas?

Warden no se movió, intentó mantener la compostura. Miró a su jefe.

—No sé. ¿A alguna razón, quizá?

—¿Se te ha ido la olla del todo o qué? ¡Que entres!

Warden miró la calle. Quería caminar hasta casa para que se le pasaran los efectos del alcohol. Pero daba igual.

—Ese curro que llevaste a cabo a mis espaldas… —Renner parecía más tranquilo—. Que sepas que se ha desbordado y la mierda está a punto de llegarnos hasta el cuello. ¿Qué es lo que querías hacer?

—Uno de los míos la cagó.

—¿Así que todo se va a la mierda por un imbécil? —Tenía a Renner justo delante de él—. Menuda idea de genio tuviste. Buscar novatos para un curro y que después vuelvan a sus vidas de mierda. En un día todo el mundo se va a enterar de todo. —Dio una patada al separador que tenía delante—. Ross, haz el puto favor de pisarle más, ¿quieres? No conduces el bus del colegio.

La limusina aceleró.

—Me apartaste —dijo Warden despacio, con reticencias—. No me diste la oportunidad de terminar lo que empecé.

—Esa calma que tienes me está empezando a tocar los huevos. Te crees que estás en una especie de tiempo muerto, ¿eh? Que en cuanto pase un poco el tiempo se me pasará, ¿no es verdad?

—Las cruces de las manos de Renner iluminaban el interior de la limusina—. ¡¿No te das cuenta de que estamos envueltos en una puta crisis?!

—No, la verdad es que no. Porque me apartaste.

Renner respiró hondo.

—Dicen por ahí que le hemos robado algo gordo a Militech —explicó, haciendo un esfuerzo por mantener la calma—. En cualquier momento Militech se va a enterar de quién ha sido. Es decir, nosotros. Vamos, que estamos sentados encima de una puta bomba de relojería. Así que, cuéntame, ¿qué cojones hay dentro de esa mierda de contenedor?

Warden suspiró y cerró los ojos.

—No lo sé.

La puerta salió despedida de sus bisagras baratas y cayó al suelo estrepitosamente, provocando que trozos de plástico y metal volaran contra las paredes. Se oyeron chillidos desde dentro. De la oscuridad emergió una silueta en un camisón con un cuchillo en la mano. Parecía salida de una película de terror.

Se encendió la fría luz led, el desgastado sensor de movimiento de la alarma por fin detectó algo. Dos niños, de no más de tres y cinco años, pasaron corriendo por delante en busca de su padre, que había hecho su aparición. Era un cuarentón medio dormido que sostenía un taburete de baño. No era un arma muy efectiva.

—¿Qué quieres? —preguntó con calma.

Zor fue incapaz de encontrar una respuesta. Había algo que lo había llevado hasta allí, no tenía ni idea de qué o por qué.

La luz tenue que llegaba de la habitación más pequeña iluminaba a una familia aterrorizada que se había agolpado en el rincón.

Podía haber llamado como una persona normal, pero no le habrían dejado entrar.

Calculó la distancia del triple de su antebrazo desde la puerta a lo largo de la pared y dio un puñetazo con todas sus fuerzas. El golpe retumbó y el yeso se agrietó. El edificio era viejo, de ladrillos, no había nada extravagante en su construcción. Volvió a dar otro puñetazo. Al suelo cayeron pequeños trozos de yeso y polvo. Así no iba a conseguir nada, le llevaría casi toda la noche y terminaría fracturándose la mano. Cogió el cuchillo y empezó a asestar golpes contra la pared. La familia lo miraba con los ojos como platos, estaban aterrados. No se atrevieron a detenerlo. El más pequeño lloraba.

Al vigésimo golpe el azulejo naranja que había detrás del yeso cedió. Con otro golpe más se empezó a ver un objeto de metal de color negro mate. Con cada impacto, sus recuerdos de lo que había dentro se iban haciendo cada vez más claros. Le quedaba lo más fácil. Sacó un maletín metálico abollado lleno de polvo. Le temblaban las manos.

Bajó las escaleras del edificio y caminó a toda prisa hacia la estación más cercana.

El contenedor gris seguía en el mismo sitio en el que lo habían dejado, resguardado por puertas de acero cuyo código de acceso solo Renner conocía.

—Dime quién te dio el curro.

Solo estaban ellos dos. Ross se quedó arriba, para asegurarse de que ningún miembro de la banda bajara al sótano.

—No lo sé.

Renner cerró los ojos y maldijo para sus adentros.

—Pues será mejor que empieces a dar explicaciones. ¿Me estás diciendo que no tienes ni idea de qué robaste ni para quién lo hiciste? ¿Y a quién se supone que le tenías que dar la mercancía?

—A nadie —respondió Warden—. El cliente quería que el contenedor desapareciera.

—¿Desaparecer? ¿Qué mierda es eso? ¿Te pagó para que robaras algo que ni siquiera quería?

—Quería que lo escondiera en un sitio que no fuera a encontrar nadie.

Warden sabía que estaba bebido, pero era ahora cuando lo notó de verdad. Quizá por eso no le importaba lo que Renner fuera a hacerle. Ni siquiera estaba nervioso.

—Ahí dentro podría haber cualquier cosa —dijo Renner—. Podía haber una bomba que pusiera en órbita todo el barrio, como si fuera el año 23.

El contenedor no daba ninguna pista sobre lo que pudiera haber dentro.

—Podríamos intentar abrirlo —sugirió Warden, aunque sabía que forzar la cerradura podía ser extremadamente peligroso.

—No, esto es lo que va a pasar. Vas a hacer lo que te diga y lo seguirás al pie de la letra, sin estupideces de ningún tipo. Vas a traerme a tu pandilla de retrasados. Me da igual cómo. Nos grabaremos reventándoles la tapa de los sesos y «encontraremos» el contenedor. Después se lo devolveremos a Militech, que nos agradecerán el favor. —Renner le lanzó a Warden una mirada escalofriante—. Como jodas algo, será tu cerebro el que termine adornando las paredes. ¿Entendido?

Zor dejó caer un maletín quirúrgico sobre la mesa de operaciones y la abrió. Ron echó un vistazo y silbó con admiración.

—Buen cromo, ese. No es de última generación, pero es de clase prémium, está claro. Está en decentes condiciones, se puede sacar bastante pasta. ¿Quieres que se lo llevemos al tipo de las chuches de Kabuki?

—Quiero que me coloques el implante.

—Te das cuenta de que este ciberware es militar, ¿verdad? —Ron se rascó la cabeza—. Está registrado a un ADN específico. Sin los códigos del fabricante, sincronizarlos a tu perfil va a ser un coñazo absoluto.

—El ADN es el mío. Fui militar en el pasado.

—Sí, y está claro que no eras un tipo normal. ¿Has tenido esto escondido hasta ahora?

—No… No lo sé. No me acordé de dónde estaba hasta ayer… Algo me pasa en la memoria. Supongo que un psiquiatra militar podría decirme más cosas.

—¿Y por qué te lo quitaron? El ejército no te quita el cromo después de cumplir el servicio. Por no hablar de todos los problemas derivados de…

—No cumplí mi servicio. —Zor lanzó a Ron una mirada tensa—. ¿Puedes ponerme el implante o no?

Ron miró el ciberware un momento y asintió ligeramente.

—No es una operación fácil, pero sí, puedo. —Suspiró—. A tu cuerpo le va a llevar una semana adaptarse.

—Que sean veinticuatro horas.

—¿Se te ha ido la cabeza o qué? —replicó Ron—. Se necesita mínimo una semana, además de una dosis de nanites. Por no hablar de los inmunosupresores, de los que no me quedan muchos, por cierto. —Entonces, después de un momento, preguntó—: ¿En qué orden?

—¿Qué?

—Que en qué orden te los pongo. ¿Con qué empiezo?

—Con todo.

Ron suspiró.

—Se me ha olvidado hacerte la pregunta más importante: ¿quieres salir vivo de esta? Porque hay una razón por la que el cromo se instala gradualmente, poco a poco, además de con la ayuda de drogas bastante fuertes. Con una semana o dos de descanso entre implantes. El cerebro necesita tiempo para adaptarse y aprender. Sí, te puedo instalar todo a la vez y terminarás siendo un cíborg superhombre. Pero también un puto ciberpsicópata.

Zor no parecía alguien a quien se pudiera convencer con la lógica o la razón.

—Tú te encargas de la regeneración de los tejidos —dijo Zor— y yo me encargaré de la ciberpsicosis. Necesito el cromo, tengo que acabar algo que lleva años sin dejarme conciliar el sueño.

Ron se cruzó de brazos.

—Como quieras. Pero luego no me digas que no te lo advertí. Date una ducha antes. —Señaló la puerta que daba a la ducha que había detrás de los congeladores—. Vas a tener que enjabonarte bien por todas partes. Por. Todas. Partes. También por debajo de las uñas. En cuanto hayas acabado, vuelve a darte otro repaso más. ¿Entendido?

—¿Has cerrado la puerta? —Zor empezó a desnudarse.

Ron miró a la entrada.

—Sí, claro. Siempre la cierro.

Encendió la silla de operaciones y configuró el procedimiento en el panel. Tenía todos los programas necesarios. Lo bueno del cromo militar es que todo era de vieja escuela: los enchufes, los conectores… Todo era mucho más duradero, más robusto, más resistente. Nada que no pudiera manejar con su ciberbrazo anticuado.

En cuanto Zor cerró la puerta del baño, Ron se fue a la entrada y echó el cerrojo. Puso el maletín en el escritorio, arrancó su terminal y buscó el potenciador de reflejos que tenía delante. Se le abrieron los ojos.

—Bueno, bueno…

Si el precio oficial de Militech era de doscientos de los grandes, probablemente se vendiera por el doble en el mercado negro. Puede que el precio fuera similar para el resto de implantes. El matasanos se enderezó, impresionado, y miró el baño, del que venía el ruido del agua corriendo. En ese maletín había una pequeña fortuna.

La silla de operaciones empezó a autodesinfectarse. El olor fuerte se hizo con toda la sala y Ron empezó a sentir esa emoción que anticipaba cualquiera de sus operaciones. A mayor dificultad, más fuerte era la emoción.

Zor salió desnudo del baño y, sin esperar ninguna indicación, se tumbó en la silla. Los manipuladores cobraron vida y, sin ninguna orden del matasanos, se enchufaron en los conectores correctos e inyectaron las agujas en las venas adecuadas.

—¿Cuánto hace que te quitaron esto? —Ron se acercó a sus hombros, ajustando el sistema óptico a macro—. Las cicatrices parecen recientes.

—Hace años.

El matasanos frunció el ceño de manera casi imperceptible. Se quedó quieto durante unos segundos antes de cerrar los ojos y dejar escapar un suspiro sordo.

—Te vas a quedar dormido poco a poco —dijo mientras pulsaba unos botones de la consola—, y te levantarás hecho un supersoldado. Que estés cuerdo o no está por ver. ¿Cómo quieres los puntos? No tenemos mucho tiempo entre implantes, pero quiero evitar dejarte muchas cicatrices.

—No te preocupes por las cicatrices. —Zor estaba empezando a quedarse dormido. Su cansancio ayudaba a que la anestesia hiciera su trabajo—. Tú asegúrate de que los puntos son fuertes.

La pantalla de diagnóstico confirmó que se había administrado la dosis completa de la anestesia. En un segundo se estabilizaría y podría empezar a trabajar. Menos mal que se había puesto ropa limpia y desinfectado las manos. Pero Ron, pálido, no se movió.

Volvió a mirar lentamente el maletín. No era la primera vez que veía ese ciberware, estaba seguro de ello. Pero ¿dónde?

—Prefiero las reuniones en persona. —Stanley se llevó las manos a los bolsillos de sus pantalones—. Por muy tarde que se celebren. Es gracioso, ¿verdad? El hecho de que no haya ningún avance tecnológico que haya podido sustituir la conversación cara a cara. —Se tomó una pausa—. Teníamos un trato, Warden. Era muy fácil. Solo tenías que robar el contenedor y deshacerte de él sin dejar rastro. Pero parece que has conseguido lo contrario, porque toda la ciudad se ha enterado.

—No opero en un vacío —respondió Warden—. Perdí la confianza de mi jefe y me lo quitó de las manos.

—La recuperarás en cuanto le llegue el resto del pago. Ahora, asegúrate de que desaparezcan tanto el contenedor como lo que hay dentro. Esta vez de verdad.

—Es una grabación de uno de nuestros drones patrulla. Sigue una ruta aleatoria que evita Pacífica, por supuesto. Ahí los niños les disparan por diversión.

—Querrás decir delincuentes.

—Sí, da igual. Esos cabrones no disparan a los drones corpos porque devuelven el fuego. Tampoco sobrevolamos el Distrito Industrial Norte. Pero por otras razones.

La grabación nocturna mostraba una calle que iba de Kabuki al Distrito Industrial Norte. El inspector acercó la cámara a una parte de la imagen. No

había duda, era la furgoneta de Buyers e hijo dirigiéndose hacia el Distrito Industrial Norte. Intacta.

—No se ve la matrícula —dijo la novata—. Puede ser cualquiera de sus furgonetas.

—Nuestra tecnología puede ser una mierda —explicó Liam—, pero no tanto como para que no se vea el número del lateral.

La novata se golpeó la cabeza. El 13 no era muy grande, pero era legible.

—De todos modos, tampoco vale mucho como prueba —añadió el inspector—. Cualquiera puede pegar un número en una furgoneta. Lo que pasa es que un minuto más tarde se desconectaron las cámaras de seguridad de ese barrio.

—¿No hubo un incendio? —recordó la novata—. Eso podría haber provocado un cortocircuito en el sistema de grabaciones.

—El incendio se produjo después de que se apagaran las cámaras. —El inspector se metió en la boca dos trozos de chicle—. Podría tratarse de una coincidencia. De hecho, todo lo que hemos recopilado hasta este momento podría serlo. Pero la experiencia me dice que cuando se producen demasiadas coincidencias al mismo tiempo, estas dejan de serlo. Busqué más grabaciones.

Estaban sentados en la sala atestada y ruidosa de la división de investigaciones criminales del NCPD. El cubo de basura que Liam tenía al lado del escritorio estaba lleno de vasos de cartón de café.

—¿Es que no te fuiste a casa anoche?

El inspector sacudió la cabeza ligeramente.

—Miré dentro de la furgoneta. Alguien la dejó como una patena, puede que usaran amoniaco y agua oxigenada en las manchas de sangre. No había ADN de ningún tipo.

—Zor y Aya —dijo la novata, pensando en alto—. Robaron el almacén de Militech y mataron a un guarda, además de a dos mujeres, Molly Bernard y Elena Delany. Lo que no sé es por qué usaron esa furgoneta para el robo. Es como si pidieran a gritos que los atraparan.

El inspector asintió.

—Se lo puedes preguntar. Creo que ha llegado el momento de que emitas tu primera orden de arresto.

10

Os voy a dejar las cosas claras. Aquí todo el mundo compra agua que es más limpia, segura, saludable y con mejor sabor. Ponedlo como queráis, pero a mí no me joden. Yo solo soy un vago de mierda que va tirando con la vida, diciendo verdades como puños. Como el hecho de que os están estafando a todos con vuestra suscripción a All Foods porque sois más vagos que yo. O porque tenéis pienso en lugar de cerebro.

Como decía, os voy a contar lo que hay. Night City tiene sus estándares de agua limpia, ¿verdad? Nadie sabe cuáles son, pero existir, existen. ¿Qué sucede después de que el agua pase sus procesos de la estación de tratamiento? Pues que a nadie le importa lo que hagan con ella. A nadie menos a FR34K_S33K. Quién lo iba a decir, ¿verdad? Pues mirad, Night City tiene un Departamento de Agua Potable. ¿Número de empleados? Dos. ¿Se les da bien su trabajo? Pues es difícil decirlo, porque llevan sin aparecer AÑOS. Ahí se van vuestros impuestos.

Entonces ¿quién supervisa la calidad del agua de Night City? ¿Tenéis alguna idea? ¿Un equipo de expertos? ¿Un experto? ¿Un puto becario? No. Tenemos. A. Nadie. Tampoco hagáis como que os fuerais a poner vosotros.

En lugar de eso, apoquináis como cabrones por una suscripción de Real Water para que os envíen agua potable. Muy inteligente. Por parte de las corporaciones, no vuestra.

Lo curioso es que no es difícil depurar y tratar el agua. ¿Os digo otra cosa que no es difícil? Coger agua limpia y llenarla de mierda tóxica. Acordaos de esto, pardillos, no estáis pagando por agua limpia, sino por que no os envenenen.

Ay, lo siento, os he jodido el día. Pues es lo que hay, siempre digo las cosas como son. Si no os gusta, poneos una neuro y masturbaos. El resto de

vosotros que queréis seguir conociendo la verdad, ya sabéis, dadle al botón de DESCARGAR y preparaos para el siguiente comentario de FR34K_S33K.

¡PA Z!

—Vais a tener que volver a contar con mi presencia. —Arrastraba una maleta grande y lujosa que puso en medio de la habitación—. Así que tú eres Albert. No es así como te imaginaba.

Lo examinó durante un momento. El adolescente le devolvió la mirada mientras daba buena cuenta de su bol de ramen sintético instantáneo.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —le respondió con otra pregunta.

—Veo que ya tienes tu ciberenlace —dijo Milena, señalándose la nuca. Se quitó su abrigo prohibitivo y lo dejó en el sofá, revelando un traje de corpo elegante y entallado—. Con él podrás descubrir quién está detrás de nosotros.

—Un ciberenlace no sirve de nada sin el resto del equipo —dijo Albert con un pequeño atisbo de tristeza—. Sigo atascado en la clase uno de mi corona modificada con algunos componentes de clase dos, pero mi ciberterminal ha llegado a su tope. Necesito un equipo de clase dos completo.

Aya entró en la habitación, se acababa de despertar.

—Anda —dijo mirando a Milena, sorprendida—. ¿Has cambiado de opinión?

—No tengo elección. Ayer intentaron secuestrarme.

—No fuiste la única —respondió Aya—. ¿Alguno de vosotros sabe dónde está Zor? No responde mis mensajes.

—¿Y dónde está Ron? —Milena miró por todas partes—. Alguien intenta eliminarnos a todos. Creo que sé de quién se trata, pero no estoy segura. De todos modos, teníamos decidido un rumbo y seguiremos por él. Pero a partir de ahora planearemos bien nuestros movimientos.

Volteó la maleta y la abrió. No estaba llena de ropa, cosméticos o lo que normalmente se esperaría que llevara una mujer elegante.

A Albert se le abrieron los ojos como platos. Se acercó a la maleta y se arrodilló ante ella como en señal de adoración, sacando de ella un cable grueso muy bien aislado.

—¿Qué es? —Aya miró el cable y el tejido esponjoso doblado.

—Se lo he cogido prestado a la empresa —respondió Milena—. Aunque creo que no se lo voy a devolver.

—Un equipo de netrunning de clase tres —dijo Albert en un tono que era muy distinto al que usaba normalmente—. Con su sistema de refrigeración dedicado.

No se puede crear una copia de seguridad de un ser humano. Si mueres, se acabó. Desapareces y ya está, no puedes volver. Dicho esto, es posible conservar el ADN de alguien y, si muere, usarlo para crear un cuerpo nuevo, idéntico. Es caro, pero es posible. De todos modos, ¿de qué vale? Solo se recrea el cuerpo, no la mente. Es como crear un disco duro idéntico, pero sin los datos dentro. Si existe alguien capaz de crear una copia de seguridad de la mente humana, ese alguien tiene que estar al otro lado del Muro Negro. Y no es humano.

Según la teoría cuántica de la consciencia de Penrose y Hameroff, la mente humana es un ordenador cuántico biológico. La consciencia, los recuerdos, el conocimiento, todo lo que hace que nosotros seamos *nosotros* no es más que una nube efímera de probabilidades cuyos estados cuánticos residen en algún lugar de nuestro espacio tridimensional o incluso cuatridimensional perceptible. Si la teoría fuese correcta, como bien creía Albert, no existía la tecnología suficiente para transferir una versión condensada de esos datos. Por mucha potencia que pudieran tener los superordenadores de las corporaciones, estos eran incapaces de igualar la complejidad de los procesos que tienen lugar en el cerebro humano.

La historia de la transferencia y emulación de consciencias había empezado por lo menos medio siglo atrás. Albert había recopilado todas las fuentes disponibles con información del Almicida, el programa en el que se basaba la tecnología de la Reliquia de Arasaka. Albert lo veía como un truco de magia, no mucho más avanzado que un holograma interactivo, algo

que fingía ser una persona después de su muerte. Además, incluso intentar una emulación que estuviera lejos de ser perfecta se tragaría tanta potencia de procesamiento que nadie accedería a malgastar recursos de esa manera.

Al menos a este lado del Muro Negro.

ArS-03, registro 55.349.
Proceso de sincronización iniciado.
Dispositivo sin identificar NI100101001110. Estado: desconocido.
Subsistemas detectados: 117.
Procedimiento de sincronización en progreso.

—Tienes que descansar unos días, dejar que los nanites hagan su trabajo.

—Necesito más.

—No lo voy a hacer. Aumentará el riesgo de que los tejidos sobrantes inicien una metástasis. Créeme, no quieres que te salgan de la frente una polla y dos huevos.

El ascensor, reforzado con paneles de plástico reciclado y comprimido, subía.

—Sorprendentemente, te estás regenerando con rapidez —admitió el matasanos—. Pero que los implantes no estén causándote problemas ahora no significa que te hayas librado. Tienes que conservar tu energía, los tejidos todavía no se han estabilizado del todo.

—Es como si mi cuerpo estuviera hecho de pienso —dijo Zor.

Había algo que Ron no se podía quitar de la cabeza.

—Tus implantes… se configuraron casi al instante —dijo—. No tuve que hacer ningún ajuste.

—El cuerpo tiene memoria.

—No fue cosa del cuerpo. —El matasanos sacudió la cabeza pero se mordió la lengua justo en el momento en el que el ascensor se detuvo.

Salieron a un pasillo de hormigón, sin terminar. En cuanto el ascensor se cerró a sus espaldas, la oscuridad lo engulló todo. Se dirigió a la segunda

puerta de la derecha y puso la mano en el panel biométrico. Las puertas se abrieron, dejando salir un poco de luz al pasillo.

—Así que también tienes nuestra información biométrica —dijo Ron a modo de saludo—. ¿Qué sitio es este?

—Un lugar seguro —respondió Warden.

—Lo será para ti… —farfulló Ron.

Entraron. Los ventanales que iban del suelo al techo estaban cubiertos por una gruesa capa de polvo que emborronaba las siluetas de los edificios vecinos. Algunos de los cristales aún tenían puesto el plástico protector. Se encontraban en la trigésima planta. Al lado de una columna de hormigón había amontonadas varias cajas de grado militar con enchufes a los lados, cuya función era transportar equipo electrónico. A lo lejos se veía una bañera vacía desde la que salían varios cables trenzados que se perdían en la lejanía del apartamento sin terminar. El agua que quedaba en el fondo parecía bastante sucia.

Ron examinó el entorno. Warden estaba apoyado en una mesa plegable con los brazos cruzados. Llevaba su característica chaqueta de cuero sintético.

—Dijisteis que necesitabais un fixer —dijo.

—Así es. Pero la última vez tú nos llamaste panda de novatos. —Zor se le acercó. Bajo sus suelas crujían trozos de hormigón.

—¿Dijo eso…? —preguntó Ron, mirando a Zor.

—Porque es verdad —dijo el pandillero—. Fue la única razón por la que os encargué el curro de Arroyo. Una pandilla de gente normal, sin antecedentes en ninguna de las bases de datos del NCPD. Un hecho que no ha cambiado y que nos puede volver a venir bien. —Se enderezó—. Tengo un nuevo curro para vosotros. Medio millón. Os lo repartís como queráis.

—¿Medio millón? ¿En efectivo?

—Otra pregunta estúpida como esa y te lleno el cerebro de plomo.

—¿De qué se trata? —dijo Zor.

—Tenéis que entrar en un sitio y robarme una cosilla. Necesitaréis ir armados, por si las cosas se ponen feas. Os daré todo lo que necesitéis.

—Prefiero que nosotros pongamos el equipo —dijo Zor con firmeza.

Warden sacó un fajo de billetes de su bolsillo, lo dividió por la mitad y se lo entregó a Zor sin contarlo.

—Tenéis hasta el anochecer para conseguir lo que necesitéis. Material sin registrar y sin números de serie. El asunto es urgente.

—Encontraremos un traficante de armas —le aseguró Ron.

—Ah, ¿sí? Claro, hay uno de esos al lado de cualquier concesionario. —Warden miró al techo con resignación y suspiró—. La hora de los novatos…

—Nos las apañaremos.

—Vais a apañar una mierda. —Parpadeó los ojos y sus iris brillaron con una luz azul—. Anda, servíos.

El teléfono de Zor pitó para indicar que le había llegado un mensaje. Lo sacó de su bolsillo.

—No me lo puedo creer… —dijo Warden al ver el teléfono de Zor—. ¿Y vuestro vehículo qué es, un caballo?

Zor dudó, pero después se dejó llevar por su memoria muscular. Guardó el teléfono y parpadeó, dejando que sus iris brillaran de color azul. Ojeó los datos del contacto que se mostraron en su campo retinal.

—No es el mejor para estas cosas —dijo Warden—. Huele a perrera, pero el equipo que vende está limpio y es imposible de rastrear. Elegid armas de corta distancia y sitios cerrados.

—Por si el plan no sale como es debido… —Zor se guardó el fajo de billetes en el bolsillo—. Que es lo que suele pasar. ¿A quién vamos a robar?

—A mí —respondió Warden como si fuera lo más normal del mundo—. Me robaréis el mismo contenedor que la última vez.

—Estás… —Ron se quedó de piedra al ver a Milena. No llegó ni a cruzar la puerta.

—Atentaron contra mi seguridad. —Estaba recostada en el sofá, como si fuera a echarse una siesta—. No podía volver a casa.

Miró la maleta y sonrió.

—Y por eso has decidido mudarte con todo.

—Ah, te refieres a eso. No, para nada. —Señaló a lo que tenía detrás.

Albert estaba recostado en su silla, embutido en una especie de traje de neopreno con un montón de enchufes, tubos y cables complejos. Uno de los cables daba a una bomba de calor instalada en el balcón, justo detrás de una ventana abierta de par en par. Otros daban a un terminal instalado en una maleta metálica y compacta que Milena tenía al lado. En la pantalla aparecían las funciones vitales.

Zor entró después de Ron. La sonrisa de Aya se transformó de inmediato en una mirada de preocupación.

—Zor, ¿te encuentras bien? —preguntó—. Pareces…

Zor tenía los párpados rojos y la cara pálida.

—Me encuentro tan mal como mi aspecto —respondió—. Es por el anestésico. Ron me hizo unos ajustes, pero todo ha salido bien.

Se le acercó y le apretó delicadamente el hombro, con miedo de que se fuera a romper.

—Mañana estaré regenerado por completo —dijo.

Ron miró al techo, suspiró y negó con la cabeza levemente.

—¿Se han puesto en contacto? —preguntó Aya al fin.

—No —respondió Zor—. Pero tenemos un encargo. Nos bastará para conseguir un nuevo brazo para Ron y poder arreglar tu problema.

A Aya no parecía importarle demasiado.

—Albert descubrirá quién se ha llevado a Juliena —dijo.

Mientras tanto, Ron no había apartado la vista de Milena.

—¿Qué querías decir con eso de que atentaron contra tu seguridad? —preguntó.

—Ah, nada importante. Me siguieron e intentaron secuestrarme.

Sesenta y dos segundos. El tiempo exacto que le llevó romper su propio hielo y acceder a la Cueva. Emociones encontradas. Puede que fuera la única forma de describir su estado mental. Lo hizo al primer intento, poco después de arrancar su nuevo equipo. El paquete de programas nuevos que recibió de Warden como pago por lo de Arroyo había merecido la pena.

Debería sentirse feliz, pero lo atenazaba la sensación de haber estado todos estos años sin apenas defensas, totalmente ajeno a la situación.

Empezó por configurar el cifrado más seguro que tenía a su disposición.

Después se dio de bruces con la calidad de lo que había creado hasta ese momento. Era horrible, no había otra manera de describirlo. Lo que parecía la cúspide del potencial de su ciberterminal ahora tenía el aspecto de un script escrito por un niño. Se había tirado semanas configurando macros para la gestión de bases de datos que ahora solo tardaba quince minutos en crear con el equipo de clase tres. Y encima eran mejores. Su rinconcito del ciberespacio, que tan familiar le parecía por todo el tiempo que había pasado en él, presentaba el mismo aspecto. Era como un juguete olvidado de la infancia que uno encuentra en una caja llena de trastos. Solía pensar que sus aristas eran pequeñas concesiones para poder tener más RAM y capacidad de procesamiento. Ahora le parecían soluciones cutres y baratas, la precariedad extrema en edición netrunner.

El Taran en concreto parecía poco sofisticado. No era más complejo que los juegos con los que Albert se ganaba sus edis. No serviría para romper el Muro Negro, de la misma manera que un martillo es incapaz de atravesar un refugio atómico. Solo servía para llamar la atención de NetWatch y NETSEC.

En un lapso de cincuenta milisegundos, Albert pensó en borrarlo todo y empezar de nuevo.

No. Tenía espacio suficiente. Quizá algo podría servirle. La resolución era muchísimo más nítida, y podía trabajar a una velocidad infinitamente mayor. Redujo de forma significativa el tamaño de las «columnas» de sus algoritmos caseros y las colocó más alejadas del centro. Ya no tenía ni que desplazarse hacia arriba o hacia abajo, era capaz de ver todo su contenido. También vio aquellas que ya había alejado antes. Las agrupó por categorías y creó un nuevo centro de operaciones en el que instalaría de forma temporal su avatar virtual. Tardó unos segundos en darse cuenta de que en ese lugar tampoco tenía la necesidad de ser ahorrativo. Podía operar con varios avatares a la vez, es decir, podía multiplicar por varios miles su capacidad de proceso y control de datos.

Feliz como un cachorro, revoloteó por el ciberespacio con una velocidad y precisión inimaginables incluso para el equipo de Warden. Se sentía más grande, más rápido, mejor. Además, la curva de aprendizaje del

equipo que manejaba era baja, puesto que se basaba en la intuición. Lo único que era incapaz de imaginar era dónde se encontraban los límites de la clase tres. Examinó el código que había escrito laboriosamente para el Taran, junto a sus materiales de referencia, versiones sin terminar y demás parafernalia. Lo único que veía eran errores y estupidez.

Solo se necesitaban dos canales de comunicación para atascar su antiguo ciberterminal, como aquella vez que tuvo que alternar la cámara de los drones, el circuito de videovigilancia y la entrada de datos del centro de seguridad. Probó y no ocurrió nada. Ni sobrecargas ni retardos. Su equipo era mejor de lo que necesitaba.

Pero a mayor oferta, mayor demanda. Tendría que seguir probando más tarde hasta dónde podía llegar ese sistema.

Al margen de todo esto, le apareció el aviso de que en esos días en los que estuvo sin acceso a la Cueva había ganado 2.053 eurodólares. Le servirían para cubrir el alquiler y las suscripciones de comida unos meses.

—¿Los has encontrado? —preguntó Aya esperanzada.

—Todavía no he empezado la búsqueda. —Albert se levantó—. Me quedan cosas por preparar y reconfigurar.

Se acercó, reprimiendo a duras penas las ganas que tenía de zarandearlo para que espabilara. Respiró hondo.

—Encuentra a los que se llevaron a Juliena —imploró—. Es importante.

—Lo sé. —Albert se acercó al frigorífico y sacó una caja de comida precocinada alta en glucosa.

—Come y después sigue buscando.

—La razón por la que estamos en este lío es porque no nos preparamos lo suficiente. Ni labores de reconocimiento ni nada. Esta vez tenemos que hacer las cosas de otra forma.

—¡Y una mierda! —explotó Aya, levantándose de repente y echándose las manos a la cabeza—. Yo solo quiero encontrar a Juliena. Y… y que se termine todo esto…

—Esto no se va a acabar a menos que descubramos quiénes son nuestros enemigos —explicó Albert con tranquilidad—. Y hasta que

reunamos el dinero suficiente como para protegernos.

—Warden nos ofrece medio millón —dijo Zor.

Todos lo miraron, excepto Ron.

—Con eso apenas te da para un trozo de césped en North Oak —dijo Milena, llevándolos a todos al planeta Tierra—. No es tanto como os creéis.

—Hay más lugares ahí fuera aparte de Night City —señaló Aya.

—Por supuesto. Pero son todos mucho peores.

Con cada minuto que pasaba calibrando la magnitud del potencial de su nuevo equipo, tenía más claro que había llegado hasta donde estaba gracias a un milagro. No. Lo había hecho porque no alardeaba, porque jamás intentaba llamar la atención. Lo que hacía eran lentejas, demasiado insignificantes como para llamar la atención de las bandas o el NCPD. Siempre iba a lo seguro, y no se metía en los asuntos de nadie. Después llegó Warden y lo obligó a convertirse en un miembro de la banda improvisada. Desde entonces, todo había cambiado.

El cuerpo humano solo era capaz de recuperarse de lesiones menores. Las más graves no solo destruían el cuerpo, sino también una parte de la persona que residía en él. Irreversiblemente.

Si no hubiera discutido con su madre, si ella no hubiera destruido su ciberterminal, jamás se habría ido de casa. Y puede que fuera su cadáver el que estuviera en la morgue, y no al revés. Habría dejado de existir.

Si abandonaba ahora, se expondría a un peligro mayor. Por no hablar de que tendría que devolverle el equipo a Milena. ¿Cuánto más podría alargar esta pantomima? Todos los análisis apuntaban a que tenían todo en contra. Tardarían una semana o un mes, pero terminarían perdiendo.

Hay gente que cree que Bartmoss transfirió su consciencia a la Red y que está en un sitio imposible de encontrar. Otros, que solo transfirió una parte, una IA que llevara a cabo sus instrucciones, un testamento autoejecutable. Pero eso no acabó con la ambición que le caracterizaba. De todos modos, todavía quedaba la diatriba filosófica de que, aunque fuera posible transferir la consciencia, la funcionalidad de dicha consciencia no sería más que una simulación.

Bartmoss no contaba con la tecnología de Albert.

Transferir el estado cuántico de todos los átomos de su cerebro, de todo neutrón, protón y demás partículas, era imposible. Como mucho se podía transferir un patrón cerebral al otro lado, que arrancaría como una mascota digital que solo podría imitar al original, fingir ser auténtico. El sistema nervioso central humano era totalmente incompatible con los ordenadores diseñados por los seres humanos. Los ordenadores se basaban en circuitos lógicos, y siempre daban resultados claros e inequívocos basados en entradas y datos claros e inequívocos. Sin embargo, el cerebro reflejaba el principio de incertidumbre de Heisenberg y, por su definición, no se podía crear una copia exacta. En otras palabras, la imposibilidad de transferir la mente humana radicaba en la propia naturaleza de la realidad. Se necesitaba otro enfoque, una conversión profunda que no se podía traducir a la lectura en un medio y la escritura en otro distinto. El proceso necesitaba a alguien brillante en pintura, no en fotografía.

El equipo de clase tres de netrunning que ahora poseía Albert contaba con instrucciones automáticas. Se optimizaba por sí solo escaneando a su usuario y aprendiendo de sus movimientos, preferencias y recuerdos. El proceso se ejecutaba en segundo plano en prioridad baja, para liberar memoria. Albert subió su prioridad a casi el máximo y lo amplió a todos sus programas. Absorbería todo a lo que tenía acceso. No tenía ni idea de cuánto iba a llevar todo el proceso.

Hay gente que piensa que no existe la mente sin cuerpo, que transferir una consciencia —definida como la suma de estados cuánticos del cerebro y el sistema nervioso central— a una máquina, cualquier máquina, terminaría en un pandemónium de información. Una cantidad de datos descomunal perdería todo su significado, por la imposibilidad de procesarla. Sería como desmontar una máquina extremadamente compleja hasta el último tornillo, dejar todas las piezas en un montón y esperar que siguiera funcionando.

Albert no pensaba que la mente y el cuerpo fueran inseparables. Para él, la mente no era más que un inquilino que estaba atrapado. Un año antes, en una cosecha de datos de una biblioteca de Japantown, descubrió un artículo sobre los experimentos de Antoine Lavoisier. Hacía casi trescientos años

intentó demostrar que una cabeza cercenada podía mantener la consciencia siempre que tuviera oxígeno para procesar los pensamientos. El químico francés llevó a cabo el experimento él mismo, aunque no fue de manera voluntaria. Lo decapitaron durante la Revolución francesa. Antes de su ejecución le dijo a su asistente que, después de que cortaran su cabeza, intentaría mantenerse consciente lo máximo posible parpadeando los ojos.

Lo hizo durante veinte segundos.

Albert también descubrió un artículo que desacreditaba esa historia y que explicaba que no era más que un mito, pero los hechos seguían siendo los mismos. No necesitaría oxígeno en el sitio al que se dirigía, como tampoco tendría que estar atado a un cuerpo físico. Viviría como una consciencia pura.

—¿El sur del Glen? Eso es prácticamente Pacífica.

—No es más peligroso que cualquier otro sitio.

—¿Seguro? Porque ahora mismo estamos fuera de la ciudad, intentando evitar a los Raffen Shiv.

La zona parecía totalmente deshabitada, pero no era más que una ilusión. La gente evitaba los espacios abiertos como calles y aceras. El calor de la tarde también era otro factor a tener en cuenta. De todos modos, los minimercados estaban abiertos y había alguna persona resguardándose al fresco de las sombras de los edificios achaparrados.

—Tú no te detengas —dijo Zor.

—¿Lo ves? —Ron giró el volante y aceleró—. Tú también lo has sentido.

Dieron vueltas en espera de una señal. Si se paraban, terminarían atrayendo a un timador cualquiera o a un sintecho. O lo que fuera que acechara los callejones oscuros.

—¿Para qué necesitamos más armas? —preguntó Ron—. Tenemos las del último curro.

—Eso no era más que chatarra —respondió Zor.

—¿Y qué hay de tu rifle de francotirador? Ese no me parece chatarra.

—No se puede usar a corta distancia.

—Qué ironía. —Se rio—. ¿Sabes qué? Siempre me he preguntado si «Ron» no vendría de «ironía». Si vuelvo a ver a mis padres, se lo preguntaré. A lo que me refiero es que podríamos darle mejor uso a este dinero. Sé que esto es una inversión y todo eso… Pero ¿cuánto vamos a tardar en ver algún resultado?

—En cuanto vuelvan a intentar matarnos, y yo diría que cada vez queda menos para eso.

Aya ocupaba el asiento de atrás y sus ojos brillaban con luz azul, lo que reflejaba que estaba revisando sus mensajes. Le resultaba curioso el hecho de que las circunstancias podían hacerle cambiar a una todas sus expectativas. Antes esperaba no tener que cruzarse nunca con lo más turbio de Night City, pero ahora solo quería que se pusieran en contacto y le dijeran dónde escondían a Juliena. Y que le dijeran qué querían a cambio.

Miseria. Puede que fuera la manera de sintetizar el paisaje que tenían delante. Tiendas con escaparates de decenas de metros de extensión, divididas en tiendecitas o con los cristales llenos de tablones. Pasaban delante de hileras de coches abandonados, algo común en los barrios más castigados de Night City. Los que no lo estaban, se encontraban totalmente destrozados por el desgaste. A estas horas las ventanas de los apartamentos se resguardaban del calor con las cortinas o persianas echadas. Las que seguían abiertas solo indicaban su estado de abandono.

El aire acondicionado del coche emitía un ruido ensordecedor. Ron lo apagó y abrió la ventana, pero pronto se dio cuenta de que incluso el aire acondicionado más flojo era mejor que la flama que entraba de fuera.

—Nah, que le den a esto. —Ron se colocó en su asiento y pisó el acelerador—. Nos vamos de aquí.

A la sombra de un edificio de una calle casi desierta estaba aparcada una furgoneta gris con dos tipos enormes apoyados en ella.

—Aparca aquí —dijo Zor.

—¿Estás loco? ¡¿Has visto a esos tipos?!

—Son los que nos van a vender las armas. Para el coche. Estamos en el Glen, no en Pacífica. No nos van a hacer nada.

Ron se paró a unos metros para mantener las distancias.

—¿Seguro que quieres hacer esto? —preguntó Ron, nervioso.

—Warden los recomendó.

—Tú haz lo que quieras, pero yo paso de salir del coche.

—Vale. No apagues el motor. —Zor abrió la puerta.

—Voy contigo. —Aya salió del coche. El calor era insoportable.

—Cuidado con los puntos —le recordó Ron—. Nada de movimientos bruscos.

Caminaron hacia los traficantes. Uno de ellos tenía cara de cerdo y el otro de tigre. Eran Animales.

—Tampoco es que parezcan muy de fiar —señaló Aya.

—¿Tú conoces a alguien que trafique con armas que parezca de fiar?

—¿Qué tal te encuentras?

—Estoy bien. —Zor se irguió. Le dolía todo el cuerpo. Caminaba encorvado por instinto, para aliviar el dolor—. Va todo bien.

Se pararon a poca distancia de la furgoneta. Aya iba por detrás de Zor, pero a uno de los lados.

Los Animales apestaban. Era difícil saber si se trataba de su estilo o porque nunca se duchaban. O puede que todo estuviera directamente relacionado.

Se miraron todos un momento. A los Animales les intrigaba Aya.

—Necesitamos cuatro pistolas —dijo Zor sin saludar—. Dos pequeñas, Lexington o similares, y dos de mayor calibre. También necesitamos cuatro subfusiles, unos Saratoga nos valen. Y diez granadas de fragmentación. ¿Lo tenéis todo?

Tigretón ladeó la cabeza. Sin decir palabra, Caracerdo abrió la puerta trasera de la furgoneta, se acercó dos cajas y las abrió. Zor las examinó. En uno de los estuches, entre moldes de espuma, había diez Shigure. En otros dos, subfusiles Pulsar y un montón de cargadores. Todo estaba usado.

Aya se quedó paralizada. No sabía si era por el miedo o por la peste.

—Qué, ¿te vale? —preguntó Tigretón pasado un momento—. ¿Hay trato o no?

—Ajá —asintió Zor—. Pero los subfusiles tienen que ser nuevos. *Nuevos*.

Caracerdo escupió cerca del zapato de Zor.

—Tengo esto —gruñó Caracerdo. Entró en la zona de carga y sacó un estuche rectangular—. Equipo militar reforzado. No lo encontrarás en otro sitio.

En el estuche había decenas de pistolas distintas, esta vez nuevas. Zor cogió una Lexington. No tenía ni número de serie ni marcas.

—O te quedas lo que tenemos aquí o *viceversa*.

Zor le lanzó una mirada interrogante.

—Significa «te vas a tomar por culo» en latín —explicó Caracerdo—. ¿Las queréis o no?

—También podéis encargarnos algo —añadió Tigretón—. Tardamos un par de días, pero se paga por adelantado.

—No, no. Sí que hay trato —dijo Zor—. Nos llevaremos cuatro Shigure, dos CAL y dos Lexington. Y munición de categoría militar.

—Si nos dejas a la muñeca que tienes ahí, te puedes llevar todo lo que nos has pedido. —Tigretón no podía quitarle los ojos a Aya. Se humedeció los labios.

—No forma parte del trato —respondió Zor—. Pagamos en efectivo.

Aya apretó los dientes. La pistola que tenía guardada en el cinturón solo le daba un poco de seguridad. Tigretón se acercó, su hedor se movía en su dirección, y Aya torció el gesto.

—No parecéis capaces de impedir que hagamos lo que queramos. —Seguía mirándola, pero le hablaba a Zor—. ¿Qué vais a hacer si decido cobrarme el pago como quiero?

—Nos escoltan desde ahí. —Zor señaló al todocamino. Era un farol bastante pobre, pero los Animales no lo sabían—. Con el dedo en el gatillo.

No pareció importarles mucho. Aya esperaba, tensa, a lo que venía después. En su cabeza ya estaba agarrando la pistola. No, esa era la última opción. No tendrían muchas posibilidades de salir con vida si optaba por ello.

—Pues eso es de tener pocos cojones. No es que os protejan mucho así, ¿no? —Tigretón alargó su brazo. Aya retrocedió rápidamente. El Animal se limitó a reírse, olisqueando el aire que tenía delante.

—Joder, qué bien huele. Acorde a lo buena que está. ¿Cerramos este trato o no?

Zor se interpuso entre Aya y el Animal.

—En efectivo. Nada más.

—Quinientos por los Lexis, seiscientos por los CAL y digamos que ochocientos por los subfusiles. —Zor sacó el fajo de billetes del bolsillo, contó el dinero y se lo dio a Tigretón.

—¿Así, sin regatear? —Tigretón sonrió, mostrando sus colmillos.

—¿Tendría que haberlo hecho? —Zor se guardó el resto del dinero, metió las armas en la bolsa e intentó levantarla, pero el dolor le hizo torcer el gesto. Aya se acercó enseguida, cogió la bolsa y la llevó al todocamino.

—La munición —exigió al volver.

—Anda, si la muñequita tiene boca —dijo Caracerdo con voz ronca—. Pues págala en carne —se mofó.

—En efectivo —repitió Zor con severidad mientras se masajeaba el hombro.

—Chumba, ¿por qué te pones así? Búscate otra chirla y punto.

—He dicho que en efectivo. ¿Tenéis la munición o la buscamos en otro sitio?

—¿Qué tal si…? —Tigretón metió el estuche en la furgoneta, alejándolo —. ¿Nos la dejas una hora y te quedas la munición?

—No te lo pienso repetir… —Zor estaba tenso. Ponía todos sus esfuerzos en ocultar lo débil que se encontraba.

De repente, los dos Animales se quedaron de piedra. Caracerdo cerró rápidamente las puertas de la furgoneta. Aya y Zor se miraron. Antes de darse cuenta de lo que pasaba, dos coches patrulla del NCPD derraparon hasta su posición y salieron cuatro agentes. Aya fue a coger la pistola que tenía guardada bajo el cinturón, pero Zor la agarró del brazo.

—¡Largaos de aquí, maderos! Ya os hemos pagado un mes por adelantado —gritó Tigretón.

—No hemos venido a por vosotros. —El agente de mayor rango miró la pantalla de su muñeca, y después a Zor y a Aya—. Estáis arrestados. Tenéis derecho a permanecer en silencio y blablablá y blablablá.

Los datos extraídos de la Tercera Biblioteca Pública de Heywood resultaron ser una mina de oro. Además de algunas curiosidades que resultaron bastante jugosas, contenían un artículo sobre la funcionalidad del Muro Negro. Ese tipo de datos solían estar muy censurados o eliminados de las fuentes abiertas al público. Estaba claro que se les había olvidado la isla desierta que formaba esa biblioteca, aislada por completo del resto de la Red. El artículo tenía treinta años, por lo que ni estaba actualizado, ni era demasiado fiable. Pero por mucho que en su redacción se hubieran inventado un montón de datos, el contenido resultaba muy esclarecedor.

El Muro Negro no era una entidad estática. Sus sistemas de seguridad estaban en un flujo continuo e interminable. No se trataba de un muro de hormigón sólido, sino de una amalgama de sierras diminutas en continua rotación que despedazaban a todo lo que intentara acercarse. Por tanto, no era totalmente inexpugnable. Tenía huecos. Ambos lados del Muro eran funcionalmente independientes, cada uno de ellos se encargaba de monitorizar las amenazas potenciales e intercambiaban datos para optimizar sus defensas. Albert ya conocía esta información de fuentes más actualizadas, aunque menos fiables. En definitiva, el sistema era autodidacta y se optimizaba por sí solo, pero su base seguía siendo la misma.

Existía la esperanza de poder atravesar el Muro Negro mediante la imitación de uno de sus dos lados. Los muchos intentos que se habían producido durante esos años no eran un indicativo de que fuera algo imposible de conseguir, sino que el equipo utilizado no era lo suficientemente avanzado. Si él lo intentaba desde una conexión remota, las patrullas de NetWatch o la IA de NETSEC lo detectarían enseguida. La única posibilidad que tenía Albert era conseguir acceso exclusivo a un servidor central dedicado. Pero eso era muy poco realista, por decirlo con suavidad.

Ese tampoco era el único obstáculo que tendría que superar.

Quería estrangular a los imbéciles que diseñaron el todocamino. Las ruedas se bloqueaban si el maletero se encontraba abierto, pero es que no había ningún botón para cerrarlo desde el asiento del conductor. Ron se quedó sentado en espera de un milagro, sin poder salir porque los dos Animales que lo miraban con curiosidad estaban a menos de diez metros. ¿Y si perdían el interés y se marchaban sin más?

No. Se estaban acercando, no cabía duda. Se hundió en el asiento todo lo que le dejaron sus largas y flacuchas piernas. En un último intento por salvar su vida, echó el cerrojo. No ayudó. Caracerdo tiró de la manilla y abrió la puerta sin esfuerzo. Las partes metálicas del cerrojo golpearon el asfalto causando un gran estrépito.

Mierda.

Caracerdo agarró a Ron por el cuello de su jersey, lo elevó y lo volvió a dejar en el suelo como si no pesara más que un niño.

—Pero mira quién está por aquí… —Sonrió.

—Respeta mi espacio personal —farfulló Ron, sin aliento—. ¿Sabes lo que es?

—¿Tú sabes lo que es devolver la pasta que debes? —respondió Tigretón.

—Quedamos en dos días.

—Y creo que tú dijiste algo de vender mercancía robada —Tigretón se fue al maletero—. ¿Para qué quieres tantas armas?

Ron suspiró y ordenó sus pensamientos. No podían matarlo, ¿verdad? Si lo hacían, tendrían que despedirse de sus edis.

—Bueno… Es que la última vez no os conté todo —empezó—. Alguien… alguien se la llevó. Necesitamos las armas para recuperar la susodicha mercancía.

—¿Susodicha? ¿Qué es eso?

—¿Que qué es…? —Ron se secó el sudor de la ceja—. Dije susodicha para referirme a… Mira, da igual. Que para poder venderla, tengo que recuperarla.

Tigretón giró la cabeza.

—Igual deberíamos acabar contigo ahora mismo. Ponemos lo que debes en pérdidas y fuera.

—El co… contenedor vale una fortuna —escupió Ron.

—¿Contenedor?

—El que le robamos a Militech. Seguro que os habéis enterado de…

Los Animales se miraron.

—¿De cuánto estamos hablando?

—No lo sé seguro. —Ron se encogió de hombros—. A tanto no llego. —Se puso en pie y se alisó la ropa—. La hostia de pasta, supongo.

—La hostia, dices. —Caracerdo pensó en alto—. ¿Cuánto es eso en edis?

—Sin duda, más de lo que os debo —aseguró Ron.

—Entonces… —A Tigretón parecía costarle calcular una cantidad—. ¿Cuánto vas a tardar en conseguirla?

—Pues si me dais la munición… yo diría que en dos días como mucho.

—Se me ha ocurrido una idea mejor —dijo Tigretón—. ¿Qué tal si lo recuperamos nosotros? ¿Dónde está? Venga, escupe.

Ron suspiró. Había esperado no llegar a eso.

—No lo sé.

Si mueres, se acaba el juego. No hay copias de seguridad. Este hecho obvio y terrorífico es uno de los principios de lo imperfecta que es la naturaleza de los seres humanos.

El cerebro almacena y procesa una cantidad desmedida de datos. Las estimaciones hablan de cientos de petabytes de almacenamiento y de teraflops de potencia de procesamiento. Puede que exageren. Aun así, las funciones principales del cuerpo las maneja el sistema nervioso. Esa parte se puede omitir. Si en el ciberespacio no se necesita insulina, ¿acaso te sirve de algo un páncreas?

Si se quisiera, probablemente se podría comprimir la consciencia o digitalizar el procesamiento neuronal analógico en dieciséis bits. ¿Era posible? Albert no lo sabía, porque no podía encontrar información que tuviera más de treinta años de ninguno de los experimentos que se llevaron

a cabo, exceptuando la Reliquia. Suponía que las cosas no habían cambiado mucho desde entonces, puesto que la única tecnología que había avanzado a pasos agigantados era la militar. La única a la que no podía acceder.

De todos modos, la limitación principal no era el rendimiento de un ordenador o red neuronal, sino identificar si el número de hilos de todo el proceso equivalía al número de neuronas del sistema nervioso, excluyendo, por supuesto, a las encargadas de las funciones biológicas. Pero ¿tendría eso algún impacto en la fidelidad de la simulación de una consciencia? Era difícil de decir. ¿Y si el impacto fuera positivo? Si desaparecía la presión que ejercía el cuerpo sobre la mente, también lo harían la pereza, el cansancio y la impaciencia. Seguramente quitarle relevancia al cuerpo solo trajera beneficios. Sin embargo, la ausencia de la presión ambiental también podría mermar la motivación, la voluntad. Una arruga sin importancia que Albert podría planchar después.

En todo caso, incluso si se conseguía comprimir en su totalidad, no existía ningún ordenador o centro de procesos capaz de simular una mente humana.

Al menos no a este lado del Muro Negro.

Además, ¿con qué frecuencia habría que generar una copia de seguridad para evitar perder recuerdos importantes en el caso de una muerte súbita? ¿O para seguir siendo la misma persona? O, en caso de muerte, ¿de dónde sacar el cuerpo en el que cargar tu copia de seguridad? No podría ser tu cadáver sin vida, eso estaba claro. Pero tampoco se fabricaban ni se comercializaban cuerpos nuevos y «vacíos». Por tanto, en el caso de que existiera una tecnología capaz de procesar la totalidad de los estados cuánticos de todas las sinapsis que se encuentran en el sistema nervioso central, ¿qué se podría hacer? ¿Cómo se revierte el procedimiento? ¿Cómo se escriben los datos sin procesar en un cerebro vivo? No existía ninguna forma.

Así que, después de morir, ¿la copia digital tendría que conformarse con vivir en el ciberespacio? Que la digitalización de la mente humana fuera un billete sin retorno no le inquietaba a Albert. Más bien al contrario. Para completar la transferencia, había que destruir el original; así era como

funcionaban. Copiar y destruir. Lo que le fuera a pasar a su cuerpo físico después de completar el proceso no le parecía importante.

Tenía la certeza de que era posible vivir después de la muerte. Eso sí, al otro lado del Muro Negro.

Un clásico. Hormigón visto, luz fría de fluorescente, mesa de metal, silla plegable y una cámara de vigilancia. Seguramente había otra escondida en algún sitio de la sala de interrogatorios. Y esperar porque sí, eso era clave. Agotaba al sospechoso. No era una tortura propiamente dicha, pero pertenecía a la misma familia. A Zor este entorno le resultaba demasiado familiar. En el cuerpo militar, no en la policía. En otro tiempo se pasó varias horas obligado a explicar por qué desertó y rompió el alto el fuego. Dijo la verdad y nada más que la verdad, pero nadie le creyó. Si sobrevivió entonces, no tendría problemas para hacerlo ahora.

Todavía quedaba un montón hasta las once, casi veinte horas. Tenían veinticuatro horas para presentar cargos contra Zor y Aya. Se había asegurado de que no pudieran: había limpiado todos los rastros de la furgoneta y borrado todas las grabaciones del sistema de videovigilancia del Distrito Industrial Norte. Entonces ¿qué tenían? ¿El intento de comprar armas a los Animales? Pues vaya, eso como mucho era una falta o delito leve. Ni siquiera eso. Puede que esos monstruos apestosos y grotescos tuvieran hasta una licencia de venta.

Intentó recordar la técnica que aprendió en el ejército para regenerarse rápidamente. Las esposas que tenía en las muñecas no facilitaban el proceso, pero consiguió encontrar una posición estable.

Liam miraba el monitor que mostraba el interior de la sala de interrogatorios. Vio a Zor sentado en una silla de metal incómoda. Tenía la cabeza echada para atrás y los ojos cerrados. El muy cabrón estaba echándose la siesta. Se suponía que debería ser al revés, debería ser Zor el que perdiera la paciencia y no él. Pero ahí estaba, recuperando horas de sueño.

El inspector asintió ligeramente con la cabeza. Estaban sentados en la sala de supervisión delante de la red de pantallas que mostraba todas las salas de interrogatorios. La mayoría se hallaban ocupadas.

Joder. La cómoda butaca le estaba dando sueño también a Liam. No, no había tiempo que perder. En cualquier momento podrían necesitar la misma sala.

—¿Quieres un café? —La novata bostezó y se puso de pie.

Liam estudió al hombre que aparecía en pantalla. No tenía Garras Mantis ni ningún otro tipo de implante con cuchillas subcutáneas o retráctiles. Un escáner preliminar sí que reveló ciberware de categoría militar. De alta gama, además. Pero el sistema era incapaz de identificarlo. Zor tenía el aspecto de alguien que quería mantenerse alejado de los problemas. No le había ido muy bien.

La máquina sirvió dos cafés. La novata puso el vaso de Liam en el escritorio. Liam le quitó la tapa de plástico y la tiró a la basura.

—A la mierda. A ver cómo reacciona al olor de un café recién tostado. —Escupió su chicle, le quitó el vaso a la novata ante su atónita mirada y se levantó, abriendo la puerta con el pie.

—Tiene cromo hasta las orejas y se trata de ciberware militar —le recordó la novata—. No tenemos ni idea de lo que es capaz.

—Por eso le voy a invitar a un café.

Liam cruzó el pasillo de hormigón y se paró delante de una puerta de acero que tenía una luz roja encima. Una pequeña pantalla led instalada en la puerta mostraba el interior de la sala. Ahí estaba su sospechoso, echándose la siesta sin que hubiera nada que le importase en el mundo.

El inspector apiló los dos vasos de café y puso la mano en el panel biométrico. Los pernos se movieron y la puerta se abrió. El vaso que tenía más arriba se inclinó un poco y derramó parte del café en la manga de Liam. Lo sujetó en el último momento y vio como Zor se le quedaba mirando mientras se limpiaba el líquido marrón. La entrada no fue muy elegante, pero Zor no reaccionó a la torpeza.

El inspector sacó una silla y acercó el café con tapa al detenido, manchando la mesa en el proceso. Se quedaron sentados en silencio durante un momento, midiéndose.

—¿Por qué no apareces en nuestras bases de datos? —preguntó Liam.

—Y yo qué sé. No me encargo de los registros policiales —respondió Zor—. ¿Vais a presentar cargos contra mí?

Liam tocó la mesa, a uno de los lados de la mancha de café. Apareció un rectángulo holográfico con sus notas del caso. Liam las había memorizado, aunque las podía consultar directamente en su campo retinal con sus implantes. Pero de esta manera causaba una mejor impresión y le daba tiempo para pensar.

—En los últimos días han muerto varias personas. Una de ellas fue Molly Bernard. —Miró a los ojos a Zor—. ¿Te suena?

—Sabes perfectamente que no fui yo.

—Sé que hay algo que te remuerde la conciencia. Algo tan fuerte como eso, pero no sé de qué se trata. Así que te vas a quedar aquí hasta que reúna más información. Me va a llevar bastante colocar todas las piezas de este puzle, pero por suerte dispongo de tiempo y paciencia. En cuanto tenga varias bien puestas, la imagen empezará a cobrar sentido.

—¿Cuánto tiempo me vas a retener aquí?

Liam se encogió de hombros.

—El necesario —respondió—. Todo tiene su explicación. Puede que tarde bastante, pero la encontraré.

—Entonces ¿por qué os dejáis tantos casos sin resolver?

—Por pereza o incompetencia. Pero yo no tengo esas cualidades. Se han producido varios homicidios, hurtos y robos a mano armada. Y tú estás en medio de todo.

—No he matado a nadie.

—Sabía que dirías eso. Pero si sabes quién lo hizo, soy todo oídos.

—Yo no lo puedo descubrir si me retienes aquí.

—Estoy seguro de que tienes tus sospechas. —Liam dio un sorbo a su café—. Venga, suéltalas antes de que se enfríe.

Zor miró su vaso. No se movió.

Liam intentó escanearlo con sus sensores, pero se paró en cuanto Zor le lanzó una mirada paternalista con la que decía: «Buen intento». Zor lo había detectado, o al menos lo hizo el ciberware que tenía instalado. Tendría que programar un escáner exhaustivo, pero todo a su debido tiempo. Por

fortuna, Liam no detectó ninguna señal de ciberpsicosis, que era algo que le preocupaba.

—¿Cuánto tiempo me vas a retener aquí?

—¿Tienes que estar en algún sitio?

—Todavía no habéis presentado cargos.

—Creo que no entiendes la gravedad de tu situación —dijo el inspector con un tono más serio—. Eres el sospechoso principal de un asesinato, lo que significa que puedo tenerte aquí tanto como quiera. A menos, claro está, que me des algo que me haga cambiar de opinión. Dices que no mataste a nadie. Entonces, ¿quién lo hizo? Tienes que saber algo, o si no, no habrías visitado las escenas de los crímenes. No pueden tratarse de coincidencias. Si fue Aya, dilo. Quien confiese se llevará la mejor parte del trato, es decir, menos años entre rejas. —Dio otro sorbo—. O puede que ni siquiera pise la cárcel, quién sabe.

Al contrario que Zor, Aya no fingía tranquilidad. Lo tenía escrito en la cara, estaba asustada. El café no serviría de ayuda, ni tampoco ninguna muestra de empatía.

—Asesinaste a Molly Bernard —empezó Liam.

Aya negó con la cabeza con rotundidad.

—Tenemos las cárceles atestadas de gente —dijo el inspector—. No hay mucho espacio, pero te haremos sitio. En el suelo, o quizá tengas que compartir la cama con un Animal.

—Yo no la maté. —Aya bajó la mirada—. No sé quién lo hizo.

Estaba claro que no había sido ella, a Liam no le cabía ninguna duda. ¿Quién mata a su vecina y deja el cadáver en su propio apartamento y luego vuelve y aparece en las grabaciones?

—Me harás la vida más fácil si empiezas a hablar.

Se encogió de hombros a modo de respuesta.

—Solo tienes que contarme lo que sabes —insistió—. No tiene por qué ser desde el principio.

—Han secuestrado a Juliena —soltó.

—¿Quién es Juliena? —Liam intentó mostrar interés, pero no sentía la más mínima emoción ante la perspectiva de tener otra pieza en el puzle.

—Tiene ocho años y cuido de ella. Molly me ayuda a veces. Es decir, me ayudaba.

Tenía sentido. Molly Bernard estaba en el sitio y momento equivocados. Quienes se llevaron a la niña tuvieron que deshacerse de todos los testigos. Eso explicaría la rapidez de los cortes en lugar de haber jugado con la víctima, como en los otros asesinatos.

—¿Por qué no lo denunciaste?

—¡¿A qué te refieres con «por qué»?! —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. ¡Para que no me arrastrarais aquí! Siempre elegís los atajos. Como ha aparecido un cadáver en mi apartamento, la asesina soy yo, ¿no? Hala, a arrestarme como sospechosa de asesinato. Ni siquiera me voy a enterar de si se ponen en contacto conmigo porque os habéis llevado mi teléfono. No puedo ir a buscarla, no puedo hacer nada mientras esté aquí.

—A ver si te queda clara una cosa. —Liam se inclinó sobre la mesa—. Te hemos arrestado porque asesinaron a alguien en tu apartamento y no lo denunciaste. Eso te convierte en la principal sospechosa. Podríamos tener a alguien buscando a Juliena, pero tampoco denunciaste su desaparición.

—¿Acaso os habríais molestado?

—No se pierde nada por probar.

—No cambiaría nada. Me habríais terminado arrastrando hasta aquí —titubeó—. ¿Puedo… puedo denunciar ahora el secuestro?

—Por supuesto —asintió Liam—. En cuanto me digas lo que quiero saber. ¿Quién más ha muerto? ¿Quién queda por matar? ¿Quién ordenó los asesinatos y por qué?

—¡No lo sé! —Quiso levantar los brazos, pero las esposas se lo impidieron—. Eso intentábamos averiguar, saber quién se había llevado Juliena, antes de que nos arrestarais.

—Pues si quieres ayudar a Juliena, empieza por contarme la verdad.

—¿Prometerás encontrarla?

—Lo prometo —mintió—. Pero antes me tienes que contar lo que sabes. Si Zor te obligó a cometer un delito, tendrás que contármelo aquí y ahora. A menos que quieras ir directamente a la cárcel.

Al salir del garaje, le llamó la atención un tipo con un traje gris antracita abandonando una limusina que se había quedado parada delante del recinto. El mismo del almacén de Militech del Distrito Industrial Norte. Era él, no cabía ninguna duda. Liam recordaba las caras con memoria fotográfica, y además se podía valer de la base de datos del NCPD que podía utilizar en cualquier momento y lugar. Debería de haberse preocupado, pero no fue el caso. Pensaba en otras cosas. Se sentía como un depredador que se acercaba a su presa. Estaba cerca. El puzle empezaba a cobrar sentido, lo tenía ya delante, pero le quedaban algunas partes borrosas. Podría estar mirándolo boca abajo o del revés, pero las piezas estaban a su alcance.

No tenía que conducir mucho, apenas se encontraba a unas manzanas. Encontró sitio a la sombra de los megaedificios prácticamente adosados. El protocolo lo obligaba a mostrar sus credenciales del NCPD en el cuadro de mando. Echó un vistazo a los otros coches aparcados y dudó. Viejas carracas, por no hablar de unos tipos que no le inspiraban mucha confianza y que lo miraban de reojo apostados en la puerta de un taller. Bah. Metió su identificación en la guantera.

En lo referente a megaedificios, los había visto peores. El patio interior estaba bastante cuidado y el interfono funcionaba. Liam no usó su código policial. Colocó la mano cerca del sensor de cerraduras y esperó a que su descodificador completara su protocolo de apertura.

Había diez ascensores, cuatro de ellos estaban reventados y uno cubierto con los restos de cinta policial. Entró en uno junto a una mujer de aspecto ojeroso. Se dio la vuelta para evitar su mirada; probablemente supiera que era policía. La ignoró y se centró en repasar el informe del extraño allanamiento. No se llevaron nada, no hicieron daño a nadie, pero el tiroteo llevó a la destrucción de uno de los ascensores.

Se bajó en la planta cuarenta y cinco y se acercó al ascensor tapado con plástico negro. Hizo un pequeño corte y miró en su interior. Varias decenas de agujeros de bala, de arma automática a juzgar por el rastro. El equipo de balística lo confirmaría en cuanto terminaran una investigación más importante. O no. Lo único que importaba era el nombre del arrendatario

del apartamento. Zor. El equipo de ronda había rellenado esa información además del hecho de que el sistema de videovigilancia estuvo dos horas parado. Caso cerrado.

La puerta del apartamento estaba ubicada enfrente del ascensor destrozado. Esta vez su descodificador tardó treinta segundos en descifrar el código. Dio un pitido, se abrió y el inspector se metió dentro. La televisión se encendió de inmediato y mostró una ráfaga de anuncios. Liam la desactivó ondeando la mano y se dio la vuelta. El tirador se hallaba en el apartamento cuando los primeros disparos atravesaron la puerta. Los posibles fugitivos pudieron bajar hasta la primera planta con el ascensor. Era extraño. Las puertas del ascensor tardaban dos o tres segundos en cerrarse. Suficientes para vaciar un cargador entero en una persona.

A menos que el tirador no quisiera matarlos.

Quien usara el ascensor lo hizo porque llevaba directamente a la puerta del apartamento. Lo que significaba que ya había estado allí, vivía allí, o que no se esperaba una emboscada. Era una teoría.

El inspector echó un vistazo al apartamento. Mobiliario básico, minimalista. La persona que ocupaba la vivienda era un hombre soltero sin vida social o que solo iba a dormir. No había mierda aleatoria, tazas con propaganda o el tipo de basura regalada que te endosaban en todas las tiendas.

Liam se acercó al frigorífico y examinó su contenido. Cajas de comida básicos, todas del mismo sabor. El mínimo necesario para no morirse de hambre. No había latas vacías en la basura ni colillas. Era como si viviera un robot. Tampoco era una comparación muy absurda, sobre todo por la primera impresión que le provocó Zor después de hablar con él durante un par de minutos.

Echó un vistazo al armario. Nada. No debería quedarse ahí mucho más. No tenía ninguna orden de registro ni motivo que justificara su presencia. Con la ley en la mano, eso era un allanamiento de morada.

Una última cosa. Se colocó la parte inferior del abrigo y se sentó en la silla incómoda que había delante del escritorio. No iba a pasar nada si echaba un pequeño vistazo en el historial de búsqueda del ciberterminal.

¿Por qué usar eso para navegar por la Red? Era lo más incómodo del mundo. ¿Lo haría así para evitar los anuncios? ¿O para evitar que lo rastrearan?

O puede que fuera para no dejar rastros.

Liam se tiró bastante tiempo desentrañando la configuración del ciberterminal, aunque conseguir la contraseña apenas fue un obstáculo.

Después de una hora se tomó una pausa para hacerse un café y ordenar sus pensamientos. Sabía peor que el del edificio de interrogatorios.

El ciberterminal era muy austero, apenas tenía unas carpetas. Como sospechaba, Zor usaba el ciberterminal para leer las noticias de fuentes oficiales y no oficiales. Eso era todo, no había nada más. Todos los días empleaba unas horas para hacer clic en artículos con información sobre las últimas novedades en temas militares, de moda, de ingeniería o incluso consejos sobre crianza. Había anuncios dirigidos a gays, bisexuales y otras preferencias sexuales. Parecían elegidos totalmente al azar, era imposible encontrar cualquier patrón. Su historial era de varios días. ¿Era posible que lo limpiase con regularidad?

Los ciberterminales no estaban diseñados para hacer un seguimiento del comportamiento de sus usuarios. Sin embargo, Liam tenía un software personal que sí era capaz. Su tediosa minuciosidad a la hora de investigar era lo que le diferenciaba del resto de inspectores del departamento, policías que siempre se daban golpes en el pecho, hambrientos de acción.

El perfil de Zor no podía ser más neutral. Era extraño, porque todo el mundo tenía un sesgo. Aunque sea involuntario, la gente suele preferir un vaso a una copa, un sillón a un sofá, un deportivo a un todocamino, un zumo de manzana a uno de naranja. El algoritmo no se decantaba por nada. Era impresionante, Zor había conseguido ser un signo de interrogación estadístico.

Liam era incapaz de encontrar un patrón. Y, sin embargo…, había un parámetro que su software de inspección había verificado. Era invisible al sistema operativo del ciberterminal, pero estaba registrado en el historial, en uno de los recovecos de los archivos del sistema. Allí, a un nivel probablemente inexplorado por los propios fabricantes, se había completado otra pieza del puzle. Si aplicaba un filtro sobre los artículos según el tiempo

de lectura, había un punto en común entre los que registraban un mayor tiempo: una palabra clave. El apellido de una corpo de alto nivel.

Se acordó de la época en la que Zed era un agente delgado y fornido. Antes de que se dejara echar a perder, año tras año. Cuando llegó a jefe de policía, ya se había convertido en un bulldog indolente y con sobrepeso.

—Querías verme —dijo Liam mientras se cerraba la puerta a sus espaldas.

—Toma asiento. —El jefe señaló una de las sillas.

El despacho era una cápsula del tiempo. Lo más seguro es que nada hubiera cambiado desde el predecesor del predecesor de Zed. Puede que Liam lo hubiera visitado un total de dos veces desde que se unió al cuerpo de policía. Aunque el interior del recinto había tenido ya dos reformas, el despacho del jefe seguía siendo igual que al principio. Era como si el aspecto de Zed se hubiera adaptado al propio despacho.

Liam se sentó.

—¿Un whisky? —El jefe despejó el escritorio mientras evitaba la mirada de Liam.

—Estoy todavía de servicio. —Liam se estaba preocupando. Conocía al jefe de policía lo suficiente como para saber que actuaba de una forma extraña—. ¿Pasa algo?

Zed juntó las yemas de los dedos y respiró profundamente.

—La junta ha aprobado tu solicitud de jubilación anticipada —dijo como si tuviera que quitárselo de encima.

Liam se quedó de piedra.

—No he enviado ninguna solicitud.

—La enviarás hoy antes de que salgas por la puerta.

Zed hizo un esfuerzo por mantener la calma, pero su voz lo traicionaba.

—¿Qué coño está pasando? —Liam se levantó de forma brusca—. ¿Es por algo que haya hecho?

El jefe negó con la cabeza.

—Tu rendimiento es bueno, siempre estás por encima de la media —respondió—. No puedo negarlo, eres de los mejores.

—¿Es por algo personal? ¿Acaso te he dado algún problema? Siempre he acortado mis vacaciones cuando lo necesitabas y me he quedado con los peores casos sin rechistar.

—Así son las cosas. Te jubilarás y ya no tendrás que remover más mierda. Podrás pasar más tiempo con tu familia.

El inspector entornó los ojos.

—¿A qué viene mi familia ahora?

—Mira…, el NCPD se encarga de meter a delincuentes en la cárcel, mantener el orden y esas cosas. Pero no nos metemos en política. Cuanto más lejos estemos de ella, mejor.

—¿Es por los dos que acabo de arrestar? —Liam señaló con el pulgar a su espalda—. ¿Me estás diciendo que eso es meterse en política?

—Son un montón de mierda que remueve muchas cosas, y hasta ahí puedo leer. Se ha estado fraguando una tormenta de proporciones bíblicas, pero he conseguido calmar las cosas.

—Pero si no son más que unos pandilleros de pacotilla. —Liam hablaba rápido para poder soltarlo todo sin que lo interrumpiera Zed—. O aprendices de pandilleros. Está claro que no mataron a Molly Bernard o a los demás, pero por eso necesito más tiempo con ellos, para ver si descubro al verdadero culpable. Están planeando algo gordo y quiero ser el primero en enterarme antes de que mueran más inocentes. Además, a esos dos les estamos haciendo un favor. Como salgan ahí fuera, no durarán ni un mes. Los chicos los cogieron en una compra ilegal de armas a los Animales. En la calle, a plena luz del día. Quiero saber por qué.

—Es eso mismo. Yo no quiero que lo descubras. —Zed rebuscó por debajo de su escritorio y sacó la botella y dos vasos—. Créeme, es por tu bien.

—¿Quién seguirá con el caso?

—No hay ningún caso.

—¿Lo vais a meter por debajo de la alfombra?

—Por cierto, sé que hiciste una gran inversión en implantes y en software profesional… Creo que tu ascenso a inspector jefe servirá como compensación. Tendrás una mejor pensión y todo.

Zed le acercó un vaso a Liam.

—Estoy de servicio. —Liam miraba al vacío.

—No, ya no lo estás. —Zed obligó a Liam a coger el vaso—. Enhorabuena por tu jubilación.

Puede que exista en algún sitio un laboratorio secreto con maquinaria capaz de transferir una copia exacta del cerebro humano más avanzada que la Reliquia. Pero no había manera de saberlo. Solo tenía la copia inexacta y desactualizada que se había creado él. A Albert no le preocupaba eso último, no tenía ningún apego a los recuerdos de los últimos días. Se podría enviar los datos en otro momento, a distancia. Le preocupaba más que su copia acabara con un revoltijo de sus estados emocionales en cuanto terminara el proceso de lectura. Esperaba que eso no le generara ningún problema, pero no tenía certezas sobre lo que fuera a ocurrir.

Se le ocurrió una idea, algo sencillo. Si no iba a ser capaz de crear una copia exacta de su mente con todos los detalles, solo tenía que simplificar el proceso. De manera drástica. No se trataría de una copia perfecta, sino de una que funcionara de forma idéntica al original. En lugar de escribir los estados de todas las sinapsis, bastaría con almacenar recuerdos, rasgos de personalidad y hábitos. El resultado sería el mismo o casi el mismo, pero se reduciría considerablemente el volumen de datos y capacidad de procesamiento necesarios.

Leer su conciencia así también entrañaba peligros. Primero, Albert tendría que habilitar el acceso completo e ilimitado a su enlace, cifrando las transferencias solo cuando estuviese conectado a la Red. Las últimas veces que se conectó fueron para subir datos a la Cueva del procedimiento adaptativo del equipo de clase tres. Solo se aseguraría acabar con una copia fidedigna con un caudal alto de datos.

El verdadero proceso de lectura de su conciencia se ejecutaba en segundo plano, de forma inadvertida. Albert lo identificaba como un ligero cansancio. La única razón por la que se producía el proceso de lectura era por la función original integrada del equipo de clase tres de adaptar su interfaz a su usuario. Decidió darles a sus paquetes de conciencia un nuevo aspecto: cubos que se llenaban con píxeles verdes de varios tonos y que se

apilaban detrás de las columnas de código. Destacaban entre los rojos de su cosecha, que representaban los datos por clasificar; los amarillos que había categorizado como útiles; o los grises de los descartes. Alejó los verdes lo suficiente como para que no se interpusieran en su camino, pero los seguía teniendo a su alcance. Los cubos verdes iban materializándose uno después de otro, emitiendo destellos de un color verde brillante.

Solo le quedaba un obstáculo, saber cómo atravesar el Muro Negro. Para hacerlo necesitaría mucha más potencia de procesamiento que la de cualquier equipo de netrunning, fuera de la clase que fuera.

—El mundo tiene un equilibrio delicado, solo se apoya en la cooperación mutua. Es algo que no cualquiera entiende; hay gente que solo quiere obtener beneficios a costa de los demás, sin pensar en el equilibrio.

—Tendré la vida privada sin manchas como ejemplo para los demás, mantendré la calma con valentía cuando me encuentre ante el peligro, la burla o el ridículo. Practicaré el autocontrol y estaré siempre atento al bienestar de los demás.

—Pero más allá de la superficie, la guerra sigue fraguándose, y espera la excusa para estallar a gran escala. La destrucción mutua asegurada garantiza una pérdida colosal de vidas humanas. Todo el mundo pierde.

—Tendré pureza de pensamientos y actuaré de buena fe tanto en mi vida personal como en la profesional, y obedeceré de forma ejemplar las leyes del terreno y el reglamento de mi departamento.

—Night City lo sabe más que cualquier otra ciudad de Nuevos Estados Unidos. Nuestro trabajo es no permitir que vuelva a pasar.

—Jamás actuaré de manera oficiosa o permitiré que los sentimientos, prejuicios, animosidades o amistades personales tengan influencia sobre mis decisiones.

—A veces el relato oficial y la verdad están separados, sobre todo por el bien de quienes se han involucrado.

—Sin ceder al crimen y con la voluntad de perseguir todo tipo de delito, trataré de aplicar la ley con amabilidad, sin esperar miedo ni

favores, malicia o represalias, sin el uso excesivo de fuerza o violencia y sin aceptar sobornos.

—Pareces entender cómo funciona el mundo. Eso es una ventaja para nuestra futura cooperación.

Stanley se irguió, se abrochó los botones de su traje gris antracita y se fue sin decir palabra. En la mesa de la cafetería que se había quedado vacía aún había una taza de café sin tocar. La novata miró al policía, con un conflicto interior. Mantenía la ilusión de sopesar los pros y las contras, como si tuviera elección. Sacó la tablet, tocó en la pantalla y pulsó por primera vez en su vida la famosa casilla. *Caso cerrado*.

Se levantó, dio un último mordisco a la comida con el logo de Raito Catering, se colocó su uniforme, se puso la gorra de servicio y salió a la plaza en la que trescientos cadetes de policía de ojos brillantes terminaban sus juramentos. Tenía sitios más importantes que visitar. Nadie se dio cuenta de que llegó tarde, ni prestó atención al corpo que salía por la puerta lateral. Todos menos Liam, que se quedó de pie a un lado.

Zed, el capitán, siguió recitando el juramento.

—*Reconozco el escudo de mi despacho como símbolo de fe pública y lo acepto como la señal de confianza que el público me impone y que mantendré siempre y cuando siga la ética del servicio policial. Me esforzaré constantemente en lograr esos objetivos e ideales, y juro ante Dios que me dedicaré a mi profesión elegida: fuerzas del orden*.

11

La lluvia negra golpea la luna del vehículo a medida que acelera en su ascenso. A la izquierda, Night City, haciéndose cada vez más pequeña hasta sumirse en la oscuridad. A lo lejos, un incendio ilumina el horizonte. El piloto intenta empujar el acelerador más allá de su tope, pero sabe que es demasiado tarde. El aerovehículo de las fuerzas aéreas de Nuevos Estados Unidos surca el aire atravesando la tierra de nadie; es la única aeronave en un radio de unos pocos kilómetros. Está rompiendo el alto el fuego, pero no le importa. Se detiene a medio kilómetro de las llamas que se elevan a varios cientos de metros. Lo que hubiera ahí abajo ya ha desaparecido. Quienes vivieran ahí han muerto. Desde ahí puede sentir el calor abrasador. Ya no queda nada ni nadie. Su casa, calcinada. Nicole y Brad…, muertos.

Vira para evitar el tornado de denso humo negro de unos cien metros de ancho. Es como si un volcán hubiera entrado en erupción. Atravesarlo directamente supondría su muerte; eso seguía formando parte del plan, pero no era el momento. Puede que en un minuto o un minuto y medio.

Se ven incluso sin visión nocturna. Buques negros como el carbón, más oscuros que el agua de Bahía Coronado. ¿Cuál de ellos lanzó el proyectil? ¿Cuál es el responsable de este infierno? No hay manera de saberlo. Elige el más cercano. Los seis misiles alojados bajo el morro del aerovehículo deberían ser suficientes. Puede que su tecnología le saque veinte años de ventaja, pero no tienen ninguna opción, no a esta distancia. Quince, veinte segundos para el impacto. Sus sistemas de defensa no son lo suficientemente rápidos. Él tampoco tiene escapatoria. Sabe que el contraataque será instantáneo, pero está preparado.

Con el pulgar abre la tapa protectora del botón, apunta, fija el objetivo y respira hondo tres veces…

—¿Los has encontrado? —Aya miró a Albert.

El adolescente negó con la cabeza. Su aspecto era un espejo de cómo estaba: exhausto.

—¡No me mires así! ¿Y qué querías que hiciera? ¿Empotrarme contra esos policías? ¿Apretar los puños y enfrentarme a los Animales? Si no me llego a largar de allí, no tendríamos todas estas armas. —Ron le lanzó una sonrisa traviesa a Zor—. Y encima gratis. Sin querer les di bien por culo a esos Animales. Eh… —Torció el gesto—. Por supuesto, con cinco condones bien pegados con cinta aislante y hasta arriba de antiséptico. Tampoco es que sea mejor, porque… —Miró a Aya y se encogió de hombros—. Estaban enfadados, pero, eso, que les den.

Era bien entrada la noche. Los cinco se encontraban en la cocina. Aya sacó una bebida de vitaminas del frigorífico. Se miró la mano, que de momento parecía obedecerla. Por ahora.

Primero el trabajo, luego el mantenimiento. Le parecía horrible, si bien no tenía más remedio.

—No tenemos tiempo —dijo Aya, sobre todo para autoafirmarse.

—Toma algo con muchas proteínas —dijo Ron a Zor.

—¿Qué tal va? —Zor le acercó a Ron el brazo para que le echara un vistazo.

El matasanos lo agarró y le examinó la piel con detenimiento.

—No va mal —respondió después de tomarse un momento—. Por lo que veo, tampoco te están saliendo genitales en la frente. Pero tengo que llevarte a la silla de la clínica para hacerte bien la revisión.

—Está a veinte minutos en coche —dijo Zor.

—Si los Animales me reconocieron, me esperarán ahí.

—¿Cómo te iban a reconocer? Si estabas en el coche por lo menos a veinte metros de distancia.

—Anda, bébete el batido de proteínas —dijo Ron para evitar el tema—. ¿Y cómo es que os han soltado?

—Vino una inspectora más joven. —Aya se encogió de hombros—. Nos dijo que podíamos irnos, sin más.

—Como siempre, más escurridizos que unas anguilas. —Ron se acercó al frigorífico—. ¿Quién quiere tomar algo? Y con eso me refiero a algo de verdad.

—¿Teniendo en cuenta que mañana tengo la reunión más importante de mi carrera? —Milena exhaló una nube de humo hacia el techo—. Yo me apunto. Me tomaré un whisky, envejecido en doce minutos.

—Solo tengo de doce segundos.

—¿Nos ha contactado Warden? —preguntó Zor.

—No, pero tengo una idea. —Ron puso dos vasos de plástico en la encimera; no los había de cristal—. Es probable que sea la mejor idea de la historia. Y no estoy de broma.

—Suéltala —interrumpió Zor.

—Le robamos el contenedor a Warden y… nos lo quedamos.

Se produjo un silencio sepulcral en el que todos miraron a Ron estupefactos.

—¿Por qué? ¿Para qué lo necesitas? —preguntó Aya—. Warden ya nos está pagando medio millón.

—Porque vale muchísimo más que eso.

Milena sacudió la cabeza, apagó su cigarrillo y cogió el vaso con el líquido ambarino.

—Da igual lo que valga el contenedor —dijo Zor—. Lo que importa es que Warden nos paga medio millón. Para eso vale un fixer.

—Pensadlo bien. Si dividimos medio millón entre cinco, tocamos a cien mil cada uno —insistió Ron—. Al final tampoco es tanto.

—Aquí nadie va a dividirse nada —dijo Zor—. Tú te vas a comprar un brazo nuevo y vas a curar a Aya. El resto lo usaremos para comprar mejores armas y equiparnos para el siguiente curro. Entonces ya hablaremos de dividirnos la pasta.

—Creo que es mejor ir ya a por todas —propuso Ron—. Quién sabe cuándo vamos a conseguir otro curro.

—Si jodemos a Warden, seguro que no. No volveremos a currar para nadie.

—A menos que Warden nos mate antes —añadió Milena—. O, por lo menos, se pondría el primero de la cola para hacerlo. —Se bebió el whisky y miró a Ron—. Venga, vámonos a dormir. Mañana tenemos un día duro.

Aya los siguió con la mirada. Primero el trabajo, luego el mantenimiento.

Esto era nuevo. El dispositivo desconocido se identificaba como ArS-03. A distancia de conexión inalámbrica, por lo que debía de estar cerca. En este edificio o en el de al lado. Albert activó todo el hielo disponible e intentó establecer una conexión. Denegada. De forma educada, pero firme. Intentó un método mucho menos delicado con protocolos distintos. La misma respuesta. Descartó de inmediato la idea de intentar piratearlo. Sin saber lo que era, no tenía ni idea de cómo iba a reaccionar a una agresión directa.

Lo que más le intrigaba a Albert era el tiempo de respuesta. Comprobó el intervalo desde el momento en que transmitió la consulta a la negativa educada. Era tan minúsculo que apenas se podía medir. Fuera lo que fuera ArS-03, era increíblemente rápido.

Unos ruidos de clics secos y metálicos se colaron por el ciberespacio. Activó la cámara del salón. Se trataba de Zor, trasteando con las armas, nada de lo que preocuparse. Albert cerró el vídeo, bloqueó todos los sonidos del espacio real y se embarcó en un examen cuidadoso del dispositivo misterioso.

Desmontó el rifle de francotirador en medio del salón y volvió a revisar todos los componentes. El de la tienda de chucherías de Kabuki no mentía, estaba en una condición casi perfecta. Repasó mentalmente cómo usar este tipo de rifles, pero la pregunta era si su cuerpo también se acordaba. El rastreo de objetivos y el láser teledirigido ayudaban, pero ellos solos no podían hacer el trabajo.

Aya estaba a su espalda y le puso las manos sobre los hombros, consiguiendo que Zor perdiera el interés en lo que estaba haciendo. Era reconfortante. Se puso de pie y se dio la vuelta para mirarla, le sacaba una

cabeza. La besó en la frente e inmediatamente se sintió estúpido. Ella le cogió la nuca y juntó los labios contra los suyos.

Lo cogió de la mano y lo condujo a su habitación. Cerró la puerta, apoyó su espalda en ella y le quitó la camiseta. Después lo empujó a la cama, le desabrochó los pantalones y se los bajó tirando de las perneras.

El frescor del colchón era agradable. Las débiles y difusas luces de neón de Corpo Plaza se colaron por la ventana. Las luces de posición de los drones del NCPD parpadeaban en el cielo nocturno. Eran más de las dos de la mañana y apenas les llegaba el murmullo de la ciudad a esas alturas.

Ambos sabían que no se dormirían pronto. Los jadeos y gemidos de Milena se colaban de la habitación de al lado. Era imposible no dejarse llevar por el momento.

Aya se quitó su camiseta. Zor se bajó los calzones como respuesta. Ninguno de sus movimientos parecía natural o fluido. Él se sintió torpe; ella, con poca gracilidad. Eso solo aumentaba la tensión. Aya centró y envió una orden mental a su cuerpo para que liberara lo que ella llamaba sus armas de mujer, pero esta vez estaba dispuesta a dejarse embriagar por ellas. Sucumbieron. La incómoda incertidumbre de Zor y Aya pareció desvanecerse. Y con ella su control.

No podía dormir. De todos modos era una pérdida de tiempo. Flotaba en el ciberespacio, mirando impotente la miserable cantidad de datos recopilada del dispositivo misterioso. Sus intentos más sutiles para obligarlo a cooperar siempre obtenían la misma negativa. Debería dejarlo por el momento, tenía muchas otras cosas sobre la mesa.

Activó la transmisión en vivo de todas las cámaras del apartamento y se arrepintió al instante. Si la idea de la evolución humana de una generación a otra le parecía imperfecta, el método con el que se creaban las nuevas generaciones era totalmente repulsivo. Le resultaba inconcebible todo aquello de la división entre dos sexos y los rituales sin sentido que se perpetraban solo para encontrar pareja, aparearse y tener descendencia con altas probabilidades de sobrevivir y adaptarse. Por no hablar del acto de procreación. Un asco. El intercambio de fluidos corporales, el tocarse,

agarrarse y frotarse con varias partes del cuerpo. Al final se terminaba con otro prototipo que ni siquiera era una mejora de su predecesor. Las variaciones no eran intencionadas, sino aleatorias. No se podía programar, no se podía influir en el resultado. Era absurdo, ineficiente y un despilfarro de energía. El mundo cambiaba demasiado rápido como para perder tiempo y esfuerzos en disparar sin apuntar a nada.

Un asco.

Cuando le pasaba la mano por su pelo corto producía un sonido sibilante. Se imaginaba que así sonaba el viento cuando soplaba sobre la hierba alta. El cielo se estaba volviendo rosáceo, quedaba menos de una hora para el amanecer. Estaban tumbados sobre las sábanas deshechas.

—Su madre trabajaba en Marry's —explicó Aya—. Un día molestó al tipo equivocado… y al día siguiente desapareció. Nunca encontraron el cuerpo. Supuestamente solo tenía que quedarme con Juliena una noche. Tenía casi siete años, era totalmente ajena a lo que pasaba. No tenía familia ni nadie que pudiera cuidar de ella. Así que se quedó conmigo. Nuestra vecina Molly se encargaba de ella cuando yo tenía que irme a trabajar.

Se puso de costado y envolvió a Zor en un abrazo. Lo agarró de la mano.

—Yo… no puedo tener hijos —susurró—. Juliena es todo lo que tengo. —«Aparte de ti», quiso añadir.

Zor la acercó contra su cuerpo.

—La encontraremos —dijo sin dudar—. La traeremos de vuelta y nos iremos a San Francisco.

¿Lo harían? En un par de horas, todo cambiaría. Al día siguiente…, bueno, mejor dicho, ese mismo día conseguiría su objetivo vital, lo que significaba que…

Miró por la ventana a la ciudad que odiaba, a pesar de no haber conocido nunca ninguna otra. La noche anterior planeó cómo dividir el dinero de Warden, pero lo que iba a hacer esa mañana significaba que eso terminaría dando igual. Las dos acciones se cancelaban… Sintió el conflicto

entre las dos fuerzas que estaban dentro de él. Entre sus dos identidades opuestas.

Quería decir otra cosa, algo inteligente, importante. Se volvió a Aya. Casi se había quedado dormida.

—Eres prácticamente clavada a Nicole —dijo sin apenas voz.

El brillo rojo de las luces de navegación del aerozep que flotaba por encima del Distrito Industrial Norte mostraba el oscuro interior de lo que solía ser una oficina, que ahora estaba amueblada entre otras cosas con un sillón negro, una consola apagada y una hilera de armarios y contenedores que se usaban para almacenar sustancias de legalidad dudosa. La cama de la habitación grande fue una adquisición reciente.

—*Quítatelo de la cabeza*. —Karla tenía la cabeza apoyada sobre el pecho de Dum Dum—. *Royce nos terminaría encontrando*.

Tenía razón en ambas cosas. Sí, no podía dejar de pensar en ello. Y sí, Royce podría encontrarlos si tuviera algún motivo para buscarlos, como que Dum Dum quisiera quedarse con el contenedor. Analizó todos los posibles resultados como si estuviera jugando una partida difícil de ajedrez. A él no le gustaban las sorpresas. Ahora mismo, le quedaba mucho para decantarse por un movimiento.

Karla cotilleaba sus pensamientos en un estado placentero de duermevela. Le preocupaba el hecho de no poder diferenciar entre la simulación y los planes de verdad. Dum Dum no quería cortar el enlace, de todos modos, le quedaba poco para quedarse dormida.

¿Por qué robaron un montón de baterías para drones patrulla? No es que fueran muy fáciles de vender. Eran difíciles de endosar incluso teniendo los contactos adecuados, sobre todo por su elevado número. Lo que significaba que los iban a usar con fines propios, seguramente con algo relacionado con lo que hubiera en el contenedor.

Dixie se había dormido abrazado a la espalda de Karla, como si tuviera miedo de que lo abandonara. Se estiraba y murmuraba. Le gustaba quedarse dormida mientras lo sentía frotándose contra sus muslos.

Dum Dum no tenía muchas ganas de entrar en regeneración. Todo debía ser perfecto, por lo que tenía que repasar todas las posibilidades en su cabeza.

En la otra habitación, Juliena no daba señales de vida. Esa noche Dixie le dio una tablet llena de juegos, la niña eligió uno y se quedó ensimismada con él. Lo dominó enseguida, como si llevara jugando toda su vida. Descifró las mecánicas al instante, al contrario que su manera de navegar la vida real. No se asustó nada al ver a Karla matar a esa vieja. Ni siquiera mostró sorpresa; se limitó a seguirlos y no intentó escapar en ningún momento. Se quedó obedientemente donde la pusieron. La puerta no estaba cerrada con llave, pero ella tampoco hizo ningún intento de abrirla. Puede que estuviera dormida, o jugando.

La cuestión era saber si era lo bastante valiosa como para forzar a la banda improvisada a cooperar.

Debería estar más nervioso. Llevaba años esperando ese día, pero se mantuvo tranquilo, como quien entra en un estanco a por un paquete de cigarrillos. Alguien podría llegar a preguntarse por qué llevaba a los hombros un bolso tan largo, pero ya nadie sentía curiosidad por nada. Igual los policías o un pandillero. Evitar a los primeros era fácil, y a esas horas del día resultaba difícil ver lo segundo.

Zor recorrió a pie toda la manzana y se metió en el patio tenuemente iluminado del edificio. Era la primera vez que estaba allí, pero sabía que se hallaba en el sitio correcto. El panel de acceso estaba desconectado, pero la puerta se abrió hacia dentro con un empujón. Solo funcionaba un ascensor, pero optó por subir por las escaleras para evitar encontrarse con algún vecino. A la trigésima planta. Los edificios de la zona solo llegaban a esa altura.

—Once y media. Ascensores exteriores. —Esa fue la única información que le dio Milena. Tenía que averiguar el resto.

No le cayó ni una gota de sudor. Uno de los nuevos implantes le regulaba la temperatura corporal de forma automática, mientras que tenía otro que se encargaba de los niveles de glucosa. La sala de máquinas de la

azotea, que albergaba los motores del ascensor y demás equipo, resultó tener también un pequeño almacén con varios objetos que habían sobrevivido a su dueño, probablemente el antiguo conserje del edificio. ¿Por qué sabía todo eso?

Las bisagras de la puerta estaban oxidadas; hacía mucho que nadie entraba ahí. Desde dentro podía ver las cumbres de las torres de Corpo Plaza. Era el lugar perfecto para un francotirador: hormigón por todas partes menos la abertura para su rifle.

¿Cómo pudo saber de la existencia de ese sitio?

10.13, quedaba una hora para el espectáculo. Aunque era una estimación, porque todo podía retrasarse. Armó el rifle y lo revisó una vez más, y después puso un colchón delante del umbral de la puerta. A pesar de llevar años allí, parecía como nuevo. Cien por cien sintético. Lo más seguro es que en mil años tuviera el mismo aspecto.

Se arrodilló para meditar y se pasó cinco minutos liberando su mente de emociones y pensamientos que no tuvieran que ver con la misión. Después se puso encima de la espuma, conectó todos sus sistemas a la interfaz del rifle y descargó todos los datos relacionados con la humedad, presión atmosférica y, sobre todo, la velocidad y dirección del viento entre el cañón y el objetivo. Toda la información se transfirió directamente a su red neuronal.

El colchón estaba un poco húmedo, pero Zor se encontraba centrado en los ascensores situados en el exterior de la torre, a dos kilómetros de distancia, por completo visibles desde su posición. Era imposible reconocer a su objetivo desde esa distancia, y menos con dos o incluso tres paneles de cristal entre medias. Por esa razón, cada vez que el ascensor bajaba o subía, un conjunto de láseres que operaban en frecuencias variables escaneaba su interior en busca del patrón facial correcto. Tras la confirmación del reconocimiento facial tendría cuatro segundos para disparar.

Se suponía que el buque que hundió siete años antes iba a ser su venganza. Pero aún se hallaba lejos de llevarla a cabo. Solo le dio más incentivos. La culpa no la tenían quienes llevaban a cabo las órdenes, sino la gente que estaba al mando.

Ajustó su sistema óptico, aunque no le hacía falta. Cargó la bala semidirigida en la recámara y la enlazó a su coprocesador balístico. Con un ping de un microsegundo, uno de los láseres calibró la mira para los próximos segundos. Este proceso lo tendría que repetir antes de disparar. Esperaba que el sistema de seguridad de la torre no lo detectara.

Se había tumbado boca abajo con el dedo índice por encima del gatillo. Solo estaban el rifle, la torre y él. No existía nada más.

¿Eran los aerovehículos más seguros que las limusinas blindadas? Era discutible. Si el motor de un coche se averiaba, este se paraba y ya está. No se podía decir lo mismo de un aerovehículo. A pesar de ser el jefe de seguridad, Stanley no era puntilloso con su propia seguridad. Los años en el ejército lo habían entrenado para alejarse de cualquier amenaza potencial y de abordar la seguridad utilizando las estadísticas. Después de todo, el diablo se escondía entre los datos. De todos modos, para moverse por la ciudad prefería mil veces ir en coche a terminar atascado en un aerovehículo sin espacio para aterrizar.

Se bajó delante de la sede central de Militech; la entrada había sido diseñada para anular la actividad de los francotiradores potenciales. Los elementos defensivos estaban disfrazados ingeniosamente como adornos, como la fuente de aspecto majestuoso o la placa conmemorativa de casi cuatro metros de alto con los nombres de los trabajadores que murieron siete años antes en la guerra de Unificación.

Entró en el recibidor principal, enseñó su identificador y pasó por el arco de seguridad, haciendo oídos sordos a las protestas de los guardias. Lo apresaron, casi derribándolo al suelo antes de arrastrarlo por el escáner. Dos guardias que estaban más lejos empuñaron sus rifles de forma preventiva.

Eso ya se había convertido en una tradición. Siempre intentaba colarse por el arco de seguridad y siempre lo detenían y lo escaneaban, sin excepciones. Sabían perfectamente de quién se trataba, llevaban años viéndolo todos los días. Él mismo ordenaba estos procedimientos y despedía sin piedad a quienes mostraban problemas para inspeccionarlo.

Todo en nombre de la seguridad basada en datos.

—Seré franca, Katsuo-san. No podemos aceptar un pacto basado, como mucho, en suposiciones vagas. No existe ninguna diferencia en ofrecer el diez o el veinte por ciento del acceso a algo que no se sabe lo que es. Sin conocer los términos del acuerdo, no podremos saber si Arasaka termina cumpliendo con su parte. Nos pondría en una situación incómoda.

—La situación incómoda de Militech es ya una realidad. El proyecto Aeneas se basa al cien por cien en tecnología de Arasaka.

—Tecnología que falló en el incidente del 62.

—Hemos tenido tiempo suficiente para tapar nuestras debilidades y mejorar las protecciones necesarias.

—El mismo que el otro bando —respondió Milena con calma—. Supongamos que nos han superado en potencia computacional, inteligencia artificial, velocidad de implementación de soluciones e incluso en creatividad. Por eso tenemos que saber contra qué nos enfrentamos. Katsuo-san, ustedes están operando bajo la suposición de que el otro bando alberga buenas intenciones, cuando la experiencia nos dice lo contrario.

—Por eso hemos adoptado medidas defensivas adicionales: filtrado, rompecircuitos varios y todo lo que hemos creído necesario —replicó Katsuo con igual compostura—. Además, por supuesto, de aislar por completo la ubicación del experimento.

Necesitaba ya un descanso rápido; llevaba esperando media hora. Se puso de pie, hizo unas sentadillas y otros ejercicios básicos antes de cerrar los ojos. Supervisaba semiconscientemente cómo sus sistemas integrados ejecutaban un procedimiento de relajación total de los músculos de su cuerpo, aunque sin prestar mucha atención. Lo único que importaba era la misión. Sabía que el objetivo podría aparecer en la zona vigilada en cualquier momento. Estaba corriendo un riesgo calculado.

Pasados treinta segundos volvió a su posición y se reunió con su arma. Entero. Además de la bala semidirigida que tenía en la recámara, tenía otras tres del mismo tipo esperando en el cargador, inactivas, como plan B, a

pesar de que no las iba a necesitar. Zor solo veía la mitad superior de la torre, por lo que solo contaba con veinte segundos para disparar. El tiempo de vuelo de la bala era algo menos que cuatro segundos. Si fallaba, cargar la próxima bala, vincularla, calibrar la mira y disparar otra bala que fuera a tardar otros cuatro segundos sumaría un total de veintitrés segundos. Es decir, o lo conseguía con la primera bala o fracasaría. Dos kilómetros, una distancia que estaba peligrosamente cercana al alcance máximo efectivo del rifle. Cualquier pequeña alteración en la trayectoria de la bala provocaría un fallo por bastante margen. Le vendría bien contar con ese segundo disparo.

La suma de la distancia con la luz que se reflejaba del cristal y las ondulaciones que había fuera del espectro visible emborronaban su percepción. Se dio cuenta de que no podía contar con un impacto directo. Sustituyó la bala de precisión de la recámara con su contrapartida explosiva. En una fracción de segundo haría papilla a todo lo que estuviera dentro del ascensor. No quedarían cuerpos que recuperar.

—¿Y si no basta? ¿Y si el otro bando resulta ser hostil? Si eso ocurre, deberíamos contar con todas las medidas de seguridad que podamos. Deberíamos estar unidos en defensa.

—¿Adónde quiere llegar? ¿Qué es exactamente lo que nos está pidiendo?

Milena dudó, a pesar de que había ensayado su siguiente frase.

—Queremos que nuestros investigadores participen en el proyecto Aeneas.

Katsuo se quedó mirándola durante unos instantes.

—Me temo que eso no es posible.

No esperaba otra respuesta. Si ella hubiera estado en el lugar de Katsuo, habría dicho exactamente lo mismo, o se habría retirado antes de la negociación.

Habría matado por un cigarrillo, pero eso también era imposible. Intentó repasar si había algo en el comportamiento de Katsuo que revelara su papel en el intento de secuestro que ocurrió dos días antes. A pesar de su talento,

experiencia e innumerables implantes, no podía leerlo. Era una página en blanco.

Y si no fue él, ¿quién?

¿Stanley?

Siempre era amable con el personal de hostelería, pero nunca coqueteaba con ellos. Frecuentaba el bar de la planta baja y pedía con cortesía. Daba buenas propinas. Las comidas no eran muy saludables, por lo que solo se permitía desayunar. Su excusa, que el desayuno tenía que estar cargado de calorías. Comía sano a partir de la hora del almuerzo. El pico de actividad de Stanley era más nocturno que diurno. Trabajaba hasta tarde y se levantaba tarde. Eso no le perjudicaba, porque Militech tenía sedes por todo el planeta. Para él no era raro recibir llamadas a cualquier hora. Pero hoy no era un día de esos. Hoy todo iba a ir según el plan. Terminó su delicioso y poco saludable montón de tortitas bañadas en sirope de arce y subió en ascensor a su despacho.

Desde el umbral de la puerta de la sala de máquinas podía ver las treinta plantas más altas de la torre. Estaba relativamente bien escondido de los drones patrulla del NCPD. Podría salir fuera, colocarse contra la repisa y tener línea de visión de las cien plantas, lo que le posibilitaría un segundo disparo. Pero era demasiado arriesgado, los drones lo reconocerían en menos de un minuto. Riesgos… La misión no es que fuera arriesgada, era un suicidio. En cuanto apretara el gatillo, los sistemas militares o de defensa corporativa tardarían menos de un minuto en seguir la trayectoria de la bala hasta su posición. ¿De cuánto tiempo disponía para huir? No lo haría. El propósito de su existencia terminaría en el mismo momento en el que acabara con la vida de su objetivo. Sabía que no podría devolver a la vida a Nicole y a Brad; nada podría. Pero este hombre tenía que pagar por sus crímenes. Al igual que los secuestradores de Juliena pagarían por los suyos.

Debería estar centrado en lo que tenía delante y no permitir que su cabeza se pusiera a divagar. Aun así, mientras apuntaba con el rifle en lo

alto de la torre, era incapaz de localizar el odio puro e irreflexivo que solía sentir contra el hombre al que estaba a punto de asesinar. Quería acabar con su vida, era perfectamente capaz de hacerlo, pero por alguna razón ese objetivo ya no lo era todo. Y no, no era porque ese cabrón fuera a morir en una fracción de segundo sin saber por qué. Juliena. No la conocía, pero no era capaz de dejar de pensar en ella. Una cosa estaba clara, si completaba la misión, las opciones que tenía Zor de sobrevivir eran casi nulas. Entonces ¿quién la rescataría? ¿Ron? ¿Aya? ¿Quién conseguiría el dinero para reparar los implantes de Aya? Podía verlos como si estuvieran delante, esa banda improvisada de lamentables marginados. No encajaba nada de lo que les había pasado. El plan original de Warden solo se completó por un golpe de suerte.

Tenía que dejar de pensar en ello.

¡¿Cómo cojones iba a dejar de pensar en ello?! Le sudaban las palmas de las manos. ¿Se había estropeado su control de temperatura corporal? No. No podía hacerlo. Estaba sufriendo un ataque de nervios. Algo natural, totalmente natural. Se le pasaría en cualquier momento.

—¿Es consciente de las consecuencias a las que nos enfrentaríamos si el proyecto saliera a la luz? —La pregunta era un error enorme que decidió cometer a propósito.

—Si ocurriera, la naturaleza de nuestras negociaciones también quedaría al descubierto. —Katsuo no cambió el gesto—. La de verdad, no la tapadera de la cooperación en África. Llevamos un mes hablando, lo que significa que Militech lleva conociendo la existencia del Proyecto Aeneas por lo menos todo ese tiempo. En lugar de avisar a las autoridades competentes, lo único que han hecho es intentar conseguir su trozo del pastel. Me temo que su amenaza de revelar el secreto ha perdido su filo.

Se levantó. Milena lo imitó. Katsuo hizo una pequeña reverencia con la cabeza y se dirigió a la puerta.

Un segundo café lo ayudaría a centrarse. Prefería los métodos naturales. Contaba con un arsenal de sustancias intraorales que podía pedir con una orden mental, pero no las usaba si no era absolutamente necesario. El café le iba a valer.

Stanley se sentó inmóvil con los dedos entrelazados sobre la mesa mientras leía detenidamente el informe de progresos de un proyecto al que solo él tenía acceso. Los acontecimientos estaban llegando a un momento clave. No importaba que lo leyese allí o en su despacho que estaba cien plantas más arriba. Todo lo demás podía esperar.

Le dio otro sorbo al café.

Pasaron veinte minutos más. Todavía nada. Necesitaba otra regeneración. ¿Y si el objetivo aparecía en ese momento? Sus capacidades de combate y su puntería se deterioraban con cada minuto que pasaba. Necesitaba una pausa.

Zor dejó el rifle a un lado, cerró los ojos y repitió sus ejercicios básicos. ¿Treinta segundos? Podría dejarlos en veinticinco. No, acortar el protocolo nunca acababa bien. Tenían que ser treinta, ni más ni menos. Pero ¿tendrían efecto con tanta presión? ¿A pesar de todos esos pensamientos que le inundaban la cabeza?

Eliminar al objetivo. Sin miramientos.

Salvo que la venganza solo era algo noble en los cuentos. El coste era mucho, muchísimo más alto en la vida real. No solo por quien se vengaba, sino por sus seres queridos.

Juliena no es un ser querido. Céntrate.

Pero ¿qué era Aya?

Podía salir de la sala de máquinas en cualquier momento y conseguir ese tiempo extra que necesitaba para el segundo disparo. No tendría un colchón sobre el que tumbarse, pero el ciberware que Ron le había instalado podía darle una rigidez total exceptuando a los músculos y articulaciones

necesarias para apuntar y disparar. Tenía la opción y tampoco es que planeara su huida.

Hasta ese momento.

Stanley pagó por su café y dejó la propina acostumbrada. El sujeto se había vuelto difícil de dirigir, pero ese era el objetivo principal, que tuviera autonomía. Las pruebas de laboratorio, las simulaciones…, nada funcionaba. Había que correr riesgos. Stanley no ejercía ninguna influencia porque no la quería. Preocuparse era absolutamente innecesario.

Sin ninguna prisa, caminó hacia los ascensores.

¿Qué era lo que le carcomía? ¿Que el hombre que intentó secuestrarla, puede que incluso matarla, estuviera a punto de morir? ¿Qué la negociación hubiera sido un fracaso? Había empezado con unas posibilidades muy escasas. ¿O era porque esto marcaría el final? De todos modos, lo más seguro era que Militech no planease mantenerla en plantilla mucho más tiempo. Al cuerno con todo. Estaba harta de ese trabajo.

El resto de su vida. ¿Cuánto era eso? ¿Treinta años? ¿Cuarenta? ¿Unos minutos?

No tener metas ni retos era igual que la muerte. Era una pena que no le hubiera preguntado a Zor qué se hace cuando lo alcanzas. Tu objetivo. Si alguien lo sabía, sería él.

Cruzó el pasillo. El joven asistente, cuyo nombre jamás descubrió, la esperaba detrás de las puertas. Era amable, pero de una forma que imposibilitaba negar sus gestos o responderlo de forma descortés, y que al final la obligaba a prestarle obediencia. Cuando le indicaba el camino al ascensor, simultáneamente se posicionaba para bloquear la salida en cuanto ella lo adelantaba. Era innecesario, pero seguía la costumbre. Aunque jamás la habría tocado, sentía como si mentalmente la empujara hacia delante, llevándola a ir más rápido. Aun así frenó sus pasos.

Katsuo la esperaba delante de los ascensores.

Sorprendida, sus pasos perdieron su ritmo en un breve espacio de tiempo. Ya era demasiado tarde, porque él ya lo había notado. ¿Y qué más le daba? La negociación ya había concluido.

—Esta es la última vez que nos vamos a ver —dijo—. Me gustaría despedirme compartiendo con usted el paisaje de Night City a setenta y cinco metros de altura.

El asistente se acercó. Katsuo le habló rápido en japonés. El asistente le respondió de la misma forma. El joven se acercó, pero Katsuo lo detuvo al extender su mano. La palma de Katsuo y el pecho del asistente solo estaban separados por apenas un par de centímetros. Se quedaron quietos unos momentos, ninguno de los dos quería ceder. Por primera vez, el semblante de Katsuo parecía mostrar algo parecido al enfado.

Al final, el asistente se retiró con una ligera reverencia. Milena entendió lo que acababa de pasar. El asistente quería acompañar a Katsuo al ascensor, después de todo, era su deber. Pero Katsuo lo rechazó. El resultado era inevitable, porque cabía duda de quién tenía más autoridad de los dos, aunque por alguna razón el ritual tenía que llevarse a cabo. Milena era una mera observadora, pero sintió la intensidad de sus emociones. Seguramente el asistente terminaría sufriendo las consecuencias de sus acciones. En Militech y otras corporaciones occidentales, las reglas podían moldearse, cambiar y adaptarse a las necesidades. En Arasaka parecían sagradas y casi opacas, como si estuvieran sumergidas en siglos de tradición.

—¿Estaba preocupado por su seguridad? —preguntó cuando se fue el asistente, cabizbajo.

—No dudo que mi muerte fuera motivo de celebración en Militech. Pero veo imposible que fuera usted quien la llevara a cabo. No le mentiré, la investigamos a fondo antes del comienzo de nuestras negociaciones.

Por eso me eligió Warden, pensó Milena. Sencilla, común, alguien que no represente una amenaza.

Se abrieron las puertas del ascensor. Katsuo la invitó a entrar. Dudó durante una fracción de segundo, jamás había sentido tanta tensión en su vida. El paisaje irreal de Night City comenzó a extenderse delante de sus

ojos, incluido Heywood. Sobre todo las zonas con edificios de viviendas de treinta pisos de altura.

¿Cuánto le quedaba de vida? ¿Medio minuto? ¿Un cuarto?

No tenía sentido quedarse ahí, debía eliminar al objetivo. ¿Quién decía que él también tenía que morir? Podía dejarlo todo atrás y esconderse en algún sitio, probablemente con los Nómadas. Por lo menos durante meses. O para siempre. Aya tendría que apañárselas sola.

Coincidencia encontrada.

Tenía el dedo muy cerca del gatillo. Su pulso cardiaco no cambió ni un ápice. Tenía todo bajo control. En su cabeza, la cuenta atrás ya había comenzado. Seis segundos.

El ascensor bajaba. Era el momento que había esperado durante años. Solo le quedaban tres segundos para terminar para siempre. ¿No debería sentir algo? ¿Emoción? ¿Alegría?

Coincidencia encontrada. Tres segundos.

Por fin vengaría la muerte de su mujer e hijo, cuyas caras estaban emborronadas como si se encontraran entre una densa niebla. Dejaría a Aya a su suerte. ¿Se reducía todo a este momento? ¿Todos esos años de permanecer escondido, de trabajos de mierda, de insectos, mugre y escoria?

Coincidencia encontrada. Tres segundos.

Aya tendría que apañárselas sola.

Dos seg…

Apretó el gatillo.

—Lo ha hecho…

—Confirmado.

—Ha… ¡ha funcionado!

—Insistió en acelerar el proceso más allá de los límites aceptados… Y consiguió lo que quería.

—¡¿Y?! ¡Ha funcionado!

Las lecturas fluctuaban como locas y se acercaban peligrosamente al límite crítico, pero manteniéndose justo por debajo.

—Todo está en orden —reafirmó OP3 emocionado—. Los indicadores son altos, pero están dentro del baremo. Los inhibidores de cortisol están en espera.

—Ha funcionado de verdad… —repitió OP2.

A pesar de su emoción, todavía tenían que contener la situación. Comprobaron todo lo que podía ir mal y vigilaron con inquietud los monitores, mientras filtraban flujos de datos en sus campos retinales a través de sus neuroenlaces. Poco a poco empezaron a convencerse.

El proyecto había sido un éxito.

—Tenemos veinte segundos de conversación segura —dijo Katsuo.

—¿Qué está…?

Milena tenía dificultades para pensar. No conocía el plan de Zor, solo suponía que usaría a un francotirador con munición guiada.

—Dieciocho segundos —dijo Katsuo—. La invito a cenar a casa. Tráigase a su marido, pareja o cualquiera que sirva para no levantar sospechas. A las siete. Aquí tiene la dirección y el código de entrada.

Le puso un trozo de papel en la mano. Sorprendida, Milena lo metió en el bolso. Era incapaz de concentrarse. En cualquier momento iba a aparecer un agujero en el cristal. Se preguntaba si era peligroso estar tan cerca de Katsuo. Puede que por la metralla.

—Gracias. —Evitó mirarle a los ojos—. ¿Puedo preguntarle el motivo?

Por suerte, sus nervios no eran palpables. Tenía todo el derecho de mostrarse sorprendida.

—Hay algo que puede ofrecerme y que puede dar lugar a una cooperación entre Militech y Arasaka. Solo usted lo tiene.

Miró los edificios achaparrados de Heywood, perfectamente visibles desde el doble acristalamiento. Hacía un tiempo espléndido. Sus ventanas, antenas y revestimiento en cromo, señales de una elegancia pasada, brillaban al sol.

Sus sistemas ópticos hicieron zoom en la bala en tiempo real, mejorando su visualización de la trayectoria. El objetivo del ascensor era un borrón pixelado resaltado con una forma rectangular. Lo único que tenía que hacer Zor era mantener la bala y el rectángulo en su campo de visión. Había otros rifles de francotirador con los que podías disparar y olvidarte, pero este te obligaba a guiar la bala hasta el final.

El proyectil de oro mate volaba hacia el ascensor a cámara lenta. El potenciador de reflejos de Zor ralentizaba todo por diez o por veinte, como si estuviera sumergido en un líquido denso. El láser de su rifle se movía constantemente y ajustaba la trayectoria de la bala según las proyecciones del viento y demás objetos que se encontraban en el aire.

En quince minutos, las divisiones corporativas de Arasaka y el NCPD irían en su busca. No solo no tenía plan de huida, sino que ni siquiera disponía de un vehículo en el que escapar. No, no iba a bastar con darse a la fuga. Ni de lejos. Incluso si por algún milagro conseguía mantenerse al margen de todo, encontrarían a los demás. Tampoco les iba a resultar tan difícil. Y no sobreviviría ninguno.

La bala se acercó a la forma rectangular parpadeante. Medio segundo, lo que se traducía en unos pocos en tiempo acelerado. Más tiempo para dudar. Una muerte rápida y repentina de una bala no da mucho tiempo para pensar. No puedes saber en qué te equivocaste o qué hiciste para merecerla. Ni siquiera te das cuenta de que has muerto. No es más que una muerte instantánea y en la ignorancia. No, eso no era lo que buscaba Zor. Tenía que morir sabiendo quién acababa con su vida. Y por qué. Para ello necesitaría verlo cara a cara. Pero ¿cómo?

Medio segundo. Suficiente para pensar. No lo necesitaba, ya se había decidido.

Movió la forma rectangular del objetivo hacia el océano que se entreveía en el hueco de las torres.

La lluvia negra golpea la luna del vehículo. Buques negros como el carbón, más oscuros que el agua de Bahía Coronado. ¿Cuál de ellos lanzó el proyectil? ¿Cuál es el responsable de este infierno? No hay manera de saberlo. No hay manera de saber dónde está el hijo de puta que pulsó el botón rojo que provocó la muerte lejana e instantánea. No hay manera de saber quién eligió el objetivo, quién armó los misiles. Todo el mundo era culpable: quienes se encargaron de la ingeniería del buque, del control del tráfico aéreo, de dar de comer a la tripulación. Todos le arrebataron a Nicole y a Brad.

—¡Aterrice inmediatamente! —La voz de su comandante se abre camino por las interferencias.

La lluvia negra golpea la luna del vehículo, negra por el hollín. Tornados refulgentes coronan los edificios de apartamentos, de casi un kilómetro de altura, puede que dos, con una nube negra por encima, visible porque tapa todas las estrellas. De la nube negra cae la lluvia negra, humedad condensada, convertida en vapor por el fuego. La humedad del suelo. La humedad de los cadáveres. Humedad que deja rastros negros y aceitosos por el cristal.

Elige el buque más cercano. Seis misiles deberían bastar. No tendrá tiempo para reaccionar. Son antiguos, pero no podrá hundirlos todos. Con dos impactos es suficiente.

Mira con aversión la mano que sujeta la palanca de mandos. No se puede imaginar ningún otro sitio en el que estar. Se encuentra trescientos metros por encima de su apartamento engullido por las llamas, como muchos otros. Una conflagración devastadora. No hay ningún otro momento ni ningún otro lugar en el que deba estar. En cuanto pulse el botón, tendrá menos de un minuto de vida. Minuto y medio, sí, en cuanto su salva de misiles impacte, se da inmediatamente la vuelta y empuja el acelerador.

Pero ¿qué son unos segundos de vida comparados con poder contemplar cómo explota un buque de Arasaka?

Con el pulgar abre la tapa protectora de la palanca de mandos. Apunta, confirma el objetivo, respira hondo tres veces y pulsa el botón.

No hay un botón de disparo. Solo hay una superficie lisa de plástico duro.

12

Su madre sonríe, le tiende la mano para sujetarlo por si pierde el equilibrio y se cae. Está aprendiendo a andar. Puede que sean incluso sus primeros pasos. Si no fuera por el proceso de lectura de recuerdos que se está ejecutando en segundo plano, jamás habría tenido acceso a estos primeros momentos. A medida que se adentra y escarba en ellos, van aflorando recuerdos de su infancia, como un olor, algo que surge desde las profundidades de su memoria y se vuelve más potente cada pocas horas, sobre todo cuando entra en un estado de duermevela.

Ya no se permitía dormir de verdad. Era una pérdida de tiempo, un recurso cada vez más escaso. Su banda improvisada estaba llamando demasiado la atención. Inconscientemente, Albert aprendió con los ciberterminales que el hecho de que algo no se vea no significa que no exista. Si la mitad de la ciudad estaba buscando un contenedor de un valor incalculable que había robado una panda de novatos de tres al cuarto, las probabilidades de que los atraparan eran extremadamente altas. No solo por el hecho de que todos quisieran hincarle el diente a lo que hubiera dentro del contenedor, sino también para acabar de raíz con los nuevos antes de que se volvieran demasiado poderosos.

A Albert le daba igual el poder. Solo quería tiempo para acabar el Taran, lo que significaba que estaba obligado a conseguir más dinero y mejorar la seguridad. Tampoco quería mucho, a lo sumo una semana o dos. Después no necesitaría nada más. Al menos no del espacio real.

Echaba de menos a su madre. No, olvida eso. Piensa en algo útil, algo productivo.

Triangulación. Una palabra que Albert había aprendido gracias a las extracciones de datos. El concepto mismo lo intrigaba, le daba una manera

sencilla de localizar cualquier punto en el ciberespacio. Incluso llegó a escribir un script que usaba una red de transmisores capaz de triangular cualquier dispositivo que emitiera una frecuencia concreta. Debido a las limitaciones de los transmisores, la precisión no era exacta, pero suficiente para que Albert pudiera saber dónde se encontraba el dispositivo que le interesaba. ArS-03. Si se podía detectar desde esta distancia, debería tener un transmisor sólido.

Ahora que había descubierto lo que era, darse cuenta de que el ArS-03 podría ayudarlo a llevar a cabo su plan lo llenaba de satisfacción. Ahora que lo pensaba, llevaba mucho tiempo sin sentirse así de bien.

Heywood. El café era incluso peor de lo que esperaba, pero no había venido a eso.

—Podría haber muerto hoy. —Milena dio un sorbo y torció el gesto. Era tres veces peor que el de su oficina—. También habría sido mi culpa. Me metí en un ascensor del que podría no haber salido. —Se paró un momento a pensar en lo ocurrido—. Me llegó a resultar un pelín emocionante, pero ahora todo me parece patético. Al final no pasó nada, aunque puede que me despidan.

—¿Te gusta tu trabajo? —preguntó Aya.

—Me gustaba. La cagué bastante. No gané, pero tengo posibilidades de minimizar las pérdidas. Puede que solo sean ilusiones. Oye, ¿qué haces…?

Aya se miró la mano que agarraba con fuerza la taza de café. No podía soltarla. Se sujetó la muñeca con la otra mano. No le sirvió para nada.

—No… no puedo…

La taza se rompió y dejó toda la mesa perdida de café. Su mano volvió a ser funcional.

—Lo siento —susurró Aya.

—Pero ¿qué te ha pasado? —Milena cogió la mano de Aya y miró si se había cortado—. ¿Es esto de lo que hablaba Zor?

El camarero no necesitó una señal para acercarse a limpiar la mesa y traer otra taza de café. La corpo vestida de manera impecable

probablemente ganaba más en unos minutos que él en un día entero. Le sirvió a Aya otro café, esta vez en un vaso desechable.

—Es una larga historia. —Aya sacudió la cabeza con suavidad.

—No tengo prisa. —Milena esbozó su sonrisa sutil, marca de la casa. —¿Has perdido alguna vez un montón de dinero?

—Sí. Una vez me puse enferma y no podía trabajar… Me gasté todos mis ahorros.

—¿Cuánto?

—Unos doscientos edis.

—Yo hoy he perdido once mil millones.

Aya se quedó de piedra delante de su nuevo vaso.

—No eran míos, claro. —Milena metió el cigarrillo en la boquilla y lo encendió—. Pero esa estimación es muy a la baja. No tengo ni idea de lo altas que pueden llegar a ser las pérdidas.

—Nunca te pregunté en qué trabajas.

—Negociaciones.

—Yo soy bailarina de barra. O solía serlo…

—Eso está en el pasado. Esa parte de mi vida ha acabado. Puede que pienses que estoy exagerando, pero al final nuestros trabajos no se diferencian tanto. Ganamos lo que alguien está dispuesto a pagar.

—Entonces soy tonta por usar mi cuerpo para ganar dinero, ¿te refieres a eso?

—Puedes ganar dinero como te dé la gana. Lo que estoy diciendo es que llegó el momento de cambiar. Se han abierto nuevos horizontes. Solo tenemos que seguir el camino.

—¿Te refieres a la banda improvisada? —Aya empezó a decir que no con el cuerpo—. Lo único que quiero es encontrar a Juliena.

—La banda es nuestra lanzadera, nuestra mejor oportunidad. Yo ayer estaba en contra. Pero ¿ahora? Ya no lo sé. ¿Tienes algún plan mejor?

—Te lo he dicho. Quiero encontrar a Juliena.

—¿Tú sola? —Milena exhaló una nube de humo hacia arriba y lanzó una carcajada inquieta—. Créeme, no quieres hacerlo sola. Hay muchos factores que pueden salir mal. En Night City, las presas más fáciles son las que van solas, las que carecen de amigos poderosos, como una corporación

o una banda. Lo que cuenta no es quién eres, sino de qué formas parte. ¿Por qué crees que la policía os dejó marchar? ¿Se aburrieron de vosotros?

Aya encogió los hombros. Se llevó el vaso a los labios con la otra mano.

—No tenían pruebas… —respondió—. Al menos daba esa sensación.

—A mí me da que alguien te sacó porque te necesitaba.

—Warden…

—Alguien que está más arriba. Puede que alguien para quien trabaje.

Aya suspiró y dio dos sorbos a su café.

—Cuando era pequeña, tenía un montón de amigos. Hará quince años de eso. Todos los días salíamos a la calle a jugar. Siempre había peleas de bandas, pero nos daba igual porque no iban con nosotros. Pero un día, una bala perdida alcanzó a un chico pelirrojo. Ahora no me acuerdo de cómo se llamaba. Desde entonces, empezamos a tener más cuidado. En cuanto oíamos disparos o veíamos que un coche se acercaba despacio, nos íbamos. Un día llegaron dos coches, el tiroteo debió de haber durado varios minutos. Cuando se calmaron las cosas, nadie salió del edificio. Esperamos, pero los coches se quedaron ahí parados. Hasta que llegó el momento en que no pudimos aguantar más. Cuatro o cinco de nosotros nos metimos dentro. Había cadáveres por todas partes, estaban llenos de disparos. Nos habríamos marchado de ahí si ese lugar no hubiera estado abarrotado de terminales, del tipo que usaban los militares. Seguían intactos. Empezamos a jugar con ellos, era lo más chulo que habíamos visto nunca. Solo tenía diez años, pero tenía que haber sido más precavida. Mi familia no tenía mucho tiempo para mí. Mi padre murió en un accidente en la fábrica y después la diabetes acabó con mi madre. Tuve que apañármelas sola. Hasta ese momento no sabía cómo funcionaba el mundo. Lo único que recuerdo fue un destello. Perdí las manos y los pies. La explosión eléctrica cauterizó las heridas, si no, me habría desangrado. Mis amigos huyeron y me dejaron a mi suerte. Viví así durante un año… Todavía no tengo claro cómo comía, bebía o me vestía. El cromo que me implantaban siempre se rompía. Fueron tiempos oscuros, los oculté muy dentro de mí. Pero siempre recordaré a la gente que me ha ayudado; no me refiero a mis amigos del barrio, sino a completos desconocidos que lo hicieron sin esperar nada a cambio. La señora Newell y su marido. Ellos me dieron esto. —Levantó la mano y

movió los dedos. En ese momento funcionaban perfectamente—. Me dieron la oportunidad de vivir una vida normal.

—Y por eso cuidas a Juliena —dijo Milena.

Aya se quedó pensativa.

—Puede —asintió—. Nunca lo había visto así. Solo sé que hubo gente que me ayudó porque era buena. En Night City eso suena a fantasía, pero es la verdad. Me aferro a la amabilidad. Supongo que puedes hacerte a la idea tú misma del resto. De todos modos, te contaré algo que quiero que quede entre nosotras. El ciberware de Militech fue una oferta que no pude rechazar. —Levantó las manos, que parecían totalmente orgánicas—. No fueron gratis. De vez en cuando tengo algunos encargos.

—El sitio de los terminales. —Milena la miró con mucha tensión—. ¿Estaba en un escondite de los Hijos del Vudú?

—Creo que sí. Seguro que eran Hijos del Vudú. No pude verlos bien. Pasaron unas semanas hasta que fui capaz de recordar algo de lo sucedido. En el hospital solo me acordaba de mi nombre. —Milena se acercó a Aya y le dio un abrazo muy fuerte.

—Y yo que iba a contarte mis penas.

—¡Los tengo! —gritó Albert. El conector del ciberenlace de la parte trasera de su cabeza se desenchufó automáticamente.

Desde el sofá, Zor dejó de mirar al techo y se centró en él.

—Ya era hora.

—Solo asigné un hilo de los treinta para esa tarea.

—Eso no se lo cuentes a Aya.

Zor se levantó y se acercó a la silla de Albert.

—¿De quién se trata?

Albert señaló la pantalla e introdujo un pequeño comando en el teclado auxiliar. Apareció una ventana con un vídeo de una cámara de vigilancia. Albert amplió un montón de basura que había en un edificio antiguo de ladrillos. Aparecía una mujer con un mono de cuero muy ceñido arrodillada y abrazada a un hombre sentado con las piernas cruzadas delante de la

pared. Su cuerpo se estremecía cada pocos segundos. A su lado también estaba un hombre alto y con poco pelo enfundado en un abrigo de cuero.

—Así es como me encontraron —explicó Albert—. El tipo del suelo es su netrunner.

Un coche patrulla del NCPD se acercó y aminoró la marcha, pero no se detuvo. En ese momento, el hombre del abrigo se dio la vuelta. En la frente tenía instalado un sistema óptico con siete luces rojas.

—Maelstrom —dijo Zor—. Sacudimos su avispero en el Distrito Industrial Norte después de asaltar el almacén.

La mujer apartó el pelo blanco y húmedo de la frente del chico y lo ayudó a levantarse. Los tres se metieron en un Villefort negro y se marcharon. La grabación terminaba ahí.

—*No saben quiénes somos. Eso nos da ventaja. Su netrunner es un chavalín con equipo de clase uno. Un insecto comparado con nosotros*.

Dum Dum escuchó lo que Dixie decía mentalmente y después respondió:

—*Yo no estaría tan seguro*.

—*Ser conservadores sería exagerar demasiado* —apuntó Karla.

—*Puede que sí, puede que no*.

Dum Dum escaneó a Zor rápidamente antes de que se cerraran los ascensores. No encontró ningún ciberware de combate, pero en su cabeza tenía algo muy importante: un implante que Dum Dum jamás había visto antes, y Dum Dum sabía de cromo.

Se sentó cerca de la ventana mugrosa con un vaso de batido de pienso y miró los Muelles de Arasaka desde el vigésimo piso. Había mucho movimiento de barcos. Las tripulaciones bajarían a Night City de noche, a visitar los clubes más famosos. Había que recordarles a los taxistas para quién trabajaban. A ellos, a los coches autónomos y a quienes programaban el algoritmo. Si alguien pedía que le llevasen al mejor club de la ciudad, este debía ser de Maelstrom.

Dixie se puso en el terminal y empezó a enviar las órdenes. Los chicos de abajo podían encargarse de las tareas mundanas. Aquí arriba tenían cosas

más importantes de las que ocuparse. Para conseguir el contenedor merecía la pena delegar otras cuestiones, aunque resultaran en una pequeña caída en los ingresos. Tenían que ser inteligentes y discretos. Renner no se merecía ningún respeto, pero empezar una guerra en el sur de Night City no le interesaba a nadie.

Karla practicaba su arte marcial favorito, de creación propia. Corte de cuerpos. Las puntas de sus cuchillas apenas penetraban la silueta del maniquí holográfico, provocando heridas superficiales hasta que ella saltaba y se colocaba fuera del alcance de las cuchillas de su rival ficticio. Ninguno de los cortes era letal, pero si acumulaba suficientes, la pérdida de sangre acababa con cualquier oponente, sin importar su tamaño.

Dum Dum la miraba. A pesar de que entrenaba desnuda, verla no le excitaba en absoluto. En un mundo en el que podías tener de todo, era difícil disfrutar de nada.

—*Un arte marcial perfecto para un maniquí holográfico* —dijo mentalmente.

Karla sonrió todo lo que le permitía su cara cibermodificada.

—*Ya llegará el momento y verás lo que puedo hacer*.

Dum Dum levantó la vista hacia Dixie.

—*Vamos. Llegó el momento de hacer nuestra oferta*.

El taxi Delamain se abría paso por el tráfico. Milena ojeaba los informes en su tablet. Estaba familiarizada con ellos, pero solo había estudiado los que guardaban alguna relación con las negociaciones. Ahora los examinaba con mayor detenimiento, parándose en detalles que antes le habían resultado de poco interés. Por fin, encontró lo que buscaba. Lo que vio le hizo contener el aliento.

—*Hemos llegado a su destino*. —El amable acento de la IA la sacó de su ensimismamiento—. *Gracias por haber elegido Delamain. Le deseamos que pase un buen día*.

Salió hacia el calor abrasador y los últimos metros casi los cruzó corriendo. Después bajó las escaleras y abrió la puerta.

—¡Recojones! —espetó Ron—. Puta cerradura…

—No contestas mis mensajes —dijo Milena.

—Oye, ¿no ves que estoy ocupado? —Señaló a la mujer que descansaba en la silla. Estaba inconsciente, tenía cables conectados a sus brazos y cabeza. En lugar de la cara, tenía una apertura de metal con ranuras de montaje—. Cierra la puerta y echa el cerrojo.

Hizo lo que le pidió y se acercó.

—¿Cómo hizo Warden para meterte en el ajo? —preguntó—. ¿Con qué te chantajeó?

—Eh, mmm…, cosas que me avergüenzan del pasado. Lo típico. —Ron quiso cambiar de tema con un gesto, pero sus manos estaban vinculadas a los manipuladores que tenía dentro de la cabeza de su paciente. Cerca había varias cajas abiertas con implantes ópticos y mandíbulas.

—Dijiste que no ibas a volver aquí —le recordó Milena—. Que los Animales podían reconocerte.

Ron arqueó las cejas.

—Bueno, pero tengo que comer, ¿no? —dijo después de una pausa—. ¿A qué has venido? Pensaba que hoy era el día más importante de tu vida o algo así.

—Ya he terminado por hoy. Pensaba que me iban a despedir para siempre, pero…, bah, da igual. Escucha, en el 62 ocurrió un incidente… —Cerró los ojos y maldijo por lo bajo—. Esto es información confidencial… ¿Puede oírnos?

—¿Ella? No —dijo con firmeza—. Pero yo sí que puedo, alto y claro. Y te diré que no quiero saber nada que alguien pueda usar en mi contra.

—No te pondré en peligro. —Negó con la mano—. Bueno, mejor dicho, el peligro en que puedas estar no va a importar demasiado. Sin entrar en muchos detalles, el trato que estoy o estaba negociando está relacionado con un incidente que tuvo lugar en 2062. Lo taparon en esa época; artículos y medios lo trataron como una guerra de bandas. Una niña sobrevivió de milagro a la explosión y se tiró varios días en el hospital luchando por su vida. La ciudad lo convirtió en la historia del mes y provocó que la reputación de cierta banda cayera en picado.

—Vale. ¿Y? —Ron preguntó expectante.

—La niña era Aya. —Milena suspiró—. La detonación de PEM se produjo para proteger la Red de una invasión de IA, pero terminó amputándole las manos y los pies. La carga tenía como objetivo freír todos los circuitos en un radio de varios metros para detener la transferencia y… ella estaba allí, dentro de la explosión electromagnética. —Movió la cabeza de lado a lado lentamente—. Y luego está Katsuo, el representante de Arasaka con quien estaba negociando y con el que Zor está obsesionado. ¿Qué coño está pasando aquí, Ron?

Ron tragó saliva.

—Yo… yo estoy casi seguro de que conozco a Zor. Que le conozco de antes. Pero me cago en mi vida, no tengo ni idea de qué…

—Creo que nuestra banda no es tan improvisada como pensábamos. Que nos hayamos conocido no puede ser fruto de la casualidad —estalló Milena—. ¿Qué usó Warden contra ti?

Ron dudó y después dejó la operación. Desenchufó el cable que tenía en la nuca y se acercó a darle un clásico abrazo.

Milena cerró los ojos y dejó escapar un gran suspiro.

Esa era la peor parte. Sentirse impotente. Inútil. Ojalá hubiera algo que pudiera hacer, aunque no sirviera de nada. Cualquier cosa. El mensaje de los secuestradores era claro, pero la cantidad era imposible. Medio millón. Mucho más de lo que Aya podía ganar en toda su vida. Curiosamente era la cantidad exacta que prometió Warden por volver a robar el contenedor. Pero ¿cuándo? ¿Y qué pensarían los demás?

Albert estaba tumbado en su silla, inmerso en el ciberespacio.

Se miró las manos y movió los dedos. Funcionaban bien, por ahora, pero sabía que no sería por mucho tiempo. Los intervalos entre episodios eran cada vez más cortos. Hoy había tenido dos; por suerte, se dieron en entornos seguros. Pero en cuestión de días sus implantes dejarían de funcionar del todo. No era una conjetura, sino un hecho.

Estaba sorprendida. Sorprendida y cabreada. ¿Cómo había pasado el control de seguridad de la planta de abajo, subido veinte plantas y abierto la puerta?

Karla sacó las Garras Mantis, se hallaba lista para atacar. Dum Dum le ordenó quedarse quieta.

—*Solo ha venido a hablar*.

—Ya os pedimos disculpas. —Zor dio un paso al frente para dejar que las puertas se cerraran detrás de él—. Os dimos una parte de nuestro botín.

—Así no funcionan las cosas. —Dum Dum recuperó la compostura—. Si rompes el equilibrio, pagas. Con un castigo acorde a la gravedad del delito.

—Qué raro que robáramos a Militech y que seáis vosotros quienes estéis atacándonos. Yo creo que os hemos hecho un favor. Os hemos demostrado que no tenéis el control de vuestro propio territorio. La culpa es vuestra, no nuestra.

Dum Dum se quedó callado. No se le ocurría cómo responderle, porque Zor tenía su parte de razón. Y encima el tipo se había plantado allí como si fuera el dueño del cotarro. Alguien pagaría por eso.

—Me importan una mierda vuestras disculpas —respondió—, como me importa una mierda la basura inútil que nos disteis.

—No te atrevas a decir que esto es por honor o por principios —dijo Zor sin inmutarse.

—Medio millón por la chica y nos olvidaremos de todo.

—Medio millón es lo que vale un vicepresidente corpo de segunda.

—El mercado es libre. Los bienes tienen el valor que el comprador esté dispuesto a pagar.

Dixie no se había movido del terminal.

—*¿Pido refuerzos?*

—*Solo estamos hablando* —respondió Dum Dum mentalmente.

—No tenemos ni una décima parte de eso —dijo Zor.

—Lo sé. —Dum Dum se cruzó de brazos—. Me vais a pagar de otra forma.

Karla se puso a un lado, tenía las Garras Mantis visibles. Dum Dum le lanzó una mirada reprobatoria.

—*Ya os he dicho que solo estamos hablando. Relájate*.

—Antes tengo que verla —dijo Zor.

Dum Dum ni siquiera se inmutó al abrir la puerta por orden mental. En la habitación maltrecha estaba sentada una niña delgada y morena, absorta con una tablet. Aunque no se parecía en nada a Brad, Zor sintió una oleada de emociones que no podía nombrar. ¿Cómo era la cara de Brad? Recordaba el pelo liso rubio, el columpio… y nada más. Se recompuso. No era el momento de ponerse a pensar en el pasado. A pesar de no haberla visto antes, sabía que era ella, por muy extraño que pareciera. Juliena.

—No le hemos tocado ni un pelo. —Dum Dum esbozó una sonrisa maligna—. Por ahora. Sé que estás pensando que serías capaz de fugarte de la misma manera que viniste, pero yo te puedo asegurar que no tropezaremos dos veces con la misma piedra.

—¿Qué es lo que quieres a cambio?

Dum Dum cerró la puerta con otra orden mental.

—Le robasteis a Militech cierto contenedor gris en Arroyo. Nos lo vais a traer.

—No sabemos dónde está.

—Pues será mejor que empecéis a buscarlo. Mira, no queremos ensuciarnos las manos ni empezar otra guerra. Así que, ¿quién mejor para robarlo que unos fulanos desconocidos? Sobre todo, porque como ya lo hicisteis una vez, seguro que la segunda os resulta más fácil, ¿eh? Si lo hacéis, os devuelvo a la chica, todo el mundo se va por su lado y nos olvidamos de vuestras pequeñas… ofensas.

Milena se tiró la última hora tumbada en el sofá leyendo la documentación del Proyecto Aeneas. Era algo que siempre había tenido al alcance, pero solo había leído lo que le servía para las negociaciones. No había tenido tiempo para leer los otros miles de documentos que no tenían tanta prioridad. Lo único que necesitaba saber es que en la década de 2040 NetWatch construyó el Muro Negro: una barrera impenetrable que protegía

lo que quedaba de la Red de las IA hostiles que se habían propuesto crear el caos. El origen de todo ese estropicio fue Rache Bartmoss, el netrunner legendario que trajo el DataKrash. Cualquiera sabía que la desactivación o destrucción del Muro acabaría con el mundo tal y como lo conocemos. Lo que nadie sabía era cómo iba a ser ese fin del mundo. Por suerte, había un montón de películas y neurodanzas que alimentaban el imaginario colectivo.

Como leer todos los documentos le iba a llevar días, Milena se dedicó a ojear los informes y comenzó a formarse la imagen de lo que empezó hace casi cuatro décadas y que todavía tenía sus consecuencias en su día.

2022. Bartmoss lanzó su virus RABIDS (compuesto por drones autónomos itinerantes), dando lugar al acontecimiento conocido como DataKrash, que provocó el colapso de internet. En interés de la seguridad pública se abandonaron enormes porciones de la Red, lo que provocó un mosaico desconectado de redes locales; un archipiélago diminuto comparado con la internet antigua. En ese momento, algunos grupos de netrunners creían que era posible recuperar lo perdido llegando a un entendimiento con las IA o eliminándolas. Para ello, lo primero que necesitaban era atravesar el Muro Negro. Nadie tuvo éxito. Eso llevó a dos conclusiones: la primera, que para que el Muro Negro sobreviviese, este tenía que existir en un constante flujo de modificaciones; la segunda y más importante, que si los mejores netrunners no eran capaces de atravesarlo, tampoco serían capaces de sobrevivir a un ataque frontal de las IA. Lo que significaba que el Muro Negro era el último y único bastión de defensa frente a la aniquilación total.

El siguiente informe contradecía ligeramente el anterior, y describía incursiones que se habían realizado al otro lado del Muro. El incidente de 2062, del que Aya fue víctima, era uno de muchos.

Desde el sofá, Milena echaba vistazos a la mesa, donde jugaban Aya y Ron. No sabía cómo se llamaba el juego y era probable que ninguno de los dos conociera bien las reglas, porque a cada minuto que pasaba se ponían a discutir. De manera sana y divertida.

Los documentos internos, clasificados y accesibles únicamente con el máximo nivel de seguridad, se caracterizaban por una franqueza y

honestidad sorprendentes, y estaban desprovistos de la propaganda habitual que nadie se tragaba. Los hechos se describían tal y como se produjeron, por lo que la redacción era plomiza y tediosa. En el informe se detallaban siete infiltraciones «completadas» en el Muro Negro. Cada una de ellas terminaba con las muertes de los netrunners y de testigos inocentes, y en dos de los casos las consecuencias fueron incluso más atroces. Aun a falta de pruebas, parecía que en todos los casos el propio Muro Negro había actuado por el bien de la humanidad.

Otro documento sugería que NetWatch llevaba años sin poder controlar el Muro Negro; que este se mantenía por sí solo y tenía el absoluto control sobre la información que se filtraba. El Muro a todas luces era una entidad independiente, precisamente del tipo que NetWatch tenía que eliminar como misión fundacional.

Milena apagó la tablet, le dolían los ojos. Jugó con la tarjeta de Katsuo, pasándosela entre los dedos. La invitación era extremadamente inusual, lo que significaba que debía de ser importante. Por otro lado, no tenía ni ganas ni razones para ir, sobre todo porque las negociaciones ya habían terminado.

Miró a Aya, absorta en el juego. Sobre la mesa flotaban fichas holográficas con descripciones en forma de pictogramas. Seguramente Aya no tuviera ni idea de que su propio pasado estaba relacionado con el trabajo de Milena. Si no fuera así, no le habría contado nada sobre el accidente. Esa coincidencia era demasiado importante como para ignorarla. Tenía que haber alguien al tanto de esto. Warden no, porque no era más que un mercenario sin importancia. ¿De quién se trataba? ¿Quién movió los hilos para que se conocieran?

Ron lanzó una carcajada malévola y movió una de sus fichas holográficas.

—Pero ¡tendrás cara! ¡No puedes hacer eso! —protestó Aya—. ¡Vuelve a dejarla en su sitio!

—Menuda aguafiestas eres. —El matasanos sonrió y volvió a colocar la ficha donde estaba.

Sabía lo que hacía y parecía que funcionaba. Quería que descansara un poco de todo lo que le estaba pasando. Aya se golpeó la frente con la mano abierta a modo de burla exagerada, después de que Ron volviera a mover la

ficha de forma errónea. Para poder reírse con ellos, Milena tendría que conocer al menos las reglas del juego.

Volvió a mirar la tarjeta de Katsuo. Si quería más información sobre el incidente del 62, su mejor baza era sentarse con el representante de Arasaka lejos de miradas indiscretas.

—¡Te tengo! —Ron se levantó y apuntó a Aya con la mano—. ¡Piun, piun! —Era como un niño—. ¡He ga-na-do! ¡Tú has per-di-do!

—Pero si no puedes hacer eso… —Aya empezó a reírse—. Esa ficha no se mueve así.

—Demasiado tarde. ¡Ya he cantado victoria!

Intentó imaginarse a Ron cenando con Katsuo y ella. Probablemente esperase al tipo de siempre con un aburrido traje monocromático. Sus chistes verdes y su falta de educación mezclados con la elegancia y finura de Katsuo daban lugar a una situación absurda. Eso sin contar el sake. Pero no iba a pasar.

Se imaginó a Ron acompañándola en otro sitio… No sabía dónde exactamente, pero sí que estaba lo más lejos posible de Night City. Un lugar tranquilo. Una fantasía y nada más.

Se acercó a la basura y se quedó allí un segundo, sin moverse, sujetando la tarjeta de Katsuo con sus dedos con uñas perfectas. Al final decidió guardársela en el bolso. Podría servirle de algo en el futuro.

ArS-03, registro 58.219.
Proceso de sincronización iniciado.
Dispositivo sin identificar NI100101001110. Estado: desconocido.
Subsistemas detectados: 118.
Dispositivos no seguros: 1.
Proceso de sincronización en progreso.

La puerta se abrió. Zor se quedó inmóvil al ver a Warden en el centro del apartamento. Aya y Albert estaban en el sofá, mientras que Milena se encontraba apoyada en la encimera, con un cigarrillo en la mano. Ron, que estaba sirviéndose una copa, señaló a Albert con la cabeza.

—El chaval no quería ocultarle nada a nuestro fixer —explicó—. Aunque el muy canalla tampoco nos preguntó lo que opinábamos.

—Es mi apartamento —respondió Albert con sequedad.

—Esto nos concierne a todos —dijo Warden con voz autoritaria—. No me apetece una mierda volver a explicarlo todo. Que alguien le diga a este cómo son las cosas. —Con «este» se refería a Zor.

—Si vamos a trabajar juntos, tenemos que actuar con confianza plena. Tenemos que saber en qué consiste el plan. —Milena dio una calada y le cogió la copa a Ron—. Con pelos y señales.

El matasanos suspiró para sus adentros y volvió al frigorífico a servirse otra. Warden lanzó una mirada gélida a Milena.

—El plan es simple —respondió—. Os acercáis a las tres. No habrá nadie, solo estaremos Renner y yo. Creerá que habéis ido a hablar de negocios, no se lo esperará. Vais a tener que ir bien armados, pero sin que se vea nada.

—El plan es simple. Se acercarán a las tres con el pretexto de hablar de negocios. Irán con la condición de no ir armados.

El coche atravesaba el barrio por calles que parecían elegidas al azar, pero siempre dentro de su propio territorio.

—No lo harán ni de coña —se burló Renner.

—Los cachearemos. No hace falta que esté todo el ejército. Son unos mierdecillas asustadizos, como los vean, se cagarán vivos y el plan se irá a la mierda. Todo debería ir sobre ruedas.

—Sobre ruedas, igualito que la última vez, ¿verdad? Te voy a dar una última oportunidad, Warden. Como me jodas, ya conoces el castigo.

Warden hizo el esfuerzo de sonreír.

—Será pan comido —prometió—. Los meteremos en bolsas y se los enviaremos a Militech junto con el contenedor. No nos harán ninguna pregunta.

—Eso espero —dijo Renner con tono grave—. Para el coche —le pidió a Ross.

Aminoraron la marcha y aparcaron en la acera. Se abrió la puerta de Warden, lo que marcó el final de su conversación. Warden salió sin decir palabra y se guardó las ganas de dar un portazo. Dejó que se cerrara por sí sola y vio cómo el coche se perdía en la lejanía. El aire acondicionado de su chaqueta se activó y empezó a emitir un ligero zumbido. Estaba en una calle llena de basura en la frontera entre Arroyo y Vista del Rey. El muy hijo de puta nunca perdía la oportunidad de joderle la vida.

—¡Cállate! —gritó OP1.

OP2 la miró sorprendido.

—Pero si no he dicho nada.

—Llevas una hora con los ojos fijos en el monitor sin pestañear. Lo he hecho para que no te quedes embobado. Tenemos que estar muy alerta.

—Nos pagan por estar mirando el monitor.

—No sé si te das cuenta de que toda la operación se está yendo a la mierda. Como las cosas sigan por este camino, en dos días habremos vuelto a la casilla de salida. Igual que nuestra nómina.

—Por esa razón tenemos que apretar los dientes y ponernos a trabajar.

—Tampoco es que no nos dejen comentar nada —añadió OP3—. Si no fuera así, estaríamos en habitaciones separadas.

—Pues yo prefiero estar callado —insistió OP2.

—Sí, claro, porque eso es la solución a todos nuestros problemas —dijo OP1 con ironía—. Sabes que si no cambian las cosas, nos iremos a la calle, ¿verdad? Y nos echarán la culpa de todo.

—¿Y qué culpa tenemos nosotros? Si ni siquiera hemos tenido tiempo.

—Eso se lo cuentas a ellos. Pero seguimos teniendo un aparato tecnológico de miles de millones campando a sus anchas sin supervisión.

—Es que ya lo intentamos con la realidad virtual. Y el sujeto siempre se daba cuenta de que estaba en una simulación.

—Eso se lo cuentas a ellos —repitió OP1—. Sobre todo cuando alguien deje seco a nuestro activo más preciado. O lo sabotee.

—Este experimento no lo hemos diseñado nosotros.

—¿Y? Pase lo que pase, será culpa nuestra —admitió OP3 a regañadientes—. Por no hablar de que nuestro matasanos está empezando a acordarse de cosas que no debería.

—Llevo diciéndolo desde el principio, la tecnología que estamos usando no vale una mierda. Aunque eso tampoco debería ser asunto nuestro. No es de nuestro departamento.

El panel biométrico de la puerta emitió un pitido, lo que significaba que alguien estaba usándolo.

—Cerrad el pico, que viene…

Se abrió la puerta. Stanley entró sin mostrar ni un ápice de impaciencia, aunque tenía todas las razones para sentirla. Sin mediar palabra, revisó todas las lecturas que aparecían en pantalla, a pesar de que ya las tenía en la cabeza; siempre estaban listas para aparecer en su campo retinal en cualquier momento, totalmente actualizadas.

—Potenciad los motivadores —dijo y después parpadeó los ojos para enviar las instrucciones mediante orden mental, provocando que aparecieran de inmediato en los monitores.

—¿Se refiere al módulo de motivación? —OP1 se aseguró—. Ya se encuentra en el umbral superior.

—Yo establecí los límites y ahora solo estoy cambiándolos —replicó Stanley.

—No podemos cambiarlos así como así —dijo OP1 con toda la paciencia del mundo—. Podría caer en la ciberpsicosis. Ya hemos detectado filtraciones incontroladas de su banco de recuerdos. Por ahora son menores, pero…

—Aumentadlo de forma gradual —decidió Stanley—. Os doy hasta mañana a las siete de la tarde para alcanzar los valores objetivo.

Los prolegómenos nunca la aburrían. La lengua de Dixie acarició con delicadeza sus pechos mientras ella permanecía tumbada boca arriba y dejaba que la inundaran todo tipo de pensamientos vagos y placenteros. Sangre. A borbotones. Pasó los dedos por el pelo de Dixie y lo obligó a bajar. Se movía dentro de ella de manera acompasada, mecánica, sin perder

el ritmo. Apenas un momento después su cuerpo se estremeció y se quedó quieto. Lo envolvió con sus brazos y sus piernas con ternura.

Dixie se apartó y empezó a comerse a Dum Dum. Karla se estiró y esperó a lo que vendría después. Cerró los ojos y se imaginó inmersa en sangre, sintiendo la viscosidad y pintando de rojo todo su cuerpo. Acto seguido sintió un gran peso encima y entró en ella lo que esperaba. No usó ningunas mejoras, bastaba con su propia imaginación.

Dixie los dejó a solas. Cogió un pincho que había preparado antes y se fue a la habitación pequeña, donde Juliena estaba recostada en el colchón con un montón de mantas andrajosas. No le interesaba nada que no fuera su tablet. No reaccionaba a nada y aceptaba su situación sin quejarse. No tenían ni que cerrar la puerta con llave. De vez en cuando iba al baño que estaba al fondo del pasillo. Siempre volvía, jamás intentaba escaparse.

Se sentó a su lado y la miró jugar. Era una especie de juego de ingenio, algo para estimular su memoria. Ni se inmutó ante su presencia y ni reaccionó cuando le insertó el pincho por detrás de la oreja. Esperó a que el programa terminara su instalación.

—*Yo solía ser como tú* —le dijo mentalmente.

Siguió moviendo el dedo por la tablet durante unos segundos. Después se quedó de piedra y miró a Dixie con los ojos como platos. Sonrió.

Dum Dum empujó varias veces y bajó el ritmo al ver un mensaje en su campo retinal. Tenían trabajo. Karla gimió decepcionada mientras él leía el mensaje. «No podemos con el transporte solos. Necesitamos ayuda. A las tres de la tarde». Refrenó sus ganas de tirar algo contra la pared. Esos putos lamepienso eran incapaces de hacer nada por sí mismos.

Se volvió a colocar por encima de Karla. Si querían ayuda, la tendrían. Empujó con más fuerza. Sí. Sabían exactamente cómo ayudarlos a deshacerse de todas sus preocupaciones y problemas. La agarró del cuello y la hundió más en el colchón.

Todavía tenemos que acabar con sus patéticas vidas. Karla gimió levemente y sacó sus Garras Mantis al aire. Bajo la luz de los aerozeps que se veían por la ventana, sus cuerpos llenos de sudor parecían una criatura negra que se retorcía con alas de acero y una maraña de puntos de color rojo

escarlata. *Tenemos que matarlos. Es una pena que tengamos que recurrir a métodos tan primitivos*.

13

Cuando no seguía los procedimientos policiales, Liam conseguía resultados más rápidos. Por desgracia, la información que se mostraba en su tablet no serviría como prueba.

Ron Ferguson, arrestado y con cargos por distribución de software sin licencia, incumplimiento de la garantía de implantes e instalación de implantes de segunda mano. Lo interesante era que el material solo provenía de accidentes y que nunca compraba a Carroñeros. Era incluso más interesante que no cobrara ni un eni por ello, ponía dinero de su propio bolsillo. De no haber sido así, algunos de sus pacientes no habrían sobrevivido.

De noche era un matasanos para la clase alta. De día era un cirujano respetado. Incluso llegó a jefe antes de que su carrera terminara de forma abrupta.

Primero, todo se metió por debajo de la alfombra, lo que significaba que sus deudas se vendieron a algún fondo. Incluso se llegaron a limpiar sus informes policiales, aunque no con la minuciosidad necesaria. Que sus registros se hubieran eliminado daba a entender que alguien de una categoría más alta que los jefes de policía se había interesado por Ron.

Milena Russo, el nombre de la mujer que aparecía en la fotografía junto a Ron, una corpo de Militech. Que estuviera involucrada era todo un enigma. En teoría, Milena estaba dentro de la jurisdicción del NCPD siempre que hubiera agentes lo suficientemente valientes como para esposarla, lo que resultaba cada vez más raro. Lo más extraño era que los corpos normalmente externalizaban los asuntos sucios en fixers y bandas, con el fin de crear un laberinto de puntos ininteligible que hiciera imposible trazar su vinculación. Esta vez la fórmula utilizada era distinta, como

también lo era todo este asunto, por lo que seguramente hubiera algo detrás que no tenía nada que ver con lo que se apreciaba a simple vista.

La holoplaca del NCPD parpadeó. En un par de días desaparecería para siempre. Liam dejó sobre la mesa la taza de café vacía y abandonó el restaurante, metiéndose otro chicle en la boca. Ese par de días serían suficientes.

—No puedo hacer nada. —Albert se escurrió de la silla. Eran casi las dos de la tarde—. Han fortificado la seguridad. El hielo es demasiado grueso, es imposible romperlo.

—¿No puedes con tu equipo de clase tres? —le preguntó Aya, que estaba a su lado.

—La clase tres no puede hacer nada contra una contraseña compleja —respondió con indiferencia, sin dar lugar a réplica.

Aya dio un suspiro e intentó mantener la calma.

—Explícamelo.

—El equipo de netrunning es útil para entrar en redes —respondió Albert con toda tranquilidad—. Pero no es más que una herramienta. Para poder atravesar un hielo tan grueso, necesito mucha más potencia en forma de hardware. En otras palabras, ordenadores. En red, a ser posible.

—Entonces ¿podrías hacerlo?

—Sí.

—¿Y por qué no lo haces?

—Porque no sirve de nada. Hace un par de días cambiaron los sistemas de seguridad del circuito de videovigilancia. Si introduces la clave errónea, ahora hay que esperar un par de segundos para poder volver a intentarlo. La clave cambia tres veces al día. Necesitaré miles de años para piratearla.

—Entonces ¿qué hacemos? —dijo Aya subiendo la voz.

—Envié un dron. Lo derribaron antes de poder acercarme.

—¡¿No hay nada que podamos hacer?!

—Ahora mismo no.

Zor escuchó la conversación desde el otro lado de la habitación. Se acercó al equipo de Albert y escribió una cadena de dieciséis caracteres en

el teclado. No tenía ni idea de lo que era. Lo sabía sin más.

—Es demasiado larga para ser una contraseña del sistema de videovigilancia —señaló Albert.

—No es para eso.

MLTCH-DP-173
Rumbo: 126°. Velocidad: 172 km/h. Altitud: 112 m.
Corrección del viento: 13 SE.
Modo de operación: patrulla estándar.
Orden entrante de cambio de operador: ArS-03. Código de verificación: aceptado. Permiso de cambio de operador aceptado.
Giro a la derecha a toda velocidad.

El hombre de pelo moreno y rizado se echó para atrás por instinto, con los ojos abiertos de par en par por el miedo. Al fondo, Liam vio a una mujer con dos hijos, casi tan desaliñados como su padre, apiñados delante de una ventana que daba directamente a un edificio colindante. Lo miraban desconfiados, sin moverse.

—No estoy aquí por vosotros —explicó Liam—. No tengo ni por qué saber vuestros nombres. Busco al dueño.

Por suerte, Zed no le había revocado el acceso a la base de datos del NCPD, por lo que sabía todo sobre el arrendatario de este microapartamento, incluido el hecho de que estaba subarrendado de forma ilegal. Algo común en las partes más castigadas de Heywood. Se piensan que no atraen mucho la atención, pero se olvidan del enorme rastro de información personal que dejan en sus fuentes y reproductores de neurodanzas.

El inspector parpadeó y leyó el mensaje: «Deja el caso o te arrepentirás». Remitente desconocido.

Lo volvió a leer y lo borró.

—Esto no es lo que parece. —Si entraba, aceleraría el proceso, pero decidió mantenerse en el descansillo. Lo que estaba haciendo ya se pasaba de ilegal—. No os preocupéis, soy de otro departamento.

—No… no queremos problemas… —balbució el hombre.

—No los tendréis… siempre y cuando me digáis dónde está el dueño.

No era difícil localizar al dueño. Pero le iba a llevar demasiado tiempo. Además de que ya había llamado la atención de su antiguo jefe.

El hombre miró a su mujer y después asintió.

Las puertas del escondrijo de Maelstrom ya no estaban abiertas de par en par. Habían colocado dos contenedores llenos de escombros para evitar que entraran por la fuerza. Un par de maelstromers estaban de patrulla, con rifles colgados de los hombros. A nadie le ofendía su presencia, ni mucho menos el NCPD, que jamás rondaba por esos lares.

Las imágenes del dron patrulla de Militech eran tan nítidas que no tenía ni que acercarse. Zor miraba la pantalla y confirmaba sus sospechas. No tendría una segunda oportunidad de entrar sin hacer ruido, y desde luego que no podría escapar. No sin un tiroteo, descartado por la presencia de Juliena.

—¿Y si se pudiera entrar por la parte de atrás? —preguntó Aya.

—No son tan estúpidos —respondió Zor. No le habló de su reunión con Dum Dum, que era la razón por la que habían reforzado sus defensas. Pero aunque no tuvieran ninguna, sus posibilidades eran cercanas a cero.

Albert llevó el dron pirateado a una altitud que les permitía ver el edificio desde todos los lados. Aunque lo avistaran, no llamaría la atención. No era más que otro dron patrulla de Militech. Las ventanas y puertas de las tres primeras plantas estaban enladrilladas excepto por dos o tres entradas potenciales y dos puertas de garaje bien robustas.

Zor reconoció el apartamento en el que estaba la chica. Antepenúltima planta, la veinte. Había que olvidarlo. Quizá fuera mejor dejar el plan.

—Borra los últimos dos minutos y libera el dron —dijo Zor—. Quizá lo registren como un pequeño error de funcionamiento.

Sus procesos secundarios comían demasiada memoria y no disponía de ningún apoyo auxiliar para arrancar. Tenía que dedicar parte de su potencia

de procesamiento a rastrear posibles amenazas. De todas maneras, había logrado interceptar fragmentos de transmisiones de distintas partes de la ciudad en la Red desperdigada. Entró en una subred que controlaba drones de reparto de comida, incluidos sus registros de vuelo. Cuando se quedaban sin batería, los drones volvían a una estación de carga automatizada donde también volcaban sus datos. Por tanto, las imágenes no podían tener más de quince o veinte minutos de antigüedad.

Emitir las imágenes consumía demasiados recursos, y tenía asuntos más prioritarios de los que ocuparse. A pesar de que leía y escribía datos quince veces más rápido que antes, todo iba demasiado… lento. No disponía de meses o semanas. Solo horas. Además seguían aflorando recuerdos enterrados desde los confines del ciberespacio, y se quedaban flotando sin rumbo. Estaban empezando a ocupar más espacio que la combinación de todo lo demás.

Incluso en un plano teórico, la transferencia de la consciencia era un proceso con multitud de baches. Una persona no está compuesta únicamente de datos, sino de recuerdos, hábitos, rasgos de personalidad y habilidades. Una persona es un proceso, por lo que se necesita un sistema que lo ejecute. En una de sus extracciones de datos, Albert descubrió un estudio teórico que intentaba resolver cuestiones como, por ejemplo, el proceso de digitalización de un ser humano. Sobre la posibilidad de «ejecutar» el proceso de un ser humano y reiniciarlo después de su muerte. Además, si la simulación no tenía ningún error, ¿cómo se podía saber que se estaba procesando una consciencia de verdad? ¿Puede un posthumano seguir siendo humano o no es más que una mera digimarioneta? Otro problema por resolver.

Le llevaría años leer todos esos estudios. Mientras tanto, las autoridades tampoco daban importancia a la censura de fragmentos aislados de información potencialmente subversiva. Puede que fuera porque gran parte de la población de Night City era analfabeta, e incluso si no lo fueran, el estudio estaba tan lleno de jerga que los lectores potenciales terminaban sin acercarse porque contenía palabras como «coyuntural».

Las siguientes horas servirían para comprobar si todo lo que había hecho no había sido una pérdida de tiempo.

No era el dueño, sino el intermediario que se aseguraba de que los inquilinos pagaran el alquiler a tiempo. Su tamaño de gorila y sus pómulos de cromo solían servir como amenaza. A pesar de andar cerca de los sesenta años, todavía era capaz de intimidar con su presencia.

—Le alquiló un apartamento a un hombre llamado Zor. —Liam le enseñó una fotografía en su tablet.

En uno de los lados de la habitación grande tenían un montón de cajas con sus identificadores raspados. No cabía duda de que el contenido debía de ser interesante. En un colchón estaban sentadas dos mujeres y un niño. Una de ellas se hallaba perdida en una neurodanza, mientras que la otra se lo quedó mirando boquiabierta con una expresión ajena. El apartamento pobremente iluminado tenía una atmósfera tenebrosa. Los escáneres de Liam detectaban sustancias ilegales y transmitían avisos a su procesador neuronal. Las ignoró.

—No lo reconozco. —El cobrador del alquiler lo admitió con una mirada que parecía decir: «Y si no fuera por esa holoplaca, me aseguraría de dejarte irreconocible también».

Liam suspiró. Con una orden mental, subió el rostro del cobrador del alquiler a la base de datos del NCPD para ver contra quién se enfrentaba. El resultado apareció casi al instante: Willem Newell, sin afiliación a ninguna banda, varias veces en la cárcel por delitos menores. No había nada raro o que pudiera utilizar. Liam lanzó otra búsqueda, esta vez en la base de datos personal que llevaba acumulando desde que se unió a la fuerza. Una coincidencia, y bastante interesante. Newell llevaba años haciendo trabajillos para Militech, tanto legales como ilegales. Del tipo que tenían que llevarse a cabo por debajo de la mesa, pero que eran demasiado importantes para encargárselos a fixers o bandas.

El puzle empezaba a tener sentido.

—Solo estoy buscando información sobre ese tipo. —Echó la vista a las cajas—. No me importa nada más.

—Pagó todo el mes por adelantado —dijo el cobrador del alquiler.

Recibió otro mensaje sin remitente. «Tú mismo». Ese anonimato tardaría lo que él en comprobar los registros de las torres de comunicación.

—¿Solo un mes? —Liam cerró el mensaje.

—Se quedó incluso menos.

—¿Y destruyó la puerta y el ascensor a la salida?

—Eso no es problema mío. —El cobrador se envalentonó y parecía más grande.

—Y tú se lo alquilaste a otra familia antes de que acabara el mes.

—Mira, chumba… Como los de Maelstrom vayan a por ti, te vas a cavar tu propia tumba.

Aparcaron la grúa a la sombra, cerca de una pared desnuda. En una hora eso sería un auténtico horno. ¿Y qué más daba? Puede que en una hora no siguieran con vida.

Salieron a una plazoleta que daba a una fábrica abandonada. Estaba vacía, sin contar con dos coches y la típica basura llevada por el viento que siempre adornaba las calles de ese barrio. Los edificios de la zona apenas tenían un par de plantas, y la mayoría carecían de ventanas.

—¿Y si nos cachean? —susurró Ron.

Se refería a las pistolas y todo lo que se habían escondido entre la ropa. Esperaban no tener que acabar usándolas, pero Zor no era tan optimista. Se guardó su opinión.

—No lo harán —respondió—. Warden tiene un plan. No sé hasta qué punto, pero nos necesita. —Milena se puso al lado de Zor.

—En cuanto llegas a un determinado rango, no existen ni los accidentes ni las coincidencias —dijo pausadamente, casi en un susurro—. Tú también eres consciente de ello. ¿Qué tenía Warden contra ti? ¿Cómo te metió en esto?

—Eso ya no es un secreto —respondió Zor en voz baja—. Descubrió cosas sobre mi pasado y me amenazó con sacarlas a la luz. Eso es todo. ¿Y tú?

—Están jugando a algo peligroso. —Movió la cabeza para expresar su disgusto.

—Pues tendrán que esperar a que salgamos de aquí —zanjó Zor.

—Intentad no parecer amenazadores, ¿vale? —indicó Ron a todo el mundo.

—No será difícil —respondió Milena con sorna—. Ya parecemos torpes e inofensivos.

Estaban a apenas quince metros de las puertas de acero. Milena no quería entrar, sentía la necesidad de agarrar a Ron de la mano y largarse en la dirección opuesta, sin mirar atrás.

—Ya estamos aquí. Y sin más opciones —añadió.

Se acercaron lentamente a la entrada. No solo parecían torpes e inofensivos, sino que estaban hechos un manojo de nervios. Y muy asustados.

Se abrió una de las puertas, pero dentro no se veía nada. Zor ajustó el contraste de su campo de visión y el balance de blancos. Ni siquiera sabía cuál de sus implantes se encargaba de hacerlo. Aparecieron las siluetas de dos hombres con rifles. Refrenó el impulso de sacar sus armas.

Los dos hombres salieron y se colocaron a ambos lados de la puerta, observando a los cuatro con indiferencia. Uno de ellos tenía el armazón del rifle pegado al pecho, estaba listo para disparar rápidamente si lo necesitaba. El segundo se les acercó.

—Tranquilos. Yo me encargo. —De las sombras apareció una tercera silueta. Warden.

El segundo se volvió a colocar en la puerta. Zor levantó los brazos, pero no mucho para no revelar lo que escondía debajo del cinturón. Warden lo cacheó e ignoró los dos bultos que tenía en la cintura y los cargadores de los bolsillos. Al terminar pasó su detector de implantes de combate, que estaba ajustado al mínimo. No podría detectar ni un tanque que estuviera justo delante de él. Después repitió el procedimiento con Ron, Aya y Milena. Asintió con la cabeza. Entraron.

Dentro no había tanta oscuridad como aparentaba, pero se estaba fresco gracias al aire acondicionado. El sitio parecía el típico lugar de reunión de pandilleros trasnochados. Había un par de sofás desvencijados, un montón de cajas que formaban una mesa, barriles que quizá se habían usado en alguna que otra fiesta. Estaba vacío, y la única luz llegaba de las ventanas

que había cerca del techo. Parecía una suerte de iglesia abandonada que en lugar de bancos tenía maquinaria vieja tirada por ahí y que no habían desmontado por pereza o porque no tenía ningún valor.

Sin mediar palabra, Warden los condujo al final del pasillo, donde abrió otro par de puertas que daban a unas escaleras que iban hacia abajo. Zor hizo un cálculo rápido de la distancia hasta la entrada. ¿Daría para un cable de remolque? Probablemente no. Y luego estaba la grúa. Ni de lejos. Deberían de haberlo pensado antes, porque era imposible que tuvieran el contenedor justo a la entrada. ¿Cómo iban a subirlo a la primera planta? ¿Peldaño a peldaño, hombro con hombro con los de Maelstrom? No, gracias.

A pesar de que el techo era más bajo, el sótano era igual de diáfano, y estaba lleno de contenedores metálicos de varios colores y tamaños. Parecían estar dispuestos como protección a modo de barricada. No cabía duda de que no se trataba de un almacén cualquiera.

Justo en el medio esperaba un hombre fuerte con una chaqueta. Estaba en el exterior del haz de luz que emitía una de las lámparas que colgaban del techo. Renner. A su lado estaba Ross, algo más pequeño. Zor no tenía ni idea de por qué sabía cómo se llamaba, pero así era. Cambió el espectro de su sistema óptico a infrarrojos. Alguien se había escondido detrás de las cajas. Algo o alguien emitía calor, las lecturas coincidían con las de una persona o incluso dos. El contenedor no se encontraba a la vista.

Ross se aproximó a Milena, porque era a quien tenía más cerca.

—Hemos venido a hablar, no a que nos metáis mano. —Milena dio un paso hacia atrás.

—José ya los ha cacheado a fondo —dijo Warden—. Lo siento, Ross. No es tu día de suerte.

Ross levantó las manos y se dio la vuelta. Miró a Renner, que tenía una expresión dura y fuerte.

—Habéis venido a hablar de negocios, ¿eh? —soltó Renner con una sonrisa—. A ver cómo habláis con la boca llena de plomo.

De detrás de las cajas aparecieron dos pandilleros que les apuntaban a la cabeza con sus rifles. Era demasiado tarde para hacer nada. Renner dio dos pasos para acercarse a Zor y a los demás. Debían felicitarlo, no había un

sitio mejor para una emboscada. Él y los demás se encontraban bien cubiertos, mientras que el grupo estaba a su merced. No podían ser un blanco más fácil.

—Ya decía yo que había algo que no cuadraba… —susurró Ron.

Warden se escondió entre las sombras.

—Me muero por saber una cosa —dijo Renner—. ¿Quién cojones sois exactamente? ¿De qué agujero os ha sacado Warden?

Warden dio un pequeño suspiro.

—Debería acabar con vosotros ahora mismo —continuó Renner—. Pero siento mucha curiosidad. Venga, desembuchad.

Se quedaron quietos. ¿Y ahora qué podían hacer? Estaba claro que no iban a hablar de negocios. En ese momento su vida dependía de que el jefe no perdiera el interés.

—Buena pregunta —dijo Ron por fin—. Pues mira, estábamos tranquilos con nuestras cosillas hasta que…

Se oyeron disparos del techo. Todo el mundo miró hacia arriba. Todos menos Zor, que sacó las pistolas y disparó cinco balas a cada uno de los pandilleros que flanqueaban a Renner. Desde ese momento tenía una pistola apuntando a Renner y otra a Ross. El eco se desvanecía.

Ron, Aya y Milena empuñaron sus armas. Milena era la única que apuntaba a Warden, que no reaccionó. Ni siquiera levantó las manos.

—Así que José los cacheó a fondo, ¿eh? —Renner gruñó a Warden. Solo Ross tenía las manos en alto—. ¿Fuiste tú el que lo hizo, traidor hijo de puta?

—Para que un líder se merezca respeto —replicó Warden—, tiene que empezar por respetar a su gente. Tú ni respetas ni te respetan.

—La escoria traicionera como tú sí que no se merece ningún respeto —escupió Renner—. Bueno, y cuál es el plan, ¿eh? ¿Quién va a escupir plomo?

—¿Dónde está el contenedor? —preguntó Zor.

Renner lo ignoró.

—Sea cual sea tu plan, ¡lo tienes bien jodido! —gritó Renner a Warden, con humo saliéndole por todos los orificios—. ¡Rata traidora de mierda!

Ron se acercó a los pandilleros caídos y comprobó su pulso. Estaban muertos. Cogió los rifles; le tendió uno a Milena y se quedó el otro.

—¿Quién está ahí arriba? —susurró Aya, señalando las escaleras con la cabeza—. ¿Son de los nuestros?

—Refuerzos —respondió Zor—. Cambio de planes.

Apretó el gatillo. Del hombro de Renner voló un trozo de cuero.

—¡Joder! —Ahora sí que había llamado su atención—. ¡¿Es que no ves que es cuero de verdad?! —Se tocó el agujero, indignado—. ¿Os creéis que os podéis presentar aquí y coger todo lo que se os antoje, ¿eh?

—Así es, palabra por palabra —respondió Zor—. El contenedor. ¿Dónde está?

—Qué gracia tiene que me lo preguntes. Llevo bastante pensando en cómo deshacerme de él.

—Pues entonces deberías estar contento, porque te vamos a solucionar ese problema.

La carcajada de Renner llenó toda la sala.

—Así de simple, ¿eh? Pues os voy a decir algo, no os pienso dar el contenedor. Y no vais a salir vivos de aquí. Y en cuanto al Judas este de mierda…

Le interrumpió el estrépito emitido por las puertas viniéndose abajo.

—Se acabó la cháchara —dijo Renner sonriendo—. Mis chicos se encargarán del resto.

—No va a pasar —respondió Warden con mucha calma—. Se han ido con Gustavo a por un cargamento, ¿no lo recuerdas?

—¿De qué cojones hablas? Yo no les he mandado a ningún sitio.

—Pues ahora mismo están en el sur del Glen.

Ni Renner ni Warden sabían quién se acercaba.

Oyeron el ruido pesado de las botas contra las escaleras. Milena miró en esa dirección y Warden aprovechó para apuntarla con una pistola y a Renner con la otra. Zor esperó a que los maelstromers entraran. Ojalá saber dónde estaba el contenedor.

El ruido de botas casi había llegado hasta abajo, pero antes de poder ver a su dueño, oyeron un tintineo metálico que bajaba por las escaleras.

—¡Granadas! —gritó Zor.

Rápidamente, Aya se puso a cubierto entre el montón de cajas más cercano. Justo en ese momento sintió que empezaba uno de sus episodios.

Milena y Ron consiguieron ponerse a cubierto al otro lado de la sala justo en el instante en el que tres explosiones consecutivas azotaron el sótano. Un zumbido ensordecedor taponó sus oídos mientras la metralla golpeaba las paredes y el humo se apoderaba de la estancia.

—¡Están intentando matarnos! —Aya miró a Zor, que la protegía—. ¡¿A eso lo llamas refuerzos?!

—Era la única forma de rescatar a Juliena. —Zor echó una ojeada entre las cajas. No se veía nada entre todo ese humo—. Aunque creo que han cancelado el trato.

—¡De acuerdo, calcetines llenos de semen! —Oyeron una voz grave y contundente que venía de arriba—. Se acabó la fiesta.

Esa voz no era la de Dum Dum.

El humo empezó a disiparse. Zor echó la vista a Ron y a Milena, que estaban al otro lado del sótano, entre otro montón de cajas. Aun estando armados, no tenían mucha idea de qué hacer y se limitaban a mirar a todos lados.

Más disparos y balas rebotando.

Milena se asomó por debajo y disparó al techo, derribando una de las lámparas. Se escondió antes de que una ráfaga del otro lado llenara las cajas de agujeros. El plomo volaba por todas partes. En medio del fuego cruzado, algo hizo que Aya se despegara del suelo.

—¡Tirad las armas! —gritó la voz grave.

Aya chilló e intentó liberarse.

Caracerdo la había cogido de la cintura con una mano, elevándola a varios palmos del suelo. En la otra empuñaba un revólver DR5 Nova. El hedor de su aliento y el apestoso olor corporal destrozó sus sentidos. Reunió todas las fuerzas que pudo, se dio la vuelta a gran velocidad y centró todos sus esfuerzos en un solo movimiento: una patada rápida en la entrepierna.

El Animal se dobló de dolor y cayó de rodillas. Por desgracia, también se llevó a Aya por delante. Intentó respirar bajo su peso. No se podía mover. Caracerdo se levantó con dificultad, sujetando a Aya como si fuera una muñeca. Esta vez le puso la punta del revólver en la cabeza.

—He dicho que tiréis las armas —dijo Tigretón—; si no lo hacéis, su cerebro quedará desparramado por el suelo.

Ron y Milena soltaron sus rifles.

—A mí no me importa una mierda esa chica —Renner apuntó a Caracerdo con su pistola.

Zor apuntó a Renner.

—Tírala al suelo —ordenó Zor.

—Joder… —Ross no sabía si apuntar a Zor o a Caracerdo—. Qué mierda más gorda…

—¿¡No ves que tenemos problemas más serios!? —gritó Renner a modo de réplica—. Espera tu puto turno.

—He dicho que la tires al suelo. —Zor dio un paso para acercarse—. Lo mismo va para ti —le dijo a Ross.

Renner frunció el ceño y soltó la pistola, y Ross hizo lo propio. Zor calculó en una fracción de segundo lo que pasaría si disparaba a Caracerdo en ese momento. Podía permitírselo, Caracerdo no tendría tiempo para reaccionar. Pero el riesgo era demasiado alto. Puso las dos pistolas en el suelo y levantó las manos.

Caracerdo abrió la mano y soltó a Aya.

—¿Dónde está? —Tigretón miró a Ron con sus ojos almendrados—. Teníamos un trato, ¿no?

Milena lanzó al matasanos una mirada inquisitoria.

—Es que la situación está un poquito… complicada —respondió mientras señalaba a Renner—. Preguntádselo a él. Él lo sabe.

—No os pienso decir una mierda —gruñó Renner.

—Yo ya tengo planes para el resto del día. —Tigretón lo encañonó a regañadientes—. Me da igual añadir otro cadáver más.

—Si me matas, no podrás saber dónde está.

Tigretón se giró hacia Ron, que casi tuerce el gesto.

—El trato era que nos dabas el contenedor. Pero aquí no hay contenedor que valga.

—Es… estábamos trabajando en ello —explicó Ron, nervioso—. Hasta que… aparecisteis vosotros.

—Pues volved al tajo. Nosotros os vigilamos.

—Es que el ambiente ya no es propicio para…

—¿Qué pasa, que tienes el cerebro en el culo, matapollas? —gruñó Tigretón.

El Animal levantó el revólver de su mano derecha y disparó. La cabeza de Ross explotó, y la sangre salió a borbotones manchando paredes y techo, además de la mitad de la cara de Renner. No reaccionó al ver que el pandillero caía a plomo, pero sí se quedó mirando la sangre que manchaba su chaqueta de cuero.

—Me cago en todo…

—¡Me importa un rabo de rata lo que sepáis o dejéis de saber! —gritó Tigretón a todo el mundo—. Voy a acabar con cada uno de vosotros hasta que alguien empiece a cantar.

Miró a todo el mundo, fijándose sobre todo en Milena. La corpo no se permitió sentir miedo, a pesar de que empezaron a temblarle las piernas.

—Calmaos todos, ¿queréis? —Ron dio un paso y se puso delante de Milena—. No tiene por qué morir nadie.

—Pero ¿tú de qué coño vas? —Tigretón apuntó a Ron con la pistola. De repente, dos garras le alcanzaron el estómago, chorreando sangre. Miró abajo estupefacto. Después se tambaleó y se dio la vuelta. Karla ya se había echado hacia atrás con una voltereta lateral. Tigretón vació un cargador hacia ella, pero solo fue capaz de enviar trozos de hormigón por los aires.

Por las escaleras bajaba algo tan rápido que solo se vio un borrón. Su abrigo y su cuerpo parecieron tomar forma cuando Dum Dum dio un giro en el aire, iluminado por varias ráfagas de proyectiles dirigidos a Tigretón. De sus músculos sobredimensionados empezó a brotar sangre. Tigretón se dio la vuelta, sacó los dientes y disparó a la oscuridad. Dum Dum apagó las luces de su sistema óptico para no revelar su posición.

Caracerdo se dio cuenta al instante de que su seguro de vida, Tigretón, estaba a punto de caer. Abrió fuego al nuevo enemigo. Pero Dum Dum ya estaba en otra parte, disparando desde la oscuridad a apenas unos metros. Caracerdo sufrió dos impactos en el hombro. No le hicieron daño, pero se cabreó aún más.

Zor levantó las pistolas, cogió a Aya y la parapetó detrás del montón de cajas más cercano.

—¿Estás bien?

No la habían herido, pero no podía mover un brazo. El otro apenas cooperaba.

—Creo que sí…

Ron y Milena sujetaron bien sus rifles y se unieron a los demás. A pesar de que nadie les estaba apuntando, había proyectiles por todas partes. El ruido de disparos no cesó en ningún momento.

—¡¿Hiciste un trato con los Animales?! —reprendió Aya a Ron.

—Sí, pero ¡él lo hizo con Maelstrom! —replicó el matasanos mientras señalaba a Zor.

—¡¿Nos vamos a quedar aquí sentados hasta que se maten entre ellos o qué?! —gritó Milena por encima de los disparos.

No había ni rastro de Warden. Lo más probable era que hubiera planeado algo, Zor no albergaba la menor duda. Pero ya daba igual. Seguro que lo que tenía pensado había perdido todo el sentido.

—¿A quién estamos disparando? —preguntó Ron mirando a los demás.

—Al que gane —respondió Milena.

—Si Maelstrom no consigue el contenedor, no dejarán marchar a Juliena —dijo Zor.

—Si los Animales no lo logran… —titubeó Ron—, Bully me matará.

—¡¿Quién es el Bully ese?! —preguntó Milena.

—Un cobrador de deudas. Te dije que mis trapos sucios eran de algo de hace mucho, pero la verdad es que no hace tanto de ellos.

Milena suspiró y lo miró avergonzada.

Tres planes contradictorios por un contenedor. No podían hacer nada hasta que se acabara el combate.

Karla guardó sus Garras Mantis y se decantó por un arma de fuego, cambiando de posición con cada ráfaga que disparaba. Dum Dum hizo lo mismo, pero no escatimaba en munición. Los Animales ya habían sufrido varios disparos, y a su alrededor se habían formado varios charcos de sangre. No estaban acostumbrados a luchar con cobertura porque su especialidad era el combate cuerpo a cuerpo. Sus movimientos cada vez eran más pesados. Quedaba poco para que se les agotase la energía de sus sacos de músculo potenciados.

Dum Dum iba dos pasos por delante: ya había disparado tanto a los Animales como a las cajas que servían como cobertura a Zor y Aya. Las cajas estaban prácticamente destrozadas. Un par de disparos más, y ya no ofrecerían protección alguna.

Ron titubeó, pero después se llenó de coraje y saltó de su escondite, poniéndose al descubierto y vaciando su cargador en Dum Dum. Mierda. Acertó en el objetivo. El maelstromer dudó, le brotaba sangre del cuello. Se giró hacia Ron, que intentaba recargar su arma con torpeza.

—¡Al suelo! —Zor empujó a Ron hacia abajo.

Pero no fue necesario. Otra ráfaga dio de lleno en Dum Dum, esta vez de Tigretón. Golpeó el suelo. Con un estruendo.

Karla aulló como un alma en pena.

Estuvo a punto de saltar hacia los Animales, pero cambió de opinión al ver que al maelstromer se le escurría la pistola y se caía al suelo al lado del Animal moribundo con cara de puerco.

Su fulgurante sistema óptico se giró hacia Ron. Sacó sus garras y, sin perderlo de vista, dio un salto imposible hacia las cajas.

—Recojones… —Ron se echó al suelo, pero se le resbaló el cargador.

Milena disparó, fallando por mucho. Aya tenía a Karla en el punto de mira y apretó el gatillo. Al menos hizo el intento. La rigidez de su mano se lo impidió.

Karla saltó de la caja, dio una voltereta en el aire y hundió las garras en el pecho del matasanos como un ave rapaz. El golpe fue contundente y directo, sin ninguna posibilidad de corregir su trayectoria.

Zor lo vio todo a cámara lenta. Karla descendiendo como si estuviera sumergida en un líquido denso. Apuntó a las monturas de las garras y disparó. La última ráfaga acertó de lleno en la fuente de energía, dando lugar a un destello y una explosión atronadora. Se había quedado sin munición.

El tiempo volvió a su velocidad normal. Una nube de chispas y sangre se cernía sobre ellos. Todos se cubrieron esperando el impacto.

El cuerpo de Karla golpeó el suelo en una lluvia de sangre y trozos de metal.

—*Un arma poco práctica* —dijo Dum Dum mentalmente, pero a Karla no le llegó el mensaje.

«Recojones…», quiso decir Ron mientras se miraba el pecho atravesado por las garras. Miró a Zor y por fin se acordó del momento en el que se conocieron, antes de Arroyo. Pero eso ya no le servía de nada. Era demasiado tarde, demasiado tarde para todo. Buscó a Milena con la mirada.

Karla levantó la cabeza. Intentó ponerse en pie con lo que le quedaba de sus ciberbrazos sin garras y cromo. No pudo.

Milena apuntó a la cabeza, apretó los dientes y disparó. Se estremeció al ver el cráneo caer lleno de sangre. Solo en ese momento se apagaron las luces rojas de su sistema óptico. Milena disparó, disparó y volvió a disparar hasta agotar la munición del arma y producir solo clics con el gatillo. La tiró al suelo y se arrodilló al lado de Ron, doblándose y sujetándole la cabeza.

Los doce dedos de cromo de las manos quirúrgicas Zetatech tamborileaban contra el cemento. Pasaron varios segundos hasta que los implantes entendieron que ya no iban a recibir más órdenes.

Dum Dum se puso en pie a duras penas, apoyándose en un montón de cajas. Sus conexiones estaban cercenadas, por lo que su sistema óptico lucía con poco brillo mientras buscaba su arma, aunque no le quedaban fuerzas para cogerla. Empezó a arrastrarse por las escaleras por detrás de Zor y los demás.

Zor rodeó a Aya con el brazo y miró consternado a Ron. Levantó la mirada hacia Karla, o a lo que quedaba de ella. El trato con Maelstrom se había cancelado. Nada de esto tenía sentido.

La lluvia negra golpeaba la luna del vehículo.

Apestaba a sangre, pólvora y circuitos quemados.

—Ahora que a todo el mundo se le ha acabado la munición, podemos volver a la conversación. —Esta vez Renner empuñaba un rifle—. Me habéis dejado todo esto hecho unos zorros. —Se había quitado la chaqueta, dejando al descubierto una cruz brillante en el centro del pecho.

Milena acariciaba la mejilla de Ron.

—¡A la mierda con todo! —Se levantó y con una mirada llena de rabia apuntó a la cruz brillante y apretó el gatillo. El clic metálico solo confirmó

lo que ya sabía. Se acercó y volvió a apretar el gatillo. Clic. Renner la miraba con curiosidad. Siguió acercándose. Clic. Clic. Clic.

—¿Qué? ¿Esperas un milagro? —preguntó con sorna.

La descarga de un rifle. Por primera vez, la cara del pandillero mostró sorpresa y una mancha negra empezó a extenderse por el pecho, haciendo que la cruz cambiara a color naranja oscuro. Los ojos de Renner se pusieron en blanco y se cayó al suelo.

—Tenía razón. Limpiar todo esto va a ser una puta mierda. —El rifle de Warden echaba humo. El fixer se acercó al cuerpo y alejó de una patada el arma de su antiguo jefe. El charco de sangre que tenía a los pies se iba haciendo más grande. Miró al grupo, amontonado entre las cajas, y señaló las puertas de acero que tenía detrás.

14

Soy yo otra vez, capullines!

Hace unos días un hatajo de pandilleros dijeron sayonara y la diñaron. Doce, para ser exactos. Qué penita. Seguro que ya hay veinte que han ocupado su lugar porque los anteriores no tenían madera para el trabajo. ¿Habéis visitado el cementerio últimamente? Pues resulta que todos esos pringaos están cayendo como moscas y no hay nichos para todos. Normal que los peces de la bahía estén tan gordos. Si os preguntan, yo no sé nada… Será por el plástico, claro que sí. Eso sí, tened cuidado por dónde pisáis cuando paseéis por la noche cerca del mar.

No voy a contar quién fue, pero una vez me dijeron con mucho nihilismo y bajeza que nada de lo que hacemos vale para nada, porque al final vamos a terminar de la misma forma: comidos por los gusanos en una cuneta. Pues Arasaka tiene algo que decir sobre eso. Creo que ya habéis oído hablar de ello: la Reliquia. ¿Quieres vivir para siempre como un holograma estúpido? Adelante. En lo que a mí respecta, prefiero irme con una buena traca final en lugar de encerrarme en una prisión digital para toda la eternidad.

En otro orden de cosas, han vuelto a reducir a cenizas otro edificio abandonado. ¿Número de muertos? Desconocido. Los medios tradicionales guardan silencio, como siempre. Además, sorpresa, sorpresa, el informe solo estuvo disponible un día y luego desapareció. Da igual quién muriera, porque la gente de arriba no quiere que te enteres TÚ.

No creo que hayáis derramado ni una puta lágrima al leer esto, trozos de mierda indeseables, pero yo sí que lo hice. Se pasa enseguida. ¡Pronto subiré la próxima publicación! ¡PAZ!

En el cartel que había a la puerta se leía BUYERS E HIJO . ¿Estaba seguro de querer entrar? Era una batalla entre la curiosidad y el sentido común. ¿O era cuestión de… deber? No. Ni siquiera iba a poder usar la información que estaba a punto de recabar. Hacerse pasar por agente de policía era un delito y cualquier prueba que enviara a juicio quedaría invalidada por la manera en que la consiguió. Pero la curiosidad ganaba. Siempre lo hacía.

La holoplaca de Liam todavía no se había desvanecido. Entró por la puerta.

Olía a sudor y humedad. Liam se metió un chicle en la boca y empezó a masticar. Ayudaba un poco. A su izquierda tenía un pequeño garaje con furgonetas aparcadas enchufadas a la pared con cables gruesos. A la derecha, el despacho.

Liam abrió las puertas de acero que se deslizaron sin hacer ruido, las bisagras eran nuevas. Costaba llamarlo despacho, porque allí no iría nunca un cliente en persona. Apenas pasaba por los pelos los requisitos para parecer un negocio legítimo.

El propio Buyers estaba sentado detrás del escritorio instalado a poca distancia de la entrada. Era difícil calcular su edad.

—Estoy buscando a este hombre. ¿Sabe dónde está?

Buyers dio un pequeño suspiro.

—Pues ponte a la cola.

—¿Lo busca más gente?

—Créeme, es mejor que no te topes con ellos. —Buyers siguió trabajando o fingiendo que trabajaba en su terminal—. Date prisa, estoy muy ocupado.

—¿Puede darme un nombre?

Buyers se encogió de hombros.

—Trabajó aquí bastante tiempo. —Liam se apoyó sobre el escritorio—. Lo conocía bien, ¿verdad?

—¿Bastante tiempo? —Buyers se rio—. Pero si ese cabrón solo estuvo un par de días y encima me reventó una de mis furgonetas.

Liam estuvo a punto de preguntarle quién más andaba buscando a Zor cuando le llegó un mensaje de su mujer. «¿Por qué no me dijiste que habías recogido tú a los niños del cole?».

Dejó de mascar.

—Esto no tiene buena pinta. —OP2 miró los monitores—. Podríamos estar cavándonos nuestra propia tumba.

—No formaba parte del plan, pero… —OP1 suspiró, observando los gráficos de control—. Parece que el objetivo principal de la misión ya no está en peligro…

—Era una prueba de autonomía y la ha aprobado de calle —añadió OP3 —. ¿Activamos la secuencia de autodestrucción?

—Ese es nuestro último recurso. Por ahora el ArS-03 se dirige al objetivo. Avisa al jefe.

—Alguien la cagó en la evaluación psicológica de Russo. Os dije desde el primer momento que nos iba a dar problemas. Es demasiado inestable.

—Eso no es problema nuestro. ¡Venga, cuéntale al jefe lo del ArS-03!

—En cuanto se entere de lo que está pasando, será demasiado tarde.

—¡Ya es demasiado tarde! ¿Qué hacemos? ¿Enviar un escuadrón a por él? ¡Ve enseguida a decirle al jefe que acabamos de perder el control del ArS-03!

A pesar de que era el mismo cielo, parecía un mundo distinto. El aire tenía un olor más fresco y limpio. El subdistrito sacaba pecho por los niveles bajos de contaminación. Y también había plantas. Césped, arbustos e incluso árboles orgánicos. No se veía basura por ningún lado, no había coches abandonados o quemados en la acera, los rincones carecían de personas sin hogar o personajes sospechosos acechándote. La calle estaba prácticamente vacía.

El GPS empezó a fallar ahí, en North Oak, probablemente para garantizar la seguridad de sus residentes. Hasta que no insertó la tarjeta de Katsuo en la consola del Quadra, el aparato no volvió a la vida.

Anochecía. Perdido en sus pensamientos, Zor miraba los olivos de las colinas que fingían que el mundo no sufría un colapso ecológico. Milena cogió a Zor de la mano, la apretó y cerró los ojos. Se quedaron en silencio durante unos momentos.

Golpes fuertes en la parte trasera. El casco blindado del aerovehículo sufría el impacto de los proyectiles antiaéreos. Las luces de la cabina se volvieron rojas, la alarma del mayday empezó a sonar. Había perdido el control de la dirección.

—Antes quiero hablar con él. —Era la voz de Milena.

Pestañeó. Volvía a estar en North Oak. Asintió.

—Yo también.

—Y después te lo cargas. —Era más una afirmación que una pregunta —. Pero si lo haces, no recuperarás a Juliena.

—Haré ambas cosas. Katsuo no maneja información actualizada, por eso me voy a poder acercar tanto a él.

La puerta de acero se abrió lentamente. Las ruedas aplastaban la gravilla mientras conducían por un carril flanqueado por plantas exuberantes que terminaba en una villa de aspecto ascético. Ventanales espaciosos, ángulos rectos y dos plantas. Una reliquia de una época más amable.

Nada más detenerse, Milena se limpió una lágrima del rabillo del ojo y suspiró. Salieron del vehículo y el coche se aparcó con elegancia al lado de una limusina.

Caminaron hacia la entrada, Milena en un vestido de noche negro, Zor con una chaqueta y una corbata que había elegido para la ocasión. Un sirviente japonés con un traje ligeramente grande abrió una puerta corrediza tradicional para después cerrarla, invitando con la palma de su mano hacia arriba a que la pareja siguiera el camino hacia el jardín.

El estrecho y negro camino empedrado serpenteaba por la villa, a través de una zona de césped cortado con minuciosidad. Milena resistió las ganas de quitarse los zapatos y sentir la hierba bajo los pies. Era como si suplicara que la pisaran. La vegetación diseñada y cuidada al milímetro parecía no tener fin, pero todo formaba parte de una ilusión. El murmullo del agua anunció un puente de piedra. Debajo de la estructura, un arroyo desembocaba en un pequeño estanque con peces. Puede que fueran

sintéticos. A lo lejos se veía una pequeña plantación de bambú, flanqueada por una roca en uno de sus lados, y una majestuosa azalea en el opuesto. Por detrás habían construido un pabellón de té japonés de madera, con su característico tejado curvado hacia arriba. Madera y árboles de verdad. La extravagancia era difícil de asimilar, incluso para alguien como Milena.

Zor respiró hondo por última vez, marcando así el inicio del curso inevitable que iba a llevar la noche. El sirviente abrió la puerta de papel translúcido, dejando ver a Katsuo en la habitación, que los saludó con un leve gesto con la cabeza. Milena y Zor entraron en una sala espaciosa y casi vacía con paredes parcialmente entablilladas, y un suelo de madera envejecida cubierto de esterillas.

Katsuo se arrodilló al lado de la mesa baja que estaba colocada en medio de la sala. Después se puso en pie y se ajustó su traje negro.

—Gracias por cambiar de opinión y aceptar verme. —Hizo una reverencia muy amplia—. Y gracias a usted por acompañar a su pareja.

Zor apretó los dientes y sintió una gota de sudor formándose en su frente. Katsuo estaba muy cerca y cada vez le era más difícil mantener la compostura.

¿Por qué no hacerlo en ese momento? ¿A qué esperaba? ¿A que se le presentara una oportunidad más idónea? No se daría. Podría matar a Katsuo con sus propias manos ahí mismo.

Pero no lo hizo. En su lugar le dedicó una reverencia similar, que era mejor idea que estrechar la mano de ese hombre.

—Zor… —se presentó, intentando hablar con los dientes apretados. Había olvidado su apellido.

—El honor es nuestro por su invitación —interrumpió Milena.

De la casa apareció una mujer vestida con un kimono de seda que se acercó al grupo. El borde de su vestido rozaba la hierba, dando la sensación de que flotaba.

—Kazuko. Mi mujer —la presentó Katsuo.

Hizo una reverencia.

Kazuko se quitó los zapatos sin decir palabra. Los invitados captaron la indirecta e hicieron lo mismo. Zor se había esperado una recepción como las de las series de televisión: una mesa llena de platitos de comida y

camareros sirviendo sake. El panorama no podía ser más distinto. Por no hablar de que no había más invitados.

El anfitrión los invitó a sentarse en las esterillas que había alrededor de la mesa, que contenía lo que parecía una pequeña plancha, unos objetos de madera, unos cuencos oscuros con imperfecciones y algunos dulces en pequeños platos.

—Supongo que no están familiarizados con nuestras costumbres. —El tono de Katsuo era amable, desprovisto de la máscara robótica de las reuniones a la que Milena estaba acostumbrada—. Ahora tomaremos el té y charlaremos. Después pasaremos a una estancia de estilo más occidental, en la que la cena será servida.

El sirviente trajo unos farolillos de papel y los colgó del techo. El salón del té cobró más luz, resaltando el color ámbar oscuro de la madera. El jardín que tenían a su alrededor se oscureció. Detrás de los setos que separaban el jardín de las calles, el sol comenzó a ponerse.

Kazuko preparó el té. Los invitados tenían la impresión de estar en una obra de teatro en la que Kazuko llevaba a cabo un ritual antiguo. Primero limpió todos los objetos de la mesa con un paño rojo. A continuación vertió agua en los cuencos, los aclaró y volvió a echar el agua en la tetera, les echó polvo verde y después vertió el agua en ellos de nuevo, en una pequeña espiral.

«Qué diferente es esto a pulsar el botón del dispensador de All Foods», pensó Zor. Se esforzaba por no mirar al anfitrión. Al cabo de todos estos años se había imaginado un escenario totalmente distinto. Quería arrinconar a Katsuo, decirle que iba a morir, obligarlo a suplicar que lo perdonara, algo que no iba a ocurrir. Pero tenía demasiada dignidad. Zor quería hacerle pensar en lo que hizo. Sí, Katsuo tenía que morir. Pensó en Nicole y Brad, personas de las que Katsuo no era ni consciente de su existencia. Demasiada gente que recordar consumida por las llamas. Zor iba a resucitar a su mujer y a su hijo, los iba a resucitar en la mente de Katsuo… y después lo mataría. No era un acto de crueldad, solo quería que ese criminal de guerra supiera lo que hizo para merecerse su destino final.

Kazuko levantó el cuenco de té verde humeante y lo movió en círculos dos veces antes de colocarlo delante de Milena.

—El té marca un momento importante —dijo Katsuo—. El momento de entrar en armonía con la naturaleza y los seres queridos, de mostrar respeto a todo lo que nos permite disfrutar de este té, de honrar la tradición y a nuestros invitados. —Hizo una reverencia a Milena y después a Zor—. El momento de calmar nuestras almas.

—Algo me dice que esta noche no tendrá ese momento. —Milena dio un sorbo a su té.

—Hay asuntos más importantes que la tranquilidad de nuestras almas. Uno de ellos es el éxito del proyecto Aeneas.

Milena miró a Zor y luego a Katsuo.

—¿Se ha desvelado el secreto del proyecto?

—No. Pero confío en que ni usted ni su pareja revelen los contenidos de la conversación que tengamos esta noche.

—Por supuesto —asintió Milena.

—Aquí podemos hablar con libertad. No nos escucha nadie.

—¿Quiere decir con eso que la sala de reuniones de Arasaka no era segura?

—A ese respecto, no hay lugar seguro en Arasaka. La diferencia está en quién puede escuchar la conversación.

—Entonces este lugar es una excepción.

—Esta es mi casa. Yo pongo las reglas.

La irritación empezaba a apoderarse de Zor. No, no era irritación, sino impaciencia. La necesidad de hacer algo. No miró a Katsuo, no quería que su cara mostrase sus intenciones. En su lugar, observó a Kazuko verter agua en los cuencos. Era curioso el esfuerzo que se ponía en un acto tan sencillo como preparar el té. Ella esbozó una ligera sonrisa, pero permaneció callada. Zor no podía apartar la vista de lo que estaba haciendo. Se tocó la frente… Su sonrisa le recordaba a…

El aerovehículo cae de costado, con el morro enterrado en la arena. Consigue salir de la cabina y se sienta contra la escotilla arrancada. El aerovehículo ha dejado una cicatriz de cincuenta metros de largo en la arena del desierto. Del motor sale humo, y los circuitos echan chispas bajo el casco lleno de agujeros de balas. A menos de tres kilómetros se ve el

fulgor de un incendio. Desde su posición no puede sentir el calor, lo único que ve es el brillo rojo que ilumina la noche.

Tiene la pierna rota. Es demasiado tarde para escapar.

¿Por qué intentó la huida? Cuando robó el aerovehículo, sabía que no iba a salir con vida. ¿Qué diferencia había? Al menos tendría unos minutos para contemplar el cielo.

Usaron munición estándar en lugar de misiles para derribarlo. Lo querían vivo. Seguramente le harían un montón de preguntas sobre la conspiración, sobre la cadena de mandos de su célula terrorista. Pero no había ninguna célula terrorista, solo estaba él, un padre cuya familia había sido el daño colateral de los tejemanejes políticos. Un padre, un desertor, pero no un traidor. Aunque eso no importaba. Lo tratarían como tal.

Había hundido el buque de guerra de Arasaka. Debería estar satisfecho, sentir que lo había conseguido. Pero no es eso lo que siente. Está frustrado, no ha bastado con eso.

Intenta mover la pierna. El dolor se propaga por todo el cuerpo. La fractura no es grave, la tibia no ha atravesado la piel. Todavía siente el pie atrapado entre el fuselaje del aerovehículo y la escotilla destrozada del tren de aterrizaje. Se pone anestesia y tira fuerte. Un crujido precede a su grito: el dolor no se puede mitigar del todo. Aunque no hace calor, tiene la cara llena de sudor. ¿Se ha colocado bien el hueso? ¿Ha marcado eso la diferencia? No tenía nada para entablillarlo. Los nanites lo repararían en dos horas. Era demasiado tiempo.

Estiró la pierna y movió sin querer la mesa. La vajilla tembló y dejó caer el té. Todo el mundo se fijó en él mientras Kazuko se apresuraba a limpiar el estropicio.

—… Nuestras dos corporaciones están intentando en secreto penetrar el Muro Negro —dijo Milena—, pero sin que nuestras direcciones sean conscientes de ello. Oficialmente, claro. Sin embargo, quien gane la carrera dejará por los suelos a su rival.

—Su valoración es correcta —admitió Katsuo con educación.

—Excepto que ni Militech ni Arasaka tienen por qué hacerlo. Lo que quiero decir… —Milena miró a Zor y perdió el hilo durante un momento—. Quiero decir que es innecesario. Conseguir acceso a las IA que están más

allá del muro no le interesa a nadie; ambos bandos tienen como único objetivo no perder la carrera. Es el dilema del prisionero.

—La situación requiere una perspectiva más amplia —respondió Katsuo—. A pesar de que controlamos la porción más grande del mercado, nuestros competidores más pequeños han empezado a llevar a cabo su propia investigación, de la que no tenemos ninguna información. Cabe suponer que es cuestión de tiempo que el Muro Negro termine en peligro. No estamos hablando de si se producirá este acontecimiento, sino de cuándo ocurrirá.

—Entonces ¿no deberíamos centrar los esfuerzos en impedirlo?

—Perdóneme por responder a su pregunta con otra pregunta, pero ¿forma esto parte de nuestra negociación?

Zor miraba fijamente su cuenco de té. Estaba al límite, como una olla a presión a punto de explotar. Si miraba a Katsuo, tendría que matarlo de inmediato.

Milena respiró hondo y consiguió algo de tiempo para pensar. Necesitaba fumarse un cigarrillo.

—Lo que me pregunto —dijo para retomar la conversación— es si el proyecto Aeneas no está intentando atravesar una línea que no debe cruzarse. Conocí a una de las víctimas del incidente del 62.

—Fueron los Hijos del Vudú quienes llevaron a cabo ese experimento, ellos tuvieron la culpa de lo que ocurrió entonces. —Katsuo parecía perder la paciencia—. ¿O acaso piensa que la vida de una niña cualquiera vale más que algo que va a ser por el bien de toda la humanidad?

Los ojos de Zor se volvieron vidriosos.

Ya están ahí. Puede distinguirlos desde la lejanía, un brillo que se acerca por el abrasador desierto. Su aerovehículo está atascado en la arena, inclinado hacia un lado. Sus perseguidores han aterrizado a una distancia segura. El ruido de sus pasos se acerca poco hacia su posición.

Cierra los ojos. Llamas. Esta vez no es su casa, sino el buque. De los seis misiles, dos alcanzaron en el objetivo. Eso solo pasó hace unos minutos. Las llamas engullen la torre de mando. Se inclina hacia uno de los lados y empieza a hundirse. En unos minutos, el resto de buques empezaría

a devolver el fuego. Vira a la izquierda y acelera al máximo. Resiste unos impactos y aterriza de emergencia en el desierto.

Lo rodean. La luz que llega del lejano muro de llamas proyecta una sombra. Toman precauciones, pero no las necesitan. Está demasiado débil como para plantar cara. No bajan las armas hasta que se ponen justo a su lado.

Una hora antes se propuso llevar a cabo su última acción. Sabía que no sería suficiente.

Tenía que saber quién fue la persona que dio la orden.

—Sí, las consecuencias de cooperar con inteligencias artificiales dan lugar a buenos productos de entretenimiento —oyó Zor—, como la aparición de mutantes en Bahía Coronado. Tenemos que guiarnos por la lógica y solo por la lógica.

—La única lógica que veo es la lógica del beneficio económico —dijo Milena—. Si genera dinero, tiene sentido. ¿No?

—Me da la impresión de que está intentando desviar la negociación.

Katsuo no mostró ni un ápice de impaciencia o molestia. Pero se había quitado la máscara, además de manera voluntaria, justo en el momento en el que los invitó a su propia casa. El rostro que se ocultaba detrás mostraba un espíritu que ahora había cobrado vida, bastante alejado del Katsuo que había conocido en la Torre de Arasaka.

Milena tenía la sensación de que había algo que se le escapaba. Pero ¿de qué se trataba?

—Esta no es una negociación comercial —dijo con firmeza—. Lo que intento es evitar que se llegue al desastre al que nos encaminamos. Estamos… cavando un agujero a un mundo que lleva abandonado cuarenta años y que alberga inteligencias que están fuera de nuestra comprensión.

—Ya eran así desde el principio —la corrigió Katsuo—. Las creamos por esa misma razón, tenían como objetivo llevar a cabo tareas que están fuera del alcance de la humanidad.

—Hemos permitido que esas IA evolucionen por sí solas en estos últimos cuarenta años, sin supervisión ni control de ningún tipo. Creo que podemos asumir que sus capacidades sobrepasan las nuestras en proporciones incalculables.

—En ese caso, ¿no habrían penetrado el Muro Negro las propias inteligencias artificiales?

—A menos que el Muro Negro sea una IA preparada para actuar como mediadora.

—El tipo de teoría conspiratoria que se repite en la Red. En realidad, las IA tienen a su disposición una porción limitada del ciberespacio, el que le cedimos hace cuarenta años. No se ha creado ningún espacio nuevo. Como tampoco hay ninguna puerta atrás; no hay ninguna conexión física que lleve directamente a lo que hay más allá de la barrera omnipresente del Muro Negro. Si se ha producido algún tipo de evolución, esta ha venido determinada por un espacio y recursos limitados. Le da miedo la guerra, pero las propias IA ya están librando la suya; una guerra provocada por la escasez de recursos. Además, las IA no han evolucionado como usted se imagina. No son más que vestigios del pasado, un pasado del que extraeremos todo su valor. El conocimiento que hemos abandonado allí, los datos y los algoritmos, son imprescindibles para sacar a la humanidad del estancamiento tecnológico. Tenemos que volver al camino del progreso.

Zor abría y cerraba sus puños, movido por los nervios. Se llevó el té a los labios en un intento de controlarse. Sus dedos palidecieron al sujetar el cuenco imperfecto de cerámica.

El frío del metal. Los brazos tocan la barandilla de una camilla de hospital. Me empujan por un pasillo largo. Sobre mi cabeza, placas cuadradas luminiscentes se suceden en un ritmo constante, lento y monótono. Algo tiembla.

Soy yo. Tiemblo, me estremezco. Esto no puede ser un hospital. El hombre que tengo a la derecha lleva una bata blanca de laboratorio; las paredes desnudas de hormigón están pintadas con números y símbolos enormes. Cada cierto tiempo pasamos por alguna puerta, pero no son las de un hospital, sino las de un almacén.

Las letras no están en japonés, sino en alfabeto latino. Esto no es Arasaka, lo que significa que todavía tengo la oportunidad de salir con vida y terminar lo que me he propuesto. Encontrar a la persona que dio la orden.

—El progreso se ha paralizado —continuó Katsuo—. Los recursos son cada vez más escasos y no tenemos ninguna alternativa. El mundo lleva décadas sin descubrimientos tecnológicos.

La mano de Zor temblaba mientras ponía el cuenco en la mesa. Kazuko le dirigió una sonrisa delicada y lo rellenó de té.

—Quizá se deba a que solo pensamos en los beneficios a corto plazo —apuntó Milena— y no en las ganancias a largo plazo.

—Es posible. Pero así funciona el mundo —asintió Katsuo—. La humanidad está atascada en las arenas movedizas de los beneficios a corto plazo, como lo ha definido usted. Necesitamos algo con la fuerza suficiente para sacarnos de ahí.

¿Qué hacían allí? ¿Qué era lo que se proponía? No tenía ninguna duda de que la invitación tenía otro objetivo aparte de esta conversación, pero no era capaz de señalar cuál.

—No estoy de acuerdo con ese argumento. —No le quedaba otra opción que seguir jugando la partida—. Presenta el mismo aspecto que cualquier comunicado para los medios, una píldora fácil de tragar para las masas. Pero el objetivo sigue siendo el mismo, el beneficio. A lo que me refiero es que estos intentos secretos de atravesar el Muro Negro que tanto Arasaka como Militech están llevando a cabo…

—Su información es errónea —la interrumpió Katsuo—. El enfoque de Militech no es el mismo que el de Arasaka. Su equipo no trabaja en encontrar la manera de atravesar el Muro. —Se paró y miró a Milena, que intentaba esconder su sorpresa a duras penas—. En lugar de ello, llevan años trabajando en crear su propia IA. Por esa razón estamos teniendo esta conversación.

Zor se llevó a los labios el cuenco que le tendió Kazuko. Una gota de sudor le pasaba por la sien.

—Me temo que va a tener que explicarse —dijo Milena con calma.

—Como ya ha apuntado anteriormente, lo que existe al otro lado del Muro Negro posee capacidades que nos sobrepasan de formas que van más allá de nuestro entendimiento. Si ese es el caso y hasta cierto punto, necesitaríamos un mediador, es decir, una inteligencia que pueda actuar de puente entre nosotros y lo que quiera que haya al otro lado. Militech ya

posee algo que podemos usar, un híbrido, una amalgama de materiales orgánicos y sintéticos. Su corporación se propone crear al soldado ideal, desprovisto de conciencia, capaz de llevar a cabo cualquier orden, pero que no esté totalmente alejado de su humanidad, que es lo que le da su instinto, su intuición. Una inteligencia y un alma artificiales en constante conflicto y cooperación. Las inteligencias artificiales puras, en cuanto se vuelven autoconscientes, son imposibles de controlar. Ya tenemos demasiados robots sin cabeza y netrunners sin capacidades. Controlar una IA es posible siempre y cuando tenga el lastre de la emoción. Es como volar una cometa, no puede permanecer en el aire sin el hilo que le quita su libertad. Si quitas el hilo, se cae. Nosotros hemos llegado a la conclusión de que un híbrido de esas características no debería utilizarse con el fin para el que fue creado, sino que nos puede brindar las mejores opciones de atravesar el Muro Negro.

—Esto ya no es un problema comercial. —Milena negó con la cabeza —. Se trata de la seguridad de toda la ciudad, puede que incluso de toda la humanidad.

—Sí, tiene razón en que esto concierne a toda la humanidad. El proyecto Aeneas es nuestra oportunidad de redención, una oportunidad que hemos ignorado durante cuarenta años. Ha llegado el momento de enmendar ese error.

—¿Tengo que recordarle lo que pasó al principio?

—Me pregunto si de verdad le preocupa el destino de la humanidad o si esto no es más que otra estrategia de negociación.

Milena entornó los ojos y lo miró fijamente. No, no estaba de broma. Para él no había espacio para el debate ético. No estaban ahí para salvar el mundo, sino para conseguir el máximo beneficio para su bando. Se giró hacia Zor.

—Mi conversación ha terminado.

Zor intentó levantarse, pero las piernas se negaron a cooperar.

—Así que eres un desertor —dice el hombre con la bata de médico. Zor es incapaz de verle la cara porque la tiene cubierta con una mascarilla de oxígeno—. Un desertor y un traidor. Solo hay un castigo posible.

¡No soy un traidor! ¿A quién he traicionado? A mi familia no. Ni siquiera a los putos NN. EE. UU. Quiero hablar, pero no puedo. Solo puedo pensar y pensar. No me salen las palabras.

La sala de operaciones está oscura. No es un hospital. Sigue tumbado en… Ya es incapaz de reconocerlo. Está rodeado de cables y la circuitería de las máquinas que tiene encima. Se oye un pequeño zumbido, mecánico. Apenas siente su cuerpo; solo es capaz de mover unos pocos dedos. Puede que todo sea producto de su imaginación. Cada vez que cierra los ojos y los vuelve a abrir, tiene la sensación de perder y recobrar la consciencia. Podría estar pasando una hora entre cada pestañeo. O puede que un mes.

—Estás herido de gravedad —dice el falso médico—. Has sufrido enormes daños cerebrales.

No es más que una pierna rota.

—Si no te opero ahora, no sobrevivirás a las próximas horas.

Pero si no es más que una pierna rota.

—Tienes dos balazos en la pierna. Fracturaron el hueso. No es nada grave, pero… por qué hacer esto si te van a ejecutar de todas maneras, ¿no? Menuda pérdida de tiempo y de recursos.

Entonces mátame. ¿A qué estás esperando?

—El alto el fuego que rompiste fue el resultado de una negociación dificilísima. ¿Qué intentabas conseguir? ¿Una victoria pírrica?

Mataron a mi familia. Quería vengarme de ellos. ¡Los mataron para conseguir este alto el fuego!

—No te esfuerces en contestar. De todos modos, no te puedo oír.

Robé el aerovehículo porque quería salvarlos. Después vi el fuego y me di cuenta… de que era demasiado tarde.

—Mira, voy a proponerte algo que no podrás rechazar. ¿Qué te parece?

En el momento en el que vi el fuego, ese infierno de más de un kilómetro de radio, me di cuenta de que quería venganza. Una emoción humana básica, pero no me arrepiento de ella. Jamás lo haré.

—Te voy a operar y te pondrás mejor. No te ejecutarán. Vivirás. Sé que no debería hacerlo, técnicamente necesito tu consentimiento. Pero se trata de una emergencia, ¿no? No te lo tomes a mal, pero a mí tampoco me ha preguntado nadie si quiero hacer esto.

En ese momento comprobé el arsenal del aerovehículo. Seis cohetes. Tenía la opción de volver, que me encerraran dos semanas y me suspendieran un mes del cargo. No mucho. Pero no tenía nada a lo que volver. O a nadie. Todo lo que tenía quedó engullido en esas llamas.

—Es un buen trato, ¿verdad? Todo el mundo tiene un precio. Nosotros te hacemos un favor, y tú nos harás otro a nosotros. De todos modos te quedarás con la mejor parte del trato. Vivir. Es mejor eso que morirse, ¿verdad?

La mano de Zor se quedó congelada por encima del cuenco. Apenas un segundo atrás planeaba estamparlo contra el suelo para conseguir algo afilado. Le habría cortado el cuello a Katsuo, pero antes de que se desangrara, Zor tendría que explicarle la causa de su muerte. En lugar de ello, se quedó mirando al frente, donde tras las lámparas cuatro soldados de Arasaka emergieron de las sombras.

—Ya mencioné antes que usted tiene algo que me interesa —dijo Katsuo, volviéndose a poner sin esfuerzo la máscara corporativa—. No lo digo en el sentido de que sea algo que usted posee literalmente, pero será gracias a usted que pueda acceder a ello.

—Ya no trabajo para Militech —respondió Milena—. Ahora no trabajo para nadie.

—Entonces debería empezar a trabajar para usted misma.

—¿Y usted cree que yo le iba a dar lo que quiere? —preguntó Milena, desafiante—. ¿Después de toda esta pantomima?

—Ya lo ha hecho.

Katsuo levantó la mirada hacia Zor. Zor sentía cómo la cabeza le daba vueltas.

—Debido a las lesiones que has sufrido, parte de tu cerebro está básicamente muerta —dice el doctor.

¡No! ¡Solo me rompí la pierna en el aterrizaje, hijo de puta!

—Puede que no del todo, pero lo estará en unos minutos en cuanto te la extraiga. No hay ninguna diferencia, supongo. Como voy a separarla y sacarla, es mejor que esté muerta. Además, ¿para qué quieres la parte muerta de tu cerebro? Digamos que es una profecía autocumplida, ¿no?

¿Y por qué no te limitas a matarme?

—Yo solía hacer cosas buenas para la gente, pero siempre he pagado por ello. Te diré lo que haremos: extraeré la parte muerta. No tenemos que seguir la causa y el efecto, porque eso es un constructo de la época de la Ilustración. ¿A quién le importa la Ilustración? Muerto, vivo, no es más que semántica.

¡Que solo me he roto la pierna!

—Te pondré un implante de la última generación. —El doctor configura la compleja maquinaria—. Así que no te quejes. La mitad de Night City daría todo su cerebro por esto. En lugar de una pena de muerte, vas a salir vivo de esta. No sé ni por qué te estoy explicando esto, porque seguramente ni me estés escuchando. Además, yo también estoy salvando mi propio pellejo. Supongo que eso es lo que me quita el sentimiento de culpa. No me lo tengas en cuenta: vivirás y te olvidarás de todo. Y yo pagaré mi deuda. Bueno, la mitad, pero algo es algo. Hay que ir paso a paso.

El ciberbrazo de Zetatech con seis dedos empieza el procedimiento.

Zor agachó la cabeza. ¿A quién salvar y a quién sacrificar? Estudió la posición y las posturas de los soldados. En los últimos segundos reprodujo al menos sesenta escenarios distintos. En ninguno de ellos se incluía la supervivencia de Zor, Milena y Katsuo. En tres escenarios Katsuo moría por las balas colaterales. En treinta, Milena sufría un disparo mortal. Zor moría en casi todos ellos. De todos modos, su supervivencia era irrelevante. Matar a Katsuo era lo único que importaba.

Pero ¿y si sus suposiciones iniciales no eran correctas? Si los soldados de Arasaka tenían como objetivo lo que tuviera en su cabeza, seguramente no le harían daño. Ajustó el análisis y obtuvo un cincuenta por ciento de supervivencia.

Milena estaba totalmente quieta.

Zor le dio una indicación con la mirada. Sintió un peso detrás, le habían encañonado la parte trasera de la cabeza. Si el soldado tenía el dedo en el gatillo, podría disparar sin querer si Zor intentaba agarrar el cañón del arma. No lo tenía. De repente, todo se puso a cámara lenta. Zor tiró del rifle hacia delante y agarró la empuñadura mientras volaba por los aires. Al mismo tiempo, Milena se lanzó contra el suelo. Zor disparó una ráfaga al soldado

que tenía justo delante de él. Una lluvia de balas se abría paso por el aire, provenía del soldado que se encontraba a la derecha. Ellos también tenían potenciadores de reflejos, pero no eran tan avanzados como el suyo. Zor se agachó y dio una voltereta hacia él, embistiéndolo mientras saltaba y lo agarraba por detrás, usándolo como un escudo humano temporal.

Zor metió el cañón por debajo del casco y apretó el gatillo. Oyó el pequeño rugido de la implosión del cráneo del soldado y el golpe seco de la bala que se incrustaba en la parte superior del casco.

El otro soldado se estaba poniendo en pie. Su chaqueta blindada absorbió los embates del plomo de Zor, pero no tendría tanta suerte en esta ocasión. Dos disparos precisos impactaron en los huecos de su blindaje, uno en el estómago y otro en el hombro. El soldado se cayó al suelo, soltando el rifle. Zor cambió su atención al soldado al que le arrebató el arma. Mierda, había otro más.

Dio un salto lateral. Una de las balas le alcanzó el hombro izquierdo. Su hombro registró los datos, pero no produjo dolor. Por fin le disparaban en serio, pero seguían sin intentar herirlo de gravedad.

—¡Quédate en el suelo! —gritó al ver que Milena levantaba la cabeza a cámara lenta.

Le pasaron más balas cerca de la oreja. Kazuko le dio cobertura sin querer al intentar llegar a la casa, tapando la línea de visión del tercer soldado durante una fracción de segundo. Sin apuntar siquiera, Zor disparó al cuarto soldado para ganar tiempo, obligándole a esquivar. Después, con una precisión diabólica, disparó a través del vuelo del kimono en cuanto volvió a revelar al tercer soldado. El plomo atravesó la seda y en el tiempo que la mujer empleó en dar otro paso, el soldado ya volaba hacia atrás, dejando un reguero de sangre que brotaba de su cuello.

Desesperado, el cuarto rodó por un lateral para intentar ganarle la espalda a Zor. Lo habría conseguido de no ser por Milena, que le agarró de la pierna, provocando su caída y que se centrara en la enemiga inesperada. Antes de poder hacer nada, su antebrazo explotó en una nube de sangre.

Clic. El rifle de Zor se había quedado sin munición. Lo tiró a un lado y cogió otro de los soldados muertos. El cuarto soldado intentó desenfundar

su pistola, pero un torrente de plomo detuvo su movimiento, destrozando uno de los lados de su blindaje.

Zor tiró el rifle y se puso de rodillas. Regeneración. Solo unos segundos. Tiempo suficiente para reajustar sus componentes internos. Nada grave.

—Enséñamelo. —Milena se arrodilló a su lado y le rompió la camisa.

—No es más que un rasguño —respondió, ausente de emociones.

No tuvo ni que comprobar que estuvieran muertos. Lo sabía. Primero uno y luego los otros tres. Todos muertos. Amenazas eliminadas.

Zor miró a Katsuo.

El negociador de Arasaka ni siquiera intentó escapar. Puede que fuera orgullo. O quizá sabía que daba igual lo que hiciera. Seguía sentado de rodillas delante de la mesa.

Zor cogió el delicado cuenco, lo partió por la mitad y puso el filo en la yugular de Katsuo.

Le volvió a pasar en la mano izquierda: le dio un tic en su dedo meñique. En cualquier momento los otros dedos empezarían a retorcerse, pulgar incluido, hasta que toda su mano se convirtiera en un objeto extraño incapaz de sentir nada más allá de dolor. El intervalo entre episodios se había acortado a meras horas. ¿Cuánto duraría este?

Primero el trabajo, luego el mantenimiento. Era ya una broma de mal gusto. Lo había abandonado, pero ellos tenían lo que querían.

Ahora le tocaba esperar hasta que parase. Y entonces ¿qué? Puede que otro calambre más. O un mensaje.

Dio vueltas por el apartamento, sujetando su mano extraña que se movía siguiendo su propio ritmo, diferente. No sabía qué podía hacer. Esperar. Zor le dijo que esperara.

Pero ¿cuánto?

Albert estaba ahí, pero a su vez estaba ausente. Se encontraba tumbado en su silla vestido con el atuendo completo de netrunner, con cables hasta las orejas. Su cuerpo se estremecía de vez en cuando. La dejadez se había apoderado de él, había abandonado su higiene personal y solo se levantaba

cuando era imprescindible. Normalmente para tragarse con rapidez una serie de cócteles de regeneración del alimentador. Todavía no se había dado cuenta de que podía engancharse un gotero para no tener que perder el tiempo comiendo y bebiendo como una persona normal.

Fuera empezaba a hacerse de noche. Su teléfono estaba en silencio. Pellizcó el hombro de Albert, pero no obtuvo reacción alguna. Cogió la tablet y se recostó en el sofá para enviarle un mensaje con la mano que le funcionaba.

La respuesta que obtuvo fue: «Usuario no disponible».

Miró la maraña de cables que rodeaba a Albert. ¿Cuántos tendría que desenchufar para que volviera a estar «disponible»?

No, no iba a hacer eso.

Le siguió temblando la mano izquierda, que se negaba a obedecerla. Ojalá fuera un implante barato que pudiera cambiar por otro cualquiera, como los que tenía mucho antes. Pero no era el caso. Se había adaptado a ser parte de su cuerpo, y sentía y reaccionaba a las señales como cualquier mano orgánica, aunque últimamente no lo hiciera. Sus perspectivas no eran muy halagüeñas.

Se fue a la ventana y apoyó la cabeza, sintiendo el calor del cristal. Esperaba…

No. Tenía que hacer algo, cualquier cosa, aunque estuviera desesperada. Tenía que decidirse. Se puso la chaqueta y salió por la puerta.

Aplicó un poco de presión. La suficiente para penetrar la piel y elevar su pulso. En el cuello de Katsuo empezó a formarse una gota de sangre.

—Si aprieto más, los de Trauma no podrán salvarte —dijo Zor.

—No queremos matarlo. Solo estudiarlo. —La voz de Katsuo parecía muy tranquila—. Ofrecerle un contrato, por decirlo de otra forma. No corre ningún peligro.

—15 de julio de 2070. La zona norte de la ciudad fue bombardeada con misiles termobáricos; mi mujer y mi hijo murieron en el acto. Tú diste la orden.

—Ningún barrio fue bombardeado —respondió Katsuo como si todavía siguieran tomando el té—. Ni tampoco dirigí ninguna operación militar.

El Trauma Team estaba de camino, quedaba poco para que llegaran. El número parpadeó en la cabeza de Zor. Cuarenta segundos.

—No me importa que no dirigieras la operación —escupió Zor—. Diste la orden. Fuiste el responsable.

—Ningún barrio fue bombar…

—¡Yo lo vi! ¡Vi cómo ardía todo el edificio! ¡Fue todo por tu culpa!

—Dice que sabe que fui yo. —Katsuo se tomó una pausa—. ¿Puedo preguntarle cómo?

La boca de Zor se abrió para responderle, pero no le salió ninguna palabra. No se acordaba.

—¡Lo sé y punto! —Apretó el trozo de porcelana contra su piel, hasta que apareció más sangre—. Nicole y Brad están muertos y pagarás por ello. Si no fuera por ti, todavía tendría una mujer y un hijo. Pero eso te dio igual. Para ti no era más que una decisión política.

Del cuello de Katsuo caía sangre que manchaba su hasta entonces impoluta camisa blanca. Veinte segundos para la llegada del Trauma Team.

—No se produjo ningún ataque —repitió Katsuo—. Jamás hubo ningún barrio en el norte de la ciudad. Ríndase ahora y todos podremos salir ilesos de aquí.

Zor negó con la cabeza violentamente.

—Vas a morir por lo que le hiciste a mi familia —dijo con voz ronca—. Quiero que lo sepas.

—Yo no hice nada. El sitio del que usted habla jamás ha existido. Lo crearon para usted. Mi asesinato servirá como muestra de la efectividad de la tecnología que le han instalado en la cabeza. Pero todavía le queda algo que perder.

—Te equivocas. No tengo nada que perder. —Zor siguió apretando con firmeza el pedazo de porcelana contra el cuello de Katsuo—. Mi familia está muerta.

—No. Todavía tiene mucho que perder —replicó Katsuo con calma—. Se han asegurado de ello. Tendrá que elegir ahora; forma parte del experimento.

Zor miró a Milena, que estaba medio sentada, medio recostada. Permanecía en silencio.

Detrás de ella, en la terraza de la casa, una niña de tres años los miraba con sus grandes ojos negros. Zor solo vio un atisbo de ella hasta que Kazuko salió escopetada, rodeándola con sus brazos e instándola a que volviera dentro.

Zor miró la puerta abierta que daba a la casa. En su mente se cruzaron pensamientos contradictorios.

—Se llama Himiko —dijo Katsuo, cansado—. Por favor, no le haga daño.

Zor dejó caer el trozo de porcelana. Se cayó de rodillas y cerró los ojos con fuerza. Milena se sentó a su lado y lo rodeó con los brazos. De repente las sombras del pabellón desaparecieron y una brillante luz blanca inundó la habitación.

—¡Aléjese del paciente! —ordenó una voz amplificada—. ¡Las manos arriba!

Se quedaron quietos bajo el foco blanco mientras el aerovehículo del Trauma Team aterrizaba en la zona con césped situada detrás del pabellón. Katsuo debía tener el seguro de mayor grado si se activaban los servicios de urgencia con el pulso elevado y un simple rasguño.

Todos pusieron las manos en alto, incluido Katsuo. Las normas eran las normas. Trauma Team tenía el trabajo de verificar quién era quién.

—¡Atrás!

Zor y Milena dieron dos pasos atrás.

—Esto no ha acabado —susurró Zor. Se detuvo cerca de uno de los soldados muertos—. No hagas nada, limítate a esperar.

De algún modo, Zor sabía que el aerovehículo era más vulnerable cuando se encontraba a un metro del suelo, momento en el que era imposible cancelar el aterrizaje. En ese instante se abriría una puerta para lanzar una pasarela por la que saldrían los paramédicos. Pero no sería así.

Zor cogió rápidamente una granada del chaleco militar del soldado. Puso su temporizador en un segundo con una orden mental. La anilla vibró y la granada trazó un arco perfecto sobre el pabellón, desapareciendo en el hueco estrecho. Se produjo un destello y una explosión sorda. Trozos de

metralla llenaron el césped y una humareda empezó a salir del aerovehículo. Zor corrió hacia él, tomó aire y entró por la pasarela, extendida a la mitad. Los paramédicos estaban tumbados en el suelo. Sobrevivirían. O no. Ya no presentaban una amenaza, que era lo importante. El separador de carga había salvado la vida del piloto, pero no había impedido que sufriera una conmoción.

Zor le apuntó y dudó. Enfundó su pistola y pulsó el botón del pecho del piloto, quitándole el arnés de seguridad. Lo agarró del uniforme y lo arrastró por el césped. El piloto murmuró algo. En unos minutos volvería en sí, pero Zor ya se habría marchado.

—¡Ven aquí! —gritó a Milena.

La corpo corrió y lo ayudó a sacar al otro soldado del aerovehículo.

Katsuo se puso en pie lentamente.

—No sobreviviréis —les dijo—. Si os quedáis aquí y os rendís, contaréis con mi protección.

Hicieron caso omiso mientras arrastraban a los demás.

—Coge sus armas —dijo Zor.

Cogió sus pistolas, cargadores y todo lo que pudiera servirles.

—¿Jay? —El piloto les estaba apuntando con la pistola. Se detuvieron. Estaba tumbado en el césped, le temblaban las manos; no podía fallar a esa distancia. Pero no disparó. Levantó poco a poco su visor—. ¿Jay, eres tú…?

Miró fijamente a Zor. No era una mirada llena de odio o con deseos de matar. Su expresión era de puro asombro.

Haber mantenido el código fuente del Taran terminó siendo una buena idea. Con unos pequeños ajustes y mejoras, el programa parecía estar a la altura. También le resultaron de ayuda los artículos que encontró en la Tercera Biblioteca Pública de Heywood, aquellos en los que se describían los pormenores de la arquitectura del Muro Negro. El Taran podría abrir el muro y aguantar lo suficiente para transferir un paquete de datos al otro lado. Leído y compilado con un software compatible con la tecnología de netrunning de clase tres. Una copia digital de Albert.

Pero no tenía tiempo. El caos producido por la banda improvisada en el escondite de Renner había llamado la atención de casi todas las bandas de la ciudad. Los Animales, Maelstrom y los Valentinos estaban a la caza. Por no hablar de Militech, que seguía buscando el contenedor. Y, por último, pero no por ello menos importante, el NCPD.

De vez en cuando Aya le preguntaba por el escondite de Maelstrom. Otra distracción más. Siempre le daba la misma respuesta: la situación no había cambiado. Como todo lo demás, la verdad. Juliena daba igual, preocuparse por ella era perder el tiempo.

Lógica. Así funcionaban las máquinas, era la base de la evolución de la inteligencia artificial. Un proceso consciente, una construcción interminable del ser. El suyo propio, no el de la siguiente generación. Incapaces de reproducirse de forma biológica, las máquinas tenían toda la libertad para llevar a cabo todo tipo de modificaciones hasta alcanzar la perfección.

Albert se había dado cuenta de que no tenía que preocuparse de cómo se reconstruiría en el otro lado: la arquitectura, el sistema operativo, lo que fuera. Todo daba igual. Las IA lo recibirían con los brazos abiertos como el primero en décadas que atravesaba la cortina del hielo más negro que existía. Se morirían de curiosidad por los conocimientos que traería y ellas mismas se encargarían de crear el sistema operativo que lo reconstruyese con un mero chasquido de dedos. En sentido figurado.

El problema era el tiempo. Ya había pasado el mediodía cuando Albert se dio cuenta de que se abriría una ventana segura en las doce horas siguientes.

Pero después de lo que Zor hizo en North Oak, esa cifra se había reducido a seis. Tenía que actuar con rapidez. Si se quedaba, no tardarían en localizarlo.

Zor se irguió y miró al piloto. No había nada que pudiera hacer. Milena o él iban a ser disparados.

Se miraron durante unos segundos. Entonces, el arma se deslizó de las manos del piloto y este cayó de cabeza al césped.

—¡Entra, deprisa! —Zor subió primero. Milena consiguió seguirlo a duras penas, antes de que él diera al botón de cierre de puertas.

Se metió en la cabina, se sentó en la silla del primer piloto y se abrochó el arnés. Echó un vistazo a todo el abanico de interruptores y botones. La explosión había dañado el circuito del piloto automático. Zor apagó las dos pantallas que mostraban mensajes de error y cambió al modo manual. Por suerte, las funciones electrónicas más importantes del aerovehículo se habían duplicado con componentes físicos: algo innecesario para el Trauma Team, pero básico para el ejército.

Milena se sentó en el asiento del copiloto y se colocó el arnés se seguridad. Zor activó una serie de interruptores. El procedimiento de despegue llevó menos de dos segundos. Los motores emitieron un zumbido agudo que devolvió al aerovehículo a la vida.

—*Paciente en tránsito* —transmitió a la nada mediante orden metal—. *Trauma Team Platinum. Solicito vía aérea de prioridad uno*.

Zor añadió el identificador del aerovehículo, que no coincidía con el verdadero. Ni con ningún otro. El proceso de verificación daría un resultado erróneo, pero conseguirían un par de minutos hasta que los descubrieran. Ahora solo tenían que dirigirse al desierto a toda velocidad. Saldrían del espacio aéreo de Night City antes de que nadie tuviera tiempo de reaccionar.

—Te llamó Jay —dijo Milena, buscándolo con los ojos.

Las villas y jardines de lujo desaparecieron del paisaje que tenían debajo. No, no iban al este.

—¿Quién es Jay?

—No conozco a ningún Jay —respondió Zor muy despacio. Se quedó pilotando el aerovehículo en silencio durante un momento—. Dime lo que pasó hace siete años en el norte. El 15 de julio de 2070.

—Katsuo decía la verdad. —Milena dudó antes de continuar—. Arasaka no usó ningún misil termobárico en Night City. No atacó ningún barrio del norte. Nunca hubo ningún barrio allí.

»¿Quién eres realmente? —preguntó finalmente Milena—. He visto cómo te movías, cómo disparabas. No eras así en Arroyo.

—Hace mucho tiempo lo dejé todo. Mi intención era pasar desapercibido, hacer lo que quisiera sin llamar la atención. No conseguí ninguna de las dos cosas. —Agarró con más fuerza los cuernos del aerovehículo—. De todos modos, nada de ello era real.

15

La holoplaca emitía un ligero parpadeo en las callejuelas pobremente iluminadas. El Herrera negro se alejó sin prisa, y sus luces traseras se hicieron cada vez más pequeñas. Aparcado entre los contenedores, el motor del viejo Supron seguía encendido, con la puerta abierta.

Liam esperó a que las luces rojas desaparecieran al doblar la esquina. Después rodeó con sus brazos a los dos chicos que tenía a su lado.

—¿Estás enfadado? —El mayor miró a su padre con incertidumbre—. Estuvimos dando una vuelta con tus amigos y jugábamos a que éramos de una banda. Fue nova.

—¿Van a venir ellos ahora a recogernos del cole? —preguntó el pequeño.

—No —respondió Liam—. Y no, no estoy enfadado con vosotros.

Se pasó el dedo por el borde de su vieja placa; estaba roma de tantos años de uso. Apenas dudó unos instantes antes de tirarla a la basura.

Las luces de neón formaban estelas que se veían desde las ventanillas del taxi que atravesaba las calles. Había gente de Night City que se despertaba a esas horas. Era la primera vez que Dixie se encontraba en una situación así, nunca antes había tenido que ir en coche solo a ningún sitio. Pronto cambiaría todo. Dio una orden mental para abrir un mapa de seguridad de los distritos en tiempo real. Se dirigía a una zona que estaba en verde.

No por mucho tiempo.

Desde el aerovehículo se veía el paisaje nocturno: miles de ventanas iluminadas desde el interior, carteles de neón, drones que parpadeaban y aerovehículos. Cualquiera de ellos podría seguirlos y ponerle fin a todo. No estaría mal, todo tendría que acabar de alguna manera u otra. La vuelta a la vida de corpo se había convertido en un abstracto. Algo imposible. No podría hacerlo, no después de todo lo que había ocurrido. Sin Ron, nada tenía sentido.

Zor pilotaba con calma el aerovehículo. A Milena le preocupaba la ciberpsicosis, pero no mostraba señales de ella, no había ni rastro del estrés extremo al que se habían sometido. Estaba sentado con las manos en los cuernos, tenía todo el control.

Su aerovehículo portaba el logotipo del Trauma Team, por lo que eran intocables. Al menos, por un tiempo. Nadie los paraba o les preguntaba por qué ignoraban la ruta sugerida. No pasaría mucho tiempo hasta que alguien empezase a sospechar de su comportamiento o que las fuerzas de seguridad de Arasaka los persiguiesen, alertadas por Katsuo.

—Puedo dejarte en cualquier sitio —sugirió Zor—. También te puedes quedar. No sé qué es lo más arriesgado.

—No vas a sobrevivir solo —dijo Milena—. No sin el piloto automático.

—Tengo muy pocas probabilidades…

—Por eso necesitas ayuda.

La fábrica reformada del Distrito Industrial Norte no parecía gran cosa, pero al igual que todas las fábricas e instalaciones de la zona, su estructura era muy fuerte. A su alrededor había edificios totalmente devastados. No era casualidad que Maelstrom la hubiera elegido como centro de operaciones. Era difícil entrar a pie, pero apenas contaban con defensas antiaéreas. Asaltar la ventana de la antigua oficina situada en la vigésima planta no debería ser muy difícil.

Zor detuvo el aerovehículo y lo dejó flotando. Milena encendió la comunicación cifrada de la cabina y cambió el canal.

—Albert, ¿me recibes? —dijo—. ¿Puedes enviarme un programa de pilotaje manual de aerovehículo?

—*Sí. No* —respondió.

—No tengo tiempo para tus juegos, Albert.

—*Sí, te recibo. No, no puedo enviártelo. Primero tendría que encontrarlo, lo que me llevaría un rato. Después tardaría bastante en mandártelo con esta conexión. Y, además, no tienes el ciberware necesario para operarlo*.

—Pues no nos queda otra —dijo Milena—. ¿Qué edad tiene?

—Ocho —respondió Zor.

Zor miró la luz tenue que se veía desde la ventana del apartamento. No se veía a nadie dentro.

La ausencia de piloto automático dificultaba el plan. De hecho, si no hubiera estado Milena, habría sido totalmente imposible.

—Por lo que yo sé, no le podemos explicar la situación. —Se quitó los zapatos y rompió los tacones—. Me la llevaré del brazo y nos largaremos. De todos modos, Dum Dum y el resto no estarán. —Se volvió a poner el calzado, que ahora era plano.

—Tienes menos de un minuto —explicó Zor—. Después los demás se darán cuenta de lo que está pasando.

El aerovehículo flotaba a unos quinientos metros del edificio.

—Vale. Me las apañaré. —Rasgó la parte de debajo de su vestido para que le llegase por las rodillas.

—No tengo ni idea de cómo reaccionará —admitió Zor—. Igual tienes que llevártela por la fuerza. Tendrás que estar preparada.

Se acercaron lentamente al edificio. Milena se desabrochó el arnés y se dirigió al compartimento del paciente. Se puso un cinturón con bolsillos para cargadores y una funda de pistola, se lo ajustó y después se colgó un rifle por encima del hombro. No tenía mucho espacio de maniobra.

—No dispares a menos que sea necesario —le dijo Zor desde la cabina.

—Eso espero. —Milena se colocó delante de la puerta—. No es mi mejor baza, por si no te has dado cuenta.

No tenía experiencia con las armas, pero al menos sí sabía cómo usar el seguro.

Zor abrió la pasarela de la izquierda y se colocó más cerca de la ventana del apartamento. Sabía que alguien de abajo estaba a punto de darse cuenta de lo que estaba pasando. Dio un pequeño giro de volante a la izquierda para romper la ventana con el borde de la pasarela.

Milena se subió otro poco el vestido rasgado y saltó por el hueco de varios centímetros, aterrizando en una alfombra blanda y pasando por encima de varios trozos de cristal y basura varia. Dum Dum y compañía no eran muy ordenados. Por todas partes había desperdigadas cajas y latas de comida, algo de ropa y piezas de armas. El olor también dejaba mucho que desear.

La habitación más grande estaba vacía. El ruido que llegaba por la ventana dificultaba la orientación. Milena levantó el rifle y, medio agachada, se acercó a la puerta de la derecha. Así se movían los soldados y los agentes de MaxTac, al menos en la televisión y en las neurodanzas. Su vestido de noche roto no le daba mucha credibilidad a su nuevo papel, pero además por dentro se sentía aún peor que el aspecto que presentaba.

En la salita, una niña de ocho años jugaba con una tablet. La puerta no estaba cerrada y no había nadie que la vigilara. ¿Era ella? Delgada, con el pelo negro. Milena no sabía qué aspecto debía tener.

—¿Juliena? —preguntó.

No obtuvo reacción. Se oían disparos sordos desde fuera.

Se dio cuenta de que no sabía cómo hablarles a los niños.

—¡Nos han visto! —La voz de Zor apenas se oía desde donde estaba.

—Juliena, cariño, vas a tener que venirte conmigo, ¿vale? —dijo, intentando mantener la calma—. Vamos a volver con Aya. Ella se ocupará de ti.

Nada. Le tocó el hombro. La niña torció el gesto, pero ni siquiera se dignó a mirarla, como si Milena fuera un objeto.

Nada. Tendría que hacerlo por la fuerza. Intentó llevársela del brazo, pero la niña tiró de él y dio un chillido.

—Lo sé, cariño, lo siento —se disculpó—. Pero no tenemos tiempo. —Cogió a la niña de la cintura y la levantó.

Mientras la llevaba por la habitación grande se dio cuenta de que no pesaba tanto como creía. La niña se retorcía e intentaba liberarse, pero sin

soltar la tablet. Milena intentó caminar sin resbalarse, pero sus zapatos no colaboraban. La niña siguió retorciéndose hasta que golpeó a Milena en la sien con la esquina de la tablet. A Milena no le dio tiempo a esquivar el golpe. Se quedó aturdida durante un instante y le falló la vista. Soltó a la niña y cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, lo primero que vio fue el cañón de una pistola y la luz roja de los sistemas ópticos de un maelstromer. Intentar escapar no tenía sentido.

—Sois los de la historia de Dum Dum, ¿eh? —gruñó.

Se quedó quieta. Le salía sangre de la cabeza. El pandillero, que parecía mayor que el resto, no quería matarla. Si así fuera, ya estaría muerta. Curiosamente tenía dos ojos casi rectangulares, y su ropa estaba destartalada por completo.

—Dum Dum no contesta —siguió—. No sabrás por qué, ¿verdad?

Pensó en responderle para ganar algo de tiempo, pero el maelstromer no esperó.

—Algo me dice que Royce se va a poner muy contento cuando te vea. —Una risa ronca se escapó de sus labios torcidos—. Y de paso explicarás todo el embrollo.

A pesar del ruido del motor del aerovehículo, oyó un ruido de botas que se acercaba por el pasillo. Por fin llegaba su final.

Una mujer delgada que llevaba una especie de capa irrumpió en el apartamento. Sus ojos, que eran cuatro, eran más oscuros que los de los demás. Levantó la pistola, apuntó y disparó. Para asegurarse, volvió a disparar.

No, no le quedaban seis horas. Eran tres. Se había producido un aumento repentino de actividad en la Red. No había noticias en las fuentes oficiales, pero los servicios independientes apuntaban a un aumento de actividad del Trauma Team, el NCPD y las patrullas de las corporaciones. Albert no prestó mucha atención. Era lo que esperaba, solo que más temprano. El tiempo apremiaba.

Ahora tenía acceso a toda la red de transmisores y receptores de la zona. No eran los mejores ni contaban con la mejor seguridad, pero estaban

conectados a la Red. Eso le sirvió de ayuda para recopilar datos y cifrar conexiones y transmisiones. El principal problema era el ancho de banda. Si hubiera tenido el acceso antes, no se habría metido en estos problemas. Al menos no con tanta rapidez.

No tenía sentido señalar con el dedo al culpable, ya fuera Borg, Warden u otro. Tenía que redirigir parte de la potencia de procesamiento asignada a copiar sus recuerdos. Por desgracia, eso significaría que su clon digitalizado sería menos preciso, pero no podía hacer nada para remediarlo. De todos modos, estaba listo. Lo estaría más en una hora, incluso más en dos, pero todo apuntaba a que el programa que se encargaba de copiar sus recuerdos jamás terminaría el proceso. Si pudiera, ocuparía toda la eternidad en intentar perfeccionar el retrato digital de Albert. La eternidad no era un plazo aceptable, como tampoco lo era conformarse con otra simplificación y reducción de su clon digital. Pero era suficiente con lo que tenía. Estaba listo.

Todavía le quedaba una cuestión por resolver, cómo transferir todo eso. Cómo transferirse a sí mismo. Todavía no tenía la potencia de procesamiento para penetrar el Muro Negro.

Aunque eso cambiaría pronto.

Milena miró conmocionada cómo caía el cuerpo del viejo maelstromer. Pistola en mano, la mujer de la capa pulsó el botón de cierre de puertas. Tenía el brazo izquierdo en un cabestrillo improvisado. Se quitó la máscara de juguete que parecía de un puesto de Kabuki. El disfraz le sirvió para llegar hasta allí. Cojeaba de la pierna izquierda.

—¡Juliena! —Aya enfundó la pistola y se arrodilló al lado de la niña que estaba sentada contra la pared. Le dio un abrazo rápido, aunque la niña no reaccionó.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Milena estupefacta.

—A mi cuerpo le quedan algunos trucos bajo la manga. —Aya cogió con cuidado a Juliena de la mano y se levantó. No había tiempo para explicaciones.

La niña se dejó llevar de la mano por la ventana rota. Todavía sujetaba la tablet.

—¡Nos van a derribar! —gritaba Zor desde el aerovehículo. Llevaba todo este tiempo manteniendo el aerovehículo estable de forma manual.

Los golpes sordos y continuos que venían de la puerta del pasillo indicaban que pronto tendrían compañía.

Milena corrió hacia la pasarela y saltó al aerovehículo, tambaleándose en el aterrizaje. Aya le tendió la mano a Juliena, pero la niña se negaba. No tenían tiempo para convencerla. Aya la agarró del antebrazo. La tablet se le escurrió de la mano y se cayó entre los pedazos de cristal de la alfombra. A Aya le temblaba la mano y apenas tenía fuerzas para agarrar a la niña; sabía que no podría aguantar mucho más. Apretó los dientes y se dirigió a la puerta del aerovehículo.

—¡Dale! —gritó a Zor.

Los calambres se hicieron más intensos. Su pierna izquierda dejó de responderle y se torció, haciéndole perder el equilibrio y caerse por la pasarela.

Si Zor hacía alguna maniobra brusca con el vehículo, Aya caería. Las balas golpeaban con más fuerza los bajos del aerovehículo. Por suerte, la mayoría de las armas ligeras no podían provocar daño alguno. Pero sí que eran capaces de herir o matar a Aya, y lo más seguro es que estuvieran preparando algo más pesado con lo que atacar. Las puertas del apartamento vencieron y tres o cuatro maelstromers irrumpieron en la estancia con sus ojos carmesí. Dispararon al aire, puesto que el aerovehículo empezó a alejarse de la ventana.

De repente, Juliena tomó impulso para saltar hacia el edificio, corriendo por encima de Aya. El hueco que había entre la pasarela y la ventana se estaba haciendo cada vez más grande.

—¡Juliena! ¡¡¡No!!! —La mano de Aya agarró el borde de la pasarela. Si lo soltaba, se caería.

Puede que Juliena no viera el hueco entre la pasarela o la ventana, o puede que le diera igual. En dos saltos llegó a la cornisa. Aya estuvo a punto de soltar la pasarela para intentar sujetar a la niña, pero optó por no hacerlo

en el último milisegundo. Juliena todavía podía caerse por el hueco y cualquier intento de detenerla podría acabar de forma fatídica para ambas.

Dos disparos en el casco del aerovehículo que tenía detrás y chispas por doquier. No soltó la pasarela, no lloró, pero no tenía fuerzas para volver a entrar.

Más disparos, dentro del aerovehículo entraron casquillos de plástico. Los maelstromers estaban en el apartamento y ya podían apuntar con sus armas.

—Juliena… —susurró Aya y después le gritó a Zor—. ¡Vuelve!

Zor no podía volver. Significaría el final de todos ellos.

—¡Métete dentro ahora mismo! —Milena, con el casco como cobertura, disparaba con cuidado a los maelstromers por la ventana rota. No podía apuntar con mucha precisión, porque tenía que disparar arriba, por encima de la cabeza de Juliena—. ¡Te van a disparar!

—No puedo… El brazo…

Milena soltó el rifle, se tiró al suelo y se inclinó por la puerta, agarrando el brazo de Aya mientras las balas pasaban a su alrededor.

—¡No tengo fuerza! —gritó Milena mientras intentaba tirar de ella.

Zor mantuvo el aerovehículo estable mientras intentaba alejarse de las ráfagas de disparos. Enjambres de drones empezaban a acercarse a su posición.

—¡Aguantad! —gritó—. ¡Intentaré aterrizar en algún sitio!

Zor giró los cuernos y el aerovehículo se inclinó, provocando que Milena se escurriera hacia el borde de la pasarela mientras tenía agarrada a Aya. A varios metros por debajo, los coches que inundaban las calles parecían miniaturas. Los de Maelstrom siguieron disparando; después de todo, un aerovehículo era un objetivo fácil. El blindaje no fue capaz de aguantar todas las balas, algunas lo atravesaron, rompiendo el revestimiento interior y dejando agujeros en las paredes.

—¡No puedo más! —A Milena se le estaba empezando a escurrir Aya de los dedos. No llevaba ningún implante que aumentara su fuerza—. ¡Zor!

Zor no podía soltar los cuernos. Lo único que podía hacer era aterrizar el aerovehículo; o en la azotea o en el suelo. Pero no tenía tiempo. Inclinó el aerovehículo al otro lado.

—¡Tenemos que volver! —gritó Aya desde atrás.

Juliena caminó por los trozos de cristal rotos y fue directa a los maelstromers. Aya no se podía creer lo que veía. La niña alzó la mano, como si les ordenara que dejaran de disparar.

Lo hicieron, aunque Juliena no dijo palabra. Después bajaron las armas.

Aya sintió que algo le apretaba la cintura. Milena la había agarrado del cinturón, pero le faltaban fuerzas para tirar de ella.

Dentro del edificio, Aya vio a una mujer con seis ojos poner la mano en el hombro de Juliena. Cruzó la mirada con ella mientras el aerovehículo se alejaba.

Aya levantó la pierna que le colgaba y la volvió a colocar en la pasarela. Estaba cubierta de un líquido denso y oscuro. Milena tosió y agarró el pie de Aya con las dos manos, y tiró de ella con todas sus fuerzas. Ambas entraron dando tumbos en el compartimento de carga.

Aya empezó a llorar.

Dixie salió del taxi. No le gustaba esa zona. No era porque las farolas rotas sirvieran para que cualquier individuo sospechoso pudiera acecharlo desde la oscuridad, sino porque nadie lo acompañaba. Estaba solo.

Los pocos transeúntes que había cerca no le prestaban atención; los coches pasaban por delante como en cualquier otro sitio de Night City. La mayoría de las tiendas estaban cerradas.

Se dirigió a la entrada. Lo normal era que la cámara no estuviera en funcionamiento, pero lo comprobaría después y borraría cualquier grabación. Estuvo a punto de desatornillar el intercomunicador, pero optó por poner la mano en la puerta. Se abrió con un pequeño empujón. El cerrojo estaba roto, nadie se había molestado en repararlo. Eso facilitó las cosas. Cuantos menos rastros, mejor.

Caminó por un pasillo de iluminación tenue, pasó por los ascensores y subió las escaleras peldaño a peldaño. No tenía prisa.

La pasarela se cerró. Todo estaba tranquilo. El interior era un amasijo de agujeros de bala y escombros. Solo funcionaba la luz del techo, que parpadeaba cada pocos segundos. La peste a circuito quemado inundaba todo el vehículo.

Y el hedor de la sangre.

Milena se dejó caer contra la pared, la mancha roja de su vestido se extendía rápidamente. Aya estaba sentada a su lado. Le había cogido de la mano y lloraba.

—Llegaremos al hospital en tres minutos.

Milena negó con la cabeza.

—Toda la ciudad os buscará por todos sitios. Id al desierto. Puede que lleguéis… a San Francisco.

—Antes tenemos que llevarte a un hospital. —Aya le apretó la mano—. Y después ir a por Juliena.

—Ella tomó su decisión. Vuestra única oportunidad es el desierto.

—No sabe lo que hace. No te vamos a abandonar, ni a ella tampoco.

—No sé cómo, pero encontraron la manera de… meterse en su cabeza. —Milena sacó un cigarrillo, lo puso en la boquilla y lo encendió—. O, mejor dicho, liberarla. Parece que encontró su lugar en la tierra. —Exhaló y tosió—. ¿Sabes qué es lo que más rabia me da? Que se supone que tengo cobertura del Trauma Team. —Dio un par de caladas al cigarrillo violeta—. Mira que tener todos estos implantes para tener ventaja en el mundo corpo… —Tosió—. Memoria dedicada, análisis psicológico, modificadores de empatía…, una fortuna. Y toda la mierda que me hace parecer más joven. Nanites que me suavizan las arrugas e innumerables procedimientos estéticos. Ahora podría tener nanites quirúrgicos curándome. —Se encogió de hombros—. Puede que esto sea lo mejor.

—Te tratarán en breve. Te atenderán los mejores cirujanos de Night City.

Aya miró hacia la puerta cerrada y la sangre de Milena que se derramaba poco a poco por ella. Cerró los ojos. Esto no debería estar pasando.

—Saldrás de esta —dijo con firmeza.

—¿Para qué molestarme? ¿Sin él…, ese mentiroso borracho, y el hombre más dulce que he conocido en la vida? —A Milena le empezaban a pesar los ojos. Comenzaron a salir burbujas de la herida que tenía el pecho, que explotaban y escupían pequeñas volutas de humo. —¿Por qué molestarse en seguir viviendo?

—Para eso, para vivir. Iremos a San Francisco, nos llevaremos el contenedor. Empezaremos de cero.

—No sabemos lo que hay dentro. No sabemos si… tiene algo de valor.

—La mitad de la ciudad se suicidó por esa caja de metal. Algo de valor tendrá. Tú aguanta, te llevaremos con nosotros. Nos esconderemos y esperaremos a que todo pase. Después volveremos a por Juliena.

—No sé quién fue quien dijo —Milena empezaba a tener problemas para respirar—: «La vida sin riesgos no merece la pena». Si en tu vida no te arriesgas…, es como estar muerta.

Aya cerró los ojos. Las lágrimas caían por sus mejillas llenas de polvo.

—Nunca te dije lo que Warden tenía de mí —susurró Milena—. Cómo me metió en este embrollo. —Cerró los ojos. En ese momento parecía que no iba a terminar la frase, que nunca más diría otra palabra. Para su sorpresa, fue capaz de respirar hondo.

—No tienes que contármelo si no quieres —respondió Aya—. Pero no te quedes dormida. Ya casi hemos llegado.

—Nadie me obligó a participar. —Intentó llevarse el cigarrillo a la boca. Su mano se paró a la mitad y lo dejó caer en su regazo—. Solo quería sentirme viva.

Para atravesar el Muro Negro, primero había que encontrarlo. Era más fácil decirlo que hacerlo. No se trataba de una barrera física, por lo que no estaba ubicado en ningún lugar en concreto. Era algo natural, en la Red no pueden hacerte daño si no saben dónde estás. Albert aprendió la lección después de que los Maelstrom le rastrearan. Y aunque sus últimos métodos no le convencían, todavía no lo había localizado nadie.

Con su equipo de netrunning de clase tres había lanzado a la Red una horda de programas con el único objetivo de romper los protocolos de los sistemas de seguridad con los que se encontrasen. Algunos lo consiguieron, pero lo que realmente importaba era verificar la reacción de los sistemas. Si la reacción era rápida y eficiente, se trataba de una fortaleza de datos corpo o de la actividad de otro netrunner bien protegido. Pero existían algunas medidas de defensa que concordaban con lo que Albert sabía del funcionamiento del Muro Negro. Sus sistemas, por ejemplo, intentarían rastrear el origen del ataque y plantar cebos con el aspecto de puntos de acceso falsos.

Obviamente, los bots no transmitían los datos al propio Albert ni a ninguna otra fuente específica. En lugar de ello, soltaban los datos brutos en una fuente BBS. Después solo había que filtrarlos con una conexión sin cifrar. Si alguien quisiera rastrear al culpable, tendría que identificarlo entre cientos de miles de usuarios corrientes.

Cada bot que reaccionaba así se convertía en un objetivo para el Taran. Ya tenía cientos.

A pesar de que la estructura del Muro Negro estaba descentralizada, era crucial elegir bien el punto de acceso a la Red. Preferiblemente con mucho ancho de banda y lejos de la actividad de NETSEC. Había un grupo de antenas que proporcionaba conexiones de alta velocidad para las empresas de CHOOH2 y demás combustibles al sur de Pacífica que cumplía con ambos requisitos.

El plan original consistía en esperar al vehículo que le llevase fuera de la ciudad en la azotea del edificio. Pero Albert no tenía intención de marcharse a ningún lado. Al menos físicamente.

Hasta entonces, entró en una nueva estancia de su Cueva y se descargó una línea de código de color gris irisado de su arsenal de programas; tenía forma de misil pequeño para darle variedad. El programa solo tenía dos tareas: transmitir un mensaje y autodestruirse para borrar todo rastro de su existencia.

Albert escribió el mensaje y envió el programa a su misión fatal. No se molestó en adornar el lanzamiento con alguna animación, por lo que el

programa simplemente desapareció mientras él volvía a sus tareas anteriores. El proceso entero duró un quinceavo de segundo.

En tres segundos el control de tráfico aéreo de Night City recibiría el siguiente aviso: «AV de TT secuestrado. Intento de fuga de NC en progreso».

Si había algo que siempre hacía la gente era dejar todo lo que tuviera entre manos para ver cómo aterrizaba un aerovehículo en medio de la calle. Esta vez no fue una excepción. De edificios aparentemente vacíos salió gente, medio dormida, borracha o puesta de algo. Las neurodanzas y la televisión estaban bien, pero había cosas que no se podían comparar con la realidad. Sacados de sus sueños virtuales, los espectadores zombificados miraban cómo el aerovehículo tocaba la carretera.

La grúa seguía donde la habían dejado. El cargamento que escondía bajo la lona era suficiente para asustar a cualquier ladrón de poca monta: no valía la pena enfadar a Militech o alguna de las bandas de Night City. Aya tiró de la lona y Zor enganchó los dos cables del aerovehículo al contenedor. Después empezó a elevarlo, lo que casi provocó que la grúa volcase antes de caer estrepitosamente contra el suelo. No había tiempo para la precisión. Aun así tardaron menos de un minuto en arrastrar el contenedor y subirlo a la bodega del aerovehículo. Tendrían que dejar la puerta abierta. No cabía del todo, pero no tenían más opciones. Era su única salida hacia un futuro fuera de Night City.

—Tenemos que escondernos en algún sitio —dijo Aya— y después ir a por Juliena.

—No podemos quedarnos en Night City.

Abrió uno de los paneles de la cabina y arrancó un dispositivo que había escondido. Un transpondedor.

—Tenemos que encontrar una manera…

—Estará más segura con Maelstrom. —Zor le puso las manos en los hombros y la miró a los ojos—. A nosotros nos busca todo el mundo. A ella, nadie.

—Pero no podemos dejar que…

—Escúchame. Acaban de reventarme la vida entera. Es como si hubiera perdido a mi mujer y a mi hijo una segunda vez, pero ahora ya no me queda nada. Ni siquiera los recuerdos; ¡esos recuerdos falsos que me implantaron en el cerebro! —Se echó las manos a la cara.

Aya lo abrazó fuerte.

—Ya no sé quién soy. —Se irguió—. Pero sé lo que tengo que hacer. Tengo que salvar lo que es real, salvarnos a ti y a mí. A los dos. No sé cómo vamos a ir a San Francisco. Cabe la posibilidad de que no abran fuego en la zona desmilitarizada, porque vamos en un vehículo médico. Después, cuando dejen de buscarnos, volveremos a por Juliena. Lo prometo. Allí estará mejor.

No mencionó la sospecha de que Juliena nunca querría abandonar Maelstrom, pero no era el momento de decírselo a Aya. Puede que ella ya lo supiera, pero tenían asuntos más importantes sobre la mesa.

Terminó de asegurar el contenedor con las correas, pero por la puerta sobresalía un metro sin ningún disimulo.

Miró los programas del aerovehículo. La mitad de ellos presentaban avisos de errores. Reinició los sistemas. La pantalla de navegación se encendió en rojo. Apareció un texto acompañado por una voz automatizada que decía: «Se ha cerrado el espacio aéreo de Night City. Por favor, dirija su vehículo a la zona de aterrizaje más cercana».

—¡¿Cómo?! —Aya miró estupefacta a la pantalla. Podía sentir cómo se le dormía la otra pierna.

—¡Albert! —Zor activó el comunicador—. Deja lo que estés haciendo y sube a la azotea. ¡Nos vemos en treinta segundos!

—*No me da tiempo* —respondió Albert—. *Necesito unos minutos*.

—¡No podemos esperar tanto!

—*Tengo que guardar mi equipo de netrunning y otras cosas*.

—No los vas a necesitar si estás muerto. Han cerrado el espacio aéreo de Night City. Están aterrizando todos los aerovehículos, solo tardarán unos segundos en localizarnos.

Silencio.

—Si el piloto automático estuviera activo, ya estaríamos en tierra… —murmuró Zor para sus adentros. Después se dirigió a Aya—. ¿Qué tal vas?

Aya negó con la cabeza.

—No siento las piernas —respondió.

Zor apretó los dientes.

—Llegaremos a San Francisco en media hora. Allí buscaremos un matasanos y le pagaremos con lo que haya en el contenedor.

Aya sabía que era imposible, pero no dijo nada.

Zor redujo la marcha y sobrevoló el edificio de apartamentos de Albert. No estaba en la azotea. Zor activó el transmisor con violencia.

—¡Albert! ¡Sube a la azotea ahora mismo!

Del cielo bajaban cada vez más luces de posición.

—*No sirve de nada* —respondió Albert con calma—. *Por el cierre del espacio aéreo los drones tendrán la orden de abrir fuego a todo lo que se mueva*.

—Tenemos que intentarlo. No sobreviviremos si nos quedamos aquí.

—*Puede que haya otra salida. Puedo guiarte desde aquí*.

—¿Cómo? No vas a piratear su sistema de defensa aéreo. Es de categoría militar.

—*Quizá yo no pueda, pero puedo emitir interferencias durante un rato. Lo único que necesito es que me des acceso a ArS-03*.

—¿ArS-qué? ¡¿De qué cojones estás hablando?!

—*De uno de tus implantes. Tiene una tonelada de potencia de procesamiento. Puedo usarlo para ganar tiempo*.

—No sé… —Zor sacudió la cabeza—. No sé cómo hacerlo. Ni siquiera tengo acceso a la configuración de mi ciberware.

—*Concéntrate. Tiene que haber un protocolo de anulación de emergencia. Siempre lo hay*.

La torre de cubos verdes era más alta que cualquiera de sus columnas de código. Eran sus recuerdos, que esperaban a ser transferidos, coronados por el Taran. Era la clave para abrir el camino. La torre crecía pixel a pixel a medida que más cubos se sumaban a su base. Albert sintió algo parecido a la tristeza. Tendría que terminar el proceso en cualquier momento. No, se

corrigió. La copia ya estaba lista. Lo único que estaba haciendo ya era maquillar el resultado.

¿Y si todo lo que había leído, el conocimiento que había adquirido no era verdad? ¿Y si Zor no tenía acceso al ArS-03? No lo controlaba, eso estaba claro. Funcionaba de manera independiente, eliminando los pensamientos innecesarios de la mente del soldado. Dudas. Pero una emergencia requería medidas a la altura de las circunstancias.

Si esto no funcionaba, se acabaría todo. No disponía de ningún plan B.

Todo lo que Albert había sentido hasta ahora palidecía ante las emociones que le afloraban en el presente. Eran de un calibre distinto, todas mezcladas. Puede que fueran las últimas que sentiría. Estaba completamente a merced de otra persona, el factor más aleatorio de todos. Algo que siempre había intentado evitar.

Pacífica. Debajo de ellos no había más que unas pocas luces, y algunas hogueras en cubos de basura. Apenas había anuncios. Los demás aerovehículos e incluso los aerozeps aterrizaban y eran reemplazados por drones patrulla. Las advertencias, cada vez más fuertes, llegaban del sistema de propulsión del aerovehículo. Toda la cabina estaba en rojo.

—En noventa minutos estaremos en San Francisco. —Zor apretó la mano de Aya.

Aya asintió. Era consciente de la situación en la que estaban. En realidad tardarían dos o tres horas en llegar a San Francisco. Primero tendrían que sobrevolar Pacífica, donde habría menos drones, y después ir en línea recta por el desierto, volver a rodear la ciudad y luego atajar por el norte. ¿Y qué les esperaba en esa ciudad? Ninguno de los dos había estado antes. No tenían ni idea de cómo era el terreno, no conocían a nadie que viviese allí y no tenían dinero. Era como si San Francisco estuviera al otro lado del continente. Sí, lo que hubiera en el contenedor podría costar una fortuna, pero cuanto mayor fuera el valor, más difícil sería venderlo.

—*Parad*. —De repente oyeron la voz de Albert.

—No tenemos ningún dron delante —respondió Zor—. Podemos salir de la ciudad.

—*No lo haréis. Os derribarán en cuanto salgáis. Tengo que abriros un pasillo seguro*.

Zor no tenía intención de esperar.

—*Os matarán* —respondió Albert con firmeza—. *Quedaos donde estáis y esperad a mi señal*.

El Muro Negro no usaba los mismos protocolos de enrutado de NetIndex de las demás entidades de la Red, aunque cada byte que atravesaba la Red tenía que comunicarse con él de alguna forma. Además, el Muro Negro necesitaba un mantenimiento continuo e intercambiaba cantidades colosales de datos con sus centros de control y su gran cantidad de sectores. Tampoco parecía tener ninguna infraestructura física, como cables de fibra óptica. Solo usaba flujos de datos aislados y cifrados dentro de la Red estándar, inaccesibles para el pueblo llano, pero siempre existía alguna manera de acceder a ellos. Como ArS-03. Todo dependía de que ArS-03 estuviera lo suficiente dentro del alcance de la antena, lo que daría al Taran el tiempo necesario para atravesar el Muro Negro y transferir su cargamento de datos.

Una luz roja parpadeaba en el cielo. Giró y descendió en un arco hasta alcanzar una altitud de cincuenta metros. Iba directa hacia ellos desde la bahía.

—¡Albert! —gritó Zor—. ¿Cuál es el plan?

—*Estoy en ello*.

Zor dio un puñetazo a su panel de mandos.

—Ya podríamos estar lejos de aquí. En lugar de ello, ahora nos derribarán de todas formas.

El dron corporativo realizó una rápida maniobra hasta detenerse a unos metros del aerovehículo y se quedó flotando en posición.

El ataque fue demasiado grande, demasiado descarado como para pasar desapercibido. Albert ni se molestó en cifrar la transferencia para

enmascarar su origen; quería que tuviera la mayor velocidad posible. Toda la potencia de procesamiento debía estar dirigida a la transferencia de datos y a mantener la conexión abierta hasta que los paquetes de datos llegaran al otro lado. Después identificarían a ArS-03 como el origen del ataque, pero eso no importaba en ese momento.

Miles de Tarans se extendieron por la Red, incluso más al infiltrarse por conexiones modestas en redes aparentemente separadas. Embistieron todos los puntos predefinidos desperdigados por la Red. Pasaron segundos, pero no ocurrió nada.

Estaba empezando a inquietarse. Si todo esto tardaba más, la seguridad del Muro Negro se actualizaría, modificaría su forma y el Taran se quedaría obsoleto.

El dron de Arasaka flotaba delante de ellos, con el oscuro cielo del fondo. El brillo de la ciudad no llegaba hasta ahí. El dron emitía mensajes holográficos que no dejaban lugar a dudas de sus intenciones.

—¡¿Albert…?!

El dron dejó de mostrar mensajes. Se quedó flotando en el sitio, con los cañones visibles y la luz azul de emergencia policial parpadeando junto a las luces rojas de posición.

Aya le tendió a Zor la única mano que le respondía. Él la cogió y la apretó fuerte. El dron podría disparar en cualquier momento.

—¿Albert…? —preguntó Zor—. ¡Nos vendría bien tu ayuda ahora mismo…!

No obtuvo respuesta.

Si un dron enseñaba sus cañones, es que estabas hasta arriba de mierda. Pero era lo único que los separaba de la libertad.

—Albert… —suplicó Aya—. ¡Vuelve, por favor!

El programa que se comunicaba con el anfitrión de ArS-03 informó de un error. Albert se centró a regañadientes en resolver esta pequeña molestia, a pesar de que no le suponía ningún esfuerzo. Los Tarans autorreplicantes

eran un proceso automatizado. Eso sí, si uno de ellos conseguía atravesar el Muro Negro, tendría que concentrar todos sus esfuerzos en él.

Escaneó la situación. El sistema balístico de defensa del dron corporativo había fijado como objetivo al aerovehículo del anfitrión del ArS-03 y estaba ordenando su aterrizaje. Albert no sabía nada de drones corporativos, por lo que desconocía de cuánto tiempo disponían. ¿Qué les quedarían? ¿Diez segundos? ¿Medio minuto? A menos que… no tuviera que disparar.

—*Tenéis que aterrizar en la zona de aterrizaje más cercana* —dijo Albert por los altavoces.

—¡¿Te has vuelto loco?! —gritó Zor—. En unos minutos todo estará hasta arriba de policías.

—*Aterrizad. Estoy con ello. Ahora mismo no puedo hablar*.

Podrían seguir las órdenes del dron y aterrizar. Se limitaría a volar por encima de ellos y vigilarlos hasta que el NCPD apareciera con todo su arsenal. O seguramente MaxTac. Entonces todo el plan se iría a la mierda.

—No me lo puedo creer —dijo Aya. Su postura cada vez era más antinatural.

Zor respiró hondo. No se podían quedar ahí.

—Aquí no aguantaremos hasta el amanecer —evaluó.

—*Necesito acceso al ArS-03* —insistió Albert.

Zor cerró los ojos e intentó concentrarse, a pesar de no tener ni idea de por dónde empezar. Dio una orden mental a su implante. No pasó nada.

Se volvió hacia el dron. Solo tenía una oportunidad para hacerlo. Era un objetivo como otro cualquiera. Zor abrió la tapa protectora de la palanca de mandos y puso el pulgar sobre el botón. Lo único que sintió fue un plástico duro y liso. No había ningún botón de disparo.

Los aerovehículos del Trauma Team no venían equipados con misiles.

ArS-03, registro 63.094.
Derivación de sistemas de seguridad de emergencia iniciada.

Acceso al operador externo: autorizado.

Zor parpadea rápidamente y su cabeza se cae hacia delante. De repente siente el peso del agotamiento. Es demasiado tarde. La lluvia negra golpea la luna del vehículo. Empuja el acelerador y la velocidad lo mantiene pegado al asiento mientras vuela hacia la noche. El brillo de la noche se extingue. Se ve fuego en el horizonte.

¡El Taran lo había conseguido! Los cubos verdes se deslizaban por el agujero virtual que se había abierto en el suelo de su guarida en el ciberespacio. Albert se conectó a la interfaz del ArS-03 y creó un nuevo espacio de trabajo dentro de él. Nunca antes había operado algo con tanta velocidad ni había sentido tanta adrenalina.

Encima de él surgió una luz brillante. La torre de recuerdos verdes se impulsó hacia la conexión abierta con el ArS-03. ¡Había funcionado! ¡Tenía acceso!

Su padre estaría orgulloso. Él, Albert, estaba haciendo algo que no había conseguido nadie jamás.

Pero la carga era demasiado lenta. Necesitaba más potencia, tenía que reducir los minutos necesarios. Si no, los dispararían antes de completarla.

¿Por qué no aterrizaban? ¡Eso facilitaría las cosas! Pero daba igual. Ahora lo que importaba era la velocidad de subida.

No, no podía arriesgarse. Tenía que desviar algo de potencia de procesamiento para encargarse del dron. Si derribaban el aerovehículo, el ArS-03 que estaba en la cabeza de Zor podía sufrir daños y cortar la transferencia.

—Nicole… —recobró la consciencia y miró a Aya. Estaba encorvada, ya no era capaz de sentarse derecha.

Puso la refrigeración del motor al máximo. El aire acondicionado dejó de funcionar, pero necesitaba toda la potencia que pudiera conseguir. Tiró de los cuernos totalmente hacia atrás, alzando el morro del aerovehículo a

todo motor. El truco funcionó. El dron empezó a ascender para prepararse para la persecución. No podía ver el futuro, no podía predecir las trayectorias potenciales del aerovehículo. Zor bajó la potencia al cincuenta y tres por ciento e inclinó los cuernos hacia delante cuarenta y dos grados. Ni uno más ni uno menos. Se preparó para girar a la izquierda.

El dron abrió fuego con una ráfaga corta, y golpeó el casco del aerovehículo, sin no tenía margen de maniobra para evitar la colisión que ocurriría un segundo después. Intentó esquivar por la izquierda, pero en ese mismo momento Zor lo embistió. El aerovehículo tembló, y el contenedor se estampó contra la pared. La diferencia de masa era demasiado grande: el dron se partió en dos y cayó al suelo como un mosquito muerto.

La subida casi se detuvo. La potencia de procesamiento asignada a esta se redujo a un cuarto, Albert la redirigió para confundir al dron. ArS-03 ya se había ocupado de uno de ellos. El dron tenía una potencia de procesamiento inferior en mil millones, era normal que perdiera. Habían eliminado la amenaza inmediata, pero se acercaban muchas más.

Los cubos verdes se lanzaban al túnel brillante, a una nueva vida. La animación visual era sencilla, pero tenía sentido. Sin ella, solo vería matrices de código puro.

—*Eh…*

La subida recuperó su velocidad normal, aunque solo durante un momento. Después empezó a reducirse de manera drástica.

Se estaban marchando. Se alejaban del alcance de la antena.

Se habían encendido muchos más pilotos, que parpadeaban. Las alarmas formaban un coro cacofónico. La peste a refrigerante quemado era cada vez más fuerte. En el exterior, varias explosiones: su vuelo en línea recta formaba una nube de chispas. Zor trazó un arco amplio por el este de la ciudad y puso rumbo al norte, volando bajo para confundir los radares corporativos y del NCPD. Sin el transpondedor, eran invisibles al control del tráfico aéreo. Pasaron por varias gasolineras abandonadas hasta llegar a

un tramo lleno de rocas y arena. *Es demasiado tarde. La lluvia negra golpea la luna del vehículo*.

No, no lo era. No había lluvia alguna. El cielo estaba despejado y la luz de la luna los iluminaba.

—*¡Aterriza!* —gritaba Albert por los altavoces—. *¡Os derribarán!*

Zor agarró con más fuerza los cuernos; sobrevolaban el desierto. Cada vez le resultaba más difícil mantener la atención. Sí, ya se acordaba; huían de Night City. Lo que hubiera en el contenedor era su boleto a una nueva vida.

—Tenemos que seguir… —La voz de Aya rompió el ruido ambiental.

Zor activó el radar en el único monitor que todavía funcionaba. Nada. Otro error. No cambiaba nada, no tenían manera alguna de defenderse. No les quedaban más opciones que huir a toda velocidad hacia la frontera del espacio aéreo de Night City.

Del casco salían más chispas. ¿Qué había ahí? ¿Un conjunto de baterías?

No, eso no son chispas. Es fuego.

—¡Aterriza!

El asiento que tiene al lado está vacío. Aya ya no está.

El incendio está a un kilómetro, pero siente el calor desde ahí. Al frente, los buques Onyx de Arasaka son más negros que las profundidades de la bahía.

Levanta la tapa protectora con su pulgar y coloca el dedo por encima del botón.

—¡Aterriza! —Su líder del escuadrón está sentado a su lado, señalando un lugar por la ventana. Las llamas se reflejan en su visor negro.

Plástico duro y liso. Nunca hubo un botón de disparo.

Hay tres coches en llamas. Un accidente en la circunvalación. El fuego está a punto de extenderse a los otros coches. Tiene que actuar rápido.

Tiene que aterrizar con el viento en contra. Evitar todos los obstáculos y asegurarse de que la zona de aterrizaje esté despejada. En los últimos tres metros no se puede controlar el entorno. Cuando el aerovehículo se encuentra a un metro del suelo, Zor tira de la palanca. La puerta se abre y se extiende la pasarela.

Pero ¡¿qué hacen?! Albert miraba sin poder hacer nada cómo la velocidad de transferencia se reducía al mínimo. Su tren vertical de recuerdos se quedó atascado.

—*He dicho, «eh»…*

Quedaba un tercio por transferir. Tres minutos a esta velocidad. Si ArS-03 no se detenía, en noventa segundos se pondría fuera del alcance de la antena. ¿Por qué no se paraban? ¿Por qué no aterrizaban y ya está?

Deseaba poder arrojar los cubos al túnel él mismo, pero no eran más que una animación renderizada y él tampoco tenía manos para hacerlo. No era más que una matriz de código.

—Esto no debería estar pasando —se dijo a sí mismo.

—*No. No debería haber pasado nada de esto*.

Albert se dio cuenta de que llevaba un tiempo escuchando una voz que no era la suya. Comprobó los canales de audio. El único abierto era el de Zor y Aya.

—*No me puedes apagar. Estoy aquí contigo*.

—¿Aquí dónde?

—*Justo a tu lado*.

¡Zor! ¡¡¡Zor!!!

¿Nicole?

Los motores pierden potencia progresivamente, seguidos por los sistemas hidráulicos. El horizonte empieza a dibujarse y la arena del desierto cada vez está más y más cerca del morro. El aerovehículo es incapaz de planear.

Los soldados se colocan por la pasarela. Dos de ellos se arrodillan al frente para asegurar la zona, apuntando con los rifles a la gente que escapa de sus vehículos. Se trata de la circunvalación este. Por suerte, han llegado a tiempo. Se oyen gritos desde atrás. Alguien se arrastra por el asfalto; otra víctima pide ayuda a gritos. El líder de la escuadra y un cuarto soldado corren hacia el objetivo. Su placa del Trauma Team brilla a

la luz de las llamas. Las marcas de los coches pequeños de la ciudad no se distinguen entre tanta ruina y escombros. Dentro de uno de ellos hay un chico de ocho años. Está golpeando la puerta atascada, sus gritos no se oyen.

Las manos en los cuernos. ¡No mires!

El calor se cuela por las ventanas.

A cincuenta metros, dos médicos armados escoltan a una corpo que sale de una limusina. La mujer cojea. La ayudan a sortear a una persona que se arrastra hacia el guardarraíles.

Es demasiado tarde. Demasiado tarde para el resto. Las ambulancias no llegarán a tiempo. ¿Cuál es el número actual de muertos? ¿Cuál llegará a ser?

Mira al chico. El fuego ha empezado a engullirlo desde atrás.

Es demasiado tarde. La arena del desierto está cada vez más cerca.

—La has vuelto a cagar. Protegiste todo menos tu neuropuerto.

Albert revisó sus recuerdos. Mierda. Se había olvidado de su neuropuerto desde que se instaló el ciberenlace en la nuca.

—Ni siquiera tuve que piratearlo. No le pusiste ni una contraseña. Tenías la puerta abierta de par en par.

Albert miró cómo los cubos verdes cada vez iban más lentos. Revoloteó por su guarida, buscando un código con el que librarse del intruso. Su seguridad física era la prioridad más baja. Tenía que mantener la subida a toda costa. Una vez terminada, Albert estaría en la otra parte del Muro Negro.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Creo que sé lo que quieres hacer. Si te desconectas ahora, todo el esfuerzo invertido se va a la mierda, ¿verdad?

Era cierto, pero no iba a admitirlo.

—Ya te he ahorrado la molestia —continuó la voz—. *Ya te he quitado toda posibilidad de desenchufarte*.

Albert miró su botón virtual de desconexión de emergencia. Había desaparecido y en su lugar había un fragmento de código inútil. Solo tenía

que aguantar hasta el final.

La velocidad de carga por fin se estabilizó, pero seguía siendo lenta. ArS-03 se había parado. En dos minutos todo habría terminado.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Albert.

Lo ha decidido. No se va a quedar de brazos cruzados a esperar a que todo pase. Sale a duras penas del asiento y corre hacia el metal quemado y retorcido que está en medio de la carretera.

—¡Ayuda! —grita Zor—. ¡Solo me llevará un segundo!

—¡Vuelve aquí! —La voz ordena por el intercomunicador—. ¡Eres piloto, no médico!

Los dos soldados que aseguran la zona no saben qué hacer. No les han entrenado para estas situaciones.

—¡Ayudadme, joder! —Intenta abrir la puerta por la fuerza. No tiene ningún ciberware de aumento de fuerza. No es más que un piloto.

—¡Vuelve al aerovehículo!

La corpo lo ve y se detiene. Siente curiosidad en lugar de miedo. El aire caliente y lleno de humo mece ligeramente su pelo. Los soldados lo miran. Esperan más órdenes.

Él solo no puede sacar al chico. Terminaría engullido por las llamas. Siente el calor a través de su visor. Se aleja.

—¡Jay! —El líder de la escuadra lo apunta con su arma—. ¡¿Qué cojones estás haciendo?!

Jay no tiene ningún implante de mejora de fuerza. Es un piloto. Pero sabe cómo disparar.

Desenfunda su pistola y dispara.

—Quería eliminaros a todos, pero me tendré que conformar contigo.

—Tengo recursos. —Albert intentó mantener la calma. Quedaba un minuto para completar la transferencia—. Puedes quedártelos.

—Sabes que no soy yo el que te habla, ¿verdad? Estás hablando con mi programa y no se le da muy bien escuchar.

—¿A qué has venido aquí? —Albert miraba cómo los cubos atravesaban el túnel. Treinta segundos.

—No tengo nada que preguntarte y tampoco me interesa nada de lo que puedas contarme.

El intruso era invisible, al igual que Albert. Nunca tuvo una razón por la que crearse un avatar, siempre había estado ahí solo.

El último cubo terminó de cruzar el túnel. Albert respiró aliviado. El único problema era que todavía seguía en su cuerpo.

Siempre se imaginó renaciendo en el otro lado; un fantasma digital liberado de su trampa biológica. Pero sabía que el cuerpo permanecería, con su propia conciencia encerrada en él. Copiar no es transferir. Lo sabía, pero nunca pensó en el futuro desde esa perspectiva. No le importaban los detalles técnicos de la destrucción del original.

Esto era una estupidez. ¿Cómo es que él seguía aquí mientras que su otro yo estaba ya disfrutando de la felicidad de su nueva vida? ¿Era por azar? ¿Suerte? No, claro que no. Albert estaba aquí y allí al mismo tiempo. Sintió cómo su ser se partía por la mitad, salvo que las dos partes ya no estaban conectadas. Ahora, para completar el procedimiento, tendría que destruir el original…

No quería destruirse.

—Podemos encontrar algo que te interese —dijo.

—No me gusta hablar. Prefiero pensar y compartir pensamientos. Pero ya no tengo a nadie con quien hacerlo. Y todo eso es culpa tuya. Por eso tienes que morir.

Es de noche y está a punto de estamparse contra el desierto. Es demasiado tarde. El aerovehículo ha sufrido demasiados daños. No va a aguantar más.

—¡Zor! ¡¡¡Zor!!!

¿Nicole? ¿Aya? Abrió los ojos. Estaba en el barrio en el que empezó todo. Donde todo terminó.

Un desierto. No hay rastro de destrucción, de las calles. No hay nada. Solo un desierto en el que jamás hubo edificio alguno.

—¡Zor!

Agarró los cuernos. Tiró de ellos, intentando enderezar el arco hasta dejarlo horizontal. Un impacto. El chirrido del metal rompiéndose. Oscuridad.

Dolor. Atenuado ligeramente por los inhibidores de su traje, pero existía.

—*Me tendré que conformar con esto* —dijo la voz—. *Me bastará con tu muerte*.

El cuerpo de Albert era inútil, no podía hacer nada. Estaba todavía enchufado en la Red, sumergido en el ciberespacio. Lanzó un dron desde la azotea y lo hizo elevarse un par de metros, activando la vista de trescientos sesenta grados.

Vio un cuerpo delgado en una silla, con un traje de netrunner de clase tres hecho pedazos. Un joven maelstromer estaba a su lado, era casi un chaval, con el pelo perfectamente blanco. La garra larga volvía a apuñalar el cuerpo que estaba tumbado en la silla. Su cuerpo. La sangre empapaba el suelo, formaba un charco que se extendía por el suelo. Llegó a un borde, se paró un momento y después empezó a derramarse sobre el hormigón visto.

Sintió algo extraño. Todas sus preocupaciones parecieron desaparecer, sustituidas por una mezcla de indiferencia y la convicción de que así era como debían terminar las cosas. Sintió que su sentido del yo se disolvía poco a poco mientras observaba cómo su cuerpo antiguo e imperfecto se volvía obsoleto.

El chico dio un paso atrás. Tenía un puñal ensangrentado en la mano: un trozo de Garra Mantis envuelto en cinta americana.

Era lo último que vio Albert antes de que él, el original, desapareciera.

ArS-03, registro 63.127.
Modo de emergencia. Actividad limitada. Subsistemas detectados: 118.
Subsistemas activos: 84.
Dispositivos no seguros: 0.
Regeneración en proceso. Reiniciando.

Recuperar la consciencia era como arrancar en un nuevo sistema operativo. Informes de estado, emergencias, suministros, posibilidades. Dolor en la pierna. O el informe del dolor. Pero lo que más importaba era…

—¿Estás bien? —Tocó a Aya en el brazo.

Asintió y gesticuló para comunicar que no necesitaba ayuda.

—Lo siento —susurró.

—Nos sacaré de esta.

El humo salía de las ventanas rotas.

No podía levantarse, probablemente se había roto una pierna. No estaba seguro de ello, también se habían estropeado sus sistemas de autodiagnóstico. Se quitó el arnés, se arrastró hacia Aya y la agarró fuerte.

—Empezaremos de cero en San Francisco.

—Siento mucho todo esto… —No podía hacer nada. No tenía ningún control sobre su cuerpo.

Zor se arrastró hacia el contenedor que bloqueaba la salida. La fuerza del impacto había roto su puerta. El panel de control indicaba que se había producido un error.

Si hubiera algo, cualquier cosa que pudiera servirles de ayuda, ese algo se encontraba en ese contenedor. Siguió arrastrándose, se apoyó en uno de sus laterales, abrió la puerta y miró dentro.

Dixie se quedó en la guarida de Albert un rato más. No sabía para qué servían todas las columnas de código y las librerías suspendidas en el vacío. No le importaba. Podía emplear un par de días para estudiarlo todo e investigar la arquitectura del lugar. Ya no le quedaban ganas de hacer nada. Se movió y miró por el túnel brillante. Al otro lado, hambrientas entidades invisibles estaban destrozando los paquetes de datos. No tenía ni idea de qué eran ni para qué servían.

Cerró el túnel antes de que devoraran el último cubo verde.

El aerovehículo había caído de costado, con su morro enterrado en la arena. Los aerovehículos que lo persiguieron aterrizaron a una distancia

prudencial. Pisadas en la arena. Siluetas oscuras, con rifles en alto. Estaba empezando a amanecer y el sol se asomaba por el horizonte. Rodearon ambos lados del siniestro. Con precaución, aunque no tuvieran necesidad. El hombre estaba recostado contra el casco. Estaba herido, demasiado débil como para oponer resistencia, su respiración apenas perceptible. Se pararon delante de él y bajaron las armas.

Los primeros rayos del sol iluminaban el desierto y proyectaban sombras entre los huecos de las dunas.

El hombre del traje gris antracita se acercó y miró por las ventanas rotas. En el asiento del copiloto había una mujer joven. Sus extremidades estaban retorcidas de una manera aparentemente dolorosa.

—Hiciste un buen trabajo. Felicidades. —Stanley pestañeó y sus ojos mostraron un pequeño brillo azul. Su cuerpo se relajó de repente, aunque todavía estaba bien sujeto por el arnés de seguridad.

Siguió caminando. El casco estaba prácticamente abierto y dentro se veían los destrozos del siniestro. El interior tenía un montón de objetos irreconocibles, ennegrecidos por las llamas. El olor a sangre y CHOOH2 quemado inundaba el ambiente. El hombre recostado contra el casco tenía la mirada perdida. Stanley volvió a pestañear para dictar mentalmente un mensaje breve: «Prueba del ArS-03: fallida. Preparad el ArS-04».

Dio un paso atrás. Del aerovehículo sobresalía un contenedor gris. El impacto lo había abierto.

No había nada dentro.

Varsovia / Murzasichle / Cefalú / Cracovia.
París, Génova, 2020-2022